

© F. Mond
Noviembre 2017

**Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

@BRIGADACULTURAL

LOS QUE DEBEN MORIR

F. MOND

No te ofendas, Karel Capek, pero me hubiera gustado tanto haber escrito tus *Apócrifos*...

I

El *koufieh*, mugriento ya, caía ladeado sobre su desmedida cabeza; el paño de lino ha ido dejando atrás su pureza a lo largo de agotadoras jornadas por caminos polvorientos y pernoctadas en rincones malolientes. El jinete, como buen fariseo, llevaba la filacteria sobre la frente, y pasaba por alto los golpecitos que le propinaba, en síncope con el galope del caballo: antes hubiera sido capaz de renunciar a sus vestiduras que prescindir de aquellos cuatro sagrados versículos de Isaías. Había llegado a pensar que quizás la lluvia, empecinada en azotarlo desde el día anterior, además de entorpecerle la marcha, podría hacer pasar el divino verbo, por divino proceso osmótico, del estuche de piel al interior de su entendimiento. No lo ponía en duda.

Saulo de Tarso detuvo su cabalgadura a la vera de los ruinosos muros que, como espectros, se alzaban en la bifurcación del camino, cerca de Abilias.

Protegido un instante de la inclemencia del temporal, desmontó con ligereza. Quería aprovechar el amparo que le ofrecía la pared para ordenarse un poco la empapada túnica, mientras que el momentáneo reposo también le serviría para repasar planes, fórmulas, pensamientos...

Habían pasado ya ocho años desde la crucifixión de aquel intrépido que tan escandalosos revuelos armara con sus irrupciones en el mercado del Templo, bajo las mismas narices de las autoridades romanas...

Pero, ¿para qué darle vueltas a un asunto que una y otra vez volvía a su punto de partida? No obstante, la mente lo traicionaba, reacia a ocuparse de otro menester que no fuera el resultado adverso que tuvo como final lo que había sido un gran empeño. Había que reconocer el error y nada más. Contra lo pasado, ya nada podía hacerse...

«¡Dios, había que ver cómo lo seguían las multitudes! Cuántas veces tuvo que frenarlas para que no dieran un paso en falso, para que esperaran el momento perfecto, la orden precisa», se decía.

Pero el gran error partía de mucho antes: había sido nuestra falta de previsión. ¿Quién habría de pensar que Judas, el sicario, uno de los que creíamos más fiel, cediera ante el oro de los romanos? Y que los otros, los discípulos-capitanes, acobardados por el apresamiento del cabecilla, se darían a la desbandada, lo abandonarían todo. Y luego ofrecerían sus monedas a los guardianes del sepulcro con el fin de sustraer el cadáver, pero la tumba vacía estaba. Se dieron, entonces, a la tarea de armar todo aquel soberano cacareo de la resurrección, para alejar sospechas y cubrirse con el velo religioso a los ojos de las autoridades imperiales, a quienes, en definitiva, importaba un grano de mostaza si el pueblo creía en éste o en aquél, en eso o en aquello. Sin duda se olieron que algo extraño estaba sucediendo tras el hecho palpable de que los restos ya habían sido robados, de que «alguien», con desconocidas intenciones, se les había adelantado.

Supieron sacarle el mejor partido a la situación, el que entonces convenía a sus nuevos intereses: afirmar que habíase cumplido el absurdo pronóstico que él les hiciera, de volver a la vida tres días después de muerto para reafirmar su condición de ungido ante aquellas multitudes de zampa tortas que, sin saberlo, habían aclamado, no al Enviado, como les había hecho creer, sino a un jefe bien preparado para encauzar toda esa fuerza dispersa y hacerla estallar en el momento oportuno. ¡Jamás habló por boca de Dios!

Hasta en Tarso, desde entonces, no han cesado los comentarios acerca de su «milagrosa resurrección». Habladurías de cuantos regresaban de Jerusalem cada Pascua.

Cómo diablos iba a resucitar si su cadáver había ido a parar al Ge-Hinnon, como el de cualquier inmundo animal expiatorio; allí, podrido, irreconocible, se volvió un puñado de polvo que el viento de seguro esparció por el desierto. No hubo otra alternativa...

Todo el celo que pusimos en evitar que, tanto la tumba como el cadáver, se convirtieran en objeto de idolatría, se vino abajo por la traidora y ambiciosa actitud de aquel par de soldados de baja estofa. Eso nos pasó por fiarnos del enemigo, por «echar perlas a los puercos», utilizando una de sus torcidas frases.

Después vino el resto de las farsas: las apariciones en distintos sitios, durante cuarenta días; las burlescas comilonas con el “resucitado” a orillas del Tiberiades; el falso testimonio del que dijo haber tocado las heridas de sus manos y hasta haber metido los dedos en el lanzazo del costado...

¡Ellos mismos se mintieron, creyeron en sus propios embustes: ninguno puso en duda las invenciones de los otros; cada cual aportó lo suyo por no ser menos, para confundir imbéciles y embaucar gentiles con la promesa de la vida eterna después de la muerte! Promesas de salvación a ruines paganos... ¡Han hecho hasta concesiones de principios!

Terminó de ajustarse el ceñidor de cuero, del que pendía una espada corta.

¿Para qué ir a Damasco? Se preguntó. De nada valdría apresar a unos cuantos si, al volver la espalda, surgirían diez por cada uno que pudiera llevarse cautivo. Algo le decía que acudiera al reclamo de Teófilo, y ese «algo» no podía ser otra cosa que la suprema voluntad de Dios.

Saltó sobre la bestia y soltó las riendas. El caballo decidió: enfiló por el camino rumbo a Jerusalem, la Ciudad Santa.

Los cascos del animal resbalaron sobre las pulidas piedras que, bajo el arco de la puerta de Jericó, asomaban tímidamente entre barros, excretas y costras sanguinolentas, depositadas allí por la corriente, acarreadas, quién sabe, si desde algún resquicio del Altar de los Holocaustos o arrancadas a las suelas del calzado de algún presuroso levita venido del Templo.

El caballo remordió el freno al tiempo que sacudía la cabeza y resoplaba en señal de agradecimiento. Si bien el jinete no había significado una carga muy pesada, sí había sabido poner de manifiesto su impaciencia aun en los momentos más difíciles; el

cruce del Jordán por el vado de Shittim fue un martirio constante en sus ijares, espoleados cruelmente desde la salida de Gerasa. Pella y Beisán sólo fueron dos breves descansos luego de aquellas interminables jornadas a galope tendido por las llanuras bataneas, azotados con frecuencia por borrascas de arena que el caballero había enfrentado protegiéndose la cara con la tela de su clámide, pero no así el caballo que, a intervalos, volaba sobre el camino a ciegas, guiado tan sólo por la certeza de su instinto.

Hubiera preferido el jinete haber entrado en la ciudad por la puerta de Siloé, más discreta y directa, pero ello habría implicado rodear la muralla a lo largo del Cedrón, convertido ahora en torrente que inundaba todo el fondo del valle. No quedaba otra alternativa que ir callejeando por los arrabales de la ciudad baja, cruzar la muralla antigua, dejar a la izquierda el Palacio de los Asmoneos, subir por callejones tortuosos hasta el Sion y de allí al mercado alto, hasta la casa de Teófilo, el hijo de Anás, sucesor, por derecho, de Jonatán, actual Sumo Sacerdote, cuya precaria salud, pronto lo obligaría a ceder el ejercicio de su cargo.

A pesar del contratiempo, sólo unas pocas miradas seguían a aquel empecinado fariseo que resistía los embates de la fina, pertinaz y alocada llovizna del mes *tishri*. Ninguno se preguntó su procedencia ni su destino. Ni tan siquiera el menesteroso que alargó la mano en solicitud de limosna, pero convencido de que sería en vano pues los fariseos sólo depositaban monedas en las trece Bocas del Tesoro, bien a la vista de todos y más por jactancia que por filantropía.

Cruzó el arrabal de los queseros lo más presto que pudo, huyéndole al tufo a calostros de camella. Luego, por calles abovedadas donde las paredes amenazaban derrumbarse al paso retumbante del caballo, desembocó a un costado del Palacio de David. Allí desmontó con cierta ligereza en contraste con su estampa grotesca y patizamba. Poco después, salpicaba de fango a la *jaunna* que, solícita, le franqueaba el paso al primer portal de la casa de Teófilo.

— Mi señor lo espera desde ayer — dijo la esclava, bajando la mirada al tiempo que se inclinaba en profunda reverencia.

Saulo de Tarso hizo su entrada en la quinta del futuro Sumo Sacerdote de Jerusalem. Y algo, en lo profundo de su alma, algo le decía que había hecho bien en dejar a un lado el camino de Damasco. Sin saber por qué, tenía la certeza de haber tomado la más segura y clara de cuantas decisiones se le hubiesen presentado en la vida.

Crecía una frondosa higuera en el patio que, vista desde el centro del salón, a través de la abertura apaisada que servía de ventana, semejava un gran cuadro colgado en medio de la pared. Pero continuaba lloviendo y cada gota, al resbalar por las hojas y caer en el estanque al pie del árbol, aportaba a la escena esa porción de movimiento tan suficiente para romper hechizos como imposible de lograr aun por el más diestro pincel.

—Y bien, querido Saulo...

Las palabras de Teófilo le hicieron olvidar el cuadro. No llevaba el prelado su mitra de brocado ni era de carmesí su vestidura corta, como hasta un rato antes, cuando, rodeado de heraldos, juzgaba reos acusados de infidelidad, a alguno que otro falso Mesías... O a idólatras: gente que, durante el día, recitaba de memoria los Salmos, guardaba preceptos y cuidaba su boca de blasfemias. Pero en la noche, los siete demonios que ocultaban dentro se apoderaban de ellos y ofrendaban al impostor en boga, que no pocos farsantes habían surgido en los últimos años; sobre todo desde el estruendoso fracaso de Jesús: la mejor concertada de todas las maniobras que muchas y selectas inteligencias habían lucubrado como primer paso para dar comienzo al gran levantamiento contra el opresor romano.

—No muy halagüeñas son las noticias, al contrario... —dijo el de Tarso, mientras una sonrisa acentuaba un poco más lo mucho de grotesco que había en su rostro— Efeso, Antioquía, Corinto, Atenas, Sidón...

—... Cesárea, Galilea, por supuesto, y hasta en Jerusalem —continuó Teófilo— una plaga sobre la nación, querido Saulo. También hay indicios de que en Samaria...

Inicialmente fue concebido como un material para el uso privado de sus autores. Se trataba de hacer un recuento cro-

nológico sucinto de la vida de Ricardo Flores Magón durante su involuntario y definitivo exilio en los Estados Unidos (1904-1922), que sirviera de base para una posible dramatización de su vida. ¡Inadmisibile! Él nunca tuvo instrucciones de llegar tan lejos como para insinuar siquiera a sus hombres la inclusión de un cerdo samaritano entre las filas de los hijos del Señor.

Teófilo hizo un gesto vago con la mano. El *asaf*, solícito, ordenó prender las lámparas de las paredes y traer vino. Un suave aroma de juncos y cinamomo se esparció junto con la luz por toda la habitación.

—Él no, pero sus seguidores, al parecer, piensan aceptarlos; han dicho que una vez habló acerca de una historia en la cual cierto samaritano salvaba a un judío, luego que varios de sus hermanos le habían negado ayuda. No pongo en duda que haya dicho semejante cosa; por entonces ya se nos iba de las manos... Quizás ya había perdido la confianza en el plan, o había perdido la cabeza..., quién sabe. Me inclino a pensar que tomó en serio su papel de profeta: hay individuos a quienes se les perturba la razón al sentirse aclamados por las multitudes. El exceso de poder es capaz de corromper y de trastornarlo todo. Nicodemus me refería, hace poco, su encuentro con él en, el Monte de los Olivos, justo el día en que formó el primer alboroto en el Templo. Dice que le salió con un discurso filosófico y una sarta de incongruencias tales que le fue imposible hasta ponerlo al tanto de las últimas instrucciones. Lo notó un poco... alterado... dice que hasta en su mirada había algo de turbio... Días después recobró toda su elocuencia y pudo continuar. Pero esos momentos de desvaríos continuaron repitiéndose cada vez con mayor frecuencia.

—Si nos hubiésemos dado cuenta a tiempo... No hubiera sido necesario crucificarlo... Ni hubiese dado pie para todo lo que vino después y que ha desembocado en esta penosa situación. Ya sus seguidores invaden hasta nuestras propias sinagogas; en Antioquía se han atrevido a sustituir al principal de la casa de Dios y al *hazzan* aprovechándose de ello para imponer sus ritos como si fueran oficiales: el llamado bautismo, por ejemplo, auspiciado por el que se decía precursor del Esperado, aquel

loco del Jordán que Antipas mandó degollar. ¿Con qué potestad lo hacen, hermano Teófilo? ¿Quién los ha investido con semejantes prerrogativas?

La pregunta queda en el aire, zarandeada por unas rachas de viento húmedo que irrumpen en la habitación. El joven Saulo dio unos pasos hacia la ventana; el cuadro de la higuera se amplió, de manera que abarcaba nuevos detalles: un rosal de flores blancas trepaba el muro, a la derecha, perdido casi entre el espeso follaje de los jazmines. Hasta él llegó esa mezcla de olores dulzones que le entraba a raudales por las puertas, en lugar de ventanas, de su aplastada nariz.

—¿Y eres tú, precisamente, Saulo de Tarso, quien me lo pregunta...? Bien sabes que no ha sido ninguno de los Setenta; ni siquiera el inepto de mi hermano, víctima, unas veces, de arranques infantiles o impelido al desatino por esas fiebres que lo consumen. Todo parece responder a una confabulación de consecuencias imprevisibles o peor: un cisma como el que se produjo a la muerte de Salomón. Acabarán separándose de la ley que nos entregó Moisés para convertirse, quizás, hasta en nuestros más encarnizados enemigos. Eso es lo que vislumbro.

Saulo le dio la espalda a la ventana.

—Las osadías de sus seguidores, hermano Teófilo, han sido tales que me llevan a considerar esa conducta como parte de un plan para confundir a las autoridades romanas y que éstas ganen confianza en la «nueva facción» y que la vean como un elemento divisorio en nuestras filas: tal parece que quieren hacer de Jesús, un «abanderado de flamantes ideas religiosas», y así quitarles de la cabeza a los romanos su faceta de rebelde contra el Imperio. Eso era lo que pretendíamos que sucediera cuando lo lanzamos a la palestra como el nuevo Mesías, años atrás... Pero sin llegar a estos extremos, claro está.

—Son tiempos pasados, querido Saulo; y lo pasado, pisoteado yace en el recuerdo de la gente. Ten en cuenta que, una semana después del inevitable sacrificio, salvo sus capitanes, ya nadie hablaba de él. Más tarde, ellos mismos comenzaron a engañarse en sus tertulias, con relatos tales como el de afirmar

que tantos miles ya creían en su palabra, que ese llamado «espíritu santo» bajó y los iluminó para que pudieran entenderse en disímiles lenguas. Mienten cuando afirman que curan tullidos, que sanan leprosos... Te lo aseguro: tengo a varios de mis leales conviviendo entre ellos, en una de esas comunidades que se han dado a formar. Hasta ahora, ninguno de esos prodigios que tanto cacarean por todas partes ha sido cierto... Lo del mendigo paralítico de la Puerta Hermosa no pasó de ser un espectáculo bien montado; recuerdo que después reunieron a unos cuantos mentecatos en la galería de Salomón para vanagloriarse del «milagro», ¿Y sabes lo que contaron a sus mujeres? ¡Que cinco mil habían abrazado la causa de Jesús de Nazaret! —Saulo hace un gesto intentando objetar, pero Teófilo lo atajó, señalándolo con el dedo— Y también tú lo hubieses afirmado porque, cualquier tontería, cuando se pone en boca de mujeres, anda tan ligera como sobre esos carros de los romanos tirados por seis parejas de caballos.

La tarde empleaba sus últimos rayos de sol para abrir una brecha entre las nubes y asomarse tímidamente sobre Jerusalem. El cuadro de la pared fue adquiriendo rango de acción plástica al iluminarse poco a poco. El rosal, la enredadera de jazmines, la higuera y más allá unos mirtos, se vestían de un verde húmedo, lujurioso. En el estanque, un grupo de cromis se movía inquieto para que el agua aportara, así mismo, su pincelada de policromía en la obra de arte. Por momentos, la brisa traía del otro lado de la muralla el bronco rumor del Gihon al caer en la piscina de Betsabé.

—Entonces, el asunto aquél de Esteban, ¿no sirvió de escarmiento?

—No me refiero a eso. La lapidación de Esteban puede ser una experiencia digna de tener en cuenta y nos advierte de dos aspectos muy importantes. —Teófilo quedó pensativo, también su mirada recorre el cuadro y pasa por sobre la higuera hasta chocar contra el muro, al otro lado del patio. —El primero: somos capaces de manejar una situación difícil y hacer que dé como resultado aquello que nos hallamos propuesto, o sea, que

se vuelva a nuestro favor. Esteban no sólo era la mano derecha de Simón Pedro, sino que apuntaba al convertirse en el jefe de la secta cristiana cuando lo sustituyera y eso hubiese sido muy peligroso. El llamado Kefas, la «piedra» sobre la cual dijo, en uno de sus desvaríos, que se erigiría la nueva doctrina, si bien es lo suficientemente voluntarioso para llevar sobre los hombros semejante carga, carece de esa sutil inteligencia, del sagaz instinto, del don imprescindible de la perspicacia: elementos esenciales para integrar la personalidad del cabecilla. Simón Pedro es, en cierta medida, torpe a la hora de tomar decisiones que exijan ver un poco más allá del paso a dar. Muy por el contrario de Judas Iscariote, que se desempeñó bien: supo engañarnos al escamotear información cuando lo infiltramos entre los seguidores de Jesús para que nos tuviera al tanto de cualquier «imprudencia» que lo desviara de los objetivos trazados; por eso perdimos el control sobre el nazareno. Por otra parte, al revelarle a los romanos que, en el fondo, el «Mesías» no era más que un sedicioso, pero actuando por cuenta propia, el Iscariote compensó en algo lo que habíamos perdido: nos facilitó el modo de eliminarlo. En resumidas cuentas, el Sanhedrín no sólo quedó fuera de toda sospecha, sino que salió airoso ante las autoridades romanas: se puso de manifiesto el cumplimiento de nuestro compromiso en lo que respecta a suprimir cualquier revoltoso a cambio de permitirle al pueblo sus prácticas religiosas sin objeción alguna. No saben ellos, que arrastran una piara de dioses, que es éste, precisamente, el factor cohesivo de la nación hebrea: su único Dios. Judas se las arregló también para desaparecer de la escena. Algunos aseguran que se quitó la vida; otros, que se esfumó. En ambos casos, porque temía la venganza tanto de los principales seguidores del nazareno como de nuestra parte: ninguno de los dos le perdonaríamos el engaño. Sirvió a Dios y a Satanás; de ambos obtuvo provecho y de ambos se puso a buen recaudo. Todo parece indicar que se ha retirado a tiempo del juego, llevándose la bolsa bien llena, sin dejar rastro... El Iscariote actuó con astucia; a Pedro no le fue otorgado ese don.

Había cesado la lluvia.

Todo quedó en silencio: la habitación y el cuadro del patio. Ni el leve crepitar de las llamas en el aceite de las lámparas perturbaba la tranquilidad. Casi parecía que el tiempo se hubiese detenido un instante. Teófilo se pasó las manos por su negra y rala barba, mientras Saulo admiraba el rojo subido del vino galileo con que el *asaf* llenaba de nuevo su copa de plata cincelada. Vinos fuertes los de aquella región, bien fermentados, subidos de alcohol.

—Desde luego que no te pedí venir, hermano Saulo, para que me refieras las actividades de esos disidentes. Creo que con ellos ya hemos sido lo suficientemente reflexivos, persuasivos e incluso tolerantes. Es en verdad lamentable, pero hay que enfrentar el hecho tal y como se nos presenta.

Saulo buscaba en su memoria algún momento en el cual se hubiese cruzado con Jesús de Nazaret y sólo recordaba una escena muy fugaz, a la salida de la muralla, por el camino de Jericó... Acababan de abandonar la ciudad Jesús y sus seguidores y era como si la inquietud se fuera con ellos para dar paso a una calma relajante que se hubiera adueñado del aire y éste de pronto fuera respirable. «Ya se largaron», oyó decir a un viejo que también los observaba. «No es solamente él, que todo lo trastorna con su presencia, sino lo que arrastra consigo, toda esa turba...», dijo otro. Y eso mismo sintió y eso mismo vieron sus ojos: un tropel de harapientos: una amalgama que reunía tullidos, leprosos, prostitutas de cabellos sueltos, ciegos de torpe andar y mendigos, que se alejaban vociferantes a la par que la polvareda los envolvía. Y cierta angustia lo invadió por un instante. Un vago presentimiento indefinible...

—Cortar el mal de raíz — fue la voz un tanto lejana de Teófilo que lo trajo a la realidad — e impedir a toda costa la proliferación de ese grupúsculo, convertido en amenaza potencial para la unidad religiosa de Israel. Basta de palabras, querido Saulo. Sobre mí recaerá la responsabilidad, más temprano que tarde, del sumo sacerdocio y, como es natural, quiero que, cuando ese momento llegue, el camino se encuentre libre del obstáculo que representan estos doce antiguos “discípulos” que difunden sus

perniciosas ideas entre nuestra gente, que nos quita familias enteras, de las más prestigiosas, que sonsaca también a gentiles pudientes, en fin, que socava nuestro terreno, que ya nos estorba más de lo permisible.

Teófilo hizo una pausa que acompañó con un par de sorbos de vino. Y continuó, ya con más sosiego:

—He logrado reunir un pequeño grupo de hombres muy diestros... Todos muy fieles, insobornables, te lo aseguro; no cometería otra vez el error de aquellos que me antecedieron.

—¿Y qué pretendes hacer con ellos, acabar con los romanos? Me recuerdas lo incrédulos que se mostraron los doce capitanes de Jesús cuando les dijo que sólo con ellos bastaba...

—Es algo distinto. Probado está, y así nos lo puso de manifiesto la fallida experiencia de nuestro Mesías, que resulta imposible un alzamiento general contra el Imperio. Es demasiado poderoso, ocurriría lo de siempre: un mar de sangre, de nuestra sangre. Hay otra cuestión que se impone y lo que voy a proponerte sería como una puesta en práctica, a modo de ensayo: pasar a la acción en pequeña escala escogiendo nosotros a quién, cómo, cuándo y dónde asestar el golpe, siempre de acuerdo con nuestra conveniencia...

—Pero los sicarios...

—Los sicarios se conforman con acuchillar al primer romano que les dé esa oportunidad. No constituyen una fuerza cohesionada, con un objetivo bien definido por el cual valga la pena poner en riesgo tanto vidas como recursos. No pienses que haya desechado la idea de valernos de ellos también, pero en su momento. Lo que intentamos ahora sería a largo plazo, ha sido bien estudiado... ¿Nunca has sentido terror —y enfatizó la palabra—, querido Saulo? Hay algo de lo cual todos sentimos miedo: de lo inesperado, pero ése es un sentimiento cotidiano que se ha asentado en nuestro ánimo y ya forma parte de nuestra vida; es simplemente el azar, que no nos aterroriza. Pero, cuando ese miedo se convierte en un temor que te amenaza siempre —volvió a enfatizar, pero esta vez en la palabra «siempre»—, cuando has visto morir a alguien al derrumbarse

una pared a su paso, que hasta unos momentos antes parecía segura; cuando tienes la certeza de puedes caer en una trampa, que quizás no es para ti; cuando ni el suelo que pisas te parece seguro... Eso es terror. Y a eso queremos llegar con los romanos y de ahí mi propósito de ver en la práctica y en pequeña escala cómo funciona con tu grupo...

Saulo intervino:

— ¿Nadie conocerá de la existencia de este... grupo?

Teófilo negó con la cabeza y prosiguió:

— Grupo o partida. Aún no sé cómo llamarle con exactitud. Los romanos emplean el vocablo *factio* para designar a una banda de gente armada, o partido de violentos o desaforados en su proceder o sus designios. Aunque tampoco se trata de eso concretamente, si tenemos en cuenta que debe operar en secreto y con un fin bien preciso: eliminar a los doce excapitanes de Jesús, de modo secreto, pero dejando bien claro que cada muerte es una amenaza para el resto: eso es terror, eso es poner de manifiesto lo que puede esperarle a todo el que pretenda seguir determinada conducta...

— ¿Emplear métodos sutiles quieres decir?

— Emplear cualquier método siempre que nos lleve al fin propuesto, querido Saulo. Conozco de tu perspicacia y de tu astucia. Y, además, eres de los fieles a la causa de tu pueblo. Una a una deben ir cayendo las doce columnas de ese templo pagano que tratan de edificar sobre el basamento de nuestras propias ideas y en el terreno que ya tenemos conquistado. ¿Por quién empezarías, capitán de esta «falange»?

Saulo de Tarso meditó un momento. El cuadro de la higuera iba perdiendo detalles a medida que se sumía en la tiniebla.

— Si vive aún, por Judas Iscariote — dijo. — A los traidores se les elimina primero... Suelen saber demasiado.

El viento se había llevado nubes y lluvias rumbo a la costa y ahora empapaba toda una larga franja desde Gaza hasta Joppa. Jerusalem había visto amanecer aquel día libre de chaparrones; la ciudad se sacudía para que resbalaran por tejados y canalizos

las últimas gotas caídas durante la madrugada. Y se mostraba agradecida a los rayos de aquel sol que, ahora de manera implacable, caía sobre sus espaldas; porque esta vez eran recibidos como una bendición en lugar de un castigo.

El agua acumulada en charcas y oquedades iba desapareciendo; una ligera capa de vahos tibios alfombraba de neblina la superficie pétreo del puente sobre el Thyropeon; Saulo de Tarso la sentía acariciándole los pies.

No era éste el camino más corto ni menos frecuentado para entrar en el Templo; precisamente por ello lo había escogido. Y hasta la filacteria, que daba cuenta de su condición farisaica, permanecía oculta. Sólo el blanco *taliss*, orlado en azul, caía sobre sus hombros: era un judío más de los que encaminaban sus pasos bajo el Pórtico Real, contemplado con indiferencia cada una de sus cuarenta y un majestuosas columnas.

Cruzó el Atrio de los Gentiles y, sin llamar la atención, fue subiendo con marcado descuido los peldaños que lo llevaban hacia la entrada donde, sobre una placa, se advertía que hasta allí le estaba permitido pasar al extranjero: la violación de esta orden sería penada con la muerte.

La Puerta de Nicanor ya estaba abierta y siempre al cuidado de su correspondiente *skourim*. Breves palabras a media voz entre ambos y el custodio lo condujo hacia una de las cámaras que rodeaban el atrio. A la derecha, se alzaba el Altar de los Holocaustos.

— ¿*Sofer* Gezer? — preguntó el recién llegado, una vez que habían quedado a solas.

— El mismo, señor.

— Me envía Teófilo con este mensaje: «Dios nunca olvida a sus más fieles».

Moshe Gezer, alumno de Magistratura, un muchacho que aún no rebasaba la veintena de años, se inclinó y respondió:

— «Menos aún si optan por traicionarle».

Hizo un gesto el joven, invitando al extraño a tomar asiento sobre un cojín, del otro lado de una larga mesa baja, cubierta por rollos de pergamino. Saulo echó un vistazo a su alrededor y se percató, una vez adaptado a la semipenumbra, de que aquel

recinto era una especie de biblioteca o archivo. El tufo característico de las pieles curtidas se mezclaba con el olor de la ceniza mojada que venía de afuera, al escaparse a través de la enorme parrilla donde se quemaban los holocaustos con leña celosamente guardada en cámaras, a salvo de mordeduras de gusanos.

— ¿En qué puedo servirle, señor? — preguntó el *sofer*.

— Me han dicho que podrías facilitarme informes acerca de un tal Judas de Keriot; ¿sabes de quién se trata?

— Sí, están en el Deuteronomio... — hizo un gesto para levantarse e ir en busca de un rollo, al final de la mesa.

— Lo que dice el Deuteronomio no tiene nada que ver...

— Le constará que sí, señor — y volvió a sentarse para leer desde el principio el cilindro de piel que iba abriendo poco a poco —: Nació en Keriot, de la tribu de Efraim, hijo de Simón el curtidor. Pertenecía a los «hombres de acción» dentro de los sicarios. Por otra parte, era el que nos mantenía al tanto de cualquier aspecto que se desviara de los planes trazados para la gran insurrección que encabezaría Jesús de Nazareth, a quien fue asignado, como un capitán más. Nadie sospechó nunca de su doble papel. También recopiló importantes datos de interés en relación con cada uno de los jefes que había reclutado el presunto «Mesías», bajo la cobertura de ser discípulos de su doctrina...

— ¿Se guardan esos informes?

— Todos, señor...

— Luego hablaremos de ellos, continúa.

— Se le pagaban treinta siclos de plata, cada mes, al entregar su valiosa información; incluso los cobró el día antes de que las autoridades romanas — demás está decirle que alertadas por él mismo — descubrieran el complot y fuera necesario aplicar la variante prevista para el caso. Comentan que se ahorcó varios días después; pero, en realidad, cuando lo hallaron, nadie pudo identificar el cadáver con certeza debido a su avanzado estado de putrefacción y he haber sido presa de no se sabe cuántas alimañas.

— Todo eso, más o menos, lo sé. Ahora bien, supongamos que estuviese vivo: ¿dónde podríamos encontrarlo? ¿Existe algún indicio acerca de su paradero?

—Se desconoce, señor —el joven se echó hacia atrás para recostarse contra la pared. —No puedo decirle dónde ni poseo dato alguno..., pero...

—¿Pero qué?

—Que me ha despertado usted cierta..., llamémosle «inquietud» acerca de esta posibilidad que, en determinado momento, pasó fugazmente por mi cabeza. Pero no me haga mucho caso, señor. Mis pensamientos suelen ser muy propensos a la especulación, según el decir de mis superiores; hasta he sido amonestado en más de una oportunidad por haber hecho juicios «audaces» alrededor de algunos pasajes oscuros de Moisés o de Elías...

—Lo que para otros pueda ser motivo de censura es posible que a mi modo de ver resulte una virtud. Continúa, por favor.

—Pues... De acuerdo con las indagaciones practicadas durante aquellos días, antes de hallarse el cadáver, y examinando cuidadosamente algunos factores..., sí sabremos, al menos, dónde no está, suponiendo que, al saberse descubierto, hubiese intentado huir. Podemos descartar algunos lugares para reducir el círculo.

—Eres un tipo avisado, *sofer*. Dime una cosa antes de continuar: ¿pertenece al grupo que me asignó Teófilo?

—No, señor..., soy simplemente un recopilador...

—Pues desde ahora estarás conmigo. Adelante con tus datos.

—Veamos —dijo, y volvió al documento. —No regresó a Keriot...

—Porque sabía que sería allí donde los buscaríamos primero.

—Desde luego, señor. Tampoco fue visto en Bethphage, ni en Bethlehem; ni huyó a Jericó ni a Bethel...

—Supongo que a Samaria mucho menos.

—Así es, señor. Para llegar a tierras samaritanas debió haber pasado, al menos, por Bethel y no lo hizo.

—Descartamos, entonces, los territorios septentrional, meridional...

—...Y oriental, ya que no estuvo en Jericó, se lo aseguro...

—Nos queda una única posibilidad: que escapara hacia la costa filistea por Ashkelon, llegara al puerto de Joppa y de allí en barco... Quién sabe hacia dónde...

—Tampoco fue posible, señor: hemos analizado, primeramente, los tres rumbos por donde a él le hubiese sido más fácil pasar inadvertido a causa del número de ciudades y del abundante tráfico entre ellas. Sin embargo, no sucede así tomando la vía del occidente: hay muy pocos sitios donde pernoctar, los caminos son muy solitarios... Atravesar el valle de Elah solo, si no se tiene una buena cabalgadura, es, en la práctica, imposible; de otra manera, hubiese sido detectado a su paso por Gezer o por Beth Shemesh.

—¿Entonces...? No pudo haberse esfumado, ni tampoco creo que Dios haya enviado su carro con caballos de fuego para recogerlo como hizo con el profeta Elías.

—Por supuesto que no, señor; me inclino a pensar que... Pero no, mi labor debe limitarse a reunir y ordenar información, no a hacer deducciones —y se rascó la escasa barba que pugnaba por crecerle en el mentón al tiempo que guardaba silencio.

Pero no pasó inadvertido para Saulo cierto matiz, en una de sus escurridizas miradas, que mal disimulaba el deseo de que se le pidiera una detallada exposición de todo aquello que guardaba en su cabeza. Y no lo hizo esperar.

—Vamos, muchacho, no seas modesto. Di lo que piensas, razona: si después resulta ser cierto, te reprocharás una y mil veces tu silencio.

Moshe quedó pensativo unos instantes. Luego se puso en pie y se dirigió a uno de los estantes repletos de pergaminos, que cubrían las paredes de la cámara. Tomó uno de ellos y lo extendió ante la mirada de Saulo.

—De estar vivo, seguro estoy de que, donde se ha ocultado es aquí, señor...

Era un plano de Jerusalem, una vista detallada de la ciudad desde la alta torre de Fasael.

No todo era sólido bajo el grueso Muro de Hell, explanada de losas pulidas paso a paso por aquellos que nada más venían a solazarse recorriéndolo solos, en grupos de amigos o compañeros de gremio; o bien desbastadas, así mismo, por el andar lento

y estudiado del rico fariseo que, sobre todo en tardes populosas, llegaba hasta una de las trece Bocas del Tesoro, preferiblemente la más cercana a la Puerta de las Especias, para dejar caer uno a uno el puñado de siclos a cambio del cual Yahvé perdonaría sus faltas y limpiaría su alma de toda mancha.

Hoyaban el suelo de Hell, también, calzados sucios, rotos y hasta los pies desnudos de aquellos otros que a duras penas habían reunido, moneda a moneda, el medio siclo de cada Pascua. Yahvé correspondería de igual modo con la dosis de misericordia equivalente, por supuesto, retribuyendo a cada cual lo justo en este raro comercio entre el que da en metálico para recibir en espíritu.

La moneda, una vez engullida por la boca en forma de trompeta, bajaba por la garganta labrada en oro, tintineando con cada tumbo, hasta descansar sobre las precedentes, dentro de la urna, con un seco chasquido. Entonces, el viejo Helkías, bajo aquel corredor abovedado, penumbroso y resguardado, de diecisiete codos de alto, volvía su rostro enjuto y apuntaba una oreja hacia la hucha correspondiente. «Ha caído una moneda de oro por la boca número seis», decía, y hacia allí partía a comprobarlo relamiéndose de satisfacción.

Se decía que el celoso cuidador del Tesoro, desde muy joven, había reducido por completo su mundo a aquel subterráneo sin que el sol hubiese tocado su piel. Contaba él mismo que, al ser designado para tan honroso cargo, juró no abandonarlo ni un instante; de ahí que fuera eximido de cualquier otra obligación, hasta la de excederse en el número de pasos permisibles en *sabbat*, con tal que estuviese atento para evitar el contagio de la limpia moneda judía con el denario impuro, depositado en secreto y malintencionadamente por algún cerdo samaritano infiltrado entre los judíos. No hubiera sido la primera vez ni sería la última de sus afrentas.

De aquí que no hubiese conocido Helkías mujer ni familia; ni supiese si llovía o hacía buen sol; si el viento traía aromas de olivares o hedores de muladares; si era de día o de noche. Si continuaba existiendo el mundo, era porque no dejaban de caer monedas.

— ¿Judas Iscariote? Lo recuerdo, ¡cómo no! Debía entregarle treinta siclos de plata regularmente...

— ¡Y qué más, señor?

Helkías interrumpió sus pensamientos; un ruido como de cascada metálica venía del fondo del oscuro pasadizo.

— Ha sido Joseph de Gadara quien ha depositado su ofrenda: ¡doscientos siclos dorados!

Y desapareció por unos instantes dejando solos a Saulo de Tarso y al *sofer* Gezer. Regresó al cabo, satisfecho por su agudeza auditiva.

— Mañana será *sabbat* — dijo, como si el fluir del tiempo se subordinara a particular ofrenda en oro. — ¿Por Judas Iscariote me preguntabas? Pues... Supersticioso: nunca aceptaba que se le pagara de la alcancía número trece, sino de la décima; aseguraba que el diez era el número del Universo, grande, símbolo de la perfección...

Saulo se movía inquieto; además de agente romano, también era pitagórico el traidor, es decir: suspicaz en extremo, frío, calculador, astuto...

— ¿Y cómo era físicamente, puedes describirlo? — preguntó al de la oreja infalible.

— Cómo no podría si, durante dos años lo tuve aquí cada mes. Era el único a quien yo pagaba sin intermediario alguno. Y él, en cuanto comprobaba haber recibido sus treinta monedas, las guardaba en lo más profundo de sus vestiduras. Diríase que quería ocultarlas bajo la piel. Luego salía sin que nadie supiese del asunto... Era alto, enjuto, de cabellos y barba abundantes y muy rojos; de piel blanca pero salpicada de pecas... Hasta los vellos de sus brazos parecían de azafrán...

— De acuerdo con lo último que hemos sabido, querido Moshe Gezer, creo que a tus teorías se las ha llevado el viento hacia el inmenso Madiam: Judas bien pudo librarse de la barba y del pelo que tan a las claras lo hubiesen identificado. Si los hombres que estuvieron al tanto en cada ciudad, encrucijada, hostería o cruce obligatorio por donde pudo haber huido, acechaban a un extraño de piel blanca y manchada y vello azafranado, pasó bajo sus

narices afeitado, rapado, harapiento y hasta con la azadilla para hacer el hoyo y enterrar sus inmundicias, como un esenio.

Gezer quedó pensativo.

—Puede ser... Pero insisto. No sé por qué estoy tan seguro de que no ha salido de la ciudad. Señor, pudo haber hecho eso mismo y quedarse: nadie lo reconocería... Y con el dinero... Espere un momento, señor —revolvió entre los pergaminos de la pared izquierda hasta hallar el que buscaba. —En efecto, aquí se lee que fueron treinta siclos de plata su sueldo; eso nos daría un total de casi dos mil siclos habidos durante el tiempo que nos sirvió entre los capitanes de Jesús... Añada lo que recibió de los romanos por su traición, más lo que pudo escamotear de la bolsa común que Jesús ideó desde que empezaron sus desvaríos mesiánicos... ¡Logró acumular casi una fortuna! Bien. Ahora viene la pregunta: ¿qué hizo con ella? Las autoridades no reportaron el hallazgo de dinero entre los supuestos restos del Iscariote.

Saulo de Tarso no lo interrumpió. El alumno de Magistratura iba de un lado al otro del recinto pensando en voz alta, tal vez en espera de una opinión contraria que quizás fuera, paradójicamente, la clave para la solución. Y continuaba en su monólogo ambulatorio:

—Pudo haberla despilfarrado en el juego, con mujeres o en borracheras... No lo creo. Hubiera sido señalarse más de la cuenta aun habiendo cambiado su fisonomía. ¿La ocultó y se escondió él también y dejó pasar el tiempo? Pero... ¿Cuánto tiempo? ¿Tanto que, al cabo de casi diez años todavía siga esperando? Me parece demasiado... Un año, dos... a lo sumo cinco; ya sería suficiente para comenzar una nueva vida... Una nueva vida...

De nuevo la musiquilla en metálico bajo el suelo de Hell.

—¡Tres de plata en la oncena! El señor Sakker, tan tacaño..., sólo tres miserables monedas...

Y desapareció tras un recodo el perspicaz custodio del Tesoro, en busca de la oncena. Sí, habían sido depositadas por el señor Sakker...

Badith Bar Sakker, quien acababa de recibir el último plazo en pago por un terreno casi baldío y preñado de quebradas, al

otro lado del Gihon. Un buen negocio: aquel campo no valía ni un tercio del precio por él exigido. Pero Yahvé había dividido a los hombres en tontos y en talentosos. Por supuesto, creó mayor número de los primeros para enaltecimiento de los segundos.

Y, al cruzar el puente rumbo al palacio de Herodes, el señor Sakker echó un vistazo despectivo más allá de las murallas, hacia aquel sitio abrupto y rico sólo en arcilla, que ya la gente conocía como «campo del alfarero»...

—Había un publicano entre sus capitanes: Mateo, reclutado por el mismo Jesús. Fue un desacato a nuestra autoridad y la temprana evidencia de su locura —pensaba Saulo de Tarso en voz alta.

Sofer Gezer alzó los ojos del pergamino desplegado sobre la mesa. Mateo, el más culto del grupo a causa de su oficio. Hablaba griego y latín con la misma soltura que uno de aquellos extranjeros... Además, se dedicó a tomar nota de casi todos los sucesos en que se vio envuelto su Maestro. El último informe recibido de Antioquía aseguraba que se había dado a ordenar lo que escribió y, además, entrevistaba a cuanta persona tuvo algo que ver o fue testigo de aquellas andanzas. Se había convertido en uno de los puntales de la secta en esa comarca.

—¡Un publicano! —saltó el muchacho. —Sí, señor. ¿Quién mejor que uno de ellos para conocer acerca del movimiento financiero en la ciudad? ¡Un odioso publicano! De tan sólo mencionarlo, las tripas se me revuelven: es el colmo de la avaricia y el servilismo. ¡Un sucio recaudador de impuestos! Uno que tiende la mano a su hermano judío para quitarle hasta el sayal y luego entregárselo al opresor en forma de tributo... Pero que nos puede ser muy útil...

—¿En los últimos diez años...? No, no he tenido entre mis tributarios a ninguno que haya hecho transacciones de importancia... Díganle a *sofer Gezer* que, por mi parte, siempre estaré a su disposición. Y, desde luego, le avisaré de cualquier asunto por el estilo que pueda averiguar...

—Un momento, por favor, puede que haya algo, permítanme consultar en mis registros... No, no vale la pena, nada

significativo desde la muerte del falso profeta. ¿Lo recuerdan? Resultó un espectáculo grandioso: con toda su fama de milagrero, fue incapaz de bajar de la cruz... Bien, pues nada: los mismos artesanos, los mismos burdeles... Quizás hasta menos, son tiempos difíciles... Pero, vayan al barrio de los tablajeros y pregunten por el señor Amiel; tengo entendido que hace como cinco años comenzó a cobrar impuestos al dueño de cierta hostería recién abierta en su demarcación...

—Sí, es cierto —dijo el viejo Amiel de Magdala, y sus mejillas se arrugan un poco más al saber quién era el joven barbilampiño que tenía ante sí. —De acuerdo con mis cuentas, hace seis años, Isachar compró dos o tres casas contiguas, cerca de la puerta de Yaffo, justo en una de las esquinas donde se levanta la columna del farol... No, no es muy viejo, aunque aparenta más edad de la que tiene..., quizás por ser muy flaco y de esa gente que tiene la piel blanca, reseca; su barba rojiza... ¡Eh, espere! ¿No quiere saber más...? Qué barbaridad, Señor: ni siquiera me lo agradeció...

Angostas callejuelas de la Ciudad Vieja que se cruzan formando los más disímiles ángulos, entre los cuales es muy difícil hallar uno recto. Callejas de Jerusalem, oscuras y tortuosas, donde alguien siempre acecha: el ladrón, capaz de degollar por unas monedas; el mendigo, de llagas ocultas por pringosos trapos; o la prostituta que invita a la embriaguez de pasión hasta que amanezca el día.

Callejas de Jerusalem donde también se puede hallar cada pocos pasos una de sus cuatrocientas ochenta sinagogas y distinguirse, al cantar el salmo de las alabanzas y aflicciones, la voz de acento gutural y denso del galileo en contraste con el dejo retardado del judaico ciudadano.

Callejuelas de Jerusalem, que se adornan con ramas de palmeras y de sauce durante la fiesta de los Tabernáculos, en honor a los árboles que ampararon al Pueblo Escogido en las cuatro décadas del azaroso éxodo.

Callejones torcidos de Jerusalem donde el aire es denso, difícil de respirar y cargado de olores peculiares; un ciego de buen olfato jamás se perdería en esta ciudad.

Callejas de Jerusalem, como ésta, que muere en el cruce donde una mísera lámpara permanece allí, ausente de incienso perfumado o de zumo de juncal, cuya única misión es alumbrar precariamente al caminante y, casi a regañadientes, hacer visible una tabla grabada con hierro al rojo sobre la que se lee el nombre del establecimiento: Hostería de Isachar.

A nadie más que a él llamaba la atención el fuerte olor a ceniza mojada que esparcían en el aire las suelas que calzaban los pies más jóvenes de cuantos había bajo la mesa. ¿A quién más podía interesar un olor distinto de los habituales que al perro del hospedero? Era un perro sin abolengo, refugiado allí, por cuenta del amo, desde sus años de cachorro. De buen carácter, sociable, no le gustaba estar solo ni por un momento, ni le importaba mucho la compañía con tal que fuera humana. Era todo lo contrario al del hortelano: huraño, celoso guardián de una huerta cuyos frutos no comía ni dejaba comer. De ahí que aquel otro no conociera a nadie más que a su dueño, mientras éste había hecho buenas migas con casi toda la gentuza que frecuentaba la hostería. He aquí la razón por la cual era capaz de jurar por los sagrados huesos de Salomón que aquellas sandalias de finas correas, ajustadas a unos pies blancos y muy limpios, pisaban las mugrientas esterillas de la hostería por primera vez. Y sentíase intrigado. Paró las orejas a fin de prestar atención a cuanto conversaban entre sí los cuatro pares de pies. Y escuchó.

—Ya queda tan sólo media docena, *sofer*, y a cual de ellos más borracho —decían unos pies enormes y callosos, —pero aún no es el momento.

—Lo sé, señor. No hay que olvidar que en esta empresa vale más esperar todo un mes a tomar una decisión impensada que genere inconveniencias. Pero, como nada más se trata de hablar con él...

—... Sin que «nadie» nos vea ni se percate de que lo estamos interrogando, y mucho menos él mismo, ¿de acuerdo?

Bien, cada vez se pone más interesante la cuestión: ¿qué querían saber de Isachar? ¿Habrían descubierto que...? Su instinto ca-

nino lo hacía sentirse inquieto. ¡Por el mismísimo Can Cerbero! Sería su perdición... Pero, era imposible que un secreto tan bien guardado durante años... Sí, la mar de veces lo había escuchado cuchicheando con el ama de lo bien que supo aprovechar la confusión reinante en la ciudad, cuando crucificaron al falso Mesías galileo, el perturbador del Templo, el hacedor de milagros... Y de la angustia que se prendió de la gente al sentirse defraudada; del desaliento que abrumaba a todo el que había creído en su palabra redentora... Y de la represión que vino después, porque, al parecer de las autoridades romanas, aquel hecho aumentaría el número de los sediciosos que engrosaban la ya larga lista.

Luego vino otra persecución todavía más brutal: la que desató el Sanhedrín contra los seguidores del crucificado, para darle un matiz religioso al asunto. Aún recordaba cómo habían matado de una golphiza al hombre que juraba haber vuelto a ver gracias al milagro de la saliva y el barro que el profeta le había puesto sobre los ojos... ¡Dios, fueron días terribles! Vagaba yo por los cuchitriles del mercado alto, cuando encontré al amo, a quien hice sitio en mi madriguera para que pudiera esconderse de los soldados que requisaban el barrio. Anduve con él desde entonces y supe de las veces que había cambiado de nombre y de aspecto. Hasta en cierta ocasión se había hecho pasar por mendigo y durante seis meses habían comido a hurtadillas para que nadie se diera cuenta del dinero que llevaba encima; ¡y cuánto tenía, oh, guardián de la laguna Estigia!

Los pies enormes y callosos se movieron inquietos. Los pies blancos y muy limpios llamaron al amo...

— Pero no era él, señor. Ni siquiera había nacido en Keriot: se trataba de un samaritano. Había robado una fuerte suma en Sechem y salió huyendo: aprovechó aquella Pascua para refugiarse en la ciudad, seguro de que aquí no sería buscado; ningún otro momento ni sitio mejores para esconderse hasta capear el temporal.

Saulo de Tarso dio unos pasos hacia la puerta que se abría al atrio, pero no llegó hasta ella; se quedó paseando la mirada por las paredes cubiertas de estantes repletos de pergaminos bien

ordenados. A pesar del chasco, sin duda que *sofer* Gezer había hecho un buen trabajo. En cuanto el presunto hizo su confesión, se pudo comprobar cada detalle...

— Todo ha sido cuidadosamente confirmado, señor...

— Lo sé, lo sé. ¿Hay más sospechosos?

— Todavía no, señor...

Había algo en su respuesta que se ocultaba bajo cierto velo de duda. Moshe Gezer no quería que se repitiera otro fracaso; era una cuestión de honor: prefería escamotear un poco la verdad hasta estar seguro.

— Continúa indagando — le dijo el de Tarso — pero esta vez dirige tus pasos directamente hacia la gente de clase media... Alguno pudo haberle vendido una de sus propiedades al hombre que buscamos. Y los recaudadores son demasiado susceptibles al soborno, capaces de callar una transacción bajo la promesa de unas monedas por encima del impuesto del que tampoco darán cuenta a su patrón.

— Claro que sí, señor. Ése fue el camino que tomé desde el principio y aún no lo he abandonado, aunque para ganar tiempo haya seguido por un atajo que me llevó a una pista falsa. Despreocúpese. Comencé por los más ruines propietarios de la ciudad. El viejo Helkías, a pesar de que vive en ese submundo, bajo el Muro de Hell, conoce valiosas particularidades de las que ni él mismo se ha dado cuenta. Es más, creo que luego de mi entrevista de hoy con cierto señor... — *sofer* calló y quedó pensativo.

Saulo de Tarso, al dejar de contemplar los anaqueles se percató de cierto ensimismamiento en el discípulo que iba más allá del respetuoso silencio del que escucha. No podía verle los ojos pues el joven miraba al piso, quizás temeroso de que, a través de ellos, se revelara aquello que le pasaba por la mente. Era preferible no fastidiar al muchacho y se despidió con su amabilidad habitual.

En las tardes bochornosas, cuando ya todos se habían marchado, solía sentarse bajo la sombra protectora del toldo y estirar los pies a su gusto. Le era posible, entonces, dejar a un lado la incómoda

azadilla, vestir una túnica suelta y fresca, del color de la amatista, y contemplar aquella parte de la ciudad que se yergue del otro lado del Gihón, cuya corriente, allá abajo, serpenteando por el angosto valle, refrescaba sus orillas entre las tupidas ramas de los tamarindos. El viento soplaba de Getsemaní y aunque parte de la muralla y de la ciudad misma le impedían verlos, el olor de los olivos le decía que el huerto continuaba allí, umbroso, un tanto solitario y quizás — se le antojaba —, hasta cierto punto, triste.

Ahuyentó con un par de manotazos la impertinente mosca, empeñada en pasear por su rapada cabeza. Ya ni siquiera echaba de menos la barba ni la abundante cabellera que en otros tiempos fuera centro de admiración en burdeles y hasta constituía el punto hacia donde se dirigían las miradas furtivas de cuantas criadas y esclavas de cántaro al hombro se cruzaban a su paso en calles y mercados. No sucedía así con su avidez de hembras, durante tanto tiempo obligado a la continencia, soslayada por cautela, ya que la violación de ese voto o precepto despertaría suspicacias dada su condición de esenio «castigado» durante varios años a vivir fuera de aquella silenciosa y lejana comunidad junto al desierto.

Un poco de mujer, con cierta discreción, por supuesto, no vendría mal. Además, si luego de tantos años nadie lo había descubierto era porque, de seguro, le habían echado tierra al asunto. Hasta quién sabe si tuvieron la certeza de que su cadáver hubiera sido uno más entre las tantas víctimas de la represión que vino después de...

No sabía si pensar en él como caudillo, profeta o loco. Llegó un momento en que nadie pudo afirmar qué era Jesús en realidad.

Él mismo lo había visto curar llagas, valiéndose no sabía de qué mañas. Sólo podía aseverar que caía como en una especie de trance, con los ojos en blanco, al igual que un poseído por el demonio, pero sin aspavientos ni blasfemias, sin una sola convulsión, sin asquerosos espumarajos... Entonces, en lugar de deshacerse en roncros gritos, por el contrario, la voz le brotaba dulce, lenta, acompañada; y repetía las frases sin quitar sus ojos

del enfermo, como queriendo taladrarle el alma y adueñarse de ella y de su voluntad... Lo conseguía ¡sí, Señor! Sobre todo en los últimos meses, antes de la fecha señalada para el levantamiento, al que se suponía debían sumarse la ciudad y los miles de «peregrinos» llegados de todas las comarcas para «celebrar» una Pascua más...

Decían que ni el propio Pilato había querido dar crédito al asunto cuando los agentes de Sejano lo pusieron al tanto de la cuestión. Confiaba el gobernador que, bajo su mano férrea, por un lado, y por otro, su bien organizada red de espías, vigilando desde adentro incluso, cuanto paso daba cada grupo de los sediciosos —que tan hábilmente le servía el Sanhedrín en bandeja dorada a manera de señuelo para que durmiese tranquilo—, la paz en Jerusalem, e incluso en toda Judea, se mantendría dentro de aceptables límites, de modo que el Emperador, o cualquiera de su recua cortesana de instigadores aspirantes al poder, lo tuviera en alta estima.

A veces se le hacía difícil creer que estuviera vivo, que hubiese podido desempeñar tantos papeles diferentes al mismo tiempo sin que una palabra dicha al descuido o hasta un gesto inoportuno le hubieran delatado: sirvió al Emperador por medio de su principal hombre de confianza; estuvo dentro de los fulleros revoltosos, bajo las órdenes directas de Caifás...; se hizo pasar por discípulo de Jesús, quien en verdad sería el caudillo de la revuelta... Y estaba seguro de que al Maestro fue al único que no pudo engañar.

¡Oh, Dios! Ya lo acosaban de nuevo los remordimientos, ya se le quemaban los labios que lo delataron con el beso de la traición; volvían a arder en sus ojos las llamas de las antorchas que se alejaban llevándolo a merced de una muerte horrible; ya le abrasaba el cuerpo la soledad que cayó sobre el huerto cual lluvia de azufre candente sobre Sodoma... ¡Pero sólo el propio Dios sabía la verdad! Él nunca había traicionado a Jesús...

Pero había huido, sabiéndose, de hecho, anulado de entre los hombres, devenido animal inmundo..., mas decidido a no servir de bestia expiatoria... Y aún se preguntaba, ¡oh, Señor!

¿Por qué el Maestro había actuado así? Si él sabía... sí que lo sabía, estaba seguro, que iban a delatarlo a los romanos y echar abajo toda la conjura... Él, Judas, tenía un motivo, mezquino, lo reconocía; pero había una razón en su proceder: dinero, ambición o como quiera llamársele; Pero... ¿y la suya...? ¿Qué podría ser ese «algo» tan poderoso que primaba dentro de sí que, ante tamaña felonía, sólo alzó la frente y le dijo, hasta con voz dulce y sin un asomo de reproche: “Judas, ¿con un beso me traicionas?” ¡Ninguno del grupo tuvo, como él, la oportunidad de escabullirse y ponerse a salvo, como hicieron los otros! Pero se dejó llevar sin la menor resistencia y con la mayor convicción. Luego se llegó a un acuerdo con Pilato, lo supe, para que todo quedara como una grave violación de principios, preceptos y leyes religiosas. Al gobernador no le convenía, en aquel momento, ni el menor indicio de una revuelta de carácter político: Antipas, Herodías, altos e influyentes dignatarios del emperador se encontraban en la ciudad. Más tarde, vendrían las averiguaciones tanto de una parte como de la otra. Y en el centro estaba él: todos los caminos conducirían a Judas Iscariote, el doble agente. Y tuvo miedo, un miedo atroz...

A veces se preguntaba si había sido cierto lo que había hecho y cómo había sido capaz de matar al pobre infeliz... ¡Oh, Señor!

Pero aquel vejete sólo era uno de los tantos que ya estaba condenado a muerte desde el momento en que nació; aquél, sí, el de la mano leprosa que Jesús curó. Tarde o temprano volverían a devorarlo lentamente las llagas... Y ya no habría Jesús para limpiarlo de nuevo; además, lo había curado en *sabbat...*, sería castigado por Dios... O no...

¿Se estaba acusando de otra muerte? O había sido, simplemente, la mano ejecutora de Adonai al emborracharlo, vestirlo con sus ropas y..., colgarlo del árbol, aquella misma noche, con las treinta monedas de plata en el talego... ¡las mismas que había recibido de Helkías aquella la tarde maldita!

Pasados los días, al hallarse el cadáver, desfigurado, comido de hormigas y de alimañas, dijeron que había sido el resto de su conciencia, que fueron los remordimientos...

Y después, el otro pobre viejo... El que poseía el terreno... ¡Dios, pero por qué tanta atrocidad! ¿Hasta cuándo estaría su-plantando inocentes? ¿Fue el pesar que nos invadió el alma al saber de la crueldad que el destino había deparado a quien el pueblo consideraba ya su verdadero redentor, mientras los otros, sus capitanes en el alzamiento, veían derrumbarse, a última hora, la única esperanza...?

El vacío... Nada importaba ya; sin embargo, el sol no se detuvo, los días continuaron sucediéndose y el tiempo comenzó a borrar los detalles más endeblés. La profunda herida se fue cerrando poco a poco hasta dejar sólo una cicatriz que a veces sus dedos palpaban al azar y entonces los recuerdos brotaban, como brotaron esta mañana, con la visita de ese muchacho..., el aprendiz de leyes, inquiriendo por la legitimidad de estas tierras y por mi aporte del diezmo al Templo...

— Es él, señor. No hay duda esta vez. Pude sacarle toda la información que necesitaba para partir de ahí. Vino a mi mente esa leyenda griega del hilo de Ariadna...

— ¿No hubo suspicacias de su parte?

— En lo absoluto.

Saulo de Tarso pasó su brazo sobre los hombros de *sofer* Gezer mientras andan a paso lento bajo la sombra del Pórtico Real, cual si cuchichearan acerca de aventuras o desventuras mujerieles; no había querido el ciliciano, extremando su prudencia, tratar aquel delicado asunto entre cuatro paredes, por muy gruesas y pétreas que fueran. El aprendiz de leyes continuó con la mayor naturalidad:

— Y todo pudo comprobarse hasta el último detalle. Luego, atando cabos aquí y allá, verificando fechas, lugares, conversando con gente de toda laya..., se pudo llegar a conclusiones. Para mi contentamiento, señor, tal como lo había intuido, Judas Iscariote jamás salió de Jerusalem. En cuanto pudo escabullirse de Getsemaní, aquella noche, sin perder un instante, ahorcó a uno cualquiera para simular el suicidio; más tarde, se ocultó en la choza solitaria de un anciano medio ermitaño que le tenía

gran estima. Días después, lo asesinó y enterró el cadáver. Nadie notó la falta pues él mismo ocupó el lugar del muerto. Vivió solo durante ese año sin que, al parecer, su conciencia lo atormentase... Y digo «al parecer» porque, a pesar de su sangre fría, hubo «algo» que lo hizo volver al sitio donde tuvo lugar la delación, un día como aquél, a la misma hora, un año después; Para mí, este hecho sí le producía remordimientos. Una vez allí, creyéndose solo, comenzó a llorar, a lamentarse y a desgarrar sus vestidos al tiempo que, entre gemidos, pedía perdón al que llevó a la cruz como si lo tuviera delante... Un acceso de locura, sin duda, que lo mantuvo así durante horas hasta caer desmayado. Lo que él nunca supo fue que «alguien» lo estaba observando: Elifeleth...

— ¿Ese otro desquiciado? No me digas que lo has tomado en serio...

Sofer Gezer suspiró profundamente, a la vez que sonreía y negaba con la cabeza.

— Nunca debe menospreciarse un testimonio, venga de quien venga. La fuente que, en apariencia, y hasta con certeza, puede no ser digna de todo crédito, a veces, como en este caso, es la que nos lleva a la más fidedigna versión de un acontecimiento...

— Discúlpame por haberte interrumpido — Saulo le dio unas palmaditas afectuosas —, continúa, por favor. Y no permitas que vuelva a romper tu discurso.

— Yo sabía que el muchacho estaba loco, señor, pero no podía soslayar a uno de los que estuvieron presentes en la noche de los hechos. Fue para mí bastante penoso, no crea: lo tienen encerrado en una cabaña que su padre, el señor Elisama, usted lo conoce, ha mandado levantar al fondo de la quinta que posee en la ladera misma del Monte de los Olivos, junto a la calzada que baja de Bethania. Antes lo dejaban vagar por Getsemaní. Después, su padre decidió mantenerlo a buen recaudo, temiendo que pudiera hacerse daño. Por supuesto, dijo muchas incongruencias, cientos de ellas. Habló de otro joven que también solía acompañarlo por las noches en el monte, pero no fueron más que desvaríos... No obstante, pude ir entresacando... Y luego de mucha plática, me relató todo lo que había escuchado esa otra noche por boca del

«desconocido» al principio, pero en quien juró reconocer a Judas Iscariote. Orate, poseído o como quiera llamársele, Elifeleth tiene una memoria prodigiosa para identificar voces. Sobre todo, fíjese bien, si el asunto se relaciona con la raíz de su mal: el conflicto que originaron en él las palabras de Jesús al preguntarle cómo ganar el reino de los cielos: «Vende todo lo que tengas y dáselo a los pobres...», le dijo el creído Mesías. Para un adolescente, rico de nacimiento, muy sensible... Imagine el trauma...

—Sí, fue un engatusado más en quien sembró la duda y a quien contagió su propia locura. Ya por entonces habíamos llegado a la conclusión de que no tenía remedio... Pero era demasiado tarde...

—Resumiendo, señor: supe que un día se presentó este «alfarero» en casa de Elisama y fue «oído» por su hijo: de ahí sobrevino un ataque en el muchacho..., dijo ciertas palabras, al parecer desatinadas... Y ello fue lo que me dio pie para interrogarlo...

El sol, en su descenso, estiraba las sombras de las columnas a lo largo del corredor. Caía la tarde precursora del *sabbat*.

—Nuevamente debo reconocer tu cuidado e inteligencia; la agudeza de tu entendimiento, de tu olfato y de tu minuciosidad... Una vez pasado el día consagrado al Señor, visitaremos, mis hombres y yo, la quinta de ese «alfarero». Tú permanecerás en el Templo. Es necesario ocultar todo vínculo entre el grupo encargado de la ejecución y mi estimado *sofer*. Mientras menos sepan unos de los otros, tanto mejor. Eso se llama «compartimentación», quizás el vocablo te sea ajeno, pero ya te acostumbrarás. Toca, ahora, a otros, encargarse de limar esta aspereza. Duerme tranquilo y no te sorprendas por las noticias que te lleguen, pero cuida bien disimularlo.

Un nuevo rodillazo en el estómago lo sacó de la seminconsciencia en que le habían sumido los golpes anteriores.

—No tienes por qué negarlo, Iscariote, lo sabemos todo. Has ofendido al Señor: debes pagar por tu culpa. Somos los encargados de imponerte una penitencia para que purgues tus pecados.

Sombras difusas daban vueltas ante sus ojos.

Le habían roto los huesos, casi destrozado... Sólo percibía, a duras penas, *koufiehs* negros que nada más dejaban ver los ojos y distorsionaban la voz... Lo rodearon. Sabía que estaba perdido, que lo habían identificado por aquellos que más le odiaban: sus compatriotas. Los romanos nunca se hubieran ensañado así... ¿Temían que revelara los hilos secretos de la conjura? Los conocía bien de ambas partes. O querían silenciar a uno de los testigos de sus prodigios... Sintió que lo volteaban sobre el piso y que lo ataban... El que parecía comandar el grupo le dijo:

— Te impondremos una penitencia, Iscariote: subirás a lo más alto de ese peñasco, al fondo de la cabaña, llevando sobre tus espaldas estas pesadas ánforas que tú mismo has moldeado; están llenas del polvo negro que nuestros mercaderes han traído del Gran Camino de la Seda, muy lejos: un sitio preñado de creencias paganas, como las tuyas, Iscariote... ¡Ahora no te retractes! Es demasiado tarde, debes purgar tus ofensas a Dios... Cerraste filas junto a los que seguían a Jesús... Cerraste filas con los romanos... Cerraste filas con los verdaderos servidores del Señor... A tantos serviste, a tantos traicionaste... Anda, escala el cerro con tu carga, suda y padece como si llevaras una cruz sobre tu lomo; y, cuando estés en lo alto, abre bien tu boca y aspira el aire que te faltó durante el camino: habrá llegado la hora en que Adonai, misericordioso, te habrá concedido el perdón por todas tus faltas...

Corría penosamente, cuesta arriba; tropezando, cayendo, igual que él cuando cargaba su cruz rumbo al Calvario... La garganta se le secaba, sangraba por codos, rodillas y por los pies descalzos; hasta su frente se había roto una vez más contra los escollos que afloraban en el camino... Pero no hubo ni un reparo: habían sido los ángeles del Señor que lo habían visitado, al igual que a Lot, para redimirlo. Y le habían impuesto un castigo que cumplía con toda complacencia... ¡Al fin se vería libre de remordimientos! ¡Oh, Señor, volvería a ti limpio de inmundicias! Hasta la carga se me hacía más liviana a medida que subía...

— ¡Es tu gracia, Señor! Ya llego, ya veo tu Ciudad Santa desde lo alto de este cerro y las antorchas que, allá abajo, han en-

cendido tus ángeles... Una serpiente de fuego me sigue por el camino que he recorrido, un fuego que arde sin llama, y pronto llegará hasta mí para hacerme resplandecer ante tu gloria...

– Dicen que reventó en la cima del cerro, Jonathán.

– Horrible fue lo que vi desde mi terrazo... Un relámpago y después el trueno...

– Todo el campo quedó lleno de sangre..., Jonathán. Parece haber reventado...

– Y hay vísceras esparcidas por todo aquello. Creo que el Sanhedrín tomará cartas en el asunto..., amigo mío.

– Supe, por buenas fuentes, que piensan reservar el terreno para enterrar en él a todo aquél que no merezca sagrada sepultura..., a los extranjeros que mueran en Jerusalem... *Haceldama*, llamarán al sitio...,

– «Campo de Sangre», Jonathán, campo de sangre...

II

María no puede evitarlo. Cada tarde, al ponerse el sol y quedarse sola, sus recuerdos se vuelven llanto estremecedor. Y esta tarde más que otras: víspera de su regreso a Nazareth, de donde sabía que no habría de volver. Y es como una despedida a la Ciudad Santa que había visto sus obras y oído su palabra...

La llevaron a vivir justo frente a la puerta de la muralla por donde salió de Jerusalem en su último día de vida. ¿Para qué lo hicieron? Para que ella y su pesar también formaran parte del culto en ciernes. Te llevaron y la «colocaron» allí como el objeto símbolo del dolor de la madre que vio padecer al primero de sus hijos, escarnecido a salvazos por una multitud que antes lo adoró con la misma histeria que entonces lo maldecían a él y a sus doce capitanes «fieles», aquellos que lo dejaron solo la noche de la traición... Y no podía evitar que las palabras salieran de su boca, una vez más, en amargo reproche, sin saber a ciencia cierta a quién iban dirigidas, si a sí misma, para que la acompañen en su soledad, si a la ciudad entera, si al propio Dios por haber permitido tanta crueldad...

—Y luego, aquellos que debían protegerlo, echaron a volar el rumor de su resurrección porque se halló el sepulcro vacío: revuelo escandaloso que provocó la ira de Pilato y desató la persecución contra ellos mismos, acusados de profanadores de tumbas. Sin embargo, pasado un tiempo prudencial, fueron reapareciendo para agruparse de nuevo y ponerse de acuerdo, según afirmaban, con el dictado de sus palabras, porque no sólo se limitaron a decir que lo habían visto resucitado, sino que estuvo entre ellos durante cuarenta días y hasta cenaron juntos... ¡Mentira! Y bien lo sé. Si a alguien vendría primero, trascendiendo la muerte, sería a mí, aunque nada más fuera para servirme de consuelo por un instante... Pero ni en sueños lo he vuelto a

ver. Ni lo veré más; a nadie mejor que a mí le consta que está muerto. Yo sí metí mis dedos en la herida del costado para lavar con mis propias manos la sangre reseca antes que empezara a pudrirse. ¡Que no venga ahora con sus embustes ese sabiondo de Tomás! Ni quieran volverme loca pretendiendo hacerme creer que, una semana después de Pentecostés, los iluminó su espíritu y hablaron y se entendieron en extrañas lenguas judíos y gentiles conversos. ¡Todo fue una gran patraña...! Bien que se lo advertí cuando fueron a buscarlo a Nazareth para llenarle la cabeza con todas aquellas ideas locas, para proponerle liderar el grupo... «Que todo había sido muy bien preparado desde Jerusalem...», «Que simularía ser profeta...», «Que hasta aparentes contradicciones entre su palabra y los Doctores de la Ley encubrirían el verdadero propósito...» Y yo, tratando de convencerlo de que, no obstante los fines a alcanzar, mi instinto de madre no me dejaba tranquila y le decía que algo oscuro se ocultaba detrás de todo aquello, que no se fiara... Mil veces le rogué, hasta lo reprendí... Ya no me quedaba nada por hacer... Y llegó el día en que lo vi partir, irradiando dicha, parecía en verdad aquél de quien las Sagradas Escrituras dijeran: «Andarán las gentes a tu luz...» Miren, al pasar los años, en qué se ha convertido aquella luz: en un sucio juego con mi dolor... Y con el de todos los que en verdad creyeron en él.

»De ahí que no me reprochen haber recogido mis pocas cosas y esperar a que Jaime me lleve de vuelta a mi querida Galilea, de donde sólo salí una vez y fue para verlo padecer, clavado en una cruz, junto a un par de ladrones. Que no trate de persuadirme Simón Pedro, su segundo, «su más fiel seguidor», el que lo negó tres veces en el patio de Caifás mientras esperaba el juicio, al calor de la misma hoguera donde se reunían los que más tarde debían desgañitarse clamando su muerte. No siento que lo traiciono si ése me dice que le vuelvo la espalda a las palabras de mi hijo, que cómo voy a abandonar la congregación, si soy ejemplo de sacrificio para todas las madres como él lo fue para todos los hombres. No, no me dejaré engatusar: el que hoy se jacta de ser la «piedra» sobre la cual debe erigirse la hermandad de

sus seguidores, no es más que un burdo farsante que ni siquiera sirve para guiar a su propia familia. Y eso de la «comunidad de bienes», amparándose en el ejemplo que diera él –fuera falso o verdadero– bien sé que dista mucho de ser cierto. Viudas, cuyos esposos, antes de morir, lo vendieron todo y lo depositaron a los pies de ellos, mendigan hoy por los portales del Templo... Y, donde al principio cada cual aportaba su trabajo en favor de todos, ahora ya se pretende que ciertas figuras dejen sus oficios..., y sean pagados de la caja común, para dedicarse a determinadas funciones...

»Me apartaré de todo esto, volveré a mi adorada Nazareth..., allí, al menos, me quedará el consuelo de sentarme bajo aquella higuera, donde tantas historias de pastores y magos urdí para él, mientras me perdía en la dulce mirada de aquel chicuelo un tanto revoltoso... Ya vienen a despedirme Ananías y Safira.»

– Adiós, Safira. Y tú, amigo Ananías, bien que hiciste en reservar para ti una parte de la venta de tu tierra... «Ayúdame a ti mismo y yo te ayudaré...», dicen que solía repetir...

Safira posó sus manos sobre los hombros de María y la miró a los ojos..

– Retén tus lágrimas, ya lo lloraste aún estando vivo. Ciñe tus brazos con las ajorcas que una vez te regaló al recibir su primera paga, cuando ganaba el pan con el sudor de sus hombros. Deja atrás amargos recuerdos, angustias y penas; ya no hay remedio y de nada valdrían lamentaciones. Llévate a tu hijo en el cáliz donde bebió el último vino; guarda bien esa copa que aún conserva el calor de su aliento... Y cúbrete con una delgada toca de lino. El viaje será largo y penoso. No tomes el camino de Emmaús: tendrías que bordear el Gólgota y sería inevitable que tus ojos se volvieran hacia el sitio donde te dijo sus últimas palabras, quizás postreros desvaríos de moribundo... Ve por Jericó... Y que el canto de la brisa en los olivos sea para ti su último adiós...

– Se marchó, señor, iba con uno de sus hijos, aunque rumbo a Jericó, creo va de regreso a Galilea.

Saulo de Tarso desató cuidadosamente el *koufieh* que envolvía su abultada cabeza y demoró un poco en responder al joven *sofer*, convertido ya en su principal consejero. Hacía calor hasta en la sombreada terraza, bajo los naranjales en flor, cuyo perfume, aunque lo intentaba, tampoco conseguía refrescar ni un ápice aquella tarde bochornosa. Una sonrisa burlona acompañó su respuesta:

— Tanto mejor, querido amigo... Pero, siéntate, hombre, y bebamos algo — hizo un leve gesto con la mano a algún solícito criado. — Debe haberse percatado de que la utilizaban con fines proselitistas, que iba cayendo casi en la idolatría. O se convenció de que el tan cacareado retorno de su hijo demoraba más de la cuenta y no era otra cosa que una sarta de pamplinas. ¿No dijeron se le esperaba el mismo año de su resurrección? Bien, han transcurrido casi diez... y nada. Se puede engañar a una masa de fanáticos postergando un suceso esperanzador, una redención, por ejemplo; pero es injusto y hasta ruin jugar con la angustia de la madre cuyas manos amortajaron el cuerpo de su hijo, haciéndola creer que volverá del viaje sin retorno. Bien convencida debe estar de que no regresará.

— Existen grandes divergencias internas en la secta, señor Saulo...

— No te detengas, continúa, mi fiel amigo. El criado que nos sirve es sordomudo, no temas. Di todo lo que hayas averiguado en estos dos meses, luego del exitoso cierre del caso Judas Iscariote... A propósito, nuestros queridos partidarios del profeta galileo han dicho que se despeñó por un barranco y reventó, castigado por aquél a quien había delatado. A todo quieren sacarle partido, hasta a los reveses.

— Para todo tienen una explicación bien condimentada y dispuesta a ser digerida por estómagos incautos; siempre encuentran el modo de desviar la atención de aquello que no les conviene.

Moshe Gezer bebió un sorbo del agridulce zumo de cidra. Sabía que su jefe esperaba un informe minucioso acerca de las actividades de Simón Pedro, conocido por *kefas*. Y no lo demoró

más, pero esta vez no desplegó pergaminos: todo lo traía en su prodigiosa memoria.

—Creo que a Simón Bar Jona, ése es su nombre original, la conducción de la secta se le va de las manos poco a poco. Si hubiese tenido junto a sí a Esteban, la sagacidad de éste hubiese compensado sus exabruptos... Además, el joven lapidado era del grupo de los helénicos, más avezados, más cultos y, en consecuencia, más inteligentes. Lo verdaderamente significativo y a lo que pudiera sacarse partido, si nos proponemos hacer un trabajo limpio y escrupuloso, está relacionado con ciertos acápites de su propia organización...

Saulo sonrió abiertamente en lo que parecía más una mueca que una muestra de complacencia. Se arrellanó, satisfecho por haber encontrado un «asesor» tan eficiente.

Sofer Gezer se explayó en su discurso con toda calma.

—Hace unos años, estos «cristianos» instituyeron como requisito para formar parte de la hermandad, que quien tuviese bienes los vendiera y aportara íntegramente el producto para beneficio por igual de todos y en especial de aquellos que no poseían nada. Bien, según se supo, cada vez eran menos aquellos que lo entregaban todo: había reservas. Por otra parte, los helénicos protestaron a causa de la poca o ninguna ayuda que se les prestaba a sus viudas. Puedo enumerarle los casos y son notables. Pero los del bando hebreo supieron hallar una solución negociada antes de ponerse en pugna; salida muy inteligente, pues de haber procedido de forma contraria se habrían debilitado con creces; hubieran perdido una buena cantidad de poderosos e influyentes miembros. ¿Qué hicieron? No mantener una postura estrictamente hebrea, sino darles participación en el grupo rector a una comisión formada por helénicos.

»La idea, por supuesto no partió de Simón Pedro; según he sabido, fue Esteban, y vuelve a salir a la palestra. Sin duda el más perspicaz y el mismo a quien usted, de manera impecable, supo atajar a tiempo haciendo que fuera lapidado... Aun así, esa idea de la comunidad de bienes les dio buenos resultados.

»Pero, tratándose del modo en que Simón Pedro dirige los destinos del grupo, me parece que para él resulta muy tentador

atribuirse funciones y muy peligroso a su vez vivir con el temor a una mala pasada, si las comparte.

»Aprendió mucho durante el tiempo que estuvo a lado de Jesús, es cierto, pero desde el fondo de su ser siempre sale a relucir el rudo carácter del barquero pescador y una soberbia congénita que bien puede servirnos mucho con tal que sepamos aprovecharla oportunamente».

Saulo de Tarso se había puesto en pie y caminaba alrededor del *sofer* sin dejar de escucharlo.

—Pero existen divergencias todavía más serias, señor —continuó el joven. —La comunidad cristiana que se ha establecido en Antioquía, con tal de atraerse la mayor cantidad posible de adeptos, sobre todo griegos, ha hecho graves concesiones que obran en contra de preceptos de la sagrada Ley, como el de la circuncisión. Ante tamaña infracción, un grupo de fariseos llegado allí comenzó a predicar a los gentiles que, de no cumplir con este precepto, tal como lo hacen los judíos, no alcanzarían la «salvación» de que habló Jesús. En síntesis: es palpable que se han escindido en dos grupos; el liderado por Bernabé, partidario de helenizar la secta, y el que comanda el propio Simón Pedro, opuesto a todo ingreso en la cofradía bajo condiciones que tiendan a quebrantar el equilibrio del mosaísmo; pues, según cita: «Jesús bien claro lo dijo: no vayáis por el camino de los gentiles ni entréis en casa de samaritanos...». Ése es el estado actual de las cosas, señor.

Saulo de Tarso se detuvo de espaldas al estudiante de leyes. Los rasgos de enanismo, evidentes en su silueta, se acentuaron al colocarse a contraluz. Pensaba, embelesado. Tanto rato pasó sin mover ni uno de sus músculos que a Moshe Gezer se le imaginó una burda estatua esculpida por las manos torpes de un principiante sin talento. Al cabo, se volvió lentamente.

—Estos... «cristianos», surgidos de nuestros propios errores, aprovechándose de nuestros recursos, de nuestras sinagogas incluso, han logrado subsistir como secta y además proliferar como el cardo en terreno beneficiado, gracias precisamente a la solidez de nuestro mosaísmo, a costa del mismo elemento cohe-

sivo que tan unido mantiene al pueblo hebreo, ¿te das cuenta, mi sagaz colaborador? Ellos no quieren separarse; al menos, por el momento, no les conviene, pues solos no podrían apoyarse en nuestra fuerza.

—Se desprende, mi señor, que el próximo que debe caer sea aquél que represente el peligro mayor e inmediato... Por ende, aquél cuya tendencia sea la de mantener al grupo seguidor del rebelde apegado al judaísmo, aferrado a los preceptos de la ley de Moisés... En ese caso, Simón Bar Jona, *kefas*...

Saulo de Tarso hizo una mueca que distaba mucho de ser una sonrisa, aunque él pretendía que lo fuera.

—Si ese nombre me das...

El barquero del Mar de Galilea contempló la palma de sus manos y de pronto se dio cuenta de que, aunque torpes y conservando la tosquedad propia de casi toda una vida aferradas al remo o tirando de las redes, una buena parte de sus callosidades había desaparecido. El tiempo pasaba, soplaban otros vientos... Había quedado atrás la villa cercana al lago que lo vio nacer y crecer; ahora vivía en la capital, en una mansión no tan modesta como la de Galilea... Pero se justificaba por el hecho de que era allí donde se requería espacio suficiente para la celebración del ágape, de las reuniones de la membresía y otras actividades imposibles de realizar en las sinagogas de la ciudad. La comunidad había ido tomando vida, como la semilla que cae en tierra fértil... Y aquí se detuvieron sus pensamientos, en la frase que formara parte de una de las tantas revesadas parábolas de Jesús. Y también se detuvieron sus pasos. Llevaba ya un buen rato dando vueltas por la habitación, en espera del regreso de su secretario, que había ido en busca de María para que ésta presidiera, de acuerdo con una acertada idea suya, la reunión de las mujeres comunitarias. Mas la gestión había sido infructuosa.

—Se marchó, señor. Partió hacia Nazareth y dijo que no regresaría...

—Pero... ¿Cómo es posible que se haya marchado sin siquiera darme una explicación? ¿Habrase visto semejante ingra-

titud? Si la atendimos mejor que a nadie; si las mujeres, sobre todo las madres de la cofradía, venían a consolarla un día tras otro desde la muerte del hijo; si nunca le faltó nada..., hasta se le veneró; a tal punto que hubo momentos en que temí que cayera en una especie de idolatría... ¿Qué pretendía, que también lo resucitáramos? Él no puso en nuestras manos ni los medios... Ni todo aquel extraño poder que en ocasiones sacaba a relucir para hacer prodigios. Aún me estremezco cuando recuerdo la mañana en que resucitó al hijo de la viuda, a la salida de Naím... Nunca nos dijo cómo lo hacía, ¡ni a mí, que era su hombre de mayor confianza!

El secretario se recogió un tanto: conocía de los embates exaltados que a menudo hacían tronar a su señor. Y permaneció sin chistar.

— ¿Por qué guardó el secreto de su fuerza hasta la muerte? Quizás no quiso compartir ese dominio, temeroso de una traición... ¡Pero de quién! Me devano los sesos, si él tenía que estar convencido de que todos le éramos fieles..., salvo Judas... Quizás haya sido ésa la razón. Él sabía, o sospechaba, que había un traidor... ¿Y por qué no me confió sus dudas? ¡Quería todo el control en sus manos, quería manejar las riendas él solo! Y esa fue su perdición porque no supo hacerlo como era debido; una y otra vez rechazó el empleo de la fuerza.

Sacudió la cabeza, chasqueó los labios y continuó, como desahogándose:

— Es cierto que su fachada debía ser la de profeta, Josaphat, que debía ganarse la confianza de la gente... Hacía tanto tiempo que no surgía un «iluminado» que reuniera las condiciones que a él le sobraban... El pueblo casi tenía perdidas sus esperanzas, porque los vaticinios de aquellos que mucho antes afirmaron que un redentor vendría para salvaguardar y consolidar la Alianza no se cumplían, sino al contrario: opresor tras opresor nos aplastaba cada vez más. Pero, para quitarnos el pie extranjero de encima, hacía falta también un tanto de violencia... Si la soberbia que descargó contra los mercaderes del Templo la hubiese opuesto a los romanos... ¡Dios, cuántos más

lo hubieran seguido! Sin embargo, lo que hizo fue inquietar al Sanhedrín, y sobre todo a aquellos que lo habían preparado para un levantamiento... ¡no para hablar de advenimientos de reinos celestiales ni para infringir la Ley! ¡Porque tal exabrupto no estaba en los planes! ¿Te das cuenta, Josaphat? Tenía que mostrarse inflexible, pero sus prédicas vacilaban entre los dos extremos; una tarde dijo: «...No tenéis que pensar que yo haya venido a traer la paz a la tierra: no he venido a traer la paz, sino la guerra...». Sin embargo, un rato antes se había mostrado muy manso: «Bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios». ¡Por mil demonios, quién era capaz de saber con certeza lo que pretendía!

Simón hizo un gesto lastimero a la vez queladeaba la cabeza. Y continuó su discurso:

— ¡Cómo llegó a conocernos, Josaphat! Cuando comprendía que nuestra confianza flaqueaba, se alzaba imponente, sus ojos chispeaban... Hubo una oportunidad en que, por primera vez, lo vi enardecido y hasta por la voz destilaba odio cuando nos gritó, desafiante: «...El que tenga bolsa, que la tome y lo mismo alforja, ¡y el que no tenga que venda su manto y compre una espada!» Pero no pasó de ahí, de una simple exaltación, poco antes de que lo apresaran... Y cuanto habíamos planeado se vino abajo la noche en que cenamos juntos e Iscariote se aprovechó de ello para delatarnos... ¡Y él lo sabía! ¡Y se prendió de mi brazo cuando saqué la espada y herí al levita imbécil que tenía delante! Fue esa mansedumbre de cordero, hermano Josaphat, lo que más me irritó. Conque, ¿prefieres morir sin siquiera defender tu vida? Me dije. Pues ahí te quedas, no somos de tu pasta, está bueno ya de dar vueltas de pueblo en pueblo, curando tullidos en lugar de prepararnos para la guerra como debiste hacerlo desde el primer día. Tantos sanaste y esos tantos, a los tres días de muerto, ya ni se acordarían de ti..., a no ser por la desaparición de tu cadáver y porque fuimos nosotros los que echamos a correr el rumor de tu resurrección... Y al cabo, mira en lo que te hemos convertido: en todo un legítimo profeta, en el verdadero enviado, en el «ungido», en el salvador de los hombres... Eso nos lo debe, más todo lo

que falta y ya se avecina, Josaphat..., a pesar de las deslealtades. Ahora también su madre nos abandona. Tanto que nos desvelamos por ella, sí, por su propia madre, y ahí tienes cómo nos paga: se larga sin consideraciones, sin tener en cuenta la trascendencia de sus actos... ¡Nos da la espalda! Como hizo él cuando más necesitábamos aunque sólo hubiese sido un simple rasgo de rebeldía en su palabra, de aliento para continuar...

De no haber sido de fino lienzo y seda sus vestiduras, Simón Pedro las hubiera rasgado con tanto ahínco como siglos atrás lo habían hecho Jeremías o Job. Pero la catarsis pétreo aún no había llegado al final; alzó los ojos, como si mirara hacia lo alto de la cruz. El secretario continuó encogido, pues llegaba la hora de las imprecaciones:

— ¡Bien muerto que estás, pues vivo ya no nos haces falta! Ahora tendremos al Mesías en la sombra de lo que dejaste, hoy no te llamas Jesús de Nazareth, sino *Krestos*, el ungido, como ya te conocen los gentiles. ¿Recuerdas que fui yo quien por primera vez te dio ese nombre? ¿Lo recuerdas bien? Fue al principio, cuando aún no todos sabían el verdadero propósito de tus profecías, cuando, a veces — aquella fue una de esas ocasiones — la mirada se te perdía más allá de las nubes y sudabas, temblabas como sacudido por fiebres... Era el comienzo de la campaña y también, el de tu egolatría...

»Fui uno de los pocos en comprenderlo, y no me resultó difícil; lo sentí en cuanto tu mano, estremecida, se cerró sobre mi hombro y pronunciaste tus primeras palabras proféticas: “Bienaventurado tú, Simón Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien esto te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...”.

»Pues bien, ya la estamos edificando, pero a nuestro modo... Y en ella no admitiré traidores, ni a nuestra causa, ni a la ley de Moisés.»

— Ananías, señor. Un extenso terreno en muy buena posición: ahí mismo, justo a la vera del camino que lleva a Bethania. Lo

había heredado de su padre; él no tenía hijos entre quienes compartirlo..., en fin, que decidió venderlo y lo hizo por un excelente precio. Luego llevó el importe a los de la secta, como era su obligación.

Saulo de Tarso espantó una impertinente mosca empecinada en posarse sobre su torcida nariz.

— ¿Y bien...? ¿Qué tiene eso que ver con el asunto de la... del «asunto» de Pedro, Moshe Gezer?

Si bien se hallaban en un claro del Monte de los Olivos, muy por encima de Getsemaní, en una especie de meseta, seguros de que no habría oídos impertinentes, la voz del *sofer* bajó el tono en dos octavas cuando acercó su rostro al del ciliciano:

— Que, inculcado por su mujer, se guardó una parte, la mitad del importe: cometió una falta muy grave al incumplir lo que con tanto celo han estipulado los cristianos, ese absurdo voto de pobreza, ¿no es así, señor?

— De que es una tontería semejante empecinamiento en repudiar a los ricos, no me cabe duda, así como tampoco me sorprende lo de la repartición de bienes, no olvides que esta gentuza acostumbra enarbolar, cuando les cuadra, los más insanos juicios del que en vida debió guiarlos por el camino de nuestra Ley. ¿No dijo una vez que primero entraría un camello por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos? El Señor dio a cada cual su sitio: si puedes contar con abundante fortuna, fue porque él mismo lo dispuso así. Ahora bien, esa violación tan seria de sus reglas traería aparejada una situación tan espinosa como esa zarza que allí, al borde del camino crece...

— ... Siempre y cuando el asunto llegue a oídos de Simón Pedro, señor. El jefe cristiano suele mostrarse duro, reaccionar con aspereza, ser inflexible a la hora de juzgar actos que impliquen, aunque sólo se trate de un ligero desliz, un desvío de cualquiera de sus disposiciones: sería menoscabar su autoridad...

Sofer Gezer dejó la frase inconclusa, al igual que la ligera sonrisa que hizo prolongar la comisura de sus labios. Saulo le devolvió la sonrisa acorde con sus posibilidades: transformada en mueca.

—Es claro, mi querido aprendiz de leyes: mientras no se descubra el crimen, no hay crimen; ¿ha sabido el matrimonio guardar bien la falta?

—No tanto como para que no llegara hasta mí. Aunque aún nadie más lo sabe... O, mejor dicho, a ninguna otra persona lo contaron. Lo supe porque he seguido muy de cerca, entre otras cosas, todas sus operaciones financieras. No hay quien diga verdades más exactas que las cuentas; cuando se llevan claras, favorecen..., en la misma medida en que perjudican. Los números no mienten ni tienen conciencia de una cosa o de la otra: son fríos, y en ocasiones, hasta implacables...

Ambos quedaron en silencio: Saulo de Tarso mordisqueaba una brizna de hierba al tiempo que su mirada se abría paso por una angosta brecha entre las ramas bajas de los olivos y salía al espacio, y se iba hasta alcanzar el horizonte, limitado por las alturas del Nebo, cuyos perfiles rompían la línea recta trazada por el infalible nivel de las aguas del Mar Muerto. Moshe Gezer pensaba, simplemente pensaba y nada más; ni una sola de sus neuronas recibía otro estímulo. Para el estudiante, en ese momento, no existía la fronda que los rodeaba, ni el par de cornejas que chirriaba en lo alto de un tamarindo, ni el leve empuje del viento que hacía doblar la cerviz a los tallos de las hierbas altas, las que, al masticarlas, dejaban en los labios cierto sabor a sal, a vaho pútrido exhalado por aquellas mismas aguas donde habían ido a posarse los ojos de su señor.

—Creo, mi estimado *sofer*, que, poniendo en juego toda nuestra astucia, este matrimonio...

—¿Ananías y Safira, señor...?

—Ananías y Safira... Espera... Hay una coincidencia: en tiempos de Jeremías..., tú debes saberlo mejor que yo...

—¿Lo que se cuenta del profeta mentiroso? También se llamaba Ananías; y al parecer, era un farsante: predijo la pronta liberación del pueblo hebreo del cautiverio en Babilonia, el Señor lo reprendió... «Y en el mismo año murió Ananías en el séptimo mes...»

—Por haber mentido a Dios, *sofer*, por haber mentido...

Me mintió. Y eso no es lo más grave: ¡ha pisoteado mi autoridad! Que debió ser respetada por encima de todo: no sólo porque hubieran sido normas de conducta dictadas por el que ya no existe, sino reafirmadas por mí. ¿Adónde iremos a parar si cada cual no cumple estrictamente con lo establecido? ¡El caos! Y nada menos que tratándose de los fondos para el uso común... ¡Es inaudito! Me resultaría increíble de no haber tenido ante mis ojos la prueba irrefutable de la falacia: el contrato de la venta, que desconocidas manos, aunque sin duda piadosas, me hicieron llegar.

... Pero, hay más: mi reputación se ha puesto en tela de juicio... ¿Y si alguien pensara que yo también recibiría una parte con tal de pasar por alto el desliz? ¿No han protestado algunos por las concesiones hechas a determinados gentiles en Antioquía? ¿Se sabe de los presentes que me enviaron? Eran para mí, y para mi cofradía seguidora de Jesús... Simplemente no lo puedo permitir: tomo medidas drásticas en este asunto o se burlarán de mí. ¡Y eso es inadmisibile! Mi autoridad tiene que ser respetada; dentro de la secta y fuera de ella, soy el guía, merezco obediencia. Y si mi palabra no es suficiente, que la fuerza de mi potestad se imponga. Jesús nunca tuvo necesidad de eso, es cierto, se adueñaba de la voluntad de la gente y hacía que lo siguieran nada más que con una mirada. Aún no me puedo explicar qué primaba en ella, si la súplica conmovedora o la orden tajante; bueno, todo dependía del momento...

Pero, ¿cómo, me pregunto, sabía escoger la una o la otra? ¿A qué artes recurría para hacer valer su firmeza? Para endurecerse el corazón hasta el punto de maldecir ciudades enteras y condenarlas al fuego de Sodoma, mientras que por otra parte perdonaba vilezas, como aquella de la adúltera, sancionada por la Ley a morir lapidada. Y yo mismo lo secundé y a mí también me estremeció al apiadarse del hijo del centurión y sanarlo... ¡El hijo de un opresor! Sin embargo, fueron precisamente esos detalles los que me convencieron de que, con semejantes métodos, no iba a llegar a ninguna parte, que los planes del alzamiento se vendrían abajo, que todo se perdería... ¡No era capaz de mante-

nerse en la misma línea y hacer que prevaleciera el objetivo que se le encomendó! Eso lo llevó al fracaso. Y si no fue más estruendoso, se debió a las circunstancias que entraron en juego en ese momento..., a la cautela con que actuó el Sanhedrín..., a la suerte misma..., qué sé yo... Pero fíjate bien, Simón Bar Jona, Kefas, Pedro o como prefieran llamarme: conmigo no puede suceder lo mismo, ¿no me apodó "la piedra" por lo de recio que vislumbró en mi ánimo? Pues voy a demostrarlo con un escarmiento.

Lo de Jesús también fue eso, un escarmiento a la vista de todos para que sirviera de advertencia tanto por parte de las autoridades romanas —con el fin de aplacar rebeldías— como por parte de Caifás, de modo que no quedara duda en cuanto al castigo que recibirían las desobediencias de cualquier otro papanatas que apareciera con ínfulas de profeta sin serlo, pisoteando la Ley y ofendiendo a los doctores... Bien claro que me lo revelaron aquella noche, en el patio de la residencia del Sumo Sacerdote, en la espera del veredicto, mientras escuchaba el canto de los gallos...

Querida Safira:

Ruega para que Dios me acoja en su seno, sólo Él y su misericordioso hijo, el que estuvo entre nosotros haciendo el bien, saben de los sentimientos que me impulsaron a reservarnos parte de lo que resultó de la venta de nuestras tierras. Tú también comprendiste que así obraba bien y me apoyaste. ¿Cómo hubiese podido dejar en la pobreza a mi propio hermano y su familia? Es cierto, dicen que una vez fueron a solicitar a Jesús, su madre y sus hermanos, y él respondió: «¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Helos aquí, son ustedes, mis discípulos, aquellos que me rodean...». No hay mayor prueba de solidaridad, Safira. Y es indiscutible que su desinterés siempre sirvió de ejemplo: «Dentro de la misión del hijo de Dios, y para los que han de seguirlo, el dinero no cuenta». Porque él estaba seguro de que el reino celestial ya tocaba a las puertas; entonces, ¿para qué haría falta el dinero? Pero han pasado ocho años, mujer..., y de esperanzas puede vivir el espíritu, pero el cuerpo no. Bien que

se lo expliqué a Pedro, pero no quiso ni tan siquiera admitir una sola de mis razones...

Nos maldijo por haber infringido los preceptos, borró nuestros nombres del padrón de la cofradía... Nos execró como si hubiésemos cometido el mayor y más aborrecible de los pecados, como si con nuestro proceder la sagrada Ley de Dios hubiera sido pisoteada... ¡Nos acusó de idolatría a la riqueza! No pude contenerme, mujer; yo que permanecía de hinojos sintiendo sobre mis espaldas el látigo de su palabra, me puse en pie: «¡no busques la brizna en el ojo ajeno mientras tengas una viga clavada en el tuyo!», le respondí. Y hubo rebeldía en mi voz, y odio en mi corazón hacia quien debía obediencia y amor. Y le reproché las licencias que permitía a los gentiles convertidos por aquellos que mandó predicar la palabra del Hijo del Hombre; y le eché en cara lo del ágape, devenido banquete de ricos, en lugar de cena en común igualdad con los pobres, rememorando aquéllas en las que Jesús partía el pan entre todos... ¡Y de las dádivas en oro y alhajas que dice guardar a modo de fondos para la hermandad! ¿Es que ellas no son bienes tan comunales como las tierras que vendí? ¿Consiste la obediencia en acatar la doctrina del «haz lo que yo digo, no lo que yo hago»? Coloca en una balanza, Safira, sus faltas y las nuestras: veamos de qué lado se inclina. Tengo la convicción de haber actuado con justeza, mas mi alma no admite tan atroz ofensa: ha sido herida de muerte y muerta el alma, ¿de qué me sirve este mísero cuerpo vivo? Descuélgalo, úngelo y dale santa sepultura. Que sea mi espíritu quien comparezca ante el tribunal infalible y reciba el fallo justo, allá, a los pies del Señor y de su Hijo, donde en verdad lo inicuo no existe...

— ¡Fuiste tú el culpable, Simón Pedro!

Hay rencor en la voz y en los ojos de Safira. Saltan destellos rabiosos: ansias de reivindicación más que de venganza, aunque tampoco podría descartarse esta última. En suma, no se puede calificar, a ciencia cierta, la naturaleza de aquel remolino de perturbaciones que bullen en el alma de la mujer.

Tenía ante sí al causante de la muerte de su esposo. ¿Qué impulsos no son capaces de pasar por su mente, luego de encon-

trarlo ahorcado de una viga, en su propia habitación? ¿Cuánta cólera no anidó su corazón al saber que Ananías, zaherido por aquél de quien esperaba benevolencia, ésa misma de la que había hecho gala el Maestro, optaba por la muerte, decepcionado por el que se dice ser el segundo y fiel seguidor de su doctrina...? ¿Qué habría dicho Jesús ante semejante injusticia? Su cólera — la cólera divina —, ¡estallaría! Él, que sí era capaz de saberlo todo, no hubiese aprobado la insidia de que fue objeto Ananías. No, era indudable que la habría rechazado por contraria a su noble manera de juzgar. De seguro lo hubiese llamado; su santa mano se habría apoyado en el hombro del pecador y, simplemente, le hubiese dicho, hasta con bondad: «No te preocupes por el mañana, Ananías: el mañana se ocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su inquietud...». Luego le mandaría irse, seguro de que su alma no albergaría resentimiento ni reserva. Pero así hubiera actuado Jesús: y parangones no caben entre ambos. Él era, bien lo saben aquellos que estuvieron entre los que lo rodeaban bajo los portales del Templo, donde esparcía su palabra cual simiente de trigo; él era de los que perdonaban, incluso violaciones de absurdos preceptos del *Talmud*... ¡Él jamás condenaría una acción piadosa! Y en el proceder de Ananías no hubo dolo, bien lo sabe Simón Pedro. Entregó su parte íntegramente... ¿Habría de dejar en la miseria a su hermano por el solo hecho de que aquél no estuviese afiliado a la secta? Y a ella misma, ¿podiera pensarse que la había soslayado al reservar esa mitad para su hermano? ¿Cabría pensar que en lo que hacía no hubo ni siquiera un ápice, aunque fuera inconsciente, donde no estuviera ella presente? Resultaría tonto.

Era fácil darse cuenta de que el marido había vislumbrado algo y fue más allá: todo no era diáfano como se quería hacer ver. Había intereses, pugnas, «interpretaciones» de la doctrina que Jesús les hizo llegar... Todo podía justificarse...

Siempre, en cualquier sentencia, aparecía «una idea que subyace» y que se interpreta muy acorde con las conveniencias de los que tienen el privilegio de tomar su palabra como escudo impenetrable. De ahí que Safira no se ande con remilgos y

permita que emane de su corazón lo que se agita dentro de él, aunque sepa que con ello no volverá Ananías a su lado. Y he aquí que suelta el torrente de su adolorido rencor. ¡Lo odia! Sabe que Jesús se lo perdonaría, porque hasta el odio supo perdonar, siempre que fuera justo. ¿No arremetió contra los mercaderes del Templo, descargando su ira contra aquellos que profanaban la casa de su Padre? ¿Y el templo de su esposo? Ése que Ananías levantó sobre la palabra que le oyó decir en portales y plazas de Jerusalem. ¿No era válido ante las disposiciones de uno que se dice santo, «delegado» por él para imponer manos y hacer milagros que jamás se han visto, y que, sin embargo, se cacarean por toda la ciudad?

No, su mano no deja de aferrar el mango del puñal, ¡no lo perdona, ella no es como Jesús! A ella le arrancó la mitad de la vida por incumplir preceptos efímeros de hoy sí pero mañana no. Pedro la hirió, de modo que jamás sanará su herida: le quitó lo que más quería... ¿No le devolvió Jesús la vida a Lázaro cuando sus hermanas se lo pidieron? ¿No había en ello un desafío al Señor mismo que había decretado su muerte? ¡Quién le otorgó, a Simón Bar Jona, autoridad para condenar!

La mano, convulsa, ase la empuñadura. Siente el calor agobiante del sol que cae implacable sobre la terraza. Simón Pedro se cubre bajo el palio que ha dispuesto al efecto. Ha ordenado refrescos de tamarindo para atenuar — no se sabe si la canícula o el furor de Safira. Lo que hay de cierto, lo que prima, es un silencio abismal entre ambos; el prelado: firme, convencido de la razón que le asiste; y la mujer, en cuyos ojos ya no quedan lágrimas, dispuesta a todo.

E irrumpe en la mente de Safira la escena horripilante: Ananías cuelga de una soga que no puede explicarse cómo pudo atar a la viga del techo... El banco, volcado por sus pies, quizás con el último aliento... Los ojos desorbitados del que fuera su esposo... Y aquella expresión de terror en el rostro, muy ajena a la de quien se complace en ofrendar su propia vida, en aras de una expiación...

De pronto, todo deja de tener su sentido habitual: ya el sol no alumbra, el palio se ha vuelto negro, la terraza gira a su al-

rededor, una de sus manos se le prende de las barbas y casi las arranca, descubriendo la garganta..., sólo el brillo de una filosa hoja resplandece por un instante..., y corta..., penetra..., desgarr..., hiere: mata.

Un estertor que se ahoga en sangre...

Y todo ha terminado.

«Dicen que mil demonios se adueñaron de mí, que impulsaron esta mano al crimen... Pero ya nada me importa, ni siquiera revelarles la verdad. ¿De qué valdría convencerlos de que ése, a quien ahora tienen por santo, no fue más que un vil farsante? Todos ellos participan del mismo juego; aún no habían cerrado la entrada de su tumba y ya se disputaban el poder... ¿Santiago, el hijo de Zebedeo? Creo que fue el más sensato al volver con los suyos en Qumram, al irse bien lejos de esta ciudad maldita, de este pueblo condenado a vivir en eterno vasallaje... ¿Arrepentirme? ¡Nunca! Lo hice pagar con su vida la de mi querido Ananías..., ¡y aún me quedas en deuda, Simón Bar Jona! Te estaré maldiciendo hasta mi última palabra...

«Sé que cualquiera de los otros ocupará tu lugar, que seguirán mancillando la palabra de Jesús con nada más pronunciarla... Pero ya nada me importa, ni que hayan lanzado mis despojos al Ge-Hinon, después de apedrearme, como se arroja al animal expiatorio... Vagaré, abrasada por el sol, mi piel se irá secando, mis labios no sabrán jamás de agua, sino del polvo del desierto que llenará mi boca..., hasta morir de manera lenta y brutal. Y como yo, padecerán muchos más pagando culpas ajenas; ya han aprendido a condenar matando: no seré yo más que un precedente...»

—¿Halló alguna falla, señor? ¿Hay algún detalle que pueda despertar suspicacias? No me vaya a decir que la carta dejada por Ananías se pueda poner en duda... Creo que hicimos una falsificación perfecta.

Rivera norte del Gihón, donde las aguas, poco profundas, permiten el paso de las caravanas para continuar, bordeando el

basamento de la muralla, hasta la puerta de Siloé y por allí adentrarse en la ciudad baja. Sentados en el borde de un saliente calizo, sin aristas, muy lavado por el torrente en época de crecidas: Saulo de Tarso y su joven colaborador.

El estudiante se había descalzado y refrescaba los pies en la corriente. El de Cilicia hubiese querido hacer lo mismo, pero sus piernas, demasiado cortas y zambas, no le hubiesen permitido ni mojarse la punta de los dedos.

El ruido del agua entre las piedras impedía que la conversación llegara a oídos de aquellos despreocupados mercaderes que, por los alrededores, engullían su pan untado con pasta de higos, recostada la espalda al lomo de sus camellos, echadas las bestias encima de su estiércol, rozando sin cesar, cabeceando, con los soñolientos y dulces párpados entornados.

—No es eso lo que me preocupa, *sofer*, sino el escándalo que provocó la trágica muerte de Simón Pedro y la reacción de los miembros de la secta cristiana; parecen haber cerrado filas. Dicen que lo de menos es quién los dirija, que la doctrina y la palabra de Jesús prevalecerán, que no importa el hombre, sino la justeza de sus ideas...

—Pues no veo el motivo de su desvelo, señor; no todo es tan puro como se pretende hacer ver. En mi opinión, sólo son palabras más bien para engañarse a sí mismos y a la vez dar la imagen de una fuerte cohesión interna. Pero, en realidad, sus posiciones se debilitan, decrece la confianza en los augurios de aquel..., maniático: ¿qué pasa con la llegada del reino celestial? En su delirio, aseguró que ya era inminente... ¿Ha dejado de salir o de ponerse el sol, querido señor? ¿Cada día no es exactamente igual al anterior? De aquellas predicciones tuyas nada se ha cumplido; cuanto prometió en dicha y felicidad eterna a quien lo siguiera, se ha hecho polvo que el viento se ha llevado en borrascas hacia el Moab. Muy por el contrario, la cofradía se resquebraja en Jerusalem. Aún no han podido decidir quién se quedará al frente y mientras se ponen de acuerdo, entre dimes y diretes, nombraron un «consejo» formado por siete «obispos» entre los cuales se cuenta Felipe, otro de los que tenemos en la

lista. Hubiese correspondido a Santiago el de Zebedeo sustituir a Simón Pedro...

— ... Pero se marchó de la ciudad, *sofer*. Tomó el camino de Jericó, quizás para despistar, cuando en realidad se dirigía hacia las orillas del *wadi* Qumram...

— Lo supe en cuanto partió, justo antes de la muerte de su cabecilla a manos de Safira.

Sofer Gezer se quedó mirando el pausado vuelo de una garza blanca que vino a posarse en una de las piedras, casi cubierta por el agua, en el centro de la corriente. Y cuando *sofer* Gezer quedaba absorto, era que alguna idea le incomodaba el cerebro.

— Me pregunto, señor, si en la decisión de Santiago primó la fe o la reserva de que algo oscuro estaba ocurriendo en la hermandad y optó por ponerse a buen recaudo, aprovechando el vencimiento del permiso que le permitió incorporarse al grupo durante estos años. Recuerde que fue de los primeros «reclutados» por Jesús para llevar a cabo el plan subversivo. Era uno de esa hermandad, hijo de rico, agregado a los que predicaban la renuncia a la opulencia a cambio de la riqueza espiritual, en nada extrañaría a las autoridades romanas y en mucho habría de servir a la hora de la acción: son hábiles luchadores y sienten un odio atroz hacia el opresor... En fin, de cualquier modo, ya sabemos dónde estará. Me pregunto si podemos dejarlo tranquilo en su cerrada comunidad y ocuparnos de estos que tenemos a mano en Jerusalem...

— Por primera vez debo contradecirte, aplicado estudiante de la Ley. Si bien es cierto que es lógico tu pensamiento, no por ello, necesariamente, tiene que corresponderse con lo más acertado. Otro de los capitanes de Jesús que muriera en la ciudad, sí daría lugar a sospechas y se produciría la desbandada o el ocultamiento; la acción clandestina, de toda la cofradía. ¿Cuántos quedan en Jerusalem? Ocho de ellos, pues Juan, el hermano de Santiago, partió hacia Efeso, enviado por Pedro unos meses atrás. ¿No resultaría más conveniente hacernos cargo, ahora, de éste que acaba de marcharse, a la vista de todos, hacia una apartada y solitaria hermandad? Nada extraño sería que no llegaran

noticias de él..., enclaustrado, dedicado por entero a la vida piadosa y alejado de pasiones mundanas... Eso es, prácticamente, «desaparecer»... Piénsalo.

—En verdad, nadie lo sabría, señor. Supongo que requiera cierto tiempo el..., asunto —al joven *sofer* le repugnaba un tanto hablar fríamente de «liquidación». —Y mientras, dejaríamos tranquilos a los de aquí. Sí, es mejor que esperen confiados en la llegada de ese reino fantasioso...

III

A Santiago le parecía que nada había cambiado desde entonces: seguía el mismo camino, quizás hasta cubierto por la misma arena... No se atrevería a dudar que este polvo, juguete del viento, luego de haber conocido cerros, valles, ciudades, quizás hastiado de tanta ruindad o decepcionado por la vileza de los hombres, hubiera vuelto a posarse, exánime, en el sitio de donde nunca debió haberse alejado. Y ahora él se sentía un grano más de ese polvo, regresando a su punto de partida.

Recordó que, a la sombra de esas palmeras se había tendido el día de su partida, a reposar por primera vez, cuando ya los muros de la hermandad habían quedado allá lejos, bien arriba, tanto más cerca del cielo cuanto más se apartaba él... Entonces se introdujo en su pecho aquel vacío que poco a poco se iría llenando de tristeza. No le entusiasmaban el regreso a la familia, ni los atardeceres a orillas del mar galileo, en cuyas aguas, desde niño, se le había enseñado a dejar su cuerpo limpio de inmundicias. Exactamente allí, en el sitio, donde el camino a la derecha cruza entre los restos de aquellos muros que una vez sucumbieron sacudidos por Josué y condenados más tarde por él mismo a la ruina eterna; y a la izquierda...

— ¡Oh, Dios! — se dijo. — ¿Por qué aquella vez no enfilé mis pasos hacia Jerusalem? ¿Por qué me había dejado llevar hacia el vado del Jordán donde decían que predicaba un ermitaño de palabra recia, anunciadora del pronto arribo del redentor tan pacientemente esperado por el pueblo? ¿Había sido mi propia voluntad la que me hizo llegar allí aquella mañana...? Y todo vuelve como un sueño pertinaz... O una pesadilla...

Amanecía. Los mercaderes azuzaban camellos y jumentos, cargados con frascos de bálsamos embriagadores, cubiertas las gi-

bas por rollos de alfombras damasquinas y ricos tapices, venidos de los confines de otras tierras; vasos de oro y plata, cincelados por extrañas manos y ocultos en envoltorios caían a los costados de cada bestia.

Los incipientes rayos del sol se filtraban en el follaje de los tamarindos. Una leve bruma partía de las aguas y, al ascender por las ramas bajas, se esfumaba entre la espesura sin alcanzar las altas copas. Dromedarios y camellos, enormes montañas de fardos ondulantes, rumiando sin parar, hincaban ya sus pezuñas en los pedregales de la orilla.

Y, como si fuera un fantasma que emerge de la corriente, apareció el profeta en lo alto de una roca que divide en dos el curso de las aguas. «Imponente», me dije, sin percatarme. Y todo se detuvo por un instante: las tiras de cuero que azotaban ancas, las imprecaciones que no acabaron de pronunciarse, media docena de cinchas a medio ajustar, unos trozos de queso de camella que se detuvieron a mitad de camino entre dos bocas semiabiertas: la del fardel y la del caminante.

Cubría el profeta sus partes pudendas con pieles sin curtir, ensartadas por rústicas correas de cuero desbastado burdamente... Llevaba la cabellera revuelta y la barba desordenada sin disimular los años que no conocía de afeites ni composturas; el cuerpo enjuto evidenciaba ayunos por todas y cada una de sus bien marcadas costillas; los brazos y la mirada apuntaban a lo alto, implorando el mensaje que le vendría de Dios mismo... Su voz me sonó ronca, aunque no exenta de misericordia. Y ya no supe dónde me hallaba: si entre mis hermanos, en el mundo que acababa de dejar atrás; si de igual modo el tiempo había retrocedido y las palabras que escuchaba eran las del Maestro de Piedad en persona... «Haced penitencia. porque está cerca el reino de los cielos...» Y todo comenzó a darme vueltas... «Es la voz del que clama en el desierto diciendo: preparad el camino del Señor»... Y las caravanas se movían sin dar un paso... «¡Oh, raza de víboras! ¿Quién os ha enseñado que con sólo exterioridades podréis huir de la ira que os amenaza?»... Y, de súbito, me vi en el río, sumergida la cabeza... Y la voz que me decía: «Yo te bautizo y con estas

aguas se irán tus pecados...». Al contacto de su mano sentí que era Habakkuk quien me tocaba...

No supe más. Salí del aturdimiento cuando el sol ya no alargaba las sombras, sino que se perdía en un horizonte de acacias. A mi lado halló un cuenco de miel y unos trozos de pan. Por seguir el impulso de la brisa en mi espalda, más que por motivos de cualquier otra índole, emprendí el camino hacia la tierra de mi infancia, de regreso a mi primer punto de partida.

Galilea, siempre indómita, jamás dejaste de revolverte contra el opresor. Entonces, como nunca antes, murmuraban las gentes que había aparecido un caudillo, uno que reclutaba hombres para una gran batalla; uno de Nazareth; paradójico: del villorrio de donde nada que valiera la pena podía esperarse...

— ¡Un mísero carpintero! ¿Estáis locos? — decían unos.

— ¿Qué tienen que ver el escoplo y la espada?

— ¿El que anunció Isaías...? Un momento de reflexión..., por Dios... ¿No será el mismo que anuncia el profeta del Jordán...? Vamos, vamos, engatusados otra vez por cualquiera que sepa soltar disparates orlados de grandeza...

Después supe que no era tan simple, sino que se trataba de un plan de rebelión enmascarado bajo el cumplimiento de una vieja profecía que el paganismo romano desdeñaría sin hacerle caso. Y el propósito era, precisamente, despertar en las autoridades imperiales iguales desdenes que en mí: aquél no sería más que un loco seguido por una recua de mendigos, enfermos, endemoniados y rameras. Un orate de frases enrevesadas que hablaba de reinos celestiales... Simón Bar Jona y mi hermano Andrés lo seguían, afirmaban que era irresistible su mirada, que su palabra obligaba por no saben qué suerte de encantamiento... Bueno, bueno, dije para mis adentros, no había que dejarse llevar por las apariencias, sería mejor conocerlo...

Y una tarde nos encontró a orillas del lago, al pequeño Juan y a mí, reparando unas redes. Lo enviaban a reclutarme. Fuimos aparte los tres —Juan no quiso desprenderse del grupo—, y hablamos de planes inmediatos y futuros, de adiestramientos, de sublevaciones; de acciones encubiertas, pero no limitadas a

Galilea, sino que abarcaran todo Israel. Y supe que convencía. ¡Oh, Dios, cuánta elocuencia en cada frase! Juan, subyugado, se le echó a los pies y no le permitió marcharse hasta ser aceptado también entre sus «discípulos», según nos llamaría después...

Pero después... Por aquí mismo pasamos, un día del mes *ab*, camino de Jericó, envueltos en remolinos de arena, sucios, sin un mendrugo que echarle al estómago; aún no muy convencidos de que fuese aquella la vía más correcta para alcanzar nuestros fines... Pero siempre tras él. Hubo tantos momentos de vivo entusiasmo como de profundas dudas..., tampoco hoy me lo puedo explicar con certeza... Al final, ya su palabra no era tan firme cuando hablaba del levantamiento; sin embargo, en su desempeño como profeta.... ¡Oh, Dios! Yo mismo fui testigo...

Siempre, como el polvo que lleva el viento, recorríamos la tierra de un sitio al otro, movidos por la fuerza de su recia voluntad.

Regresábamos a Galilea y vinieron a recibirnos los de siempre: nuestras «huestes» de leprosos y tullidos, quién sabe si habría entre ellos alguno que otro espía de los romanos... Pero esta vez pocas palabras habría que suscitaran sospechas de sublevación... Fue todo lo contrario...

Decíase que, en Naím, había resucitado al hijo de una viuda, pero eso no fue cierto, sino una de las tantas historias de milagros que se le atribuyeron, siempre con el ánimo de encubrir sus verdaderas actividades... Mas, lo de la hija de Jairo...

¡Oh, Señor! ¿Cómo osó cruzar la última frontera de la muerte, estando estas atribuciones reservadas sólo a ti? Le dijo al padre que no la había perdido, sino que tan sólo dormía... ¿Sería cierto, aunque ya se daba por seguro el fallecimiento?

Todo mi ser se estremece al recordarlo porque la muerte estaba allí, presente en los muebles de aquella habitación, vueltos al revés; estaba en el lamento de la flauta que venía del jardín; estaba en la penumbra del incienso, en el calor del aire, llenándolo todo con su despiadada realidad, metida en la joven misma, adueñada del rojo de sus labios, pintada en la palidez del rostro, rígidos casi los dedos, inertes sus incipientes

pechos... Parecía que sólo en las débiles llamas del candelero quedaban restos de vida.

Tomó una de sus manos y permaneció largo rato con los ojos clavados en el rostro de la joven, como queriendo penetrar en ella, insuflarle parte de su propia savia para que volviera a la vida. Lo vi temblar: gotas de sudor surcaron el polvo de sus mejillas, las venas se le hincharon en las sienes... La boca, balbuceante, hacía un esfuerzo supremo, a punto de proferir una frase...

Me horrorizaba, sí, era una cuestión demasiado grave... ¡Era ir contra la voluntad del propio Adonai! No pude hacer otra cosa que observar, porque quise huir de allí, Señor, bien lo sabes, pero el miedo había fundido mis pies a la loza del piso... Ya hasta respirar se me hacía fatigoso...

Y fue un grito que resonó en las paredes, que estremeció el suelo, que sacudió la habitación: «¡*Talitha, cumi!*!». Fue una orden irrefragable, fue súplica, desafío: desgarramiento... De todo hubo en sólo dos palabras. Y se la arrebató a la muerte.

Desde entonces, comencé a temerle.

¿Fue en realidad el anunciado por Juan? ¿Fueron Juan y Habakkuk uno solo? ¿Había sido Jesús el Maestro Verdadero, de quien se decía que había perdido la vida, aquél destinado a regresar cuando llegase el fin del mundo? ¿Se trataba en verdad de lo que aparecía escrito en los pergaminos secretos en mi comunidad qumramita? Nunca tuve la certeza, aunque fui uno de sus más fieles seguidores, a pesar de que jamás perdí la fe en su palabra, ya cuando profería desatinos, injurias contra los poderosos, desafíos a la sagrada Ley, o incitaciones a la rebeldía... Tal como lo hizo, ¡al fin!, en aquella, su última Pascua, quizás hasta seguro de que todo sería un fracaso y que lo pagaría con su vida...

Fue la última vez que cenamos juntos, y una de las pocas ocasiones, en los últimos dos años, en que tuvimos la oportunidad de comer con cierto decoro. Se suponía que, al mismo tiempo, precisaríamos los detalles finales de la sublevación, contando con el apoyo de los miles de fieles que llenaban la ciudad. Pero sólo

se limitó a hablarnos de una oscura despedida que auguraba, en lugar de una fulminante victoria. Según se traslucía de sus palabras, un rotundo revés.

Por un momento llegué a pensar que el vino le había nublado el entendimiento, pero su voz nunca fue más segura: ni un titubeo, ni una sola incongruencia; y cuánto cariño emanaba de su mirada... Y cuánta tristeza en sus ojos, y cuánto cansancio... ¿Qué sabía, en el fondo, y no quería revelarnos? ¿Por qué me dio la impresión de que se sentía muy solo, aunque estuviese entre nosotros, sus hombres de confianza, sus hermanos, sus discípulos?

Aquella noche hubo agudas contradicciones: unas veces resplandecía en él cierto halo de grandeza; momentos hubo en que cobró la sublime majestad de los verdaderos reyes..., ¡oh, Señor! ¿Por qué fueron tan efímeros aquellos momentos? Afligido, como cargados los hombros por grandes y pesadas tribulaciones, aquejado por un dolor cuya raíz se hundía en el misterio de su alma, partió el pan, escanció el vino, y dijo que aquellos eran su cuerpo y su sangre, que lo comiéramos y bebiéramos. Extraño ritual, ¿fruto de inspiración divina o demoníaca? Tampoco puedo definirlo sin que la incertidumbre haga vacilar mis razonamientos...

A partir de ese momento, mis recuerdos se vuelven un caos y lo único que no he podido borrar, por mucho que me empeñe, es la imagen doliente y desvalida de su cuerpo clavado en la cruz. «Tengo sed...» le oí decir, pero ni siquiera mis lágrimas pude acercar a sus labios... Bajé la cabeza, oculté mi rostro en el *taliss* y me alejé entre una turba, regocijada por el espectáculo...

Santiago volvió el rostro hacia el peregrino que compartía con él la sombra de la palmera que los cobijaba del sol abrasador.

—Lo que siguió ya más o menos lo sabes, hermano: alguien sustrajo el cadáver y dio pie para conjeturas que más tarde se fueron convirtiendo en leyendas. Nos unimos, sus antiguos seguidores, en cuanto todo volvió a la calmarse y cada cual difundió aquellas de sus palabras que con mayor fuerza se le quedaron impresas en la memoria. Hubo intentos para or-

ganizarnos, y a duras penas se consiguió sentar algunas bases. Puse énfasis en que las reglas se acercaran en todo lo posible a las de nuestra orden. Al principio, funcionaron bien, tanto la estructura como la labor proselitista, pero luego surgieron divergencias, hubo disparidades en los criterios porque unos se aferraban, fanáticamente, a los principios de la Ley, mientras otros se alejaban de la verdad al invocar palabras que decían haber escuchado por boca de Jesús: iban en busca del verdadero sentido de aquellas parábolas oscuras que quizás pronunció en momentos demasiado lúcidos o demasiado delirantes...

«¿Y dónde está la verdad, querido hermano? Pues en el grano de arena que, como nosotros, regresa a la congregación, a la espera, lejos de las bajas pasiones, abrazados al silencio, unidos en una soledad agreste, sí, pero honesta y piadosa. Aquí llevo, al igual que tú, lo poco que reuní en estos últimos años, presto a entregarlo íntegramente para el bien común, para el verdadero bien común, no como supe que se hacía entre los que acabo de dejar atrás en Jerusalem. ¿Y sabes quién abrió mis ojos a la luz? María. Sí, su propia madre me lo dijo: “Esto no es más que una farsa; se escudan en las fantasías de su bondad para urdir patrañas que estoy segura él hubiese reprobado por mezquinas... Viven muy bien unos a costa de la ingenuidad de los otros, de la fe, de la confianza en los fieles seguidores de su ejemplo... Vete, Santiago, vuelve a Qumram, aleja a tu hermano, a Juan, que tanto lo amó, de todo este embuste; envíalo a otras tierras bien distantes y que allá conjugue en la pureza de su alma, el amor y el recuerdo que profesó a su Maestro” .»

La brisa se levantó, envuelta en su nube de polvo, como emprendiera de nuevo su camino sin rumbo. Santiago, el esenio que regresa, se sintió aliviado. A nadie había referido esta historia. Si lo había hecho ahora, a modo de catarsis, era porque se trataba de un desconocido que, al igual que él, iba en busca de la soledad tras los muros de Qumram.

—He aquí una parte de mi historia. Dime, ahora, ¿qué te movió a regresar, hermano Eliú? ¿Tú también conociste a Jesús de Nazareth?

Eliú sabe que no debe hablar. Mientras menos palabras partan de su boca, así serán las probabilidades de un error que podría costarle hasta la vida. Conoce todas las reglas de la secta, aunque nunca antes haya estado aquí. Puede recorrer, hasta con los ojos cerrados, los pasillos, las salas de trabajo y las piscinas de los baños purificadores. No habían olvidado inculcarte ni un detalle. Desde que llegó, acompañando a Santiago, y dijo la seña convenida para aquel mes, tuvo que dejar fuera su personalidad, justo al pie del muro que rodeaba la edificación.

Fue menester que se convirtiera en otro: en el hermano arrepentido que vuelve al redil en busca de una perfección que no llegó a alcanzar... Eran allí muy celosos, pero a la vez muy ingenuos.

—¿Cuál es la regla del Señor, hermano Eliú? —le habían preguntado a la entrada.

—La de Habbakuk, cuyo verdadero nombre es impronunciable —había dicho, tal como le habían instruido.

Se abrió ante él una sala descubierta: la puerta a su derecha daba acceso al patio donde la primera de las cisternas recibía agua de un complicado acueducto que bajaba desde el mismo *wadi* Qumram; no debía acercarse a ella, pues llevaba las aguas a otra mayor que la distribuía a todo el asentamiento: había medidas de seguridad muy rigurosas, una vez alguien quiso envenenar a la congregación entera y lo único que consiguió fue su propia muerte, lanzado a la sima que se abre un centenar de pasos más allá, donde el demonio parece haber cortado de un tajo el desierto de Judea: setecientos setenta y siete codos de abismo hasta el nivel de las aguas del lago salobre.

Primero habría de comparecer ante el consejo de quince ancianos; allí tendría que relatar detalladamente cada uno de sus pasos desde que abandonó la congregación; tenía que entregar todas tus pertenencias, incluso la ropa, y a cambio recibir la blanca túnica de gruesa y burda tela que llevaría de ahora en adelante hasta que estuviese hecha jirones. Comería frugalmente, un solo manjar, limpiaría tu cuerpo dos veces al día, se abstendría

de mujer, haría vigilia dos veces al mes, hablaría menos y trabajaría más; quizás viviría en una de las cavernas, no muy lejos: lo daría todo a cambio de muy poco. Su mundo natural se reduciría poco a menos de los cuatro codos que mide de ancho esa antigua grieta que divide en dos el piso del taller de alfarería; pero su universo espiritual, ¡Oh, Mitra! Sería, al igual que esa hendidura, tan profundo como la entrada misma del averno...

—Hermano Eliú —venían a buscarle—, acompáñame ante el Consejo.

Un breve recorrido por angostos y mal iluminados pasillos los llevó hasta la cámara con su banco de piedra que corre a lo largo de las cuatro paredes; ahí estaban sentados doce ancianos laicos más tres sacerdotes; conjunto que parecía esculpido en su inmovilidad, adosado a la pared misma en una quietud que el silencio acentuaba. No se movía ni un párpado, pero había pupilas que lo escudriñaban y bocas que no proferían ni una palabra. Eran almas en reposo, habituadas a la espera, embotadas —quién sabe— por el entorno mismo, de eternos vientos cálidos y salobres venidos del mar sin peces. Vivían rodeados de laderas que habían sido hendidas por torrentes de violentas y efímeras lluvias; de sol abrasador durante meses que parecían no terminar... Soledades, polvo, tempestades de arena, todo árido, seco, estéril... Todo en calma, como en espera..., la eterna espera por el Maestro de la Luz...

Él también debía esperar y atemperar el espíritu. Debía hacer como que no sentía las miradas: debía convencerse a sí mismo de que nadie le observaba..., debía insistirle a su entendimiento que se hallaba solo, que aquellos que le rodeaban no existían, que nada más había muros a su alrededor, que nadie más que él respiraba entre aquellas cuatro paredes... «Estoy completamente tranquilo...» Se repetía una y otra vez, como una letanía y, como estaba de pie, adoptaba la posición del ahorcado, con el mentón caído sobre el pecho. Una calma densa lo invadía... «...Mi cuerpo está pesado..., todo mi cuerpo es de piedra: las piernas, el torso, los brazos..., pesan, pesan..., están muy pesados...» Un soplo de calor le subía lentamente desde los pies y caldeaba su sangre, ha-

ciendo que la espera se volviera un tanto voluptuosa, tornando en deleite cualquier asomo de ansiedad.

—Hermano —le dijo la voz rasgada de un anciano— abandonaste este santo lugar hace dos años. Has recorrido el mundo de la iniquidad, tus pies han hoyado la tierra pecaminosa donde habitan aquellos que se complacen en alabar al Señor con meras fórmulas retóricas, creyendo que simples halagos, repetidos hasta el cansancio, agradan los oídos de Aquél y que por ello habrán de ser recompensados. Otros, los más aborrecibles, dejan caer el mendrugo luego de hartarse, en espera de que la migaja se le restituya en opulencia. Has vuelto quizás hastiado de tanta falsedad, tal vez arrepentido de tu falta..., o acaso enviado, precisamente, por las fuerzas del mal...

Eliú sabía que aquello era dicho para observar su reacción, pero ni un simple latido en sus sienes lo delataba, su sangre permanecía inalterable, la dominaba al igual que dominaba cada ínfima parte de tu cuerpo, tal como lo había aprendido de su padre durante incontables y secretas noches de historias legendarias, dichas al oído para que ni siquiera el susurro de un nombre prohibido se escapara más allá de su oreja receptora. Su enseñanza no había sido la del *Talmud*, sino las enseñanzas de los siete grados en las que fuera él instruido entre penumbras de recónditas cavernas. Desde el *corax* hasta el *Pater*, se lo habían enseñado y ungido en miel las palmas de sus manos durante el rito secreto. Entonces, en las tinieblas de la cueva había visto hacerse la luz, justo igual que el día del nacimiento de Mitra, su dios verdadero, salido de una roca la noche vigésimo quinta del mes *kislev*; adorado por los pastores, aliado poderoso de Ormuz que luchaba eternamente contra la noche... Sí, Eliú había visto su fulgor y oído sus palabras extasiado: «Soy Mitra, le había dicho, el sol que renace cada día; haré de ti un *miles* escogido entre mis huestes para que hagas prevalecer mi dogma en esta vida; y será recompensada tu alma, si no vacilas en inmolarte por la luz de mi verdad...» Y juró que lo haría sin vacilaciones...

—... Será necesaria la prueba de lealtad: vivirás con menos de lo indispensable; el resto lo aportará el tesón, la bondad y

la voluntad de renuncia con que el Impronunciable te haya investido...

Su mirada no se apartaba del trozo irregular de piedra lisa que asomaba bajo sus pies; se hallaba parado sobre ella y no le sorprendía la ausencia de contacto entre la piel de tus plantas y la marga fría: era capaz de asegurar que una fina capa de aire las separaba.

Asintió con un movimiento de cabeza casi imperceptible. Había logrado el primer paso, quizás el más difícil.

La tierra era seca, de una aridez increíble, en correspondencia con el medio circundante: los rayos del sol la calcinaban día tras día; los vientos, implacables, desgarraban peñascos y echaban al vuelo sus granos; las lluvias torrenciales, que habían reservado para un par de semanas toda el agua que debía caer en el año, hacían crecer cientos de arroyos que extendían sus venas erosivas hiriendo con una fisura más o ahondando viejas grietas que ya nunca cicatrizarían. Y cada gota era absorbida con la desesperación del sediento. Pero luego volvía el sol despiadado, se llevaba hasta el postrer vestigio de humedad y dejaba en la superficie una costra agrietada. Sólo en lo profundo de las cañadas, donde habían podido agazaparse los restos del último chaparrón, retoñaban algunas hierbas tímidamente, sin asomarse mucho, temerosas del excesivo calor, tratando de protegerse en las honduras del viento salobre que las mataría en la superficie.

La azada rompía y levantaba a duras penas la corteza reseca en busca de la hez líquida que el terreno logró preservar; era necesario dejar caer de inmediato la semilla y cubrirla; como depositada en el vientre que la protegería de todo lo que le fuera hostil; allí transcurriría la gestación hasta que un día, arraigada ya, nutrida en el seno de la madre tierra, afloraría y enfrentaría el desafío del mundo.

Todo a su tiempo, pensaba Santiago, al igual que la semilla. No somos más que el grano de mostaza esperando, en las tinieblas de este rincón apartado, la llamada de Habbakuk..., ¿de Jesús que vuelve? Una vez nos dijo que entonces habría

señales en el Sol, en la Luna y en las estrellas; y en la Tierra, angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas... Y, acto seguido, partió el pan y nos lo repartió diciendo que era su cuerpo y escanció vino diciendo que era su sangre, que la bebiéramos... Asombroso; tanto que, de tan sólo contarle anoche, cuando recogidos en la caverna podíamos hablar — y nunca las palabras podrán acercarse a la realidad— Eliú se sobrecogió, como si una racha de viento helado lo hubiese sorprendido. Fue uno de esos instantes tan breves que se vuelven inciertos y únicamente nos dejan una impresión dudosa vagando en la memoria. Pero quería saber más y eso me confirmó su desconcierto. Le relaté, no sin gran emoción, todo lo que se decía alrededor de su vida, desde el nacimiento en Betlehem, la ciudad de David, tal como estaba escrito que ocurriría con la llegada del esperado... Eliú me interrumpió a sabiendas de que no está permitido en las reglas, de ahí pude inferir su urgencia por una respuesta, aunque tratara de ocultarlo: ¿Es cierto, preguntó, que fue en el mes *kislev*, hermano? Y, al contestarle que había sido exactamente el vigésimo quinto día, según testimonios de la gente que vivía por allí, se me quedó mirando muy fijo, alelado, sumido en un silencio imposible de descifrar. Sentí miedo, pero continué relatando los milagros que algunos decían haber visto, y otros prodigios que nada más se conocían por referencias de terceros, como el de la multiplicación de los panes y los peces. Resultaba curioso el hecho de que, transcurridos un par de años de su muerte, varios vecinos de Betsaida, venidos a Jerusalem por Pascua, refirieran el milagro incluyéndome a mí entre los que ayudaron a Jesús aquella tarde: pero yo no estuve allí. Simón Pedro sí acompañaba al Maestro por aquellos días, pero a él nunca le oí referir semejante suceso hasta que aquellos de Betsaida lo sacaron a colación; sólo entonces lo admitió y añadió algunos detalles entre poco disimulados titubeos. Mateo, como siempre, tomó nota de ello.

Eliú daba cabezadas, exhausto, incapaz de contener el sueño. Santiago no pudo menos que compadecerlo al mismo tiempo que crecía su admiración hacia él: volvería a ser el digno miem-

bro de la comunidad cuando llegue el término de su prueba. Y él, Santiago, asistiría orgulloso al ritual de su segunda iniciación; bien lo merecía: no había otro más abnegado ni fiel respetuoso de las reglas. Nada más había infringido la del silencio durante la jornada de trabajo y había sido para instarle a que le refiera hechos acerca de Jesús... Por supuesto que Santiago había obviado toda referencia al plan de sublevación; el Jesús guerrero, caudillo del levantamiento contra la ocupación, había sido reemplazado por el profeta iluminado que vendría entre nosotros... Que les habló, oh, Dios, de otra vida en la cual serían recompensadas las buenas acciones del mismo modo en que el castigo caería sobre aquellos que no obraran el bien en este valle de lágrimas...

Y de nuevo, Eliú no pudo reprimir un destello en el fondo de su mirada. Se preguntó si hasta su alma habían calado las ideas de aquél que vivió entre nosotros para liberarnos de la iniquidad de los hombres..., del pecado cometido por aquellos dos que Dios creó en un principio... Eliú reflexionaba, mientras los pensamientos de Santiago divagaban de un recuerdo en otro. El joven se había convertido en su compañero inseparable.

Mitra, decía para sí, tú lo has querido, no hay otra alternativa: debe morir. Asegura que ese Jesús nació en tu día... ¡Le adjudica tus prodigios! Hasta tu señorío entre la vida y la muerte. Sólo tú, Mitra, tienes el poder divino; nadie más trasciende la frontera entre este mundo infame y el gozo pleno de la vida eterna bajo tu luz... Santiago habló de Lázaro, resucitado luego de cuatro días muerto, pero el testimonio viene de su hermano Juan, ese «discípulo amado» que bien pudo lucubrar la historia y aderezarla de dramatismo con las lamentaciones de Marta y María, hermanas del difunto. Es algo tan insólito el hecho de que un simple carpintero, cuyo origen no es muy claro, venga a resultar el heredero del poder divino... Santiago comienza la historia de ese farsante cuando dice que fueron sus padres a Bethlehem, por causa de un empadronamiento, y allí nació, como David. Es falso, divino Mitra: los de Jerusalem me aseguraron de que hace más de cuarenta años que el imperio no lleva a cabo una medida así, y cuando lo hizo, cada cual fue censado

en el lugar donde residía, ¡qué le importaba al César si esta gente pertenecía o no tal o más cual tribu...!

Es evidente que han tomado el relato de tu sagrado nacimiento, para crear las bases de un mito que, dicen, confirma viejas profecías... ¡Y ese Lázaro resucitado! Inventiones de muchacho atraído por una personalidad fuerte, deslumbrado por ideas efímeras e inciertas, propias de un orate, de un ambicioso de poder, de un mago pretencioso o de un profeta más. ¡Crear que resucitó al viejo!... La inmadurez de Juan, lo arrastró a ver las cosas como él hubiese querido que sucedieran sin que tuvieran relación alguna con lo ocurrido en realidad: ciertamente, Lázaro no debió haber sido resucitado.. Quizás no llegó a morir; puede que estuviese muy enfermo, que ya se diera por sentado que sólo le quedaban unos días y entonces ese Jesús se apareció en Bethania, le dio unos brebajes y lo cuidó hasta que el enfermo quedó restablecido... ¡Mentiras! La sepultura que ya le habían preparado las hermanas permaneció vacía hasta hace un par de años en que realmente murió, mucho después de la crucifixión de aquél del que ahora se dicen tantas cosas. ¡Palabras, meras palabras! El joven y el medio enano sí saben muy bien cómo sucedió todo; han recopilado cuanta historia se le atribuye al «profeta»... Fueron a cada sitio, hablaron con la gente, indagaron... Quizás teman que los seguidores de Jesús se les vayan de las manos, que proliferen ideas demasiado alejadas de aquellas que aparecen en sus libros, porque tampoco pueden admitir a éste como al «iluminado» que esperan: ninguno de sus antiguos profetas tuvo tanto poder como se ha dicho que ostentaba Jesús... Eso que dicen acerca del que tenía una mano anquilosada o del endemoniado cuya legión maligna fue convertida en cerdos suicidas... ¡Ja! Quizás fuera cierto que curó de sus fiebres a la suegra de Simón Pedro con nada más tomarla de la mano, pero tampoco se puede ser tan ingenuo: alguna pócima debió haberle administrado... La razón induce, el fanatismo ciego. ¿No hubiese sido mejor la verdad? Que Pedro hubiese dicho toda la verdad: que Jesús traía en el fardel unas yerbas pisoteadas, que las coció hasta ver el agua borbotear y que la anciana bebió. Nada impor-

taría que el presunto heredero de David hubiese tenido acceso a sabidurías paganas... ¡No, señor! ¡Curaba en nombre de su Dios! No debió excederse por eso..., en última instancia, él tenía un fin: hacer el bien, traer la paz entre «todos» los hombres, amar al prójimo: «No hagas a otro lo que no quisieras que te hicieran a ti», dicen que dijo... ¿Qué hay de réprobo en ello? ¿Qué falta cometió si su propio Dios-Padre dijo: «...amarás al prójimo como a ti mismo...». ¿Y quién era su prójimo? Una vez dicen que le preguntó a ciertos doctores de la Ley, luego de haberles contado la historia del hijo de Israel que sólo fue auxiliado por un samaritano... Me lo dijo Moshe Gezer, el estudiante... En cierto modo tiene razón. Pero su manera de ver las cosas es un tanto..., no sé..., quizás demasiado apegada a lo real, cuando la concepción de la idea debe ceder terreno ante lo maravilloso de la intervención divina. Sin embargo, en él no hay duda alguna acerca de lo dicho y hecho por los viejos profetas, aunque ello implique la aceptación de maravillas muy superiores a las que se cuentan sobre Jesús: como abrir las aguas del Mar Rojo mientras su «pueblo escogido» cruzaba por un estrecho pasadizo... Y ese «maná» que cayó del cielo cuando las tribus estaban a bien con su Dios, misericordioso y cruel a la vez... Los cuarenta años de peregrinaje, plagas y azotes divinos de cualquier clase hasta culminar con el «hallazgo» de la tierra prometida, que tuvieron que conquistar a filo de espada: en verdad, pueblos distintos, con ideas sobre la propiedad que diferían mucho de las inculcadas a los suyos, asentados en regiones que habían hecho feraces a fuerza de azada y sudor hasta convertirlas en ricas comarcas ¡que bien pudieron haber despertado la codicia entre los que seguían a Moisés...! Claro, era más fácil usurpar que construir, siempre es mejor establecer leyes para legitimar que legislar para sentar principios. ¿Por qué su Dios, todopoderoso, no les concedió una porción de tierra inhabitada, para que, con su esfuerzo, la enriquecieran y levantaran sus propias ciudades? Pero, lo dicho por el Supremo, dicho está, aunque en verdad nunca se haya dicho...

Le abrasaba la sed esa noche... El Sol los había castigado como una maldición. Resecaba las gargantas como si fueran

uvas expuestas en tarimas. A pesar de ello, el cerebro de Eliú no descansaba, rodaba como un canto que se suelta ladera abajo. No se explicaba el joven cómo era posible que aquel dios no se apiadara de estos hombres, en el fondo verdaderos santos que esperaban el cumplimiento de una profecía con tanta certeza como se aguarda la llegada de un hijo. Tenían fe en la palabra de aquellos que les precedieron, como él mismo la tenía en lo dicho por Mitra.

A veces, la soledad le hacía pensar que, quizás, los seguidores del tal Jesús actuaban arrebatados por las ideas de su maestro. Pero esas ideas habían sido tan burdamente robadas, adulteradas, fantásticas..., propias de mentes insanas que trataban de moldear una creencia nueva sobre bases muy viejas. Aseguraban que Jesús era el Ungido. Pero cuántas veces el ideal mesiánico se había vuelto una semilla estéril.

No se dan cuenta, divino Sol, se repetía, esos doctores de la Ley, que la dominación romana durará todavía muchas generaciones, porque los hijos de Abraham son como bueyes atados a la noria del *Talmut*. Y aquí es donde dudo y reflexiono: ¿hasta qué punto fueron las palabras de Jesús una advertencia? Ese odio al rebelde galileo no es otra cosa que la manifestación de su impotencia... ¡Oh, Mitra! Todo es tan confuso... En ocasiones me resulta hasta difícil concentrarme en lo que me rodea y actuar acorde con las circunstancias: la cena, por ejemplo...

Para Santiago, era allí, precisamente, en la cena, donde con mayor fuerza le oprimía la soledad: en aquella quietud de cientos que apenas cabían en el salón; era un silencio que lo aplastaba mientras fijaba la mirada en los escasos codos que podía abarcar sobre la burda superficie de la mesa, donde su cuenco de barro esperaba boca arriba la porción del guiso humeante que a medias habría de ocuparlo. Le sobrecogía el instante en que todos estaban allí: limpios del sudor generado en la faena; sin una gota de la sal traída por los vientos del mar ausente de vida; pulcros que aspiraban a una pureza que la indolencia del sitio hacía imposible de alcanzar. Nada más que tierras calcinadas superpues-

tas en las capas que cada generación aportó. En el alma... No sabía ni qué pensar a ciencia cierta...

Entonces traían a los más viejos, que ni siquiera podían sostenerse. Bajo la burda túnica no había otra cosa que pliegues de pellejos huesudos; dos canillas, no más gruesas que el mango de la azada, se asomaban a continuación de la raída tela; un par de pies ya deformes, apenas llenaban las sandalias de esparto. En los casos más graves, el hermano era conducido entre dos hasta su sitio en el comedor, pues, pese a su estado de salud, se empeñaba en cumplir la regla: «Comerán en común, y en común bendecirán, y en común deliberarán...». Otros venían reclinados en el hombro fraterno del que le ayudó a levantarse cuando vino al suelo, al fallarles los pies renqueantes. El hermano Ibrahim, un saco de temblores, se empecinaba inútilmente en mantener quieta la cabeza, mientras el que auspiciaba leía la oración ritual; un hilillo de baba partía de su boca semiabierta y caía en la escudilla para disolverse allí en el caldo de achicoria y otros vegetales y hierbas, único plato que cerraba las comidas del día. El sacerdote se sentaba primero, luego los ancianos, después el resto. Ni un solo gemido, ni suspiro se escuchaba; tan sólo un leve roce de telas, el quejido de una articulación centenaria y cierto crepitar constante que venía de las teas y ascendía con el humo, a veces turbulento como sus cavilaciones...

Su cabeza era un manojo confuso de ideas que le daban vueltas, obstinadas, como moscas, saltando de un sitio al otro... Sin apartar la mirada de la escudilla que tenía delante, también Santiago reflexionaba:

¿Habré obrado bien al contarle al hermano Eliú lo referente a la iniciativa de Pedro? No es cosa de juego esa tendencia a la helenización, lo sé; pero Jesús había hecho énfasis, más de una vez, en que la salvación no sólo vendría para los hijos del pueblo escogido... ¿Qué divergencia hubo entre Pedro y Ananías? Unos dicen que fue por un asunto relacionado con el aporte en metálico que el marido de Zafira debió entregar; otros afirman que la cuestión del proselitismo... ¿Hasta qué punto era cierto que se dejaba de favorecer a las viudas del grupo de los helénicos?

Todo se me vuelve un caos; tengo que dejar de atormentarme con cosas que quedaron atrás... Nunca había tomado mejor decisión que la de largarme de Jerusalem para volver a estas soledades, lejos de la perversidad, en eterna pobreza, mientras esperamos el advenimiento, en busca de Dios con todo el corazón y con toda el alma. Esta noche, durante la vigilia en que debemos Eliú y yo estudiar la Ley y los deberes de unos para con los otros, se me ha ocurrido que, entre ambos, podríamos dejar mis vivencias escritas, el testimonio de la palabra y la obra de Jesús el Nazareno..., hijo de Dios..., Dios mismo..., desconcertante como Habbakuk, Habbakuk mismo... No sé...

La caverna se alzaba en la falda de un cerro preñado de rocas. De lejos, parecía un enorme cráneo blancuzco que se cernía sobre los pabellones de la congregación.

Eliú debía hacerlo aprovechando soledades, amparado en las tinieblas. Ya casi todo estaba confirmado: bien tenía razón Moshe Gezer... Los seguidores de Jesús se habían apropiado, insolentemente, no sólo de las palabras de Mitra, sino también de su vida y obras. De proliferar aquella sarta de mentiras entre los poderosos, tal como venían tratando de hacer, opacarían la memoria del verdadero Sol Invicto y su luz dejaría de iluminar y guiar a los verdaderos hijos de Dios.

Para él, todo había quedado bien claro al relatarle Santiago el episodio final del que bien fuera condenado por falso profeta. Sí, Santiago había sido víctima del engaño más de una vez, eso era algo que se desprendía de la mayor parte de sus relatos y todo se volvía tan falso, tan insostenible que le resultaba difícil aceptar que una mente lúcida, cual la suya, fuera incapaz de caer en cuenta de que lo habían utilizado como un juguete. Hubiese sido necesario explicarle cómo en realidad había sido concertado lo del alzamiento del mismo modo en que se lo habían dicho a él los de Jerusalem. Necesario, pero inútil. No lo hubiese asimilado. Su entendimiento había caído en la obnubilación, de manera que cualquier otra versión de los hechos, distinta de la que se había formado, era para él, Santiago, —y para todos ellos, los seguidores del crucificado— inconcebible.

Eliú se complacía de su buena estrella. Al principio, no obstante las argumentaciones de Moshe Gezer, la idea le había parecido imposible. El mero hecho de «entrar» en la comunidad y ser admitido, aunque como novicio a prueba, ya sobrepasaba sus aspiraciones. Sí, había aceptado a pesar de que, en el fondo, lo consideraba un suicidio. Menos peligroso hubiese sido penetrar en la Fortaleza Antonia y apuñalear al propio Pilato.

Una racha de viento —fría y salobre—, después de cruzar sobre las aguas del Mar Muerto, saltaba los patios que circundaban la piscina, irrumpía en los corredores que daban acceso a un canal, e invadía el silencioso refectorio, por cuya puerta acababan de pasar dos sombras. Todo era silencio en el largo salón donde hacía tan sólo unas horas se escuchaba, atentamente, en la voz temblorosa del preste, la palabra sagrada de Isaías.

Las sombras cruzaron junto a la plataforma para el hablante y enfilaron por el mismo salón que había recorrido atropelladamente el soplo de brisa. Dos puertas más allá, y ya estaban en la base de la torre cuadrada. Otra vez a la derecha y se abre ante ellos el *scriptorium*. Un fuerte olor a tinta se mantenía en el aire en insistente predominio sobre el suave perfume del papiro.

Los últimos rollos de piel, escritos hasta bien entrada la tarde, habían absorbido ya, de manos del amanuense, las postreras frases del texto bíblico. A lado de los depósitos para la tinta, se disponían los huecos para el agua con la que el escribiente purificaba sus dedos siempre que en el texto aparecían las letras que formaban la palabra sagrada, el nombre de YAHVÉ. Dos largas filas de escritorios, hechos con ladrillo y estuco, ocupaban la mitad de la sala; al frente, el espacio abierto donde se situaba el lector. Una fina capa del omnipresente polvo descansaba plácidamente sobre todo lo horizontal. Penumbras que huyeron despavoridas en cuanto Santiago hizo saltar la chispa que prendió el candil de aceite, ocupaban el resto del salón. La voz de Santiago se tornaba en susurro que Eliú debía repetir. La mano del discípulo temblaba. Abrió un rollo de piel intacta, mojó el estilo en tinta: «Pues, estando desposada María, su madre con José, hubo en los días de Herodes, rey de Judea...» La escena se repitió por incontables noches...

Al cabo de los días, Santiago escribía febrilmente como si quisiera terminar aquella misma noche lo que le ha llevado meses. No había pasado por alto ni un destello de lo que había visto, ni una palabra oída al Maestro. Hasta las historias que antes no reconocía como verdaderas, ahora se sumaban a aquellas de las que había sido testigo, y con ellas se confundían, enriquecidas, quizás, por ese obstinado empeñamiento, delirio o como quiera llamársele. El afán por perpetuar la memoria de aquél a quien había seguido durante muchos meses, sobrepasaba los límites de su propósito: había puesto al descubierto cuanto detalle concernía a la conspiración. Ya no se trataba sólo de presentar a Jesús a aquellos que no habían sabido del rebelde nazareno, de la vida y milagros de quien se dijo enviado del Señor; había ido más allá. Todo un plan conspirativo con nombres, hechos, señas y contraseñas, implicaciones... Y una acusación directa: Anás y Caifás lo habían llevado a la cruz cuando el movimiento se dio por perdido. Y Jesús, no queriendo traicionar la causa, había optado por la inmolación. ¿Insania en quien había sido capaz de sanar poseídos? ¿Dejarse matar teniendo tanto poder como para destruir el Templo y reconstruirlo en tres días?

Insólito a todas luces, pensaba Eliú, mientras contemplaba al hermano Santiago, embebido en el texto. Plagado el relato de contradicciones insalvables... ¡Oh, Mitra! Santiago ha perdido la razón, se decía. Quise acabar con esto antes de que comenzara a escribir, ¿por qué no me lo permitiste? Lo hubiese liquidado sin un remordimiento, pues era para mí un extraño. Ahora era un enemigo, pretendía propalar ideas y hechos robados a tu propia vida, ¡falseaba tu memoria...! Todo hubiese sido tan simple; pero me envolvieron sus turbulentas palabras y el modo de exponer frases y acontecimientos. Y cada noche las sombras se disipaban, el *scriptorium* se llenaba con la luz mortecina del atardecer galileo, en que la mujer del flujo que la impurificaba quedó sana con sólo rozar las borlas de su *taliss*. O desfilaban ante mí el mayordomo infiel, el hijo pródigo, el buen samaritano, el sembrador... Aún escucho el ruego del paralítico a la orilla de la piscina: «Señor, no tengo quien me eche al estanque cuando se agita el agua, treinta

y ocho años llevo aquí...». Y la imperativa respuesta: «Levántate, toma tu lecho y anda...». A veces, Santiago hablaba con una voz que no era la suya, ¿había perdido el juicio después de tantas noches insomne? O era yo quien, contagiado por el quimérico empeño, compartía sus pesadillas. En cierto momento también llegó a preocuparme el hecho de que el paso del tiempo borrara la huella de Jesús sobre la tierra y, dentro de cien o mil años nadie supiera de su existencia. Perpetuar, perpetuar, ésa era la idea fija: cinco rollos de piel, al cabo de dieciocho semanas, dan por concluida la obra; fue como un milagro, no haber sido descubiertos, tal parece que persistía la influencia protectora de Jesús... Y me sorprende pensar así. ¿Tanto ha calado esa historia en tu vida, Eliú? ¿Sería posible que la fuerza de tus ideas se incline ante el empuje de su palabra? No, sirvo a Mitra, cuya doctrina, la verdadera, juré defender, cuyo pensamiento ha temperado mi corazón y mi sangre desde la infancia, y, desde entonces, en muchas ocasiones, tal vigor ha sido la razón suficiente para enfrentar temores sin un solo sobresalto, para ocuparme sin reparos en oficios que más de una vez pusieron mi vida en juego. Y jamás dudé. Sin embargo, heme aquí, repitiendo frases que no son las del Hijo del Sol, sino las de quien se proclamó Hijo de Yahvé y soberano de un reino que estaba en otro mundo, no se sabe dónde... Si de manera tan sutil ha permanecido en mi sólido espíritu la fábula del salvador, con cuanta mayor agudeza impregnará, en las capas sedientas de este desdichado pueblo, la esperanza de una redención que se viene vaticinando desde los días en que fue desarraigado por Nabucodonosor. Y llegan hasta mí señales premonitorias: poco a poco, el ultraje a tus ideas, Mitra, prevalecerá sobre la verdad de tu credo. Dejarán de adorarte tus fieles, perderás una tras otra las legiones que antes te servían; y todo a partir del momento en que salgan del recipiente esos que serán mal llamados «escritos testimoniales hallados entre las ruinas de Qumram». He ahí que no pueda permitírselo.

Santiago escribía: «Había sido el más fatigoso de los días, comparable sólo con aquellas jornadas interminables que siguieron

a la muerte del Bautista, cuando se juntaron casi todos los complotados al pie del Hermón, para decidir qué hacer ante el temor de que Antipas hubiese descubierto la conjura. Fue en la cima de aquella montaña donde se había manifestado — o al menos cuando más evidente se había hecho — que algo extraño se apoderaba de su entendimiento. Quizás fue la trágica suerte de Juan, su primo, a quien consideraba un santo, tal vez había dicho aquello al creerse heredero de la misión que — aseguraba el bautista, y él así lo creía — le había sido encomendada por Dios, y de ahí que se sintiera desde entonces en una encrucijada, apremiado por cierta fuerza, impelido a tomar el camino de la violencia, mientras que otra le reclamaba para hacer y decir la obra y la palabra del Iluminado. Podía asegurarse que esto último había primado a la hora decisiva. Santiago se dio cuenta después de que el Maestro se había vuelto de frente a sus principales — Pedro, Juan y él mismo —, luego de haberse apartado hasta el borde del precipicio, donde abrió los brazos y habló como si ante él, suspendidos en el vacío, estuviesen Elías y Moisés. Entonces dijo de la tropa y que sólo permanecieran con él los doce escogidos. En lo adelante, su mirada no sería la misma, su proceder se tornaría contradictorio..., vendría, como bien terriblemente anunció: “la potestad de las tinieblas”.

»Tiberíades, Cafanaúm, Fenicia, vuelta a las orillas del lago. Y el sol abrasándonos en días de borrascas, entre remolinos de polvo, vagando más que huyendo; desconcertados unas veces; otras, reanimados por su palabra elocuente... Consternados ante la realización de milagros que al principio sólo veía él..., luego... Luego su fama iría de lengua en legua transmitiéndose en prodigios, y vendrían a buscarlo enfermos, leprosos, desesperanzados, ciegos, tullidos, hambrientos, desarraigados: todos en pos de un favor. Muchos encontraron alivio; los menos, se fueron decepcionados y muy pocos regresaron verdaderamente curados, nada más que aquellos cuyos males eran del espíritu más que de la carne...»

El cansancio lo invadía, sus ojos se negaban, obstinadamente, a permanecer abiertos. Santiago sabía que aquello vendría al

cabo de tantas noches insomne. Pero, por encima de toda fatiga, primaba la satisfacción del compromiso acabado, como quien se libera de una carga dulce y penosa a la vez.

Aún no tenía la certeza de haber obrado con razón. Había violado las reglas; bien era cierto que no estaba aquí para esto; pero, si bien no había podido abstenerse de toda norma rectora, en cuanto a mantener vida cotidiana, no había contado con la entereza necesaria para hacer oídos sordos al clamor de sus recuerdos. Y la carga que ahora llevaba en brazos compensaba con creces la falta de aquello que el cuerpo pudiera reclamar. La vida y obra del Maestro descansaban en el ánfora, bien al resguardo de la inclemencia que los hombres y el tiempo fueran capaces de oponerle. No tenía la más remota idea del tiempo que reposaría allí, ni quién sacaría del sueño la historia verdadera de Jesús el Nazareno. Pero algo le decía que la iniquidad humana no bastaría, y que tampoco el polvo sería su compañero eterno. Días habrían de venir en que su testimonio, ahora encerrado en tinieblas, vería la luz...

Y Eliú lo observaba, abrazado a su tesoro, mientras marchaba delante de él. Dichoso, cruzó el umbral que daba acceso a la cocina; un fuerte olor a grasa de cordero le recordó pasadas cenas. No le extrañó este nuevo recorrido, sugerido por su amigo, pues, por ser el último, debían hacerlo extremando precauciones. Y Santiago se dejó guiar sin un reparo, henchido por la grandeza de la obra que acaba de concluir. Entraron en la estrecha sala que servía de alacena; una mezcla de aromas los invadió, venía de las vituallas, resguardadas de soplos cálidos y de polvos que harían rechinar los dientes en cada condumio. Eliú le indicó que girara a su derecha; tan abstraído estaba Santiago que no se había percatado de la sombra de la pared que le cerraba el paso. Iba como en una nube, podía decirse que sacudido por leves temblores. Nada veía, pues no llevaban antorcha, como era de costumbre; hoy se precisaba más cautela que nunca: la criatura que sostenía en su regazo había dejado de ser embrión: ya era un ser acabado...

—Inclina tus pasos a la derecha —le susurró Eliú, para que enfilara hacia la abertura de daba acceso a un angosto recin-

to. No frecuentaban por aquí los hermanos de la cofradía, era peligroso: aun de día, la luz no penetraba en él..., y había una grieta que lo cruzaba, una vieja hendidura que dividía el extremo derecho de la construcción desde hacía más de treinta años, cuando la tierra se sacudió, iracunda. Comenzaba en el muro que enfrentaba el viento que venía del lago, corría a lo largo del suelo de dos pequeños cubículos — ahora habitados por ratas del desierto —, partía la pared que antecedía a la cisterna y ahí se ensanchaba para inutilizar dos cámaras y la escalera que bajaba a la antigua tesorería. No era más que un par de brazas la brecha, pero de una profundidad espantosa; de ella emanaban, cada cierto tiempo, vapores de azufre, como eructos que venían de la mismísima panza del demonio. Fue necesario habilitar una puerta en el muro exterior para no dejar aislados los talleres y un horno de alfarería. A estas cámaras, por donde cruzaban ahora, se había prohibido el acceso. Pero Santiago, ajeno por completo, embebido en la fantasía del que fue su Maestro, creyéndose hasta iluminado por el espíritu del crucificado, se dejaba guiar hasta el borde mismo de la brecha.

Allí, antes de dar el último paso, se detuvo, se volvió, y se enfrentó a su amigo; parecía haber adivinado lo que pretendía. Sus pupilas brillaban como las de los perros en noches cerradas.

— ¿Por qué, hermano Eliú, por qué...?

— ¿A qué te refieres? No hables, es una imprudencia...

— Cierto, iba a preguntarte la razón de esta dicha. ¿No la sientes, no te invade? Es la gracia de Jesús, tal como él la experimentó el día que Juan lo bautizó en las aguas y lo reconoció ante todos como el Cordero Celestial. ¿No te das cuenta? Es la bendición del Todopoderoso que se derrama sobre nosotros en recompensa por haber preservado para la posteridad la grandeza de su Hijo...

Santiago tenía los ojos desorbitados. Se podía adivinar su expresión a pesar de las tinieblas, imaginar su boca, de labios resecos, entreabierta y jadeante, atisbos cadavéricos que presagiaban el fin. Y de pronto, a la luz de un relámpago, Eliú pudo ver lo que devino aquel joven con quien se «había encontrado»

en un cruce de senderos polvorientos: el apasionamiento le había sorbido el alma; ya no era más que un amasijo tembloroso de huesos, sostenido precariamente en pie por la misma idea insana que lo había hecho regresar aquí. Y pensó el discípulo de Mitra que todo volvía a su punto de partida, como el polvo de los caminos.

Su boca se entreabrió y sus labios se movieron. Las palabras le fluyeron del pecho, pero sabía que no era su voz, no la reconocía como tal... Había alguien que hablaba por él... ¡Era Mitra!

—Perdóname, hermano, pero tu luz no es la que debe alumbrar...

Santiago lo miró extrañado, pero sólo por un instante. Una sonrisa vaga, que Eliú no pudo ver, se dibujó en su rostro. Y fue para él como si todo se revelara con un destello. Su última frase brotó espontánea, confundida con el bramido de la tormenta...

—Confieso que desde el principio lo supe, pero me negaba a creerlo...

Sólo bastó el amago de su diestra.

La cámara volvió a iluminarse con otro destello, preludio de una tormenta inesperada.

La efímera imagen trascendió las pupilas de Eliú y, como grabada por hierro al rojo, se quedaba allí, permanecía, aunque se obstinara en borrarla. Y lo perseguía ahora por los corredores que desandaba sin cuidar tropezones ni mesas volcadas. Quería alejarse, pero los pies se metieron en las aguas inertes de una piscina abandonada; corría con los brazos extendidos para evitar paredes, pero derribó la última hornada de ánforas que se secaban en el taller... Andaba a tientas, pues sus ojos no veían más que a Santiago, abrazado al recipiente de arcilla, como si fuese su más preciado tesoro, hundiéndose en el vacío, cada vez más lejano... Y aquel semblante de sorpresa que siguió al empujón, transformado en una expresión compasiva..., quizás transfigurada en la blanda sonrisa del que dijo: «Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen...».

Y aquí la acción se corta y vuelve al inicio... Como el polvo de los caminos, llevado eternamente desde el final al princi-

pio... Como Eliú, que corre, impelido por el viento, en contra del viento, bajo la mirada de ninguna estrella, sin rumbo, sintiendo en sus espaldas el impulso apremiante de manos invisibles, al tiempo que otras le golpeaban el rostro con la eterna visión de Santiago cayendo, abrazado a su ánfora, rumbo a las entrañas de la tierra, feliz a pesar de todo, por haber cumplido con lo impuesto...

Y ¿qué habrá sentido?, se preguntaba el homicida, ¿esta falta de sustento que ahora en vano se empeñan mis pies en hallar? ¿Por qué el firmamento se aleja...?

Eliú se revolvía en un lecho intangible que se iba con él y los peñascos del precipicio le decían adiós, mientras las aguas salobres del lago se abrían para recibir su cuerpo..., como un grano de polvo que vuelve a su punto de partida...

— Fue hallado en el lago, señor. Llevaba dos días muerto, pero la sal de las aguas y la ausencia de peces contribuyeron a conservar el cadáver lo suficiente para que pudiera identificarlo. Cayó desde el acantilado.

Saulo de Tarso cambió de posición en la bañera. Hacía rato que debía salir de allí, pero la frescura del agua y la inminencia de un día interminable de aquellos vientos calientes y molestos que se levantaban en el estío, se lo impedían.

— ¿Y Santiago? — preguntó.

— Desaparecido desde la misma noche en ocurrió este extraño suceso. No tema, no salió de Qumram, se lo garantizo. Una de sus sandalias se encontró junto a la grieta... ¿Recuerda lo que le insinuamos al... mitraísta? Parece que lo tuvo en cuenta. ¿Entonces, señor?

— Puedes cerrar este caso, Moshe Gezer... ¿Quién crees que deba ser el próximo?

IV

El humo exhalado por los siete brazos del candelabro va dejando su huella oscura en la bóveda pétrea. Felipe se había propuesto abrir allí, perforando hacia arriba, un conducto para darle salida.

El aceite de aquí no era, ni remotamente, comparable con el que se consumía en Galilea; aquél era mucho más fino, se mezclaba con sándalo o con mirra y perfumaba la estancia; éste, que traían del otro lado del valle, era oscuro y espeso, aunque ardía con mejor llama; pero volvía el aire irrespirable y su humo tiznaba cuando no encontraba escape. Bien era cierto que no resultaba una ofrenda muy digna para el Señor, pero, en caso de que pudieras encargarlo, ¿cuánto tendrías que esperar por un poco del óleo que solías quemar allá, en Betsaida? Desde la última visita de Andrés habían pasado dos años; iba, entonces, rumbo a Escitia, donde pretendía establecerse y fundar allí una comunidad, de seguro más numerosa y rica que ésta, la suya, perdida entre conos pétreos, precariamente sostenida por la fuerza de la fe, entre María de Magdala y él. ¿Cómo decía Simón Pedro en su carta, la que le trajo Andrés a su paso por la villa? «Añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia...» ¿Y la había tenido, Felipe? ¿Al menos la suficiente para consagrarse a la causa de Jesús? A veces sí, a veces no...

A través del estrecho recuadro que se abría en la pared, la silueta, siempre blanca en la cumbre, del Erciyas Dagi se perfilaba contra el cielo. Aquí se decía que fueron sus cenizas ardientes las que se depositaron en estos valles. Y luego lluvias y nevadas las enfriaron y contrajeron hasta finalmente moldearlas, al antojo de las fuerzas naturales, en forma de conos que ahora, como panales pétreos, albergaban a este pueblo, aferrado a una vida que languidece entre un invierno y otro... Echaba de menos Felipe la brisa cálida que cada tarde, casi al caer la noche, venía del lago, y traía consigo aromas de brea, mezcladas con el fuerte olor del pescado extendido en las tarimas para secarse a fuerza de sal y sol. Y le costaba un gran esfuerzo soslayar el deseo de

volver a la barca; sus dedos rozan los callos que el remo había hecho crecer en la palma de sus manos; se da cuenta, entonces, de una pavorosa realidad: cada día se reducen un tanto, se han ido borrando con cada sol que se pone. ¿No había sucedido igual con sus recuerdos, a medida que el tiempo los erosionaba con la misma implacable insistencia que a estos conos puntiagudos, cual sepulcros de almas muertas en vida? No, no se iban del todo las remembranzas, no; pero siempre que alzaba la mirada de sus pensamientos y las buscaba, estaban un poco más allá, haciéndose borrosas con la distancia... Y no era igual. El detalle se tornaba impreciso; las imágenes se cubrían con un velo a cuya trama el tiempo, incansable tejedor, añadía hilo tras hilo y cerraba cada vez más. Sin embargo, había momentos en que... ¡Oh, Dios! Jamás perderían ni un destello.

Aún lo estremecía el choque de cada piedra al caer; se atrevería a contarlas, podría decir exactamente cuántas y cómo se deslizaron de las manos y volvieron a su sitio, sobre el suelo la plazuela que se abría frente a la puerta de Esterquilina. Hasta sería capaz de precisar que algunos de aquellos cantos todavía conservaban la costra de sangre renegrida de la última lapidación. Él también se había hecho de uno en cuanto apareció el gentío alborotado, frenético, arrollando tarros de óleo y mazos de yerbas pendientes de dinteles. En medio de la chusma traían a empujones a una adúltera que debía morir apedreada. Jesús ni cuenta se dio, embebido como estaba. Sentado sobre una piedra, dibujaba con una ramita en la arena: trazaba movimientos tácticos sobre sitios vitales de Jerusalem. Y a Felipe lo paralizó el estupor. Temblaba como si de pronto se hubiese hecho de madrugada bajo el quemante sol del mediodía; ella, la condenada, había caído de bruces: los cabellos revueltos, el rostro encendido, donde amoratados cardenales revelaban ya signos de violencia, y los vestidos rotos, dejando ver parte de lo que, por pudicia, toda mujer solía ocultar. Sí, allí estaba María de Magdala, acusada de adúltera; decían que sorprendida por su prometido (agravante), en evidente delito. ¿Por su prometido? ¿Cómo podía ser cierto si había sido él mismo quien la había solicitado en matrimonio? Sólo esperaban las bodas por aquellos tiempos mejores de que

hablaba Jesús, después del triunfo del alzamiento, sin romanos... Cuando Israel volviera a ser lo que había sido en su época de gloria... De efímeras glorias, sí, pero suficientes para vivir felices aunque fuera una vida, o mejor dicho, lo que le restaba por ley natural. Abrió la mano: aquel pedazo de roca le laceraba el corazón como una puñalada de la daga que llevaba oculta en el fardel. Nadie más que él se dio cuenta de la intriga: Simón Pedro, Juan, los dos Santiago y Mateo, ocuparon sus puestos entre la turba que clamaba por la justicia de Moisés. ¡Oh, Dios! ¿Fuiste tú quien alumbró su mente? Jesús estaba ahí, a su lado y no tuvo más que acucillarse para susurrarle al oído:

— *Rabí*, la acusación es falsa; esa mujer está comprometida conmigo, ¡haz algo, sería una injusticia...!

Tampoco a él le hizo caso; murmuraba frases ininteligibles, estaba fuera de todo: ¡hasta escribía nombres que, de llegar a las autoridades, hubiesen comprometido el éxito del alzamiento! Y lo maldijo. ¿Pero no se daba cuenta del crimen que sucedería ante sí? ¿Tenía la mente sumida en tal encantamiento que la realidad se le hacía imperceptible? O sencillamente le molestaba que interrumpieran sus pensamientos, siempre consideraba que eran los más importantes del mundo. Fue menester que lo sacudiera por los hombros.

— *Rabí*, escúchame, los saduceos te tienden una trampa: si perdonaras a esa mujer, que te juro es inocente, serías inculpado por oponerte a las disposiciones de la Ley; si permites que la maten... ¡*Rabí* de mierda! Serás un criminal y jamás creeré en ti!

Despertó. Parpadeó, hubo una ligera sacudida de su cabeza: había vuelto en sí. Partió de su noble corazón un haz que lo hizo refulgir. Sí, lo había visto, no lo podía negar: el rostro le cambió de expresión. Quizás en un instante — fútil en apariencia, como un chasquear de dedos, pero hondo en sabiduría —, supo aquilatar el momento supremo; tal vez aquello que le había dicho en su desesperación, se le incrustó en el alma y afloró su luz en el momento preciso.

Alzó el rostro, cansado; un golpe del viento borró los trazos que había hecho en la arena y sólo dejó huellas de siluetas vagas — una de ellas semejava un pez.

—¿Por qué callas, *Rabí*? —insistieron los de la turba. —Te hemos preguntado si crees que deba ser apedreada.

Y entonces vino aquella frase, genial, como las que tantas veces le había oído decir acá y allá, cuando menos se esperaba. ¿Fue una orden? ¿La había dicho consciente de la trascendencia de cada palabra? ¿Quién pudo haberlo inspirado, Dios mismo..., otro poder sobrenatural..., alguna voluntad desconocida que se le imponía en cada instante crucial? Convencido estaba de que no había existido otro profeta con la dádiva de sus irrefutables respuestas. Y lo dijo con la misma serenidad pasmosa de aquella vez, en que dicen que mandó sanar al hijo del centurión. Felipe se había estremecido, tenía que admitirlo:

—Quien de ustedes esté libre de pecado, que lance la primera piedra.

Y cayeron las piedras, de vuelta al suelo de la plaza..

En Judea, los carros eran tirados por caballos y pertenecían sólo a las altas jerarquías romanas. Para ellos se había construido el hipódromo, que acogía aurigas que gobernaban instruidos corceles de las mejores estirpes y guardaba vehículos preparados para un solo conductor, ligeros, de grandes ruedas había oído decir. Pero allí, en Cappadocia, las costumbres eran otras. Jerusalem sólo admitía carros en el sitio preparado por los romanos para su divertimento. En el resto de la ciudad no podían circular. ¿Quién era capaz de imaginar esos armatostes dando tumbos en angostos callejones ahumados de fraguas, harinas, leña quemada...? El tahonero trasladaba su cosecha en espuertas a cada lado del asno, el otro lo hacía en alforjas. Allí no sucedía así. En primer lugar, porque no había calles, sino caminos serpenteando entre los conos: la gente disponía de mayor espacio, cada uno de aquellos estaba separado varios codos del colindante. Cierto que más de una familia compartía el mismo habitáculo... Pero no importaba, se llevaban bien, Felipe y los suyos habían logrado atraer hacia sus costumbres —y a las enseñanzas de Jesús— a los que vivían arriba; los unía la fe del que no quiso la guerra. Bien que la de Magdala se lo había dicho a Felipe: ya verás cómo terminas

oponiéndote tú también a la violencia y dejando a un lado esas locuras de la rebelión.

Vivir en esta comunidad..., Magdalena no sabía cómo explicarlo, era sentirse aliviados de una gran opresión, era estar lejos de la barbarie romana. Toda mujer estaba francamente en contra de esas contiendas, siempre a merced de un destino incierto si el marido no regresaba con vida... ¿De qué nos vale el patriotismo si terminamos siendo esclavas? ¿Existía alguna dignidad en aras de la cual fuesen muriendo de hambre los hijos, cercados por el enemigo? ¿Valía más la vida en cualquier otra circunstancia! De ahí que jamás se arrepentiría de haber convencido a Felipe para abandonar Jerusalem. Aquello era un caos donde cada cual tiraba por su lado: y hasta entre los que seguían la palabra de Jesús había divergencias, y de las gordas. ¡Simón Pedro mártir! ¡Que le fueran con esa historia a quienes no lo tuvieron cerca! Por su culpa había muerto Ananías: lo avergonzó ante la comunidad de fieles, siendo un hombre tan honrado... ¿Acaso él, sucesor de Jesús, entregó toda su fortuna? Se sabe que alguna que otra barca dejó en arriendo a sus parientes, por si acaso no le iban bien las cosas en Jerusalem...

—Pero, ¡Oh, Dios! Creo que uno de los que viene en aquel carromato es... ¡Nathanael! Sí, él mismo. ¡Felipe, Felipe! Baja enseguida, deja eso del humo para otra ocasión: por ahí llega nuestro querido amigo...

—¿Me preguntas cómo sucedió, en detalle? Ni yo mismo lo sé con certeza, Felipe: sólo hay conjeturas... Teníamos conocimiento de que Andrés se había establecido en Nicomedia, por las cartas que nos mandaba siempre que le era posible; creo que no fueron más de tres... Y en ellas, nunca habló de hostilidades, sino al contrario: los hermanos de allí se habían mostrado muy receptivos en cuanto a la doctrina de Jesús. Incluso habían edificado entre ellos una sinagoga que pronto recibió a todos... Quiero decir que..., vamos, muchos gentiles se convirtieron al..., este... Bien, no puedo afirmar que hubo con ellos ese compromiso tan fiel a la Ley tal como lo hacemos nosotros... Pero, dime, hermano

Felipe, ¿no resultan demasiado exigentes algunos preceptos para los que crecieron entre costumbres menos...? Férreas, sí, acabas de decir justo lo que tenía en mente. Se nota que compartimos el mismo punto de vista. Pues... según nos escribía, todo iba de perillas a nuestro Andrés; en verdad había aprendido muy bien a trabajar en eso del proselitismo, a pesar de que, mientras estuve con nosotros, junto a Jesús, durante aquellos tres años, nunca se destacó. Me refiero a que no mostraba el apasionamiento de Juan, ni la agudeza de Tomás. Sí, ya sé que no rehusó el peligro ni flaqueó en los momentos difíciles, pero después de muerto Jesús, no pensé que volviera a unírse nos, sinceramente. Por eso no te niego que me sorprendiera su asistencia a nuestra decisiva cita de Pentecostés, ¿recuerdas?

Nathanael hace una pausa y se queda observando las volutas de humo gris que ascienden por la oquedad que les sirven de tiro, llevándose al exterior los gases de la combustión.

—Pero, qué tonto soy, ¿cómo no ibas a recordarla, Felipe! Si de allí partió todo... Fue en la casa del padre de Marcos, en el mismo cenáculo de aquella última Pascua. Tal parece que aquel sitio estuviese predestinado para importantes decisiones. Apenas transcurridos cincuenta días del fracaso que le costó la vida, y ya volvíamos a unirnos, los dispersos, al impulso de no sé qué; si tras un desenlace tan drástico... La sublevación que nunca llegó a concretarse; la variante a seguir si algo fallaba: salida que tampoco dio resultado pues, a última hora, en realidad, lo que hubo fue una huida sin orden ni concierto entre penumbras y olivos. Sin embargo, allí regresábamos, uno tras otro, cada cual con su cuota de temor estrujándole el alma. Pero hubo cierta sensación de alivio al ser recibidos por el *asaf*, quien de seguro no permitiría la entrada de extraños, pues nos conocía bien a todos. Quizás fue ese siervo fiel quien nos infundió confianza. O quién sabe si, volvernó a ver sin que ninguno faltara —salvo el Iscariote—, aminoró tensiones, alejó temores... Aunque nadie pudo negar el sobrecogimiento que nos sacudió al entrar en el cenáculo. Todo estaba allí en el mismo sitio —incluso él, nos pareció a todos—, nada más habían sido retiradas

las fuentes de almendras, higos, dátiles y cidras con canela; los ázimos, los últimos restos de la comida... Hasta el penetrante olor al vinagre del *kharótset* invadía la estancia. ¿Ilusión de nuestro olfato, Felipe? ¿Realidad que quiso ofrecernos el padre de Marcos para crear un entorno semejante al de su última cena, con el fin de inspirar nuestros pensamientos?

—El recuerdo me embriaga —dijo Felipe. —Desde la terraza volvía a verse el fuego de las torres y las luces de las cumbres... En el recinto, los tres escaños con su alfombra tendida; a continuación, un rueda de piel a los pies de la mesa baja... La mesa ¡oh, Dios! ¿Estaba allí para infundir con ahínco en nuestro ánimo sus ideas? O para acusarnos. Ninguno quiso ocupar el sitio que le había correspondido aquella noche ¿Había algo de mutuo resentimiento? No, por encima de ello se imponía la veneración a su persona y el respeto a sus últimas palabras... Preferible fue sentarnos sobre esteras, formando un círculo, y dejarle a la vacía plataforma, más alta, el honor de presidir el encuentro. Y nos parecía escuchar, en el silencio del retiro, ruidos de multitudes y rebaños agolpándose en las estrechas callejuelas del Jerusalem que preparaba la Pascua...

Felipe acarició el pelo de una de sus hijas, la más pequeña. La niña se había echado a sus pies, callada... Y aquel gesto, inocente y lleno de ternura, también le recordó otra cena en la que su esposa, por aquellos días aún muy joven, había hecho lo mismo a los pies de Jesús, embelesada por su elocuencia. Fue la misma noche en que Simón Pedro dijo más disparates que nunca... Simón Pedro... Y de nuevo volvió al escenario anterior...

—No sé por qué fue Simón Pedro quien se tomó la atribución de ocupar el primer puesto en la junta: tan sólo con pronunciar una palabra «Hermanos...», acabó con el hechizo, ahuyentó de un manotazo su presencia, la volvió ausente, nos esfumó a Jesús... Perdóname por interrumpirte, querido hermano Nathanael... No sé si a ti te ocurrió lo mismo: todo cambió en un parpadear. Los arabescos de la alfombra perdieron su extraño sentido, el rueda de piel parecía recogerse, como avergonzado. ¿Temblaron las llamas en los candelabros? No

fue muy largo el discurso, gracias a Dios. Pero tampoco puedo negar que algo hubo en las torpemente hilvanadas frases de Pedro que despertó, en unos, quizás los más soñadores, cierto..., interés por continuar...

— ¿Continuar qué, Felipe? ¿Una sublevación perdida? ¿O un intrínseco anhelo mesiánico que, de un modo u otro, de nada valen reflexiones tardías, permanecía latente en cada una de nuestras almas? Faltaba él, era cierto. Ninguno de los presentes tenía el don de su palabra... ¡Oh, Dios! Pero no podíamos perder la esperanza de su retorno... Había dicho, no sé si en uno de sus desvaríos de aquella cena: «Volveré a mi casa, de donde salí...» Y aquella era, o había sido, una de sus casas. ¿Por qué no esperar que esa noche se presentara ante los que fielmente le siguieron? De sobra estábamos convencidos de que algo semejante era materialmente imposible, pero era tan vehemente el deseo de que ocurriera...

Y en la mente de Felipe se posó la idea de que se dejaba llevar por una fe ciega, aberrante; fe sustentada por discursos mal hilvanados en circunstancias propicias. Y se preguntó: ¿Hubo en la exposición de Pedro, aunque fuera, un ápice de inspiración divina, emanada de aquella fuerza que dijo el Maestro habernos legado? O intereses de índole personal. No distingo, aun pasados los años, no hallo el límite entre una cosa y la otra. Pero de lo que sí permanezco imbuido es de que se precisaba mantener viva la fe en que nuestro Dios jamás nos dejaría desamparados y los que habían hablado por él, en más de una ocasión, bien claro así lo habían establecido. Redentor, Mesías, caudillo divino... Adopte la forma que adopte, pero nos lo enviará, sencillamente porque... ¡Porque es la única esperanza! Porque el último de los profetas lo dijo: que el día del Señor vendría de todos modos... Y ése había sido el ánimo de cuantos estábamos allí, bien lo sabe el Señor. No le fue muy difícil a Simón Pedro convencernos a los presentes de que habíamos sido objeto de la unción mesiánica desde que repartiera Jesús su sangre y su cuerpo en aquel enigmático símbolo de vino y pan. ¡Claro! Parrafada tras parrafada con el propósito de llevar hacia la aceptación unánime algo que

él, Simón Pedro, sin ton ni son, había afirmado una vez, quizás por congraciarse con el jefe más que por hondo convencimiento: «Tú eres el Cristo». Y eso me hizo recordar las palabras del propio Nathanael, en aquella ocasión, al decirle que había hallado al Mesías en el hijo de un carpintero de Nazareth: «Pero, Felipe, ¿de Nazareth puede venir algo que valga la pena? No seas tonto».

Felipe quería sacudirse aquellos recuerdos; pero, a pesar de todo, imprescindible se hacía cifrar una esperanza; el hombre era eso: fe en que alcanzaría algo... Sí, Felipe, se decía, no puedes dejar de reconocer que, al principio de una borrasca, el arrollador viento del desierto arrastra hacia destinos inciertos cada grano de arena; pero luego, cuando la realidad golpea, se hace patente que tal ímpetu quedará resumido en dunas que otros vientos desharán y llevarán, quién sabe, hasta por rumbos contrarios. En fin, ¿qué había hecho él, simple pescador del lago galileo, devenido rebelde de una causa perdida? Primero: alejarse de Jerusalem, en cuanto lo nombraron obispo —que quería decir apartarse de intrigas—; asentarse con su esposa y sus hijas donde nadie supo, ni sabe lo que allí había sucedido. Segundo: abrazar una fe —sin ella su vida no tendría sentido— y narrar, entre los pocos hebreos congregados aquí, lo que había visto y lo que pensaba acerca de aquél a quien había tomado como ejemplo de pureza, a pesar de sus dudas y obviando ciertos pasajes... Como el de la samaritana... ¡Pero nadie es perfecto en la vida! Tercero: difundir el *evangelos*, la buena nueva de la salvación, tal como él había dicho que se hiciera; no le importaba si lo dijo para encubrir el alzamiento, si habían sido delirios de un afiebrado, si desatinos que partían de su locura misma... El caso era que ya había tomado su determinación y allí estaba: propagando su palabra, recitando sus parábolas con el fin de elevar el espíritu, sembrando una simiente en tierra de cenizas volcánicas... Pero asido al verbo que había escuchado mientras peregrinaba con él.

El recién llegado lo sacó del ensimismamiento.

—...Y de allí partió la idea, hermano. Quizás con el ánimo de reafirmarnos como hijos del pueblo que Yahvé había jurado no abandonar jamás. A ver, dime, Felipe, ¿qué argumento de su-

ficiente solidez había para no aceptarlo como al Enviado? ¿Que no acaudilló un ejército? ¿Que prometió la salvación a otros que no acataban las leyes de Moisés? Bien, pero no me negarás que descendía de David... Bueno, eso se dijo después... De sobra sabíamos que había nacido en Nazareth y no en Bethlehem. Pero el propio Juan, el del vado de Shittín, aquel que decía hablar por boca de Dios, lo señaló abiertamente, y tú bien que se lo oíste, porque estabas allí: ¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo! Sí, es cierto que al principio había tenido un comportamiento distinto, era más franco, de carácter alegre... Aún me río cuando recuerdo la broma que le hicimos al padre de la novia en Caná: le escondimos el vino en las ánforas de las abluciones. Claro, que la borrachera había ayudado a que nadie se diera cuenta. Entonces se nos ocurrió el asunto del milagro, su primer milagro. ¡Hasta su pobre madre lo creyó! Y el maestra-sala, como ya casi se caía, dijo que aquel vino era mucho mejor que el primero... Eran los días del entusiasmo inicial, hermano Felipe... Después cambió, pero... ¿Y todo lo que en verdad hizo y dijo? Podría asegurarse que una palabra como la suya no brotaba así como así, sin que tuviese un soplo de fuerza divina respaldándola... Era innegable, mas el primero en dudar había sido yo, cuando Pedro nos lo propuso. Pero piensa, razona, Felipe: todos los que anduvimos con él éramos sediciosos y los romanos, aunque no tenían pruebas contundentes, algo sospechaban. Lo más indicado en aquel momento era salir por la puerta que nos dejaba abierta el propio Sanhedrín al acusarlo de faccioso, pero contra las leyes de nuestra teocracia. Y eso ya se trataba de un asunto en el cual la autoridad imperial, por norma, no se inmiscuía. Si se proclamaba heredero del trono divino, si su reino pertenecía a otro mundo, si se burlaba del Talmut, bien poco le importaba a Roma: sólo al hebreo competía resolver el problema... ¿Y qué era lo más indicado para quitarnos de encima cualquier indicio que fuera a lanzarnos en el mismo caldo donde se cocían los sicarios y los celotes, por ejemplo? Unirnos en una hermandad para hacer de Jesús el Esperado de quien hablaban las profecías, pero sin matices guerreros, sin violencia..., buscar más bien la uni-

dad fraternal y la difusión de sus ideas de paz, sus prédicas de amor desinteresado al prójimo... De ahí que cada cual aportara ideas para afianzar «ese» matiz divino, el mismo que habíamos difundido cuando estaba en pleno apogeo la campaña subversiva. Recuerda que tú apoyaste la propuesta de Juan acerca de aquel discurso que reunió tanta gente venida de Tiberíades..., y entonces a él se le ocurrió lo del milagro de los panes y los peces. No, querido amigo, no; deja remilgos a un lado y habla del prodigio a los de aquí. Si alguno pasa por Antioquía, Efeso, Cirene, o visita alguna de nuestras congregaciones, comprobará que allí también se dice lo mismo; eso aumentará tu crédito en esta recóndita ciudad de cúpulas y picachos habitados por gente pobre. Pero..., y aquí viene lo importante de la cuestión: este pueblo está en el cruce hacia el Ponto Euxino, y viniendo de él, hacia Antioquía y el Mediterráneo. Y hay algo evidente, hermano: con frecuencia recibes visitas de gentiles atraídos por lo que se oye decir acerca de Jesús; te sugiero, a propósito, que comiences a llamarlo el Cristo, te acercará más a los griegos de fortuna...

En Görene, no todos los conos eran iguales. Los había chatos, como aplastados por el pisotón de un gigante; otros terminaban en cúpulas, redondeadas por el capricho de alguna ignota fuerza interna o externa, preponderante en el momento de su formación. Se veían formas muy curiosas, como aquella, la del pináculo terminado en dos puntas, cual si la roca hubiese sido dividida por un ciclópeo hachazo. En el pico de la derecha, arriba, cerca de la aguda cima, un agujero rectangular se abría a manera de ventana o de respiradero... Y, en determinada circunstancia, quién sabe, resultaría un excelente punto de observación: desde allí se dominaba gran parte del valle; se podía seguir el movimiento por el camino principal que atravesaba el pueblo... Y quedaba justo a menos de un estadio del montículo que albergaba a aquella familia procedente de Jerusalem; la cual, al parecer, acababa de recibir la visita de un viajero, venido de muy lejos, a juzgar por el carromato que hasta allí lo había traído, uno de esos tirado por un buey, de los que tanto se veían en Tarso, y que acostum-

braban tomar los que llegaban a la Cappadocia, en barcas, desde Tiro o Sidón...

— Llegó hacia la hora sexta, señor. Venía solo. Traía bultos; a todas luces con lo usual en estos casos: ropa, vituallas para el viaje... Desde que entró en la... no sé si llamar cueva o madriguera a estos cucuruchos de piedra, no se le ha visto salir.

Saulo de Tarso se situó al lado de su ayudante, para mirar también.

— ¿Estás seguro de que se trata del mismo que estuvo en Nicomedia, indagando por lo sucedido con Andrés?

— Completamente. Su cabeza casi rapada es inconfundible. No es esenio, señor; se trata más bien de una costumbre heredada. Todos los varones de su familia se cortaban el pelo así. No es otro que Nathanael, de Betsaida Julia.

— ¿Alguien más ha venido a la casa?

— No, señor, quiero decir que nadie ajeno a la vivienda ha sido visto, recuerde que otra familia ocupa la parte alta. He permanecido muy al tanto de alguna visita extraña. Supongo que ese individuo descansará unas horas antes de seguir el viaje.

— Me parece lo más acertado, mi querido amigo. Haría falta saber de qué se habla, sobre todo cómo, si se menciona la muerte de Andrés.

— Recelos no faltarán, señor. Por poco suspicaces que sean, la advertencia tuvo que haberles llegado. Como siempre, todo se ejecutó muy bien, ¿no es cierto?

— Soy de tu mismo parecer, *sofer*, pero creo que el asunto debe permanecer envuelto en cierto velo misterioso. Eso sí, el Sanhedrín tiene que quedar ajeno por completo, desde luego. Ya tuvimos bastante con la crucifixión de Jesús. No se tomaron las medidas necesarias a tiempo y mira lo que se sucedió: todavía nos está dando dolores de cabeza una cuestión que debió haber sido olvidada, a lo sumo, un mes después.

— Bien, señor, hasta ahora las voces se han venido silenciando y al mismo tiempo se han roto muchos nexos entre las ciudades lejanas y la dirección principal en Jerusalem. Indudablemente que ha sido un acierto trasladar las operaciones a puntos bien

distantes, luego de la muerte de Pedro. Hubiese sido un error continuar actuando allí.

—Evidente. Y, a propósito, nos encontramos bien lejos de donde ocurrió la muerte más reciente...

—Es verdad, señor, ¿y...?

—Pues, que desde hace días he venido preparando algo, un tanto espectacular, no te lo niego, para que esta agreste y perdida región del Imperio también quede en silencio. No llegarán noticias desde aquí, pasará el tiempo, se borrarán huellas y se olvidarán parábolas e historias milagreras...

—... Y serían dos menos: Felipe y Nathanael... ¿Entonces...?

Saulo de Tarso no contestó. Su mirada se fue tras un carro-mato cargado con odres de vino. Del otro lado del valle, en dirección al Ponto, el viento traía vapores de azufre y betún.

Nathanael hizo un gesto de fastidio. No le gustaba hablar del asunto; todo había sido tan... horrendo.. Pero ya insistía su amigo en preguntar por Andrés y las circunstancias de su muerte, de la cual sólo habían llegado rumores hasta él.

¿Será tozudo este Felipe? Pensó. ¿No se da cuenta de que no quiero hablar del asunto? Hay algo raro en todo esto; y ahora más que nunca, con esa muerte no muy clara de Pedro. La del Iscariote, bien justificada estaba: no podía menos que sucederle eso: reventar como un pellejo inflado. Pero..., ¿y la desaparición de Santiago? Se había esfumado de Qumram sin una petición formal ante el consejo de ancianos. Además, si sólo llevaba un par de meses allí, ¿era natural tan prematuro arrepentimiento? Al principio, creíamos que se trataba de aquel cuerpo hallado en el lago; de haber sido él, todo hubiese podido explicarse: quizás unas fiebres delirantes lo habían atacado esa noche y, sin saber lo que hacía, echó a andar y cayó por el precipicio. Pero, Dios, ¡no era su cadáver, sino el del otro! Dicen que ambos habían llegado el mismo día, al parecer se encontraron por el camino...

En menos de cuatro años habían muerto tres de los capitanes de Jesús... ¿Sería un castigo de Yahvé por desviarse de su santa Ley? Nathanael se decía que no debía ser tan pesimista; tampoco

tenía por qué apartarse de las instrucciones, que tan diligentemente le fueran encomendadas por los más sabios prestes de la congregación en Jerusalem: Nathanael, habían dicho: «Suceda lo que suceda, ante todo, has de evitar el pánico entre nuestros hermanos que se hallan lejos. Inquiérete hasta el último detalle, por insignificante que éste sea, y guárdate de emitir juicios o comentarios con alguien. Toma todo el tiempo que necesites, pero no lo desperdicies. Si el silencio de Andrés se debe a que sufrió algún percance fatal: indaga. Pasa por Cappadocia para saber de Felipe; si de algún modo ya está enterado, trata de atenuar el asunto, pero déjale entrever la necesidad de cuidarse. Regresa por Antioquía y advierte a Mateo, pero sólo a él, de lo que está ocurriendo. Dile que adopte las medidas que estime convenientes: perder al hermano más valioso con que contamos en nuestra plaza fuerte sería fatal para la congregación». Hubo una sonrisa acompañada de algunos gestos que más o menos querían decir que tal vez todo se tratara de simples conjeturas, y que no había motivo de alarma. Quizás meras coincidencias... Pero el caso de Andrés..., ¡Oh, Dios! En un lugar tan apartado... No obstante, así se había dispuesto que allá fuera porque, estando en Nicomedia, se hallaría cerca de la monumental Bizancio.

¿Cómo enfrentaría, entonces, el asunto de relatarle a Felipe sobre la muerte de Andrés?, Se preguntaba. Vanos habían sido los esfuerzos por dormir, a pesar de lo cansado que se hallaba... Y su cerebro, cual caballería insensible a la acción del freno, se disparaba por los caminos tantas veces transitados... Los males parecen haber comenzado a raíz de la última carta que nos envió: todo muy bien, la congregación en aumento y preparando ya una delegación en la propia capital. Nicomedia no era un pueblucho como estos de Cappadocia, no señor; tampoco vivían allí salvajes, sino personas instruidas. Entonces: ¿cómo había sido posible que lo asesinaran de manera tan cruel? No era de esperarse. Ni siquiera se lo explicaban las gentes de aquel lugar. Además, todos temían hablar del asunto y hasta los propios hijos de su pueblo, asentados allí, dejaban de asistir a la sinagoga. En verdad, era un grupo que se hacía sentir: varios importantes

mercaderes griegos, establecidos en la ciudad, generación tras generación, habían sido ganados para la causa cristiana... Y desde entonces, algo, como una plaga, había caído sobre ellos uno por uno. Me contaban que la familia de Nekoros, el principal traficante de tejidos, fue muriendo a causa de una enfermedad desconocida... Andrés había hecho lo posible por curar a alguno —según había visto actuar a Jesús, supongo—, pero fue inútil. Además, todos fueron pereciendo en el transcurso de un par de semanas. Maigarius se carbonizó al incendiársele el trigal y la vivienda, de manera inexplicable. El otro sostén poderoso, apenas unas horas después de haber sido bautizado en las aguas del Irmitz, siguiendo el rito de Juan, se ahorcó de una viga... ¡De una viga! Según me habían dicho... al igual que Ananías... De seguro que hay algo extraño y demoniaco en todo esto. Tan seguro como que estoy aquí, en Göreme, metido en esta colmena pétreo y apoyado en el antepecho de esta polvoriento abertura rectangular, que hace las veces de ventana, y desde la cual se contempla un paisaje de montículos, moldeados al capricho de vientos, lluvias y sabe Dios cuántas influencias fortuitas más... Y me pregunto: ¿sería un rayo el causante de la curiosa partidura en dos que hizo de aquel picacho un par de enormes esquirlas puntiagudas?

La mano de Felipe sobre su hombro lo sacó de las meditaciones. La voz de su amigo le llegó casi en un susurro, tratando de no despertar a la esposa y las niñas.

—Vamos, Nathanael, hermano, no te quedes ahí, mudo, contemplando un paisaje que nada tiene de parecido con nuestra añorada Galilea. Aquí no encontrarás prados de anémonas encendiendo la ladera de un cerro. Ni nuestros árboles de bálsamos manando sucos; ni cipreses... Si acaso, algunos manzanos, higueras... Pero eso sí: chumbos, cactus y cardizales por doquier, y alguno que otro alción merodeando corrales y gallineros. Tu ensimismamiento me hace presagiar que nada bueno ocurrió con Andrés. Magdalena y yo lo comentábamos anoche, después de recogernos para dormir. Sólo te pido que seas sincero conmigo, ¿no estuvimos juntos compartiendo privaciones y dando tumbos

tras Jesús durante tres años? Fuimos de los primeros, espero que no lo hayas olvidado, a pesar de las responsabilidades y de..., digamos..., de lo que ha cambiado todo desde la crucifixión del Maestro... ¿Hay algo que temes decirme? No, no me mires con esa cara de asombro, Nathanael. Te equivocas si piensas que heredé o que se me transmitió el don de adivinar pensamientos. No tengo el..., llamémosle «poder» de Jesús. Esa misma expresión alalada con que ahora tus ojos me contemplan se parece mucho a aquella mía de cuando él, sin habérselo dicho yo, supo tu nombre y la respuesta que me diste al avisarte de la presencia y el origen de quien comandaría la sublevación. Hermano, algo me ocultas y haces mal... ¿No me conoces lo suficiente para temer una reacción, indigna de la responsabilidad contraída la noche de Pentecostés? Salvaguardar y difundir su palabra, y además, por supuesto, el acuerdo acerca de su carácter mesiánico con el cual nos comprometimos. Todo eso es para mí más que un simple convenio; se ha convertido en poderosísima razón de vida. Cada día encuentro más justicia en sus parábolas y no me canso de repetir las en la sinagoga y hasta en mi propia casa. La sabiduría que encierran no podía haber sido inspirada por nadie más que por Dios mismo: creo firmemente en que nos fue enviado para algo más que un estricto alzamiento contra los romanos. Sí, de acuerdo, de acuerdo... ¿Por qué entonces, prácticamente, se dejó llevar a la cruz? ¿Fue el símbolo del sacrificio, del cordero que se inmola? O fue víctima en holocausto. Lo primero es grandioso, lo otro, monstruoso. No hay Dios justo si permite impasible que uno solo de sus hijos muera, si consciente el sufrimiento de su pueblo en aras de una veneración más allá de la propia vida que él mismo otorgó. Bien: si Dios le concedió la vida, también tuvo el derecho de quitársela, Nathanael, eso lo comprendo, pero..., ¿justifica lo anterior? Si le diste la vida, que no sea para que sufra porque, entonces, la existencia no es premio, sino castigo. Dirás que me estoy volviendo tan parlanchín y polemista como Tomás; pero, entre estas grutas que nuestras propias manos han convertido en hogares, uno se siente aislado; por lo tanto, propenso a la meditación. Conoces bien el ambiente

en la ciudad: pregones, exabruptos, los martillazos del herrero, el humo de los hornos; camellos que roznan, relinchos, rebuznos y todo el mundo en continuo ajetreo. Hasta puedes enterarte de las veces que yacen juntos tu vecino y la esposa, si el tabique no es demasiado grueso, como suele suceder... Bueno, bueno, me aparto del tema sin darme cuenta, en fin, no se tiene a menudo un amigo que nos visite, un hermano de la vieja guardia, ¿verdad? Cuenta, cuenta cómo fue lo de Andrés.

Nicomedia. Cada tarde, subía Andrés, penosamente, por el estrecho sendero, frecuentado por huidizas cabras montañesas y cerdos, cuyos amos dejaban pacer a su suerte durante el día, con la seguridad de que regresarían al corral antes de caer la noche, pues habían sido conjurados por uno (cualquiera) de los tantos magos o hacedores de milagros que, de tal modo, garantizábanse el diario sustento.

Entre peñascos mal disimulados por alguna que otra viña trepadora, y descansando siempre bajo la fronda de un enorme cedro, cuyas raíces se afincaban a la roca del borde mismo en prodigioso equilibrio, procurando extender las ramas hacia el camino como si huyera del abismo, Andrés subía hasta la cima, una pequeña meseta bien plana, casi en forma de cuadrado. Tres de sus lados terminaban abruptamente en el fondo de un verdadero fiordo, angosto y bien metido en tierra. Desde allí, sentado en el borde de un saliente, con los pies colgando al vacío —descalzo, para dejarlos refrescar luego de la fatigosa marcha—, contemplaba el cristiano, allá abajo, el brazo de mar cuyas aguas se debatían en un callejón sin salida. Y meditaba, al igual que aquellos paganos de cabeza rapada y amplias túnicas sin mangas, vagabundos y descalzos, que se alimentaban de hojas y raíces o de alguno que otro condumio vegetal aportado por adeptos con quienes apenas tenían contacto ni tan siquiera para un saludo agradecido, pues el silencio era uno de sus votos. Pero Andrés, a diferencia de aquellos, no se embebía en la existencia de la personalidad individual que permanece a través de largas sucesiones de vidas. No. Simplemente recordaba las pesquerías en el lago

—Kennéret para los antiguos, el Genezareth de sus padres—, y a veces añoraba la compañía de su difunto hermano Simón Pedro, a quien tantas bromas jugaban aprovechando la torpe rudeza de su carácter. Andrés había sabido de su trágica muerte estando en Patras, donde dejó organizada una congregación cristiana... De allí había partido a Escitia para, finalmente, asentarse en esta no tan populosa, pero sí importante, Nicomedia —la segunda después de Nicea—, donde florecía ya la palabra de Jesús sin que duda alguna hubiese acerca de su condición mesiánica.

Para el ex discípulo, no podía extinguirse la llama de la redención del pueblo predilecto de Yahvé, como tampoco habían de ser tan egoístas para no compartir la futura magnificencia con aquellos que se habían acogido a la causa del enviado —del Cristo— hecho hombre... Vamos, ¿qué necesidad tenía Andrés de repetirse lo que cada *sabbat* decía a sus fieles? Sí, era menester, a menudo, recapitular. Era su modo de enfrentarse a fuerzas adversas: el tiempo, la soledad, la vida entre gentes extrañas; otros paisajes, enrevesadas lenguas, disímiles costumbres, lejanía, nostalgia... Cada una de ellas —o todas en conjunto— erosionaban el alma de mismo modo que aquellas olas convertían en arena las duras rocas. Lo hacía con el fin de arraigar sus ideas..., o el compromiso de la noche de pentecostés, en la que había jurado reconocerlo como Mesías, y hasta ofrendar su vida si necesario fuera..., a pesar de todo...

No, no olvidaba aquella conversación de su Maestro con los griegos que vinieron buscándolo en Jerusalem, para ofrecerle la ayuda y protección del rey Abgaro el Negro, enfermo de mal incurable, y hasta quien habían llegado ciertas historias acerca de milagros —que él nunca realizara, por cierto, pero que no hubiese sido político desmentir en ese momento— que, en cierta medida, constituían la razón de aquella embajada. ¿Cuáles habían sido los temas tratados? Sólo él y Felipe lo sabían...

Simón el celota cuidaba de la protección personal de Jesús en aquel sitio aislado. Desde luego, para el resto de sus capitanes, todo había concluido con un rechazo no exento de las debidas formalidades. Pero, en la entrevista de Getsemaní, a donde

habían llegado por caminos distintos y rigurosas precauciones, hubo un diálogo franco, amistoso, se atrevía a decir. El rey de Edesa, sabedor de su dolencia, se aferraba a una esperanza de vida, sin importarle cómo ni en quién hallar lo que ya consideraba último e inminente recurso; y envió por el Esperado: el proclamado hijo de Dios, quien además de caudillo, poderes sobre la vida y la muerte le habían conferido. Doce mil guerreros experimentados ofrecía, todo incluido, desde avituallamiento hasta el firme compromiso de que, una vez obtenido el triunfo sobre los romanos, sus tropas seguirían subordinadas al mando del pueblo de Abraham hasta que éste las necesitara. Única condición: una breve estancia de Jesús en Edesa y un simple milagro que lo salvara de aquella absurda enfermedad que lo llevaba sin remedio hacia el fin de sus días.

¡Tonto que había sido! No podía decirse lo contrario. Doce mil hombres armados, experimentados y abastecidos. Buenos guerreros, pues hasta Andrés habían llegado sus proezas — mal o bien adjudicadas —, pero dignas de crédito. ¿Y qué había hecho el presunto caudillo? ¿Meditar la propuesta más de cinco lentos parpadeos? ¡Les dijo que no! Y entonces pidió a la embajada pergamino, estilo... Y así lo dejó escrito, para que no quedaran resquemores ni suspicacias..., Se deshacía en cumplidos, se excusaba por no poder acudir a socorrerlo de inmediato...

Una ola de las grandes entró avasallante por la boca del fiordo. Venía precedida de una orla espumosa. Irrumpió con igual impetuosidad que aquella de las primeras semanas, que levantaron el ánimo de los doce capitanes; pero en la medida en que el callejón se estrechaba, que las orillas se hacían agresivas y cortantes; en cuanto la energía se iba disipando en las hendiduras, la ola, reducida a salpicaduras de burbujas, se volvía dócil, se adaptaba al medio real y se perdía. Cuando llegaba al fondo de la garganta, ya no arremetía, sino que se plegaba a las circunstancias y se había vuelto tan fugaz que simplemente se deshacía sin que le quedaran fuerzas — ni ganas —, y mucho menos empecinamiento. Triste adversidad de la que irrumpió pretendiendo someter al fiordo, e ignorando que una

ola, por muy tozuda que se empeñara ser, nada más podía — a lo sumo — desbatar un par de aristas y todo acababa cuando otra, al igual que ella, atacaba con idénticas y equivocadas certidumbres. Y Andrés resumía: pensaba que no debía haber ola pretenciosa, sino cautelosa; que una ola no hacía relieve de fiordo, sino muchas olas..., cada cual sin despilfarro de energías, sino aportando tan sólo un tantito así. Y con paciencia, todo a su tiempo... Porque el fiordo, no es fiordo sólo por ser fiordo, sino por ser viejo fiordo; y como tal, ha sabido ingeniárselas; al menos, contra el embate de olas vertiginosas.

Y eso había sido Jesús: una ola más, deshecha al embestir el añejo fiordo imperial de los césares. De ahí que estuviera muy bien pensado recogerse al humilde vivir del que predica la salvación después, si uno se porta bien ahora; y como ya habíamos asumido el papel de discípulos con profeta rector, ¿qué más daba continuar por esos caminos, sin meternos en asuntos de revueltas ni complicarnos la existencia? Para ellos, y eso había quedado bien claro en la asamblea de Pentecostés: Jesús había sido el enviado de Yahvé que optó por la inmolación para salvarlos ante la inminente derrota que habría de costarles la vida a aquellos que lo habían seguido de buena fe y depositado en él su confianza. Menos no podría haberse esperado de semejante condición divina en cuanto que él mismo había llegado a creérselo. ¡Oh, Maestro! Tanta agudeza desplegada en tus parábolas no podía mantenerse por mucho tiempo si era menester llevar tan azarosa existencia... ¿Cuántas veces habíamos comido decorosamente? Sobraban dedos para contarlas. Es más, podría asegurarse que, aparte de la cena que le ofreció el publicano y la última, en casa de Marcos, hubo solamente las tres o cuatro visitas que hicieron a Lázaro. Las hermanas se desvivían por halagarle y siempre decían lo mismo: «*Rabí*, estás muy delgado, no te alimentas; así no se puede vivir y te necesitamos por muchos años...». Y entonces querían que comiera de una vez lo que había dejado de comer por semanas. Se preguntaba Nathanael si no sería el hambre lo que lo llevaba a aquellos éxtasis durante los cuales se sentía con poderes para curar, y echaba mano al primer tullido, ciego, le-

proso o menesteroso que hallaba. Ponía los ojos en blanco y le aseguraba que había sido curado... A veces resultaba, no podía explicarse, pero hubo más de uno que sanó al conjuro de su voz emocionada. ¡Claro que no! A la mayoría le decían que era menester esperar y tener fe. Se fue deteriorando sin darse cuenta; sí, se nos alejaba el caudillo y sentíamos más cerca al profeta...

Andrés suspiró cuando ya el sol estaba próximo a perderse, más allá de la línea costera del Ponto. Pero no importaba mucho si se hacía de noche: conocía del camino cada piedra, hasta el sendero que lo llevaba a los arrabales de la ciudad y, para entonces, encontraría antorchas iluminando las cuatro esquinas de cada calleja; que en eso no tenía Nicomedia nada que envidiarle a la parte más céntrica de Roma —en verdad que nunca había estado allí, pero se hacía eco de relatos escuchados a traficantes.

La penumbra lo sorprendió antes de llegar al sitio donde el camino pierde la pendiente y se bifurca: una vía empedrada al estilo clásico de los romanos conduce a la ciudad; la otra, persistiendo en sendero, se adentra entre míseros pastizales. La brisa le trajo cierto olor..., sí, era inconfundible: ¡fuerte vino de Galilea! ¡Oh, Dios! Con el tiempo que llevaba sin probarlo... De seguro serán mercaderes judíos en ruta hacia Nicomedia... Unas sombras se acercaban...

—... Y Dicen que lo hallaron cuando ya los buitres le habían comido los ojos, Felipe. Era casi un esqueleto adosado a dos troncos en forma de equis. Doce flechas sostenían sus restos clavados en los maderos. Una de ellas habría sido suficiente para acabar con su vida: le partió el corazón en dos... Debió haber sido la primera; sin embargo, fue la que puso fin a la tortura; de lo contrario, las otras no habrían sido necesarias, ¿comprendes? Se complacieron en asaetearlo poco a poco, quizás durante toda la noche: las flechas llevaban un trozo de tela empapada en aceite y chamuscada... El pobre Andrés se convirtió en una cruz de fuego que lo fue quemando no se sabe cuantas horas... No te asustes, Felipe, ya todo pasó... A pesar de... ¡Te lo diré bien claro!

No debe cundir el pánico, pero todo parece indicar que estamos amenazados por una maldad siniestra... Se halló una advertencia clavada en un extremo superior de la cruz: *Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*, se leía. Ahora bien: ¿fueron fanáticos paganos temerosos de la palabra divina? Recuenta, Felipe: Judas — a pesar de todo, uno de los doce —, Simón Pedro; Santiago el Mayor, desaparecido..., y ahora Andrés, guía de una congregación que ganaba prosélitos semana tras semana... Debo regresar de inmediato a Jerusalem, no sin antes advertir del peligro a nuestros hermanos de Antioquía... Felipe, confío en su discreción. Y cuida de ti y de tu familia, ¡ojo avizor! Quién sabe si es el cielo el que nos amenaza...

Felipe ladeó la cabeza, atento...

— Shhh! Espera... — dijo en un susurro. — Hablemos de otra cosa: alguien, de la familia de los altos, está bajando... Ejem... Querido hermano, la fama de los quesos de nuestra región se ha hecho notoria desde Memphis hasta Bizancio; lo he comprobado durante estos años de pueblo en pueblo...

En efecto, la familia de los altos bajaba... cargados con sus pertenencias, parecía como si se mudaran a otra «colmena» de aquéllas.

— Así será mejor: en cuanto se hayan marchado, ocupa también la parte alta y de ese modo evitarás gente extraña entrando y saliendo en tu morada... Sí, oigo chachareo de mujeres, descienden por el pozo con unos bultos...

— Pues, sí, Felipe: los quesos galileos son mucho más puros que los de cualquier otra región... ¡Oh! Permítame ayudarla con esa alfombra, señora, es bastante pesada... No, no es molestia, aunque bajar siempre es más fácil, nunca sobra una mano... Por supuesto que no hay más que soltarla por el escotillón y caerá justo en el carromato, pero sería una lástima que se dañase... Vamos, Felipe, trae una cuerda, hombre, ayudemos a estas nobles hermanas que hasta hoy han compartido la vivienda contigo. Vuelva a subir, señora, por favor, y utilice esta cuerda para bajar cualquier otra cosa hasta aquí y no se preocupe: nos encargaremos de hacérselas llegar a su esposo...

Nathanael parecía muy complacido en ayudar a la familia de los altos con el trasiego de sus pertenencias, pero había otra intención.

—Vamos, no seas tonto, mientras más pronto se marchen, mejor: tendrás esta... piedra ahuecada, o como quieras llamarla, para ustedes solos. Y gracias al Señor que al anterior inquilino se le ocurrió abrir una entrada lo suficientemente amplia; para guardar de las nevadas su par de bueyes y su carro, ¿verdad? Ingenioso el comerciante: taller en el nivel más alto, almacén en éste donde vives y patio de carga y transporte justo a sus pies... No debe faltar mucho, Felipe... Bien, como te dije, tienes que guardar en secreto lo de Andrés: ni Magdalena ni tus hijas deben saberlo, enseguida entrarían en chismorreos. Y toma todas las precauciones que se te ocurran, aunque te parezcan exageradas. Partiré mañana mismo hacia Antioquía, pero eso sí, quiero dejarte clausurada esa entrada de los bajos: no tienes bestias ni nada que guardar ahí... ¡Espera! Se me ocurre que..., lo ideal sería que trasladaras la sinagoga precisamente para ese local... No pongas esa cara, Felipe; es más, no me iré sin que me lo prometas. ¿No te das cuenta? Así saldrás sólo para asuntos imprescindibles. Esta cuestión es muy seria, ¿no lo has pensado bien? ¡Vamos cayendo uno a uno sus doce capitanes!

—Listo, señor. No fue difícil convencerlos: la oferta era más que tentadora. Ni chistaron: en menos de lo se anda un par de estadios, cargaron con sus cachivaches y se largaron del pueblo.

—Bien, eficiente estudiante de la Ley, que me perdone el Señor por haberle escamoteado un excelente rabino: será esta noche.

—¿Tan pronto?

—Y, ¿si se le ocurre a Nathanael seguir viaje mañana mismo? Debemos evitar que la noticia llegue a Antioquía antes que nosotros: estarían sobre aviso como ya lo está Felipe. A partir de la eliminación de Andrés, aparatosa intimidación que, si bien iba dirigida a socavar la campaña proselitista de esa doctrina, también, como te decía, pondrá en guardia a toda la congrega-

ción. Esta circunstancia tiene ese inconveniente; perdemos el elemento que hasta ahora había facilitado un tanto las operaciones: la sorpresa. Sin embargo, ya no hay que ser tan sutiles, sólo cuidar nuestra identidad; continuar golpeándolos con la mano oculta y desconocida para deshacer su organización: extirpando el miembro pustuloso en evitación de un mal que pretende extenderse por todo el cuerpo, y amenazar de muerte nuestros principios, base firme que sustenta y cohesiona, que mantiene las justas aspiraciones de grandeza vivas y latentes en cada hijo del pueblo escogido, donde quiera que se encuentre. He ahí la razón de la fuerza.

—Y la fuerza de la razón, señor.

Sombras, decenas de ellas se mueven bajo el palio blanquecino que la luna tiende desde el cielo. Ruidos muy cercanos al silencio. Silencio de grillos y alguno que otro mugido envuelto en el ulular del viento. Viento álgido que llega del lejano Erciyas Dagi, hierático centinela. Centinelas atentos en cada sendero que lleve a los alrededores de aquel cono rocoso de ancha entrada. Entrada que poco a poco se va cerrando a media que los bloques pétreos crecen, bien juntos, sellados con argamasa, formando una pared. Pared que encierra un carromato. Carromato cargado con un tonel y muchos odres. Odres, por cierto, que no contienen vino.

—Pero, ¿qué dices, mujer? Cálmate: si sólo oíste unos mugidos, bien pudo tratarse de cualquier boyero que pasara por el camino. Sí, a esta hora no suelen hacerlo, pero no te preocupes. ¿Las niñas están bien? Pues sigue durmiendo... Quizás fue una pesadilla... Recuerda que desde..., el incidente aquél en que por poco..., y él te salvó, siempre llevas un temor anidado en tu corazón. Vamos, María de Magdala, concilia tu sueño nuevamente... Y no hagas ruido: Nathanael debe levantarse al amanecer para aprovechar las primeras horas del día, tiene mucho por recorrer...

—¿Estás seguro, Felipe? ¿No habrán sido tus antiguos vecinos que regresaban? No sé, algún imprevisto tal vez... ¿Les preguntaste? ¡Pero, cómo es posible que hayan traído sus pertenencias y no estén aquí junto con ellas...! ¿Que la entrada se en-

cuentra tapiada? Tonterías, Felipe, tonterías, no es posible; como tampoco lo del carromato. ¿No te das cuenta? Tanto te impresionó nuestra conversación de anoche que no haces más que pensar en ello y hasta sueñas... Está bien, está bien; bajaré contigo... No te lo niego: se siente un olor distinto del de los manzanos en flor que tanto abundan por los alrededores... Bajemos...

—¿Ves si tenía razón, Nathanael? Ahí lo tienes: sólo falta la pareja de bueyes, pero es el mismo carro que usó la familia Gourbuck para mudarse; no era un sueño. Y aquí ese olor se hace más fuerte..., habrán traído una buena provisión de aceite para sus lámparas... Pero... ¡Oh, Dios! ¡Qué descuido! Mira, Nathanael, el carromato ha venido chorreando aceite por todo el camino: desde aquí hasta la pared que cierra... Ahí la puedes ver y tocar; notarás que aún está húmeda..., como acabada de levantar... No, no descubras el carromato, sería una imprudencia, ¡y deja de increparme, eran buenos vecinos, habían aceptado a Jesús...! Siempre tuve confianza en ellos... Nathanael, escucha, esto debe tratarse de una broma o algo así... No, no hay otra salida, pero no pensarás que...

—De acuerdo con el desplazamiento de la luz, creo que ya lo descubrieron, señor. Fíjese que ahora se ha iluminado la ventana del primer piso...

—Y acaba de alumbrarse la del segundo, *sofer*. Quiere decir que han sido alertadas la esposa y las hijas. Bien, da la orden final y apréstate al gran espectáculo...

Primero fue sólo un punto luminoso que partió de aquellas rocas gemelas. Felipe no conocía quiénes las habitaban. Siempre estuvieron allí como un par de astillas vueltas hacia el cielo. Se decía que estaban malditas porque cada año, por muy escasas que fueran las lluvias, no dejaba de caer algún rayo sobre ellas. Él mismo, en más de una ocasión, había sido testigo desde su ventana: el relámpago bajaba del cielo encapotado, se dividía en dos y cada picacho de piedra recibía su parte. Como no había nada que ardiese, el fuego celestial se deshacía en efímeras chispas de luces multicolores.

Ahora el cielo se abría en estrellas y aquella luz se arrastraba siguiendo cada ondulación del terreno. Sí, las conocía bien, en ellas se formaban grandes charcos..., cuando llovía.. Pero éste era un mes seco...

Felipe sintió que Nathanael se estremecía a su lado, ante el rectangular orificio del más alto nivel; allí estaban todos: María de Magdala, las pequeñas Zahra y Rachel...

Nathanael, con ojos desorbitados, sin poder apartarlos de la cinta rutilante que se acercaba, casi sobrepasaba el antepecho de la abertura. Su mirada se confundía con el fuego que reptaba, como el que decían haber visto en el Campo del Alfarero, ¿aquello que castigó al Iscariote...? Pero no puede ser... Felipe... Entonces: ¡Tú fuiste traidor al igual que él! Dios te castiga con su fuego... Pero yo no soy culpable... ¡Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu!

Lo vieron lanzarse al vacío antes de que la sierpe luminosa llegara a la entrada y se escurriera bajo la pared. Sólo transcurrió un largo instante: el fuego llegó al polvo negro que se escurría del pequeño tonel que se hallaba en el carromato. No hubo explosión que derribara la pared, sino la necesaria y exacta conflagración que haría arder a un tiempo cincuenta odres de aquel aceite que se recogía al otro lado del valle. El fuego, al igual que el ser humano, precisa del aire para existir. Y cuando lo consume, se empeña en buscar más...

La llama ascendió por el estrecho pozo cavado en la roca, invadió y quemó todo lo que a su paso se interpuso en el primer piso... Pero no le fue suficiente, se asfixiaba entre las paredes rocosas. Subió rauda por el otro conducto circular... Allí estaban. Y la llama se hizo cargo. Y brotó por el estrecho orificio que un momento antes concediera a Nathanael, al menos, la gracia de no sentir su piel achicharrarse.

V

Mateo aparta de sí una docena de pliegos de pergamino a medio leer. Lo hace sin disimular el fastidio que le ha causado aquel texto. Alisa los pocos cabellos que aún le quedan en la cabeza, y deja que su pensamiento vaya a perderse bien lejos, entre viejos palmares, bajo cuya fronda retozan las estatuas de unas ninfas, sello inconfundible del jardín helénico. Por un momento aquellos escritos, que con disgusto había rechazado, pasaron a un segundo plano, desplazados por el recuerdo de su querida Cafarnaún. Allí también, cierto gran señor, ostentaba en el patio central de su residencia un grupo escultórico similar al de sus sueños. Sólo se diferenciaba en un mitológico detalle: en aquél, las divinidades de las fuentes y los ríos danzaban alborozadas alrededor de un fauno, cuya flauta las embelesaba. Claro, claro: allá no hubiese podido disfrutar de las exquisiteces de la cultura griega, aunque estuviera, así mismo, al alcance de su economía: le estaba vedada. Pero aquí, suspiraba de añoranza cada vez que se topaba con algún pueblillo de cal y adobes, rodeado por sitios de labranza... O cuando la inquieta brisa, jugueteando entre los pliegues de su *taliss*, traía rumores cálidos como los que cada tarde le llegaban del mar galileo, mientras disfrutaba libaciones agridulces de tamarindos con miel y contemplaba, bajo el palio tendido en su terraza, gran parte del pueblo: a la derecha, los campos de dátiles grandes, tiernos y dulces; al frente, el abigarramiento de casas de blancas paredes y azoteas entoldadas, acorde con el gusto de su dueño, pero siempre sujetas a la tradición, por supuesto. Sin embargo, como cada cual se regía por idéntico canon, sólo en contados casos se adivinaba la osadía de un tono o las rebeldías de tal o cual franja que descollaba, en aquel mar de toldos orlados de hilos azules, cuya sombra compartía el padre de familia con esposa e hijos, ocaso tras ocaso.

Absurdo hubiese sido afirmar que Antioquía, no tan lejos de la tierra hebrea, se encontrara exenta de influencias. ¡No, por Dios! Hasta aquí llegaba con su fuerza subyugante el poder de cada dictado que del Sanhedrín emanaba. Como los rayos del sol, que se esparcen y alcanzan todo rincón de la Tierra, así las disposiciones de los Setenta, avaladas por sapientes escribas, dedicados de por vida al vehemente estudio de cada palabra plasmada en la Ley, llegaban rectoras hasta la más escondida sinagoga que, del uno al otro confín, agrupara su correspondiente núcleo de hijos de Abraham, el gran patriarca, el de la palabra decisiva porque hablaba por Dios. Sin embargo... estaba aquel otro, el que ellos habían proclamado hijo directo y Enviado del dios del gran patriarca. ¿En su palabra no pesaba, de igual modo, el respaldo divino? Él, así mismo, había hablado por Dios y dispuesto, sin duda, un buen número de principios, acordes en todo con las reglas que establecía la Ley... Pero las preocupaciones de Leví Mateo eran de otra índole; desde luego que aquellos dictados estaban bien..., en lugar y momento, por supuesto; pero los tiempos habían cambiado, se hallaba en otro sitio... En fin, que no era menester, ni político, tomar su palabra al pie de la letra... Analizaba, retrocedía en el tiempo y hallaba razones...

Cafarnaún. Fue en una de las pocas tardes soleadas de *kislev*. ¡Ni un solo contribuyente desde el día anterior! De mañana, muy temprano, desafiando el manto helado que la madrugada dejaba tras sí, había desandado callejuelas tapizadas por estiércoles donde se confundían el de la jumenta con los del rebaño tardíamente llevado al redil, sin descartar el de alguno que otro bisoño soldado de la *legio*, cuyas tripas se negaran, iracundas, a resistir el embate de canelas y vinagres y lasañas de miel y flor de harina... Novatada — con licencia de la autoridad romana —, en la que a su vez se gozaba de cuanta incidencia que de ella se derivara e hiciera notoria, para luego ser referida entre risotadas en orgías, banquetes y cuarteles...

Se encontraba, y bien que lo recordaba, sentado al telonio, exhausto, descansando los pies sobre un travesaño bajo la mesa,

muy cerca del fuego. Allí se le apareció cuando menos lo esperaba... ¿Quién iba a decirle que aquellas frases pronunciadas casi al azar, y más bien con el ánimo de halagar al que debía de contribuirle llegado el momento, lo pondrían en tan embarazosa situación que, sin objeciones, lo dejarían a merced de un firme reconocimiento, por su parte, de lo indigno que era para el pueblo de Moisés el yugo romano... ¿Cuántas copas hubo de por medio? Ni se lo imaginaba. Y, de buenas a primeras, se encontró rodeado de gente y gritando imprecaciones contra el César y coreando los versículos más nacionalistas —y hasta subversivos—, de la Torá. Después..., ¿qué rayos había sucedido después? ¿Hubo una fuente o un río en donde lo metieron de cabeza? ¡Oh, Dios! Lo único que recordaba con cierta claridad era que alguien vendría hasta su propio telonio y le diría: ¡Sígueme! Pero, ¿adónde? ¿Con qué fin? No sabía.

Pues allí estaba él: ¿era en realidad tan alto como parecía?

Se balanceaba la *mesusa*, colgando del dintel, y dentro de ella debieron estremecerse también los pergaminos con las palabras que disponía el Deuteronomio, pues la había rozado con la cabeza. Desde su posición veía agigantarse aquella enjuta silueta. De momento, no pudo verle el rostro en detalle, situado a contraluz como se hallaba. Llevaba cabellos y barba hirsutos, el *taliss* cubriéndole los hombros, túnica corta, piernas fuertes, como de buen caminante, calzado burdo, pies lacrados por andar sobre terreno agreste... Sin embargo, su voz, aun con el inconfundible acento gutural del galileo, no hacía juego con rudezas de carácter ni de estampa. Y sólo había dicho eso: ¡Sígueme! Pero no hizo ademán de salir. Se disponía ya a ponerse en pie cuando cayó en cuenta: se trataba de una contraseña. Cerró la puerta, y con un gesto lo invitó a sentarse, a la vez que hacía todo lo posible por parecer amable. Habían quedado frente a frente; no sabía si había sido aquel cansancio de mejillas hundidas el que acentuaba la profundidad de su mirada o eran sus ojos así de grandes y penetrantes. No quiso empezar una conversación que podría alargarse sin antes brindarle una rebanada de pan, miel y buen queso de camella. Todo lo fue

engullendo sin prisas, pero sin treguas, señal inequívoca de fervientes o forzosos ayunos prolongados.

—He venido a buscarte —dijo, con voz cansada, una vez terminado el condumio. —Te extrañará que un hebreo rebelde pretenda contar entre sus filas con la decisiva cooperación de un publicano para empeño tan difícil y dudoso como el de echar abajo la firme y consolidada dominación foránea, de la cual eres tú una pequeña pieza, moviéndose al compás de dos intereses: el de ellos y el tuyo... No, aún no es tiempo de réplicas —me atajó una frase que no recuerdo si llegó a principiar en gesto o sólo fue una fugaz idea—, tengo mucho por decir, «hermano» —e hizo hincapié en la palabra—, luego dejaré en tus manos la decisión, mas cualquiera que ésta sea, quisiera que partiese de ti, impelida por motivos arraigados en lo profundo de tu alma... Pienso, Leví Mateo, que primarán en ello tu innegable confianza en la palabra divina, tu sed de justicia y tus fervientes deseos de que prevalezcan sobre la tierra los dictados del Señor...

Y el tiempo se deshizo. No podía precisar en qué momento ¿lo había interrumpido? Mateo puso fuego en los candiles para no perderse un gesto de su rostro, de sus manos, de todo su cuerpo, en fin... ¡Oh, Dios! Fue tan elocuente... ¿Quién hubiese resistido? Había un anhelo tan vehemente en cumplir y hacer cumplir los dictados de las sagradas escrituras...

—No he venido a abolir la Ley —le explicó, chispeantes los ojos—, sino para que se cumpla sin que le falte ni una tilde ni una jota. Y nuestra paz vendrá de la honda de David... El Imperio es un gigante, cierto, pero cada uno de nosotros, afianzado en los demás, alzándonos a partir de la base, como bien equilibrada pirámide —y eso le recordó a los pitagóricos de sólidos cimientos—, creceremos sin temor a sacudidas impuestas por una adversidad cualquiera. Porque, ¿hay fuerza que se oponga al dictado del Señor? Se deshace, Mateo, se convierte en humo cuando aquellos que la respaldan llevan en su corazón el ímpetu que emana del compromiso entre el poder celestial y la voluntad de un pueblo...

La sombra se acentuaba contra la pared, la silueta se hacía más viva en detrimento del detalle, era imposible ya referir con

precisiones cada arruga de su frente, cada esplendor en su rostro... Nada más había una voz vibrando, emocionada, y *hosannas* y tronos y reinos celestiales... Y justos que resucitarían trayendo consigo a todo aquél que por la causa hubiese perecido... Y vio entre ellos a sus fervorosos antepasados: ¡cuántas historias heroicas protagonizaron antes de caer sirviendo en las filas de los últimos Macabeos!

Continuaban la sombra y la voz adentrándose, ahora por los vericuetos de una organización, secreta respecto a fines, encubierta en cuanto a propósitos fraternales, pues aun esas agrupaciones proscribía el Imperio... Doble fachada muy difícil de ubicar pues toda investigación tendría principio y fin en una asociación benéfica, que, de ser descubierta, sus miembros serían condenados a pagar algún tributo extraordinario a causa de una violación menor... Pero subyacente, permanecería una agrupación destinada a prevalecer aunque, en última instancia, el enemigo fuera capaz de desarticularla.

—Y, en la hora gloriosa para el pueblo de Abraham, ¿cuál sería tu recompensa, Leví Mateo? Ocupar un sitio a mi diestra junto al resto de mis capitanes... Quizás haber ofrendado tu vida en aras del ideal nacional, en cuyo caso serías uno entre los agraciados que el Señor tendría en cuenta en el momento del Juicio Final... A la postre, la resurrección y la eterna vida placentera en el seno de tu pueblo... ¡No, Leví Mateo! No admito una objeción de esa naturaleza; de nada vale que te acuses a tenor de los que te acusan. Cobrar impuestos es un modo de vivir, y sólo en eso me han dicho que sirves, indirectamente, al César. Pero un grano de pimienta te daría que el César dejara de serlo; es más, te complacería, ¿no es así?, que acabara toda esta pesadilla...

El entusiasmo se apoderaba de Mateo, incontenible, como las grandes crecidas del Jordán. De ahí que dijera aquello que tanto complacía al caudillo.

—...Y devolvería a cada uno de mis deudores, cuatro veces lo cobrado —exclamó, en un arrebató patriótico del cual, a decir verdad..., hubiese hecho realidad, si y sólo si, las circunstancias hubieran de darse tal y como él las anunciaba...

Sintió paz a su alrededor y todo se iluminó por una aureola —¿no había sido un golpe de la brisa contra el candelabro?— que, bien irradiaba de aquel ser, bien se reflejaba en él, pero le hizo recordar ciertos versículos de Isaías: «Entonces, nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto; e irá tu justicia delante de ti, y la gloria de Yahvé será tu retaguardia...».

¡Después se enteró de que jamás había pagado el tributo a César! Ahora se explicaba cómo pudo arreglárselas con los cobradores de Nazareth... Muy simple: los engatusaba con palabras y promesas, al igual que había hecho con él. Leví Mateo siempre se había vanagloriado de ser un hombre práctico; supo echar a un lado apasionamientos y remilgos desde la hora en que decidió abrirse paso en la vida; de ahí que no titubeara cuando se le presentó la oportunidad de convertirse en un odiado publicano. Con repudio, o sin él, pero había logrado una posición económica que le permitía, sin menoscabo de sus principios religiosos —podía afirmarlo sin tapujos—, cierto bienestar terrenal como para haberle dicho, en aquel momento, que podía largarse con sus reinos a otra parte, por muy celestiales que fueran. ¿Vida eterna? ¿Quién sabe lo que hay más allá de la muerte? A ver, ¿alguien ha regresado para contarlo? Dicen que existen magos en lejanas ciudades: Gabae, Isphahan, Rai, donde floreció Zaratustra, que aseguran ser dueños de no sé cuantas vidas más... ¡Pamplinas! Siempre lo dijo: «ahora o nunca, porque nadie sabe, nadie supo, ni nadie sabrá lo que hay dos palmos más allá de sus narices....». ¿Por qué se dejó llevar de la mano por ideales tan distantes como irrealizables? Es que su palabra era la de un verdadero profeta...

No recordaba el momento en que había dicho «sí». Puede que haya sido una interpretación muy suya cuando, por cortesía, los movimientos de su cabeza daban la impresión de cierto consentimiento... No le sorprendería que hubiese ocurrido así; pues el otro se hallaba convencido, hasta la terquedad, de que su verdad era la única... De eso pudo cuenta más tarde... Y hasta sintió cierto alivio cuando Pilato, interpretando el «sentir» de las multitudes —chusma fanática y manipulada por consignas

patrioteras —, exoneró a Barrabás para condenarlo a él... Ya no se podía hacer más; fue un genio que nació, creció, tuvo su máximo esplendor y finalmente se extinguió; todo ese proceso en tres años; de ahí que, aquellos que estuvieron a su lado se percataron tanto del ascenso vertiginoso como de la caída estrepitosa.

Y fue por el poder, se decía Mateo, ¡oh, Dios! Tú bien sabes que sí. Tú mismo lo indujiste. O quisiste probarlo... ¿Fue para ti una experiencia nueva cederle aunque fuera un ápice de tu autoridad? Sí, porque no lo dudo: hubo momentos en que sólo con tu anuencia pudo él dar algunas muestras... Lo digo con toda razón, estuve presente, lo vieron mis ojos y no hubo, como otras veces, antes y después de la cruz, aspavientos ni polvaredas levantadas por rumores que nosotros mismos nos encargamos de propalar con fines proselitistas y/o de coberturas. Lo que no he podido explicarme, aun hoy, es que, siendo tan inteligente, haya sido incapaz de darse cuenta de cuándo era lo uno o lo otro: profeta o caudillo. Le faltaba el discernimiento... Confundía lo maravilloso con la realidad. Es más, convertía lo primero en lo segundo. He ahí el por qué, llegado el momento, dejáramos de prestarle apoyo cada vez que intentaba prodigios. Y buena suma tuvimos que darle al «ciego» a quien ordenó lavarse los ojos en las aguas de Siloé... Por suerte para nosotros, lo hicimos desaparecer de Jerusalem antes de que la gendarmería romana le echara la mano encima... Si tan sólo hubiese sido eso, pase. Pero llegó a volverse petulante. No lo niego, no. Todos tuvimos un poco de culpa. Quizás nos dejamos llevar por los arrebatos del inicio... ¡Señor! ¿Cuál de nosotros tenía experiencia militar en grado suficiente para haberse dado cuenta de que, con unos cuantos imberbes y una recua de menesterosos, no podía llegarse muy lejos? Analizándolo bien, éramos, sus capitanes, simples pescadores del lago galileo; otros pocos, fanáticos — permítaseme el eufemismo —, antiguos seguidores de aquel loco que predicaba en el Jordán... ¿Y quiénes más? Un celota: Simón; otro, que apenas había salido del cascarón: Juan. Santiago el Menor y Tadeo, sus hermanos, que siempre le decían que sí por cuestión de familia. Tomás — a quien los números hacían confundir gimnasia con

magnesia —: se autotitulaba el más despierto e incrédulo, pero había sido él quien no había puesto objeciones a la hora de inventar el «milagro» de los panes y los peces, e incluso, haciendo uso de sus artes calculatorias, fijó la cifra de cestos con residuos que habrían de recogerse, en caso de que se le diera un pan y un pez a cada uno de los cinco mil supuestos presentes, aquella tarde en las afueras de Betsaida. Yo, un publicano, cuyas miras no eran de mucho fiar... ¡Ah! Y el Iscariote, cuyas adulaciones, como contribuían a su ensalzamiento, siempre encontraron en él oídos prestos, ¡y miren con la que salió: oreja para el Sanhedrín y lengua para el Imperio! No recuerdo quién lo recomendó... Lo cierto fue que se introdujo y..., bueno, lisonjas por aquí y por allá... «Lo que usted diga, *Rabí...*», «...así se hará, Maestro...» «No hay problema alguno, todo saldrá según su parecer...» ¡Huesos de samaritano! Bueno, supongamos que hubieses sido tú, Yahvé, quien lo embadurnó con un poco de tu óleo divino... ¡Pues no debiste hacerlo! ¡Todo lo trastornó! Ya no sabíamos si la Ley era o no era; si Tú ordenabas por su boca; si nos habíamos convertido en unos babcas cegados por un falso nacionalismo... ¡Oh, Dios! ¡Cómo nos dejamos embaucar por cada frase suya que nos decía que era inspirada...? ¡Yo lo sabía! Yo conocía la palabra de cada profeta, de cada rey, de cada caudillo... Pero él, indiscutiblemente, era el más listo. Había nacido para ordenar, no para obedecer... Insistía en la verdad de la Ley; pero, cuando las restricciones de aquella no eran de su conveniencia, las violaba invocando versículos oscuros de la misma Torá o del Eclesiastés; hacía maravillosas interpretaciones que nos dejaban pensando durante días o semanas enteras... ¡Qué hábil! Se sabía al dedillo lo escrito mejor que cualquiera de los Doctores, y de ahí partía, para que no hubiese dudas: su palabra estaba inspirada en lo que dijeron aquellos que habían forjado la Nación. Pero..., también preconizaba ciertas cuestiones inherentes al destino en la otra vida que jamás habíamos oído... Supo ingeniárselas para que viéramos en los libros sagrados lo que nunca había sido visto... Porque, hasta entonces, todo se resumía en el patriotismo del pueblo que va tras las propuestas de vida eterna, sacadas de los

viejos pergaminos: un puñado de ideas antiquísimas de gloria y poder, mas repetidas cada cierto número de años, siempre como una esperanza nueva, hoy por boca de un monarca, después sirviendo de estandarte a un guerrero, quizás más tarde confundidas entre las visiones de un profeta; sin embargo, en el fondo, la misma promesa allá donde nacía el arco iris, ¡vaya usted a saber! Y de veras aquello empezaba a aburrirnos a los que ya conocíamos la historia. Entonces, de repente, había aparecido él... Sí, es indiscutible, decir otra cosa sería una necedad: «su» verdad no admitía réplica ni había argumentaciones que no se esfumaran cuando se discutía con él. ¡Siempre tenía la condenada razón! Al menos al principio...

Mateo volvió a los escritos que, un rato atrás, antes de que sus ideas volaran al pasado en tiempo y espacio, había apartado a un ángulo de la mesa con marcado desdén.

Lo que ha escrito Marcos no se alejaba de la verdad, era cierto y así debía reconocerlo. El muchacho no había estado con ellos o en los vaivenes de su vida pública... Pero había sido testigo del prendimiento, eso no podía dejar de admitirse.

Y volvía a reflexionar. ¿Que era un imberbe un tanto... amenerado? Una cosa no quitaba la otra: yo era publicano. ¿Cuál de los dos despertaba mayor repulsión entre el pueblo? Yo, indiscutiblemente, porque un judío perdonaba mejor ciertas «conductas licenciosas» que una ligera muestra de alianza con el opresor... ¡cualquier cosa menos ser un colaboracionista! Lo digo así: aún hoy soy capaz de descubrir atisbos de desconfianza en el fondo de una mirada o detrás de una frase. Y lo que me molesta del muchacho es que se ha vuelto demasiado fiel a la realidad; que ha escrito las cosas tal como fueron, o al menos tal como se las refirieron de primera mano Simón Pedro y los otros... Sí, «y los otros», porque lo que hice yo fue contarle las cosas como se hubiese querido que sucedieran. Por suerte, ha sabido entresacar muy bien los hechos para aventar la paja y quedarse con el grano. Pero a mí no me parece político que en las bienaventuranzas que soltó Jesús, al pie de la montaña, haya escrito: «Bienaventurados

los pobres...». Sin más ni más... Resulta demasiado áspero, ¿verdad? Si fuera yo el relator, hubiese planteado: «Bienaventurados los pobres *de espíritu...*». Porque así no cerraría las puertas a los que hoy nos las abren... «Bienaventurados los que padecen hambre y sed... *de justicia*», agregaría; pues no se puede ser tan draconiano... Por eso, entre otras cosas, le taché cuanto pudiera resultar hiriente a los gentiles, quienes, en definitiva, son, hoy día, el sostén de la congregación... En resumen, cuando vine a darme cuenta, había eliminado el capítulo del sermón de la montaña tal como el Maestro lo había dicho. En aquellos momentos, sí era oportuno plantear ideas radicales; en última instancia, serían los pobres quienes pondrían el pecho..., en su mayoría celotas convencidos de que el reino mesiánico había que implantarlo por la fuerza. Todavía no me explico qué pintaba este jovencito de finas maneras siempre detrás de nosotros... Andaba por allí, pero no pertenecía al grupo de los capitanes; quizás porque su presencia ponía en entredicho la seriedad del colectivo. Pero es indiscutible que resultó ser el mejor testigo – diríase que el único – de lo sucedido en Getsemaní aquella noche en que todo acabó. Menos mal que no lo prendieron, hubiese sido muy molesto: ¿en qué trajines andaría un chico feminoide a altas horas de la noche, entre un grupo de revoltosos? Se preguntaría la gente; e imagínese, hubiese sido la comidilla de todo Jerusalem... En parte, esa... «peculiaridad» de su persona me ha vuelto más cuidadoso a la hora de revisar lo que escribí. Evidentemente, carece de sentido común y de perspectivas; se ha dejado llevar por «arrebatos sentimentales»; quiera Dios que al otro, a Juan, hermano de Santiago, jamás se le ocurra ponerse a escribir sobre el mismo tema, porque con él sería más delicado el asunto: era de los doce, y considerado entre los más fieles. ¡Había que ver las miradas lánguidas que le echaba al nazareno! Y, sin poner reparos, hubiese estado entre los insensatos que pretendían asaltar el palacio de Caifás para rescatar a Jesús a la fuerza; fue uno de los que había echado mano a la espada. Lo cortés no quita lo valiente, ¿verdad? Bien, de una forma u otra, debo dar gracias al cielo por haberme permitido «cortarle las alas» a este iluso con pretensiones hagiográficas.

Hasta Antioquía era posible llegar por mar, viniendo de Göreme –Cappadocia– y tomando el barco en Issos, al fondo del golfo de Alejandrietta; no más de unas horas bordeando la costa y ahí estaba la desembocadura del Orontes, río de poca monta, pero de aguas navegables hasta la ciudad misma. Mas no había querido Saulo de Tarso llegar por la vía más corta en aras de proteger su identidad: él y su estimado *sofer* se separaron del grupo al llegar al límite con Cilicia. Allí se desviaron hacia Tarso, su ciudad natal, a fin de preparar durante unos días la acción en la antigua capital seléucida, inmediato teatro de las operaciones.

Tarso, importante centro comercial, albergaba una nutrida colonia de judíos. En una de las más lujosas residencias de la ciudad, habitaba una familia de irreversibles ideas apegadas al Talmud –aunque ciudadanos romanos–, que gozaba de privilegios provenientes de una parte y de la otra, en fin, en paz con Dios y con el diablo.

–Con Dios y con el diablo, querido *sofer*, eso es lo que se pretende en Antioquía. De sobra está decirte que se trata de la plaza más fuerte, donde se ha hecho *vox populi* el apelativo «cristiano» para todos aquellos judíos que preconizan las palabras del ya reconocido allí como redentor del pueblo escogido. Sólo Efeso puja por sobrepasar a Antioquía, pero allá la cultura helénica es en extremo poderosa; el culto a Diana está por encima de cualquier otra influencia...

–No vaya tan lejos, señor. Tengo datos frescos acerca de la labor de Juan, el otro hijo de Zebedeo, establecido allí poco después de la crucifixión de Jesús. Su familia se permitió el lujo de sacarlo de tierra hebrea en cuanto vieron arder las bardas del vecino; quiero decir, justo a la raíz de la muerte de Simón Pedro a manos de aquella desquiciada que tanto favor nos hizo. Pero no creo que, por el momento, sea preocupante. Ha habido cierto acercamiento, es innegable, entre los judeocristianos, llamémosles así sin más aprensiones, y los helénicos de Efeso, a pesar de lo complejo que se presenta el panorama religioso en esa ciudad

donde el mitraísmo es muy fuerte, y donde pululan falsos profetas, magos, hacedores de milagros, nigromantes... Entre ellos hay nombres destacados... Sabemos de un tal Apolonio de Tiannes, quien vivió un tiempo allá y ahora parece que quiere establecerse aquí en Antioquía. Me han informado que, valiéndose de no sé qué suerte de ilusiones, hace ver cosas...

— Pero en el fondo no es más que un charlatán, querido *sofer*. Aunque...

Hubo una expresión en el rostro de Saulo de sobra conocida por el estudiante de leyes. Era una contracción espasmódica indefinible que daba la apariencia de risa, dolor, amargura..., todo de una vez. Después vendrían unas horas de mutismo y largas caminatas alrededor del patio, gacha la increíble cabeza, rompiendo el equilibrio del cuerpo, cuyos pies trataban de restablecer con cada paso. Y al final...

— ¿Y dices que anda por aquí ese... farsante?

«Doscientos veinticinco talentos», escribió Mateo en el libro de los fondos pertenecientes a la hermandad. No estaba mal: indiscutiblemente que aquella era una comunidad próspera. Siempre había alguno que otro moroso, pero eso formaba parte, diríase, del encanto implícito en el oficio del recaudador. Y cuanta satisfacción iluminaba su alma cuando, tras repetidas gestiones, lograba la puesta al día de aquél cuyas cuotas se hallaban atrasadas. Antes, recaudaba para el César; ahora, para la caja común de la cofradía, luego de haber deducido el aporte correspondiente a la rectoría en Jerusalem, pero siempre apegado a la función propia del colector en la cual, Leví Mateo, sabía desempeñarse hasta con vocacional maestría. Mas no sólo en eso descollaba. Su agudo sentido de la medida, que ya hubiese deseado para sí cualquiera de los diáconos recién nombrados, había ido formando en él, principio tras principio, la ética que regía cada uno de sus actos, que se manifestaba en sus decisiones, que guiaba sus pasos, en fin: que enaltecía e iluminaba su proceder. Y hasta había momentos en los que se sentía un tanto subutilizado. ¿No le hubiese correspondido un lugar entre las cabezas rectoras

del cristianismo — ya se imponía considerarlo una doctrina — en Jerusalem? ¡Claro que sí! Pero ese condenado recelo, aún latente, había sido el obstáculo, bien lo sabía. Nadie ponía sus méritos ni sus virtudes en tela de juicio; sin embargo, no era lo mismo estar aquí que allá. Desconfiaban, no de su conducta, ejemplar hasta el presente, sino de que, en el fondo de su alma, quedara vivo algún rescaldo de lo que una buena parte de su vida fue y..., eso complicaría las cosas. Ya bastante tenían con haber perdido a Simón Pedro y a Santiago Zebedeo, en menos de un año, y ahora también, allá, preocupaba la falta de noticias acerca de Andrés... Era como si una maldición que amenazara con destruir a los que fueron sus doce capitanes pues, el Iscariote...; bueno, ése, bien merecido lo tenía...

Mateo no lo sintió llegar, sin embargo, hubo algo que le hizo alzar la mirada y fue así que se percató de su presencia.

—Que así sea, hermano —lo interrumpió una voz de grave acento foráneo.

Sus manos volaron sobre la pulida superficie de la mesita en vano intento por ocultar las monedas.

—El... Señor sea contigo, hermano —dijo apresuradamente—. Eh..., ¿qué te trae por aquí?

Era un individuo muy alto, ¿de cara bien rasurada? O lampiño. El cabello le caía sobre los hombros; vestía ropas caras, pero sin ostentaciones. Evidentemente, no era hebreo; sus modales revelaban mucho de la elegancia que distinguía al griego culto. Y donde había griego culto, había griego rico: buen augurio para la congregación... No obstante, debía tener cuidado, tomar ciertas precauciones..., esa carga extraña e indefinible que llevaba en la mirada... No, no tenía tipo de hechicero, esos llevaban vestidos extravagantes, se adornaban con los más raros fetiches, ahuecaban la voz de manera que pareciera salida de una caverna y hablaban sentenciosamente, cargando cada frase con acentos proféticos.

—Estoy de paso por la ciudad —ahora su voz se le antojaba cadenciosa, como si se detuviera en cada palabra para acompa-

ñarla con un gesto de aquellas grandes manos. Partían destellos de sus dedos y se hacía imposible precisar cuál de los anillos era el de mayor fulgor — vengo de Tiannes, allá, en la Cappadocia...

Le vino a la mente el recuerdo del fraterno Felipe y su familia, establecidos allí desde hacía varios años... No vendría mal preguntarle si, al menos, los conocía. Sin embargo, lo dejó para más tarde.

— ... Y voy rumbo a Jerusalem — hubo una pausa, breve, pero bien marcada; la mano derecha había quedado quieta, y también la mirada de Mateo, fija en ella; pero fue sólo un breve respiro y de nuevo la voz... —, al Templo, en busca de aquellos que hablan de Jesús... A propósito, me han dicho que entre lo que dices hay mucho de lo suyo, que lo conociste; me gustaría saber...

Volvió a detenerse y esta vez la última palabra devino eco insistente en los oídos del publicano: «...Saber..., saber..., saber...» Y se te antojó que en cada repetición había un matiz distinto... Un camello rozó y resopló al pasar ante la puerta. Mateo parpadeó, como despertando de un agradable embeleso. Le gustaría saber..., había dicho... La palabra del recién llegado se multiplicaba dentro de Mateo. Pues... no debía desaprovechar la oportunidad... tenía que convencerlo de que no necesariamente había que ir a Jerusalem; allí mismo, en Antioquia, él podía..., estaba facultado por los de allá para hacerle llegar la ungida palabra de Jesús y hasta para aceptarlo dentro de la cofradía, si ése fuera su deseo. Abrió la boca, pero se le hacía difícil coordinar palabras con ideas: las manos del extraño habían vuelto a moverse, una de ellas extrajo una cajita del fardel.

— Permíteme brindarte un raro y delicioso manjar de Esmirna — y el estuche, que apenas sobresalía de la palma de su mano, se abrió como una flor: tres o cuatro obleas granuladas, pardo amarillentas, descansaban en el fondo —, toma una, Leví, hazme ese honor. Deja que se disuelva poco a poco en tu boca. Sí, no te niego que la encontrarás un poco amarga, pero no es el sabor el que cuenta, eso sería lo de menos...

Mateo no acostumbraba probar nada que no conociera, ¿y si contenía grasa de animal impuro? Quizás fue el reflejo de lo que

pensaba en ese momento y que afloraba en su semblante, de ahí que el inesperado visitante lo hubiera deducido.

—Deja esos recelos aparte —le dijo—, no hay nada que tus leyes proscriban; se trata del zumo gomoso que emana de incisiones en las verdes cápsulas de la amapola. Ni pizca de paganismo, amigo Mateo; anda, no me lo despreciarás; como tampoco te arrepentirás de haberlo probado.

El publicano se negaba, pero él insistía y otra vez las manos giraban ante su rostro en complicados, pero rítmicos gestos en armonía con la cadencia de cada una de sus palabras. El extraño continuó:

—Solamente unos pocos conocen a fondo las virtudes de esta planta; de ellas supe a través de doctores bizantinos, quienes, a su vez, las conocieron por santos peregrinos venidos de la enigmática India. Si tienes alguna pena que aqueje tu corazón, verás que en unos instantes desaparece y todo a tu alrededor se llena de fulgores tan esplendentes como los de cierta estrella que una noche de *kislev*, cuentan los sabios de mi tierra, sirvió de guía a unos magos que fueron en busca del Esperado...

Y Mateo no pudo evitar el sobresalto. Hizo un gran esfuerzo para salir de aquello que le amodorraba. Él pareció darse cuenta y dejó de mover las manos. En su rostro se adivinaba que había una sonrisa, como si lo dicho hubiese sido de manera intencional.

—¿Dónde supiste esa historia? —le preguntó. —¿Has visitado a otros miembros de la cofradía?

—Supe del nacimiento milagroso de Jesús por boca de una familia en Cappadocia, bien adentro del territorio; Felipe era su nombre, vivía allí con su esposa y dos hijas en un rincón perdido llamado Göreme...

—¿Cuándo lo viste? Hace tanto que no sabemos de él...

—Fue un día antes de... —y la voz y las palabras del visitante quedaron como si flotaran en el aire...

Mateo no pudo ocultar su impaciencia.

—¿Antes de qué? Habla, dilo...

—... De la misteriosa y fatal tragedia que acabó con ellos. Aún no se tiene la certeza de cómo ocurrió... Cuando los vecinos

trataron de hacer algo, ya era tarde: sólo cuerpos carbonizados. Ni siquiera se supo cual de los mayores pertenecía a Felipe o a su mujer...

No pudo evitar el publicano que una gran pesadumbre contrajera sus hombros, sintió deseos de rasgar tus vestiduras y revolverse en el polvo... Cerró la mano y entonces se dio cuenta de que oprimía la oblea. Los ojos del visitante continuaban fijos en él, no parpadeaban; sus manos habían comenzado a moverse lentamente. ¿Había en aquellos malabares un ademán que lo invitaba a probarla? Acababa de decirle que era un buen remedio contra la desdicha. Pues nunca antes llegaba más oportuno... Era amarga, estaba en lo cierto. Deseos no le faltaban de escupir el jugo. Pero su boca no obedecía y tragó un cálido salivazo. Era raro, lo sentía bajar por la garganta, podía seguirlo paso a paso en su lento descender. Y casi que era recibido con inusitado alborozo en la gran caverna de su estómago. Allí se depositó. ¿Se depositó simplemente? O continuaba bajando hacia los confines de su cuerpo. No, la oblea se había detenido en las tripas, lo que descendía era el espíritu de «eso», que iba colmando cada rincón de sus genitales, de sus piernas y finalmente le llegaba a los dedos de los pies. Pero no se detenía allí, sino que subía en tibias oleadas y lo exhalaba por cada poro, de ahí que su alma quedara envuelta en vapores aromáticos, como los de la hoja tierna del cinamomo, y se convertía en fluido, se elevaba... Hasta era capaz de contemplarse a sí mismo desde arriba, sentado, con las manos desmayadas sobre los cojines, la cabeza erguida en extraña e incómoda posición; frente a él, Apolonio de Tiannes, con su persistente mirada.

Mateo parpadeó y, de buenas a primeras, se encontró de nuevo ocupando aquella visión que había sido su cuerpo. Todo se volvía confuso, pero no aterrador; una honda calma se apoderaba de él, sólo había manos girando en círculos opuestos, dedos anillados que destellaban siempre en el mismo punto del espacio... Silencio absoluto. ¿Lo había dicho el visitante o era algo que percibía sin más razones? Desde luego que aquél anhelaba formar parte de la cofradía cristiana y por eso quería saber

detalles... Le contó cuánto se había hecho, lo que habían tenido que afrontar desde la muerte de Jesús y todo lo acordado en la reunión de Pentecostés, a pesar de que había jurado guardar el secreto... Pero Apolonio sería uno más entre la gente importante que apoyaría la cristiandad. Le hizo saber hasta sus ideas en relación con las muertes de Judas, Pedro y Santiago... Y aun ciertos recelos que, surgidos en su corazón al oírle hablar de la tragedia de Felipe... No podía descartarse la sospecha de que una mano sombría hubiese sido la ejecutora, le confesó. Pero lo más preocupante era que todo parecía indicar que esa mano sombría quería que se supiera de su existencia y de que había sido ella la autora de los crímenes. ¿Quién habría de perseguirlos con tanta saña? Los cristianos eran gentes de paz, ya habían quedado lejos aquellas ideas de grandiosas y de encarnizadas batallas, o la variante más cruel: darles a los celotas el apoyo que reclamaban para acabar, uno por uno, con la soldadesca romana. ¿Y no era eso lo que estaban haciendo en nuestras filas? Y finalizó su discurso, casi sin pretenderlo:

—Oh, buen señor, que traes la paz a mi espíritu en mañas de lejanas tierras, ¿deseas de todo corazón acatar la disciplina cristiana? ¿Está en tu ánimo conocer de la vida del Maestro e imitarlo? Yo te guiaré..., a cambio de que, poniendo en juego tus artes, despejes de mi alma estas dudas que la corroen: ¿quién nos acosa? ¿Por qué se vale del crimen horrendo?

Y el de Tiannes le ordenó que cerrara los ojos, pero que continuara viéndolo, ¿no resultaba contradictorio? Bien lo sabía, pero obedeció: tenía sujeta su voluntad entre las confusas vueltas de sus manos, la mantenía atada con respuntes fulgurantes...

«Nada recordarás», le parecía oír de una voz que no era la suya..., lejana, lejana...

—Y bien, hermano Leví, ¿terminaste de leerlo?

Le preguntó Marcos, al tiempo que se acomodaba desfachatadamente, apoyando la espalda contra la pared y cruzando las piernas, cuan largas eran; pero no lo miraba, sino que concentraba su atención en revisar con esmero cada una de las uñas que

rematan los dedos de su mano izquierda, extendida y abierta. Satisfecho con la inspección, sometió al mismo examen la otra mano: ¡Horror! Había encontrado una cutícula rebelde en la base de la media luna del índice. No tenía ahora las tijeritas damasquinas, pero tampoco podía soportar aquella presencia desafiante y trataba, inútilmente, de extirparla con los dientes. De ahora en adelante, su interés principal se limitaría a aquel minúsculo apéndice de piel.

Mateo notó que había algo raro en la voz del chico, aparte del típico amaneramiento, hoy un poco más agudo que otras veces. Pudiera haber..., cierto desdén hacia su persona... Pero eso ya lo había notado antes. ¿Por qué, entonces, le chocaba precisamente ahora? Era que hoy todo le parecía nuevo, desde que despertara. La esterilla se le había antojado extraña, como si hubiese sido la primera vez que dormía en ella; sin embargo, lo había aceptado sin hacerse más preguntas; la habitación, ¿era otra o la de siempre? La de siempre, aunque distinta, sin más precisiones. ¿Y aquella secreta angustia que se había apoderado de él en cuanto abrió los ojos? Al principio, no supo explicarse en qué consistía; luego se fue perfilando: tenía que hacer «algo», pero... ¿en qué consistía? ¿Esperar? Sí, pero, ¿«qué» o a «quién»? «A quién» le sonaba más preciso... Bien, debía esperar a alguien... Y ése parecía ser Marcos. Parecía, no, lo era. Ahora se daba cuenta de cómo todo se iba imbricando poco a poco.

—Lo he revisado por entero, hermano Marcos —dijo, y se detuvo.

¿Era rigurosamente exacto? En el fondo sabía que no era cierto, sólo había leído pasajes aislados de los cuales suprimió la mayor parte. De nuevo le molestaba la situación.

Marcos elevó el extremo de una ceja. ¿Y bien...? ¿Qué quería saber el jovenzuelo? ¿Pretendía de él su consentimiento para hacer público lo que había escrito acerca de Jesús? ¡Pues no lo conseguiría! Había sido demasiado audaz. Había escrito y escrito sin detenerse a pensar en las consecuencias. Era cierto que se ajustaba a la verdad, pero había momentos en que no era menester tocar algunas cuestiones, hartamente delicadas, con el des-

enfado que él lo había hecho... Lo de las bienaventuranzas era inadmisibile, eso estaba claro. Por otra parte, faltaban milagros. No tenía Mateo la certeza de si Pedro se los había contado al muchacho o simplemente los había pasado por alto, ya que sólo habían sido adjudicados al Maestro en aras de tejer una leyenda alrededor de su persona. Pero lo más censurable era que no mencionaba lo de la estirpe davídica... ¡Con lo importante que resultaba ese detalle!. Bueno, ése fue un atributo más para encajarlo en una vieja profecía.. ¡Pero era necesario que apareciera como nacido en Bethlehem! Nazareth quedaría para su infancia y juventud. Eso fue lo acordado en Pentecostés, no se explicaba cómo Pedro hubo de olvidarlo... De nuevo la angustia; esta vez le oprimía el pecho porque debía hacer algo en cuanto escuchara una palabra... ¡Oh, Dios! Si Apolonio estuviese aquí..., se decía. Necesitaba otra de esas obleas, de seguro que harían desaparecer toda esa inquietud que por momentos lo estremecía... El joven le había preguntado y aún no había dado su respuesta... Leví estaba consciente de que Marcos se complacía al verlo en una situación difícil. La cuestión no resultaba fácil... Al fin se decidió a tomar la palabra:

— Bien..., muchacho — y se complació en minimizarlo —, has escrito con arreglo a lo que viste o a lo que te refirieron, pero... en tus notas se trasluce cierta falta de tacto por su parte... A veces siembras dudas... En ocasiones, da la impresión de que te hubieras dejado llevar, en parte, por arrebatos apasionados; en parte, por falsos testimonios: había gente que afirmaba que el Maestro había dicho esto o lo otro, sin detenerse a ponderar las consecuencias que, a la hora de las interpretaciones, pudiera implicar una palabra mal atribuida... No lo tomes a mal, pero él no fue tan severo... Ser rico y gozar de la riqueza no podía ser considerado como un crimen merecedor de cruel castigo, hermano Marcos: la riqueza o la pobreza son atribuciones inherentes al propio Dios, su Padre... Y Jesús nunca entró en ese tipo de contracciones... «He venido a cumplir la ley, no a abolirla», dijo en una ocasión... ¿no estabas allí en ese momento? Bien fue cierto que Jesús habló acerca de que habría de llamar a su reino a los pecadores... Pero

dicho de esa manera... es discriminatorio, mejor sería que a los pecadores *al arrepentimiento*; de lo contrario, siendo pecadores, sin más ni más, les hubiese otorgado privilegios que correspondían a los justos...

—Pero él lo dijo así —le replicó el joven. —¿Qué quieres, que ponga en su boca palabras que no fueron? ¿A qué tantas sutilezas, Leví Mateo? Prometió lo mejor a los pobres, porque ellos formaban el grueso de su ejército..

—¡Ejército! ¡Pamplinas! Nunca contó con más de un centenar de menesterosos y eso fue al principio, cuando se dedicó en firme al reclutamiento; después, todo cambió... Mira, muchacho, sería mejor que meditaras bien cada una de las frases que le atribuyes y que escribieras con miras a quienes vas a tener por lectores. Bien lejos de la realidad estarías si pensaras que sólo la plebe tendría acceso a tus emborronados pergaminos... Hay otras gentes en busca de esperanza, otros que aspiran a la continuidad de su dicha más allá de la muerte; ¿cómo sería posible que, a la hora del juicio, esa fortuna que forjaron, o heredaron, por la propia voluntad de Dios, sea motivo de condena? ¿Crees que habrían de seguir la palabra de quien, en lugar de acogerlos, siente repulsión hacia ellos?

Mateo hizo un alto; había hablado siguiendo el dictado de una voz ajena a la de tu ser. Era cierto que compartía esas ideas, no podía distanciarse mucho de lo que, en el fondo, implicaban, pero ¿por qué hoy se le antojaban inducidas? Sin embargo, ¿no era eso, precisamente, lo que iba a decirle en cuanto a sus arrebatados escritos? De nuevo esa rara inquietud en espera de una frase que no recordaba... Había temores en su alma, tenía miedo de algo que se avecinaba, inevitable..., horrendo... ¡Oh, Dios! ¿Por qué no estaba aquí, el hermano Apolonio...? «¿Hermano?» ¿Había dicho hermano? Entonces, ¿ya lo aceptaba, de hecho, en la cristiandad? ¿Y el ritual? Apolonio no se había circuncidado... ¿Lo había pasado por alto? ¿Hubo en las prédicas del Maestro algo semejante? ¿Acogió alguna vez, entre los suyos, a extraños al pueblo de Yahvé? ¿Prometió, en determinada ocasión, la salvación eterna a ovejas de otro redil? ¡No, no! ¿Cómo pudo ser

posible que pasara por alto el requisito de la Ley? ¡Ni tan siquiera el bautismo de Juan, en las aguas de un río, había recibido el de Tiannes! No podía cerrar los oídos a aquellos reproches ni dejaba de hurgar en su fardel en busca de una de esas raras obleas que ayer le dejó, de nada serviría que pretendiera huir de su conciencia... Y halló una... De nuevo el sabor amargo bajándole por la garganta. Esta vez tragaba ávidamente, en busca de la paz..., del olvido... La voz de Marcos se apagaba al tiempo que su imagen se volvía un confuso amasijo de ademanes iracundos. No quería el muchacho aceptar sus sugerencias..., Bien, allá él: esos escritos jamás verían la luz, serían destruidos. Y ya. ¡Lejos de mí, contradicciones! Hágase tu voluntad..., tu voluntad..., ¿la de quién? No importaba, la de cualquiera. Se sentía feliz, como si fuera el único ser humano sobre la tierra... Pero debía hacer algo, sabía... ¿De qué se trataba? No estaba seguro de que estuviera relacionado con aquel joven barbilampiño y gesticulante, empeñado en acaparar su atención. ¡Qué iluso! No podía imaginar que se mantenía ajeno a sus catilinarias. No le molestaban, no: seguro estaba de que, en cualquier momento, acabaría con aquella farsa. ¿Por qué debía permitir que un amanerado se inmiscuyera en su felicidad? ¿Acaso no había encontrado él la suya metiendo las narices aquí y allá, en busca de recuerdos de los que nadie quería acordarse? Pues que cargara con ellos y lo dejara tranquilo; pero su aprobación no la tendría, ¡no, señor!

— Leví Mateo, ¡atiéndeme! — y lo sacudía por los hombros.
— No crea que he sido malintencionado, sólo busco la verdad. Si ella no se aviene con su manera de pensar o con sus intereses, yo no soy culpable. ¿He de pagar por una falta que no cometí? Lo que Jesús dijo e hizo está ahí, tal como fue; en última instancia, es a él a quien deben reprender... Aunque, si una pizca de vergüenza les queda a ustedes, jamás osarían ni mencionarlo..., después de la bajeza en que todos cayeron la noche de su última cena. Sigue, sigue embebecido, atontado, borracho, qué sé yo; ni me importa. Ya te ajustarán cuentas cuando recuerden que estabas vigilando el camino a la orilla del Gihón y dejaste pasar al piquete que venía a prenderlo. Es más, les confirmaste que él estaba en

el monte y te apresuraste a llegar primero. Desde mucho antes tu fervor patriótico se te había ido a los tobillos, Leví Mateo. Sí, no te empeñes en negarlo: ¿y sabes quién te hizo cambiar de idea? ¡El propio Iscariote! Ya no había nada que hacer, ¿verdad? El Mesías caudillo se derrumbaba, como él mismo predijo que se derrumbarían los muros del Templo, fuera un arrebató místico o uno de aquellos destellos lúcidos de sus últimos días, no importa; lo cierto fue que viste venir la hecatombe: el Jesús rebelde asaltando la ciudad. Temblaron tus rodillas, y al igual que el resto de sus capitanes, deseaste con vehemencia que aquella tragedia no ocurriera. Te acordaste, entonces, de tu familia, tu casa, tus bienes que quedaban atrás... Empezaste a convencerte de que había sido una locura. Y lo peor: en lugar de marcharte en aquel mismo instante, de abandonar la empresa si ya habías perdido la fe, buscaste en la solidaridad de los otros la justificación de tu desidia, la máscara para tu traición.

El joven había callado. Mateo lo sabía porque ya sus manos dejaban de hacer gestos y volvían a extenderse ante su mirada escrutadora en busca de otra cutícula pretenciosa. Todo lo dicho era cierto. No había escuchado ni una frase, pero siempre albergaba el temor de que este día llegara. Hizo un gran esfuerzo para abandonar, por un instante, su paraíso...

— ¡Mantén la boca cerrada, malcriado! Recuerda lo que un día dijo: «¿Y por qué te fijas en la paja que está en el ojo de tu hermano y no hechas de ver la viga que está en tu propio ojo?».

Marcos se le quedó mirando a través del velo nubloso que los separaba. Mateo esperaba un nuevo remolino de ademanes, pero no: ahora le parecía entrever un rictus extraño asomarse a la seriedad de aquel rostro lampiño. Al fin dijo, pausadamente:

— No esperaba otra cosa de quien lleva dentro la simiente de la iniquidad. ¿Piensas que todos son como tú, Leví Mateo? ¿Crees que voy a arredrarme ante la amenaza de una acusación tuya? Lo siento, pero a mí no tienes de qué acusarme. No fui traidor, ni soy oportunista. Mi falta, a los ojos de algunos, sería de otra índole: vicios paganos, dirían; laxa conducta moral... Pero no oculto mi rostro: lo que soy, lo tengo a mucha honra. Me hago

valer por sobradas virtudes. A mí no se me hecha en cara nada que tenga que ver el quebrantamiento a la fidelidad o la lealtad que se debe guardar o tener con respecto al Maestro. Habrá, a lo sumo, alguno que otro comentario sarcástico a mis espaldas, risitas mal disimuladas... Pero nadie puede tacharme de cobardía ni de perfidia. Y eso es lo que te molesta, Leví Mateo: te has dejado arrastrar entre la inmundicia con tal de no perder tus bienes materiales. Tú no lo devolviste todo cuadruplicado, como dijera Zaqueo, ¡mentira! Menos aún vendiste cuanto tenías y lo diste a la congregación. Sólo los tontos lo hicieron, ¿verdad, publicano? De ahí que sientas, en lo más hondo de la llaga que hay en tu alma, el que sea yo, precisamente, quien pretenda revelar, exentas de subterfugios, las ideas de Jesús. A mí no me importa si agrado a gentiles o a judíos. ¡Estoy con la verdad, duélele a quien le duela!

¡Maldito afeminado! Le decía una voz grave ya conocida: era Apolonio que había venido en su ayuda. ¡Oh, Señor! Ya todo se aclaraba. Se recuperaba, salía de la encantadora modorra de las obleas y la niebla se disipaba. De pronto, supo qué esperaba, la inquietud se desvanecía... El mago de Tiannes se elevaba ante sus ojos, ascendía hasta las vigas del techo, se convertía en sombra que resbalaba lentamente pared abajo, a espaldas del joven Marcos. El chiquillo desconocía sus poderes, no se percataba de la sombra, ni la veía ni la oía, ella sólo hablaba para él, Mateo. Y ha dicho el espectro: *Exactor mortis*... Y una espiral de humo envuelve la estancia... El suelo deja de ser firme... La sala se hunde... Todo se pierde...

— ¿Pero, cómo, Benjanán ¿No te has enterado? ¡Claro, acabas de regresar! Aun así me sorprende que no lo sepas. Hermano, entra y toma asiento; bebe un poco de vino y hazle el honor a este delicioso queso de cabras. Te contaré. Te marchaste de Antioquía a finales del mes *ab*, ¿no es así? Pues, un par de semanas después, se descubrió el asunto. Escandaloso, querido hermano, a más de bochornoso. Creo que ahora sí me harás caso en cuanto a lo que tantas veces te he dicho: esos «cristianos» no son más que una

piara de oportunistas. Aunque lo hayas puesto en duda. Sí, ya lo sé, tú siempre actuaste de buena fe, llevado por la letra que enseña la Ley. Es tu esposa quien les tiene una gran estima, tus hijas fueron «bautizadas» siguiendo el ritual de ese..., ese desajustado social que hablaba en el paso del Jordán... De nada de eso tienes que convencerme. Ahora soy yo quien va a poner pruebas ante tus ojos. ¡Y no me repitas que son habladurías de la gente! Yo estuve allí, Benjanán, justo en el momento en que derribaron la puerta... ¿un poco más de vino? Sí, creo que lo vas a necesitar. Atiéndeme bien para que veas que no hay duda alguna: hace hoy ocho días, para ser exacto, me encontraba a la vera de mi tienda cuando veo a Patkin el Mudo enfilar corriendo, calle arriba, rumbo al barrio de los bataneros. Lo detuve y no supo decirme por señas de qué se trataba, pero algo gordo sucedía. Eché el cerrojo al negocio y me dejé llevar por la gente. Muchos ni preguntaron de qué se trataba, simplemente se unían a los que íbamos y ya. Pues, tras un buen tramo, nos detuvimos ante la puerta de la sinagoga ésa donde se reúnen los cristianos bajo la dirección, o qué sé yo, del tal Leví Mateo. Al principio, creí que se trataba de otro de los desmanes a que nos tiene acostumbrados la soldadesca romana, pero no. Allí estaban el pretor, las autoridades judiciales y varios testigos designados para dar fe de algo... En cuanto derribaron la puerta, tuvimos que taparnos bien las narices: aún hoy siento el hedor nada más de acordarme. No entraré en detalles; estás comiendo y sería de mal gusto... Bien, ¿con qué nos hallamos? Un cuadro horrendo. Eran el propio Leví Mateo, aunque trabajo me costó reconocerlo de tan hinchado que se hallaba, y un joven a quien llamaban Marquitín; después me enteré que el apodo se decía a sus espaldas, pues se trataba de una persona muy querida y estimada en el vecindario. Las viudas y las ancianas le habían puesto el mote cariñosamente. Olvidé echar mano al *taliss* antes de salir, por lo que no me quedó otro remedio que taparme la nariz con el extremo del *koufieh*. Pero, lo que ante mi vista había, era tan repugnante que me hizo olvidar la peste que invadía el recinto: ambos cuerpos se hallaban desnudos y abrazados sobre una estera. En la cabecera

de la misma, diseminadas, incluso sobre el piso, había un número considerable de cuentas parduscas... De las cuales la policía del Imperio recogía unas cuantas. Todo estaba revuelto, pero no destrozado; se veía, a las claras, que había sido a causa de una gran juerga, y así lo atestiguaban las jarras vacías y un odre de vino que aún goteaba. Un golpe de viento levantó del piso trozos de pergamino, docenas de ellos, al parecer de un largo escrito. Pude guardarme un pedazo medio chamuscado sin que nadie se percatara, ya te diré al respecto... Todo parecía indicar que habían tratado de quemarlo, pero se quedó a medias. Sí, había humo flotando en el ambiente y todavía hubiese sido posible avivar la llama en los rescoldos de tres o cuatro incensarios. Por cierto, no habían incinerado mirra ni otra sustancia aromática digna del Señor, sino algo desconocido, cuyo olor se imponía al hedor de la muerte, provocando cierto escozor en la nariz, y luego un sabor amargo en la boca. En fin, amigo Benjanán, aquello daba la impresión de haber sido el escenario de una de esas orgías desenfrenadas de gentiles con quienes solía rozarse muy a menudo el tal Leví Mateo. A propósito, ¿sabes lo que se supo, Benjanán? Que el susodicho había sido publicano en Cafarnaún. ¡Sálvenos el Señor! Tan piadoso como se hacía ver; siempre hablando de ayudar al necesitado, de tenderle la mano al menesteroso y de dar de comer al hambriento, ¡y bien que les quitó el pan cuando cobraba impuestos! Ya no se puede creer en nadie, amigo mío. Bien que se lo dije a mi mujer: «No te dejes engañar por cualquier mequetrefe, apártate de esa sinagoga donde se mezclan la palabra de la Ley y la de ese farsante que fuera crucificado en Jerusalem». Pero ya sabes cómo son ellas de apegadas a las novelorías... Te compadezco, Benjanán. Pero tienes que imponerte. Yo, a la mía, le prohibí volver por esa sinagoga; y que no se mencione bajo mi techo el nombre de Jesús, ni esas estúpidas historias de sus milagros... Nada de eso fue anunciado por nuestros verdaderos profetas, aunque muchos hayan tratado de confundir las divinas palabras... Ah, sí, el trozo de manuscrito. Pues, ¿qué te parece si te digo que esos «cristianos» habían osado escribir un libro acerca del galileo revoltoso? No te caigas

de espaldas que así es, oye este fragmento: «Mas Jesús se retiró al mar con sus discípulos, y le siguió gran multitud de Galilea. Y de Judea, de Jerusalem, de Idumea, del otro lado del Jordán, de los alrededores de Tiro y Sidón, una gran muchedumbre, oyendo cuán grandes cosas hacía, grandes multitudes vinieron a él...». ¿Te das cuenta, Benjanán? Pura palabrería. Y después de lo sucedido con éste, que se decía de los doce que Jesús escogió para seguirlo, me pregunto: ¿puede alguien con un poco de sensatez creer en las palabras de los cristianos? Espero que esto te sirva de sólido argumento para alejar de ese grupúsculo a los de tu familia que aún no hayan escarmentado... «Marquitín»... ¡Buena perla resultó el señoritingo!

VI

Llovía. Pero no mucho. Era sólo una fría llovizna en el atardecer. A veces un rayo de sol —de esos que aparecían a ras del horizonte— hacía que las gotas asemejaran dorados granos de trigo que, zarandeados por el viento desde la enorme criba celestial, caían sobre la Ciudad Santa, para lustrar sus descollantes torres un brillo húmedo: Fasael, Mariamne, Hípicus, Antonia. No, no había arroyuelos descendiendo por las tortuosas callejuelas; la lluvia no daba para más que unas tímidas venillas que arrastraban, a fuerza de persistencia, unos pocos granos en el talud de margas donde se afincaba la barriada de Betfage. Podía hallar el transeúnte una fina capa verdosa cubriendo las orillas del viejo puente que une la Ciudad Alta con la planicie del Moriath; allí, una banda de chicuelos, con las ropas empapadas y los pies descalzos, jugaba a resbalar una y otra vez sobre la giba del puente. En Bezeta, el nivel de las aguas no se había alterado; no parecía enterarse de la pertinaz llovizna. Ningún paralítico había pedido que lo llevaran a refugiarse bajo el arco de la puerta de acceso a la piscina; temían que, por librarse de unas gotas, perdieran la oportunidad, tan pacientemente anhelada, de lanzarse a la alberca en cuanto asomara el primer vestigio de hervor. Se daba por seguro que sanaría todo aquel tullido que se hallara en el agua cuando ésta comenzara a borbotear. De ahí que un crecido número de baldados permaneciera sobre camastros, parihuelas y esteras a la orilla del estanque. Tampoco podía descartarse la posibilidad de que alguno que otro abrigara la esperanza de correr la misma suerte de aquél que decía llevar treinta y ocho años de espera y un buen día fue sanado, sin chapuzones, por el galileo que más tarde crucificaron por sedicioso, falso profeta, incitador de masas o desacato al César. Pero este anhelo resultaba un poco vano; habría que esperar por otro ungido de santos

poderes. Y eso no ocurría con la frecuencia ideal. Preciso hubiese sido contar con uno cada año... Mas, en honor a la verdad, si del pueblo dependiera, existirían tantos Jesús de Nazareth que no habría Gólgota capaz de albergar tamaña cantidad de cruces; ni el Imperio contaría con pergaminos suficientes para edictos de crucifixión.

En la parte más alta de la ciudad: el Templo, sobre el cual también llovía, pues habían pasado ya los tiempos de su básica construcción; período durante el cual llegó a afirmarse que sólo llovía de noche para que no se retrasara el trabajo. Ahora, una vez más, la llovizna hacía resplandecer el mármol blanco de las ciento sesenta y dos columnas que sostenían el Pórtico Real. Y al amparo de esta o aquella galería techada, podía llegarse, aunque un poco húmedo, al Altar de los Sacrificios; de allí, tan sólo unos pasos nos separarían del recinto donde Moshe Gezer conservaba y actualizaba un tesoro casi tan valioso para Saulo de Tarso, como aquél que engullían diariamente las trece arquillas en ofrendas destinadas al culto.

—Habría mucha tela por donde cortar, señor —dijo el estudiante de leyes, mientras bajaba de la escalerilla que le servía para acceder a los rollos del estante alto— a mi parecer, no sería muy desacertado tildarlo de endemoniado. Algunos hasta lo afirman. ¿Lo ha visto últimamente? Tal parece que no ha conocido de baños ni abluciones desde la muerte de su hermano. Incluso su vestimenta es más mugre que lino. Hiede, señor, ¡peor que el muladar de los queseros!

Saulo de Tarso no apartó la mirada de aquel bloque de piedra que remataba el arco sobre el vano de la puerta. Era una pieza muy bien labrada, en forma de cuña: la clave sobre la que descansaba toda una estructura. Santiago, el sucesor del fallecido Simón Pedro Bar Jona, y hermano menor de Jesús... Políticamente partidario de la conciliación entre judeos y helénicos... Elemento, al igual que la cuña de piedra, sobre el que se ejercían fuerzas, cargas, divergidas en empujes laterales... Del panzudo bracero de cobre que caldea la habitación, saltaban inquietas chispas al soplo del incesante ventecillo, frío procedente

del patio, empeñado en hacerse sentir en las rodillas y en los pies, mal abrigados por las tiras del calzado. No fue sino un rato después que, haciendo un gesto de fastidio, el de Tarso se volvió hacia *sofer* Gezer.

— Tanto mejor — exclamó. — Pero, dentro de toda esa locura lo que más me preocupa, y ya hemos hablado de esto en repetidas ocasiones, es su vehemente política de acercamiento entre cristianos judíos y cristianos gentiles. Mientras cada facción vaya por su rumbo, se mantendría lejos el peligro de ideas extrañas socavando la Ley. En la unión está la fuerza, recuerda; de ahí se desprende la urgencia de nuestra intervención para evitar algo que luego pueda ocurrir por andarnos con titubeos. Comencemos por saber detalles acerca del tal Santiago, conocido por el Menor.

Moshe Gezer, que ya tenía listo y bien almacenado el discurso en su prodigiosa memoria; no podía ocultar el placer que le producía cada oportunidad de hacer gala de su virtuosismo no exento de una buena dosis de acuciosidad; todo ello, resumido en un refinado talento bien explotado desde que estuvo consciente, no sólo de que había nacido para indagar, sino de que la verdadera y única razón de su vida sería la pesquisa. Sin aspavientos ni afectaciones, moviéndose en un medio que le resultaba más que familiar, comenzó:

— Santiago el Menor, así era conocido entre los capitanes, Jaime es su verdadero nombre. Hijo de José de Nazareth y María de Cocheba; hermano, como ya es sabido, del convicto ejecutado en la cruz en el año décimo sexto del reinado de Tiberio. Asceta, de la secta de los nazareos. Pelambre canosa e hirsuta; ojos saltones; enjuto de cuerpo a fuerza de ayunos demasiado frecuentes; de andar impreciso a causa de serias lesiones en las piernas, producto de exageradas penitencias que han deformado sus rodillas. No bebe, ni se afeita, ni rasura sus cabellos a no ser que haya tocado cadáver. No conoce mujer. Fue designado *episcopos* de Jerusalem al morir Pedro. Lidera, en esta ciudad, el movimiento de los seguidores de Jesús, a quien algunos ya suelen llamar el Cristo. No pertenece a la tendencia judaica ni a

la helenística. Adopta una postura que tiende a ser imparcial con el evidente propósito de que ambas partes lleguen a un acuerdo. Discursos de su hermano le han servido de apoyo en lugar de referencias o citas de nuestros libros sagrados que, al parecer, considera inadecuados a las circunstancias actuales. Predica una vida de abstenciones llevadas al extremo de rehusar las abluciones como medio de purificación; en su lugar, induce a la auto imposición de mortificaciones corporales: la flagelación, el ayuno extremo, el permanecer arrodillado días enteros y otros dislates por el estilo. Se ha sabido que, las frecuentes reuniones de la secta, se hacen presidir por una copa de la cual se afirma que fue aquella de la que bebió Jesús en la cena de Pascua, la noche de su apresamiento...».

— Detente — exclama Saulo, hasta ahora absorto y cabizbajo.
— Ese es un buen síntoma de idolatría... — *Sofer Gezer* deja a un lado sus manuscritos.

— Permítame, señor — dijo. — No solamente idolatría, sino cultos paganos contrarios a nuestra Ley, en un intento por socavar la palabra del Dios único. ¿Sabía usted que el tal Jesús, quizás en uno de sus momentos de desvaríos mesiánicos, vertió vino en la copa y lo hizo beber a sus capitanes diciendo que era su propia sangre? ¿No es un rito demoniaco, por más que inadmisibles, el beber sangre? «Solamente que sangre no comeréis; sobre la tierra la derramarás como agua.» Se lee en el *Debarim*. Pero hay más. El cáliz es objeto de veneración pues, en cierto modo, *contiene* el corazón del Cristo. El vaso ha sido, desde muy antiguo, símbolo del corazón, receptáculo sagrado que contiene el *hacma*, según los mazdeístas, la eternidad, en su sentido más amplio... En ambas orillas del Nilo, donde el dibujo suele representar la palabra, el corazón tiene su emblema: el vaso. Y por ese camino, cada vez más tortuoso, Santiago el Menor induce a la curia que se apresta a escucharlo. De ahí que se afirme, sin pudor alguno, que Joseph de Arimatea recogió en ese mismo cáliz la sangre que manaba del corazón de Jesús crucificado. Y así tenemos un doble carácter, señor: divino y humano; la copa que se usó en la cena es la misma que luego contuvo su sangre.

—Excelentes elementos, ¿algo más al respecto?

—Lo esencial ya está dicho, señor. Lo que resta es cuestión de forma: se trata de una copa vaciada en una gran esmeralda, engastada, con pie y base de oro. Una joya muy fina y nada más.

—Pero suficiente —concluyó Saulo. —¿Qué se te ocurre que pueda facilitarnos...?

—Prepara un viaje a Nazareth, señor, a pedido de su madre, que parece encontrarse muy enferma. ¿Sería conveniente aprovechar la ocasión y que una partida de maleantes lo asaltaran en cualquier paraje solitario? No hay móvil más habitual ni frecuente que el robo. Existen varios sitios muy apropiados entre Shiloh y Sechem...

—¿Y, qué te hace pensar, *sofer*, que Santiago tomará el camino más peligroso, o sea, el que atraviesa el territorio samaritano? Lo más acertado sería ir por Jericó, bordear el Jordán, evitando la zona montañosa, hasta Seythopolis, ya en territorio galileo. De allí a Nazareth hay sólo unas cuatro millas.

—Me inclino a pensar que aproveche el viaje por Samaria con el fin de sumar adeptos a la secta, o dejar sentado algún sitio en el cual difundir las ideas de su hermano, y donde hacer labor de proselitismo...

—De modo que quedarían patentizadas aún más las diferencias entre el culto cristiano y el nuestro; amén de convertir gentiles a su causa... No me parece mala idea... Pero...

Silencio durante unos instantes. *Sofer* Gezer echa a correr sus ideas tratando de alcanzar aquel «pero» adversativo. Y al cabo, llegó a cortarle el paso.

—Comprendo, señor: el llamado de su madre es apremiante; por lo tanto, no se detendrá en función protocolar ni proselitista... —lo dice tal y como le había venido a la mente. Y de inmediato se rasca la barbilla.

—Bien, bien, apreciable colaborador, ¿y entonces?

—Que, si a la ida no le saca partido al viaje, puede muy bien hacerlo al regreso. Y entonces...

Las sombras de los pináculos del Templo se hacen más largas sobre las losas que cubren el Atrio de los Hebreos; la tarde,

moribunda, trae como cortejo al *sabbat*. El viaje de Santiago el Menor no podría emprenderse hasta la mañana del día siguiente al dedicado al Señor. Aún quedaba tiempo para ultimar detalles.

Saulo de Tarso regresaba a su quinta. Era menester apurarse un poco, pues la vivienda distaba del Templo más de lo permitido caminar en *sabbat*. No obstante la prisa, el cerebro del ciliciano era lo suficientemente voluminoso, a juzgar por la envoltura, para compartirse entre atender al paso para no pisar miasmas o introducir el pie en uno de los tantos huecos de que estaban salpicadas las callejas de la ciudad, y darle vueltas, en su pensamiento, a recuerdos y reflexiones acerca del fracasado profeta de Nazareth.

Nazaret, reflexionaba, con lo que costó idear todo aquello de que en realidad su padre y su madre habían nacido en Bethlehem y después emigraron a Nazareth. Hubo que desplegar tanta astucia como para sitiar a la mismísima Roma. Porque, para la gente, como es lógico, no resultaba fácil tragarse lo de que él fuera el Mesías sin pertenecer a la estirpe de David. Por suerte, se me ocurrió lo del viaje a Bethlehem a causa del empadronamiento. Ése fue el primer aporte que se me reconoció. Luego fueron más exigentes en la medida en que mi inteligencia iba maquinando una historia coherente. Era yo demasiado joven y me sentía fascinado por aquella idea enrevesada que se me ponía en las manos, pero me escatimaban detalles... «Tan sólo libera las alas de tu imaginación — me dijo un tal Sareh, a quien no volví a ver— y crea un mundo en el cual suceda que cierto oscuro zampatortas de Nazareth se convierta en profeta con todas las exigencias de la Ley... Lee con detenimiento tanto a Isaías como a Elías. Aprovecha, si te viene bien, la circunstancia de ese excéntrico ermitaño, medio loco, que sumerge en rito extraño a cuantos pasan por el vado del Jordán que permite el cruce hacia Abel Shittim. No hemos querido interferir en sus prédicas, pues se ajustan a lo estipulado en las santas escrituras..., pero su aspecto y el del grupo de seguidores que lo rodea, no guardan convenientemente las reglas establecidas para tales casos.

De cualquier forma, aquí valdría todo: hazlos parecer como algo nuevo, que acapare la atención del pueblo... Crea una nueva doctrina, disparatada, si es de tu conveniencia, pero de manera que las grandes masas vean en ella la verdadera esperanza de redención. Desde Miqueas no hemos tenido otro profeta, y de eso hace tanto tiempo...» Y, ¿qué se me ocurrió? En primer lugar, sacarlo de las filas del pueblo para que, entre ambos, hubiese la debida identificación: escoger a un artesano, pero ajeno a Jerusalem; galileo, porque la estirpe rebelde procedió de aquellas comarcas. Y para ser más fiel a la santa palabra, allí recomendé elegirlo... El resto no fue culpa mía, sino del condenado mecanicismo a la hora de obrar. Así dejé las primicias; después, me desentendí del asunto. Tarso me ofrecía peldaños para ascender, Jerusalem urdía y se enfrascaba en algo cuyos fines estaban más allá de mi conocimiento. Opté por la vuelta a mi tierra... Cuatro años después, me enteré del monstruo que habían creado a partir de mis recomendaciones. No se dieron cuenta de que el error podía venir al alterarse la fórmula por el factor imprevisto.

Nazareth, villorrio al amparo del monte Tabor: suave curvatura en el horizonte para todo aquel que volviera su mirada tierra adentro; contaba con un buen número de artesanos que subsistían gracias al cruce de caminos entre Tiberíades y Asmal, última estación antes de llegar al concurrido puerto de Haifa. De más estaría describir el asombro del viajero ante la sagrada y voluptuosa majestuosidad del Hadar Carmel, montaña que había conocido de la presencia de Elías y Eliseo. Por otra parte, menos piadosa: rebaños de cabras sesgaban retoños en el lecho de húmedas cañadas, rebaños que iban y venían, entre añejos viñedos que bien pudieron haber sido plantados durante la última dinastía macabea.

Casas de barro y argamasa repartidas al azar. La mayoría de ellas tuvo la suerte, o la desdicha, de agruparse apretadamente para compartir tabiques y formar una secuencia, no exenta de sinuosidades, que el perseverante ir y venir de caminantes y animales se encargaron de convertir en tortuosas callejuelas. Un

tanto alejadas del centro, las quintas de los más pudientes — funcionarios civiles y militares romanos, más unos pocos aristócratas — contribuían al pintoresquismo de aquella aldea grande aún no devenida ciudad. Entrando al pueblo, a la derecha, en la curvatura de la calleja, había un amontonamiento de piedras sobre el cual se deshacían los fragmentos de un dintel y otros restos que atestiguaban que allí, en cierto momento, se levantaban las paredes de una vivienda. Pero ya los cardos retoñaban entre las ruinas, persistentes en el pasado.

— Ahí vivían — dijo la anciana de rostro picoteado por la viuela —, pero hace unos años se mudaron para las afueras... La hermandad cristiana tuvo en cuenta que ella había sido la madre de aquel..., farsante, que se puso a hacer milagros por ahí sin acordarse de estos que lo vieron siempre liderar una banda de mataperros que le hacía la vida imposible a la gente tranquila del pueblo. Y, a la pobre señora, le construyeron una quinta al lado mismo de la del centurión. Allí está. Hasta esclava tiene... Y servidumbre que le sacude las alfombras, cocina y la atiende como si de grandes señores fuera su estirpe. Se cuenta que, durante un par de años, sirvió en el Templo: era una especie de vestal o algo así. Yo lo dudo. Luego de la muerte del hijo, no ha dejado de ser noticia entre las que vamos por agua a la fuente...

Sofer Gezer no perdió ni una palabra del chachareo de la anciana, aunque toda su atención pareciera concentrarse en un escurpulo lavado de cara, manos y pies bajo uno de los chorrillos que alegremente saltaban de los granos pétreos que formaban una gran espiga de trigo. Evidentísimo se hacía que el escultor había sido romano y hubiera preferido tallar una figura femenina de innumerables pechos por los que manara el agua, pero «la problemática de la idolatría» — como hubiese argumentado cualquiera de los sesudos consejeros imperiales — habría de ser tenida en cuenta por razones políticas. No obstante, observando la obra con detenimiento, más una pizca de imaginación, entre la forma alargada y esbelta de la espiga, cuyo tallo, en realidad, no era más que el talle de una mujer, cualquier persona con un mínimo grado de suspicacia, hubiese visto, en aquella pieza de

mármol, a la hembra ideal para un parto de multiplicidad increíble. Moshe Gezer se dio cuenta al instante.

Su achaparrado compañero de viaje, que interrogaba a la anciana con mal disimulada curiosidad, no había reparado en aquellos sutiles detalles. Un hombre de tan grotesca presencia jamás hubiese sido capaz de despertar en la hembra otro sentimiento que el de la repulsión. Estaba seguro el estudiante de leyes que, aun prescindiendo con gran esfuerzo —y ojos bien cerrados— de su imagen física; no había filtro encantador ni monedas suficientes para despertar, en la menos escrupulosa de las prostitutas, tan siquiera un suspiro exento de repugnancia al yacer junto a su jefe. De ello se había percatado desde la primera vez que lo tuvo delante. ¿No había por eso en su jefe cierto rechazo hacia lo femenino? En más de una ocasión, y a pesar de ser renuente a citar frases dichas por boca de paganos, le había escuchado manifestarse con términos despectivos hacia el sexo opuesto: «La mujer, decía echando mano a un pensamiento de Platón, ese animal de cabellos largos e ideas cortas».

— Ahora no quiere recibir visitas —continúa la vieja— desde que su otro hijo, que según dicen es un ferviente portavoz de las ideas del hermano crucificado, ha venido para asistirle en sus últimos momentos... —la anciana miró a un lado y al otro antes de continuar. — Ritos paganos que se apresta administrarle, justo antes de expirar: brebajes de la copa en la cual se recogió la sangre que brotaba de la herida del falso profeta al morir...

María de Cosheba bebió un sorbo de vino justo en el borde de la copa donde años antes se habían posado los labios de su hijo. ¿Tuvo noción de ello? ¿Hubo cierto misterio en tan leve roce que puso en contacto a la madre con el hijo como si éste la tomara de la mano? Nadie sería capaz de afirmarlo. Pero cuentan los que así lo atestiguaron que cerró los ojos al mismo tiempo que una paz beatífica distendía en sonrisa enigmática la comisura de sus labios: partía a encontrarse con el fruto de su vientre.

Vientos de cuaresma soplan sobre Jerusalem. Remolinos que se elevan en plazas y callejas juntando arena del Moab, arcilla del

barrio de los alfareros y polvos de la ciudad baja, donde orfebres y caldereros sacudían las alfombras que habían recogido tanto limaduras de oro y plata como de hierro, bronce, plomo y cobre; sin que faltaran, por supuesto, los tamos acumulados desde la última Pascua, acompañados de partículas de cedros, ébanos y caobas. De las santas paredes y losas del Templo nada podía llevarse el viento pues en la casa de Dios todo se limpiaba muy escrupulosamente a fin de que ni un ápice de sus sagrados muros pueda ir a parar, en tan deshonesta compañía, a muladares impuros o a corrales donde se críen puercos: el plato fuerte de los romanos, y el animal execrado por excelencia.

Y los endemoniados gemían, destrozaban sus harapos, se revolcaban en el polvo, huían del viento que les traía voces, aullidos o estertores: uno se ahogaba en espumarajos; otro se empeñaba en apalear a un tullido hasta aplastarle los sesos; aquél se lanzaba, desesperado, barranco abajo, dejando tras sí un rastro de miembros ensangrentados. Barbas y cabellos atestados de mugre y piojos, desgarrados por manos desesperadas... Pesadillas y aterradoras visiones. Torvos pensamientos...

En la quinta de Teófilo, se han cerrado puertas y ventanas, y corrido los visillos; gruesos telones damasquinos reducen a un lejano ulular el aullido del viento. Sólo en lámparas y antorchas las llamas no podían disimular su inquietud, a pesar de que ni un soplo de brisa penetraba en la habitación. Porque aquel viento, aunque se vistiese de meras rachas polvorientas, escondía entre los arcanos pliegues de su manto, hálitos de pensamientos tortuosos, de remembranzas indelebles que martirizaban allá en lo recóndito del alma.

Aún no sabía el de Tarso cómo había ido a parar allí. Acaso fuera el viento mismo al empujarlo callejuelas arriba, el que lo había llevado como aquellos trozos de lona que, indefensos, volaban indicándole un rumbo..., tortuoso a veces, pero empecinado en guiar sus pasos por la misma vía que había recorrido el convicto arrastrando su cruz, una rato antes. Todavía, en la plaza donde se detuvo para que aquella mujer le enjugara el rostro, se

notaba un tramo del surco dejado tras sí por el madero... ¿Por qué extraña razón el implacable soplo no lo borraba? Se hacía esa pregunta. La calle había dejado de serlo y se convertía en sendero abierto al pie de una colina. Un torbellino lo envolvía. Tenía la impresión de que la capa lo ataba, de que, indefenso, a merced de una fuerza incontenible, era impelido hasta la cruz. Nadie más en derredor, salvo aquellos otros dos que no habían resistido tanto como él. Allí estaban: solos. Nada tenían que decirse. Los que antes habían pasado por allí, ya lo habían insultado por su desfachatez a la Ley o por el intento de usurpar un trono que no le correspondía. Otros, muy pocos, lo compadecieron y lloraron, como su madre y aquel joven de sus capitanes —Juan—, le habían dicho. Sólo le restaba verlo morir como a otros tantos, y ya no le quedaba mucho. El lanzazo del costado respondía por la falta de los custodios romanos que habían ido a buscar al señor de Arimatea, reclamante del cadáver. Quizás no se hubieran percatado de que aún le quedaba un ápice de alma. Otra ráfaga de viento cálido. Hasta la cruz parecía vacilar y venírsele encima. Los pocos cabellos que la sangre no emplastada, cubríanle sienes y mejillas ocultándole el rostro. La cabeza descolgada, impotente el cuello para mantenerla en su justa posición, oscilaba en caprichosos y lentos vaivenes. Estaba a punto de morir y fue quizás con esa energía inusitada del último aliento, con la conmovedora lucidez del postrer instante que le dijo:

— ... Tal vez Shammai hubiese tenido razón al afirmar que de todo hombre viviente se puede decir lo mismo: mejor fuera para él no haber nacido.

¿Había un esbozo de sonrisa en la comisura de sus hinchados labios? Cerró los ojos. Saulo pensó que ya su alma lo abandonaba, pero no, volvía a mirarlo, y esta vez había más fulgor en sus pupilas.

— ... He aquí el fin de quien quiso ser redentor. Tú mismo, tal vez, estuviste entre aquellos que me escuchaban en el Patio de los Gentiles o bajo el Pórtico Real... Escucha: eres joven y aún te queda mucho por andar... Nunca tomes por el camino que consideres recto: no vale la pena... Fíate sólo de ti mismo y, a

veces, cuando oigas la voz de tu conciencia, desconfía de ella... El más grave error de Dios, en la creación, fue el hombre; en un mundo sólo de fieras hubiese habido más justicia. Fíjate en mí, he clamado: ¡*Elí, Elí, lama sabashtani!* ¿Y qué...?

La respiración se le hacía fatigosa, pero continuó.

— ¿Quieres saber la razón que mueve? ¿Quieres tener en tus manos la verdad de los hombres y porfiar contra ellos, dejando a un lado ideales de bondad? Es fácil, jovenzuelo de quien no conozco ni el nombre...

— Saulo de Tarso, así me llamo...

— Saulo... Pablo, al decir de los romanos... La clave del éxito en la vida es, sencillamente, el Poder... Alcánzalo a toda costa y retenlo a toda costa... Es el único fin que justifica los medios...

Y no dijo más.

El viento arreciaba, la cruz se le venía encima, pero ahora convertida en piedra, como la roca sobre la cual se erguía. La noche se desplomaba sobre el mundo... Un gran tiesto de barro, sembrado de lirios, rompió los cristales de la ventana de la habitación donde Saulo de Tarso se revolvía, sudoroso, entre sábanas del más puro lino.

El resto de aquella jornada lo había pasado medio atontado, ajeno, observando lo circundante desde el exterior, desde lejos. No quiso saber Saulo — *Pablo, al decir de los romanos*, según recordaba del sueño — de otro asunto, no quería saber de nada, prefería estar solo, meditando. O mejor dicho, dejando que sus pensamientos vagaran de una nimiedad a otra. Se le hacía penoso concentrarse, buscar soluciones, aunque se tratara de un asunto tan apremiante como el de Santiago el Menor. Optó por vagar un poco por la ciudad, pero el bullicio y la presencia misma de tanta gente a su alrededor, lo perturbaba. Entonces fue buscando sitios menos frecuentados, hacia las afueras, bordeando la torre Hípica, hasta salir por la puerta de la muralla que se abre al camino de Emmaus. Una caravana de mercaderes de trigo, que salía rumbo a Joppe, hizo que desviara sus pasos del camino para tomar por un estrecho sendero al pie de la muralla.

A su izquierda, el terreno se iba haciendo más hondo a medida que ascendía; unos pasos más y ya se había formado una cañada que, en tiempos de lluvia, arrastraba cuanta cosa se desprendiera de la colina que ahora, ante él, se elevaba: un cerro desnudo de hierbas; sin una brizna que creciera sobre su lomo. Por aquel lado, le pareció un tanto abrupto como para servir de acceso cotidiano a la cima, oculta desde el sitio donde había detenido sus pasos. Aquél parecía ser el lugar que buscaba: sólo unos moscardones revoloteaban aquí y allá. Un trozo de madera, ya carcomido y abandonado allí, sabe Dios por qué razón, le sirvió de asiento sin siquiera preocuparse por sacudirle el polvo. Se despojó del *koufie* para que la brisa alborotara las escasas greñas de su cabeza. Y su mirada rodó como un canto, cuesta abajo, hasta el fondo de la cañada: guijarros lavados y desbastados por la corriente —cuando había corriente—, unos tan pequeños como guisantes; otros grandes, lisos, casi perfectamente redondos como cráneos..., como cráneos... Adivinó entre ellos, huesos rotos que la lluvia había hecho bajar rodando... Y entonces, se dio cuenta: estaba al pie del Gólgota... Y aquel tronco sobre el que se había acomodado bien pudiera haber sido, en sus buenos tiempos, años atrás, parte de la cruz donde padeció un condenado... Demasiada coincidencia aquella... No se arredró. Su ánimo no estaba ni para eso; aquel estado depresivo, del que no hallaba razón de causa, le impedía moverse, dificultaba su deseo de huir de allí. Sin embargo, hizo un esfuerzo y fue ascendiendo poco a poco hasta el tope del cerro. No hubo condenado en esos días, el monte sólo conservaba restos de leños, algunos clavos de bronce y la omnipresente soledad de la muerte... Allí, pensó, había terminado sus días quien pudo haber sido Rey de los Judíos. Tenía todas las condiciones: inteligencia, astucia, preparación, un plan bien concebido, apoyo... Pero se dejó llevar por sentimentalismos, o se creyó profeta sin serlo, o heredero legítimo del trono, siendo un simple carpintero... O acaso lo trastornó el poder que se adjudicó a sí mismo... Otra vez el viento del sur le hizo volver el rostro y fue justo hacia el lugar donde estuvo la cruz del tonto galileo... Si le hubiesen dado a él esa oportunidad... Desechó

la idea, pero echó a volar su imaginación... Rey de los Judíos..., sin dominación romana, por supuesto, y dejando a un lado los requisitos que la Ley exige en cuanto a la ascendencia davídica y todo lo demás... ¿Quizás hubiera sido ése el motivo por el cual su pueblo perdió grandeza y gloria sin recuperarlas o sólo gozando de ellas durante efímeras épocas? ¿Por qué aferrarse a la tradición si el propio Yahvé nos hizo razonar que los tiempos podían ser distintos? Algunos pensaban que todo lo sucedido desde Adán había sido voluntad suya, ¿por qué no probar otros caminos para llegar al predominio acordado en el Pacto? ¿Necesariamente tenía que ser un ungido, un Jehú del que habló Eliseo, quien llevara la corona? Jesús no lo era, a él lo habíamos ungido nosotros... ¡Y tuvo poder! ¡Pero fue su torpeza la que dio al traste con todo! Si hubiese sido yo... Pero así había sido el designio de Yahvé... Un fuerte soplo —¡ese maldito viento del sur!— trajo consigo, de allá, de los confines del desierto, palabras ya oídas entre estertores, en ese preciso momento en que nada importa, ni siquiera aferrarse a la vida: cuando del alma emanaba cuanto se sentía sin prejuicios ni pasiones, cuando lo de adentro se vertía al dar el último paso hacia la muerte. Y la voz de su propia conciencia, —extraño, pero no sonó a lamento, sino a certeza— le recordaba la voz del Jesús condenado. Sí, él lo había oído hablar con Juan y con su propia madre como si, en lugar de sufrir pendiendo de una cruz, se hallara cómodamente recostado a la leve sombra de un terebinto. Milagro..., fe ciega..., ironía. No supo, ni le preocupó, en aquel momento; había seguido su camino —claro, que lo que había detrás de aquella historia aún no era de su conocimiento. Para él, no se trataba más que de otro condenado pero, irónicamente adornado con una corona de espinas y la leyenda de *Rey de los Judíos* en el tope de la cruz... No obstante, sus palabras se le arraigaron desde el momento en que lo supo todo y ató cabos... Así que aquel reo, sarcasmos de la vida, había a su vez condenado, sin saberlo, a sus doce fieles seguidores. Y, en la mente del ciliciano, todo se volvía confusión. *Saulo..., Pablo, al decir de los romanos, la clave de la vida es, sencillamente, el Poder... Si lo alcanzas..., retenlo a toda costa... A toda costa...*

Miente, sobre todo a los que te aclamen... Diles aquello que añoran escuchar... Y, ante la redención inalcanzada, ante los fracasos... culpar al César, «origen de todos los males»; fomenta el odio contra el opresor; tiende un palió que cubra tus errores... Porque, Saulo, Pablo, al decir de los romanos, tú tienes que sentirte perfecto, infalible... La verdad es sólo tuya y cuantos se opongan, paganos son y castigo merecen... Sólo se vive una vez; lástima que el hombre honesto llegue a ese convencimiento un minuto antes de la muerte...

No se enteró del regreso. Fue tan impropio... Ni los olores fuertes lo sacaron del sopor mental que dominaba cada uno de sus pasos. Su licencia, firmada y sellada por las autoridades de mayor jerarquía — incluso el propio Marcelo, recién estrenado gobernador, luego del gran error en que incurrió Pilato al ordenar la matanza de samaritanos en Garizim — le facilitó el acceso a la torre Hípica. Desde allí contempló la ciudad con su gran muralla, sus acueductos, sus barrios, el Templo, allá a lo lejos... Percibió en el aire un olor nuevo: el que resultaba de la mezcla de todos los que ascendían... De Getsemaní le llegó aroma de olivos... Y de alzamientos y revueltas. Miró a su izquierda, a la colina pelada donde huesos, maderos y cenizas se confundían en el polvo que arremolinaba el viento... Y la idea de que esta vez no podía fallar se posó en su hombro como la paloma que dicen voló sobre el vado del Jordán, cuando sirvió de preludeo a la historia del reductor que acabó en la cruz.

Y fueron aires de prepotencia los que llenaron sus pulmones.

Por supuesto que Santiago, el nazareo, había heredado de su hermano crucificado algo más que la copa donde aquél había bebido durante su última Pascua. Y, al igual que la joya — de la cual no se separaba — también llevaba consigo un séquito de colaboradores. Entre ellos, de más estaría decirlo, se hallaba Simón, el celota, para que ejerciera las mismas funciones que cuando acompañaba a Jesús. Era su guardia personal. Nadie más apropiado para desempeñar esas funciones. Santiago no había dejado de mortificarse desde la salida de Nazareth. Muchos se pre-

guntaban cómo era capaz de resistir tanto por nada: se flagelaba cada cincuenta pasos; andaba de rodillas otro tanto, se revolcaba en el polvo maldiciendo el día en que nació: «Perezca el día en que yo nací, y la noche en que se dijo: varón es concebido. Sea aquel día sombrío y no cuide de él Dios desde arriba, ni claridad sobre él resplandezca...». Acto seguido, echaba a andar descalzo sobre la ardiente arena hasta la noche. Sólo descansaba cuando los otros lo obligaban a rendirse, beber un poco de agua y tragarse a regañadientes un pedazo de pan con pescado seco. Llevaba tres noches sin dormir. Nada remediaba él ni nada ya se podía hacer por su madre, de ahí que todo ese martirio fuera en vano.

Simón había pasado por pruebas físicas más duras, pero habían tenido un objetivo completamente distinto. Si alguna vez se echó a los hombros un grueso y pesado leño y corrió al ascender por cualquier empinado sendero, lo hizo para fortalecer su cuerpo, para ganar la resistencia que quizás algún día le sirviera, bien con miras a vencer al adversario en combate de tú a tú, bien para soportar largos días de asedio o de persecución, así como para cumplir, cabalmente, con la tarea que se le encomendó aquella vez: guardia personal de Jesús, mientras desempeñara su papel de predicador; jefe de toda su escolta, cuando ocupara el sitio que le correspondería en el gobierno de la nueva nación. No le preocupaba, entonces, si aquél llegaría a ser gobernador de una provincia o rey de Israel. Era muy pronto para lucubraciones a tan largo plazo... ¿Cómo había empezado todo aquello para el celota? Años atrás, en el lejano pueblito, apenas cumplidos los catorce años, presencié la alevosa muerte de su padre a manos de la soldadesca romana: se le había apresado por revoltoso y estuvo encerrado varios días, al cabo de los cuales, fue sacado al patio del cuartel: se le hizo beber vino, mediante un embudo que le introdujeron en la boca, hasta casi reventar. Luego fue llevado a rastras hasta una plazuela, frente a su casa, en el centro de Caná. Allí, rodeado de curiosos, el jefe del grupo gritó: Veán, cómo éste, que está contra César, no es más que un borracho que se harta de vino... Sacó la espada y le abrió de un tajo el abultado vientre. El vino corrió, mezclado

con sangre y entrañas, hasta la puerta misma de su casa, donde mujer e hijos miraban consternados.

—Simón de Caná, cierta persona cuya identidad no debo revelarte, me ha pedido un hombre de confianza, aguerrido y presto a servir hasta con su propia vida cualquier causa, siempre que ésta vaya contra el opresor romano. Puedes dar por seguro que el solicitante es digno merecedor de nuestro apoyo.

—Y bien...

—Pues que, como reúno a los mejores guerreros de Judea, de ahí que hayan venido a mí...

La llama del candil tembló y por unos momentos las sombras de ambos se movieron imprecisas.

—Debes ir a Nazareth, buscar a Jesús, el carpintero, y ponerte a sus órdenes. Con sólo decirle: «Ahora me envían el Señor y su espíritu», sabrá de qué y de quién se trata...

No pasó mucho tiempo para que comprendiera que, a quien debía salvaguardar, no se preocupaba mucho por cuidarse a sí mismo. Un día, luego de pasar la noche en Bethania, en la casa de Lázaro, lo llamó aparte. Caminaron un buen trecho para no ser oídos por el resto de sus capitanes. ¡Cuánta agudeza en sus ideas! No cesaba de hablar y cada frase era un mandato bien dirigido a favor de su seguridad y la del grupo en conjunto. ¡Al fin, pensó, recibía órdenes concretas, al fin llegaban a un acuerdo...! Hasta pudieron establecerse contraseñas que sólo ambos conocerían... No quedó un detalle por prevenir; en lo adelante, sólo se presentarían circunstancias imprevisibles ante las cuales siempre debía ser él, el guardia, quien tomara decisiones, aunque fueran extremas. Simón había visto en los ojos de su jefe la fiereza del cabecilla y algo más: la convicción de una causa. Tales fueron sus argumentos; tan convincente era su confianza en el pueblo, que lo arrastró a depositar en él una esperanza... Es más, quedó el celota persuadido de que se hallaba ante el enviado de Dios y que nada ni nadie haría fracasar aquel empeño, cuyo embrión comenzó a gestarse en Galilea. Si después de cierto e indeterminado momento, las cosas comenzaron a cambiar, no había sido culpa suya. Luego todo fracasó y fue pasando de líder

en líder hasta comandar la escolta de este nuevo cabecilla, de quien no estaba muy seguro...

Habían hecho un alto para abrigarse en un vallecillo entre Jenin y Tubas, camino recién abierto por caravanas que preferían no pasar por Sebaste para llegar a Sechem. Allí, las autoridades romanas exigían un peaje muy alto, aunque se tratara de simples reatas o escasos grupos de caminantes. Santiago había preferido de buena gana aquel rodeo que, además, le permitía alargar su martirio de penitente. Se acomodaron en una especie de caverna, formada por el desprendimiento de grandes rocas; se hizo fuego y el olor de la *torra*: mezcla de polvo de langosta, leche de camella y harina, les colmaba de saliva el paladar... Pero el protegido, como siempre, desdeñó la reparadora cena para irse a rezar, sin preocuparse por el peso de la impedimenta que, con cada uno de sus pasos imprecisos, se balanceaba de un lado a otro, unas veces sobre la espalda; otras, colgando de un hombro o balanceándose imprecisa, pendiente del cuello. ¿Qué llevaba en aquel bulto cual carga de dromedario? Se habían preguntado muchas veces. Lo siguió, pero sin ser visto, pues Simón estaba autorizado a ello y era su deber. Al llegar a un recodo, Santiago soltó el fardo en cuanto no era visto por los demás y siguió su camino, tambaleante. Debía saber, su escolta, qué guardaba con tanto celo... ¡Oh, Dios! Dijo para mí en cuanto abrió el envoltorio: un cúmulo de piedras y la caja, de no más de un codo de altura, trabajada en madera de sándalo; de sobra sabía lo que guardaba. Todo ello era suyo y no había sido tocado por nadie... ¡Rayos! Se había desviado del camino, cerrado por un farallón tan abrupto que ni los más expertos lagartos de la región hubieran sido capaces de franquear, para refugiarse en una especie de valle, bordeado por la acumulación de grandes bloques de piedra. Bien, allí estaría seguro, se dijo, y solitario, como solía ser su preferencia, en cualquiera de aquellas oquedades que Dios, de seguro, había dispuesto luego de sacudir la tierra por faltas consistentes en blasfemias o idolatrías, años ha... Puso el envoltorio en el mismo sitio de donde lo había tomado. Después... Lo hallaron colgado

de tres palos, como caldero sobre hoguera. Pero sin hoguera... Lo habían atado por los tobillos e izado; después fue degollado. Se evidenciaba, porque no había manchas de sangre en las ropas: toda ella corrió rostro abajo, hasta la última gota contenida en su cuerpo... ¡Y él no pudo hacer nada por evitarlo...!

—Un envoltorio de tela damasquina que contenía: doce bloques de roca eruptiva (mucho volumen, pero muy poco peso) y una caja de madera perfumada, en cuyo interior se halló una copa o joya al parecer de alto valor: una esmeralda engarzada en oro con dos asas... Estoy casi seguro, señor, de que se trata del famoso cáliz que ha sido objeto de culto entre la feligresía cristiana de Jerusalem. De acuerdo con los rasgos cincelados por el orfebre, estos pueden identificarse con los de un *purana* o texto de los antiguos y lejanos hindúes, que se pierde en relatos legendarios acerca de la creación, desaparición y renovación del universo y de otros asuntos referentes a la genealogía de sus dioses paganos: Vishnú, Siva y demás potestades que aún no tengo bien definidas. Necesito tiempo para detallarlo todo y asentarlos en mis archivos.

Saulo de Tarso hizo una mueca, que para muy pocos, sin contar a su principal colaborador, hubiese parecido la expresión de un hondo disgusto; pero aquellos labios finos, resecos y distendidos ocultaban una complaciente sonrisa.

—Tómame todo el tiempo que requieras; en realidad, querido *sofer*, ya nos libramos de Santiago el Menor o Jaime. Esperemos ahora la reacción de la curia cristiana... ¿Tomarán la muerte del hermano de Jesús como un llamado celestial o como una advertencia profiláctica contra los asomos de idolatría que rodeaban el culto al cáliz en el que afirman repartió vino y en el que luego se recogió su sangre...?

Saulo de Tarso se asomó a un ventanal; gran parte de la ciudad baja se extendía ante su mirada...

VII

La estrecha garganta hacía ulular cada racha como si la comprimiera en castigo por perturbar la paz de aquellos laberintos tan pacientemente labrados al paso efímero de arroyos que nacían y morían entre dos estaciones lluviosas, sin dejar descendencia. El viento, forzado entre las paredes, pagaba su osadía puliendo las asperezas de los recodos, llevando consigo el polvo de más, depositando al paso el polvo de menos y poniendo cada grano en el sitio conveniente, como si limpiara de obstáculos el camino del mercader... O la ruta del perseguido en busca de refugio seguro. Un hilillo de agua clara, a ratos perdido al pie del farallón, se deslizaba silencioso, como si temiera interrumpir la soledad de aquellas entrañas que, luego de innumerables zigzagueos, servían de único acceso al escondido valle donde, por no desentonar, edificaciones, templos y viviendas se empotraban en las rocas como si pretendieran ocultarse en el seno mismo de la tierra. En Petra, todo, empecinadamente, iba en busca del escondrijo, de ahí su fama, no mal ganada, de excelente madriguera a la que solía ir a parar el que huía, tanto de enemigo personal como de bando gubernamental. En consecuencia, quien era buscado por razones políticas, religiosas o sociales —o por todas a la vez— tomaba rumbo al Mar Rojo, cruzaba el desierto de Negev, desandando la ruta seguida por Moisés cuando conducía a su pueblo hacia la tierra de promisión, y hallaba a la izquierda, un relieve agreste, que saltaba repentinamente del suelo arcilloso, como si quisiera arañar con afiladas uñas las nubes que, impertérritas, seguían de largo hacia el Moab sin dejar unas gotas sobre aquellas peñas. Era la cadena rocosa que ocultaba en sus entrañas un increíble valle, donde los nabateos habían hecho del exilio una buena fuente de ingresos. No hubiera previsto Moisés, durante el éxodo, que aquel manantial hecho salir de la roca al toque de

su cayado, alimentaría, siglos más tarde, al acogedor refugio de cuanto paria deambulaba sin rumbo desde Tyro hasta el golfo de Aqaba.. Y, serpenteando, luego de brotar de unas peñas, el *wadi* Musa colmaba las cisternas del edificio del tesoro, continuaba hasta abastecer el anfiteatro y de allí se unía al *wadi* Turkamanya, sin dejar de pasar bajo la antigua muralla y recibir las aguas de su tributario el *wadi* Mataha.

Abdul se presentó al momento en el rincón que ocupaban aquellos tres judíos que, por primera vez, visitaban su establecimiento. Al verlos entrar, le había parecido gente de paso, pero le habían dicho que se establecerían allí, en Petra, durante algún tiempo. Además, por una cuestión de ética comercial, decidió no desdeñarlos: un cliente, aunque pasajero, debía ganarse pues, en cada ida y venida por la ciudad; preferiría siempre recalar en un sitio que fuera de su complacencia. El más corpulento de los tres llevaba la voz cantante y a él se dirigió:

— ¿Desea el señor vino galileo o del que se hace de dátiles en Jericó?

— ¡Por supuesto que el de Galilea! — tronó la voz.

— Será complacido de inmediato, señor, nada más quería saber... Lo acompañaré con unos riquísimos higos secos, riñones de cordero aderezados y unas ruedas de pan de cebada para mojar en la salsa. Todo ello va por la casa, para que no nos olvide en su próxima visita — y se retiró con una leve reverencia.

El más corpulento de los tres, aquél que había llevado la voz cantante, no era otro de Simón de Caná. Luego de escuchar el relato, Judas Tadeo y Tomás, que acompañaban a Simón, salieron de su estupor sólo después que la voz del celota tronara con descompostura:

— ¡Abdul! ¡Si de inmediato no traes esa jarra de vino, te juro por los huesos de mi bisabuela que jamás volveré a pisar tu hostería de mierda! ¿Es que nuestro siclo no vale tanto como el denario que te pagan esos extranjeros?

El escolta continuó en cuanto se vio servido:

— Estaba loco, Tadeo, al igual que Jesús. ¿Qué hay en esa familia que todos parecen condenados al desatino? Todos no,

perdón. Tú no pareces ser uno de ellos. Muchas veces me pregunté si eras la excepción.

Judas Tadeo suspiró y movió la cabeza, ahora rapada en aras de cambiar su imagen.

—No sé —respondió—, a veces pienso que es una gran confusión... Jesús nunca nos dio detalles, al contrario, prefería solaparlo todo, revestir la realidad de imágenes con moralejas que cada cual debía desentrañar... Desde chico fue así de enigmático. Una vez, cuando se nos dijo que iríamos de visita a casa de ciertas amistades de la familia, él se puso muy contento y nos dijo a los más pequeños que veríamos prodigios, pero debíamos guardar el secreto. Fuimos a Caná y allí nos quedamos en casa de una tal Raquel, prima lejana de mi madre. Jesús se había adelantado y llegó mucho antes que nosotros. Nos esperaba a la entrada de la quinta. No hubo un gesto que delatara el origen oculto de aquel regocijo que había en su mirada. Pero yo me percaté de que algo tramaba pícaramente. Esa tarde, cuando jugábamos con los chicos de la casa —otros cuatro varones— se las ingenió para demostrarnos que era mago. Sí, lo recuerdo perfectamente de tanto que me impresionó. Se nos presentó delante de una roca y dijo que al ocultarse tras ella, pondría en juego ciertos artilugios que lo trasladarían secretamente a la azotea de la casa, justo enfrente. Así lo hizo: se escondió tras la piedra y, de inmediato, oímos su reclamo desde el punto diametralmente opuesto: allá estaba, sobre el terrado de la casa, saludándonos sonriente, agitando los brazos... Después, al transcurrir los años, volvieron a maravillarnos cosas por el estilo. Y cuando vinieron a buscarlo para el asunto ese..., no dudamos que «algo» especial había en él...

—Los engañó —exclama Simón. —Ya no hay nada que ocultar. Lástima que no hubiera puesto en juego, aquella noche, uno de esos tantos ardidés con los que repetidas y solapadas veces habíamos burlado a los gendarmes del Imperio..., pero no quiso...

—Simón, creo que ni siquiera ahora debes...

Hablaba el tercero, quien hasta ese momento había permanecido atento a las palabras del celota.

—Tomás —dijo Tadeo—, de nada valdría, a estas alturas, guardarnos secretos... De sus capitanes, sólo quedamos con vida nosotros tres y Juan el de Zebedeo, allá por Efeso. Además, tengo derecho a saber: Santiago se llevó consigo secretos de Jesús que bien ha sabido guardar Simón en su calidad de guardia personal de ambos. Soy el último de los tres hermanos...

Pero Tomás se empecinaba:

—¡Debes callar, Simón! ¿Olvidaste tu promesa? Juraste a Jesús que tu boca no revelaría el enigma... Ni siquiera Santiago lo sabía y al igual que Tadeo, ni por la mente les pasó...

Tomás guardó silencio. Bajó la cabeza y la movió de un lado a otro, en evidente gesto de desaliento. Su pensamiento, siempre tan racional y calculador, lo había convertido en el estratega por excelencia; ahora se negaba empecinadamente a que se revelara un asunto tan grave que, de trascender, haría polvo la base de la ya reducida secta. ¿Cómo admitir que tan bien calculados pasos hayan dejado no más que una fugaz huella en la arena, susceptible de ser borrada al primer ventarrón? Noches enteras sopeando variantes, poniendo en juego sus más sutiles alcances... Fórmulas que obedecían a las estrictas leyes de los números... ¡Infalibles! Comprobadas en la práctica: criterio de la verdad. Una vez había dicho: Vendrán cinco mil. Y cinco mil doscientos estuvieron allí. Otro día, infausto, había pronosticado: No tendrás, Maestro, la audiencia que deseas. Y, contra la opinión del resto, sólo unos pocos asistieron a la sinagoga, mientras la mayoría de su propio pueblo lo esperaba en las afueras para precipitarlo por un despeñadero... Por suerte, el oportuno celota evitó su muerte, como otras tantas veces. Y continúa Tomás, ahora en voz muy baja:

—Bien merecido tienes el reconocimiento de todos, Simón de Caná; creo que nadie como yo supo aquilatar tu valentía, pues pude vaticinar cuándo una circunstancia resultaría conveniente o un milagro redundaría en decenas de posibles reclutados para la causa... O, como en frecuentes ocasiones, qué decisión no sería la más acertada, aunque en sus tercos arrebatos se empecinara en seguir por el camino que él mismo había elegido y actuaba como

le venía en gana. Entonces, sin que nadie se enterara de ello, y tomando en cuenta mis vaticinios, tú tomabas las debidas precauciones para salvar la situación de una catástrofe. ¿Recuerdas la emboscada que le habían tendido a la salida de Betfagé con el fin de liquidarlo antes de que llegara a Getsemaní?

— Pero fuiste tú quien me advirtió...

— Digamos que los dos, Simón. Yo lo preví; tú ideaste y llevaste a cabo, magistralmente, la operación que desconcertó a los espías romanos, e hizo que dejaran libre el camino, creyendo que Jesús había llegado en secreto a Jerusalem y se exhibía en los atrios del Templo.

— ¡Basta! — interrumpió Tadeo. — No más discusiones. Lo pasado ya es irremediable como tampoco tiene sentido andarse con tapujos a estas alturas. Si hubo algo que, por razones de seguridad, no debí saber entonces, creo que ya no se debe continuar ocultándomelo. Mis hermanos, Jesús y Santiago, han muerto, así como nuestra madre. Soy el único que resta con vida en la familia..., hasta mi primo Juan pagó con su cabeza la osadía de haberlo proclamado hijo de Dios, en un momento en que, si bien resultaba conveniente para nuestros planes, lo comprometía a él con el proyecto como si hubiese sido un rebelde más y no un infeliz y desgraciado ermitaño ... Tal parece que una plaga se ha ensañado en nuestra casa, para diezmarla, para dejarme solo...

Los tres quedaron en silencio, observaban en la penumbra el ir y venir de los sirvientes entre los grupos de parroquianos que, acomodados aquí y allá, sobre sus esteras, cubrían el polvoriento suelo de la gruta. No más de media docena de candiles alumbran pobremente la húmeda estancia donde moabitás, bataneos, nómadas de las orillas del Nilo, judeos, asirios, griegos y muestras de quién sabe cuantos pueblos más, comían y bebían con bárbaro alboroto.

Tomás se volvió hacia Judas Tadeo.

— No estás solo..., hermano — dijo, enfatizando la última palabra.

— Sí, continuamos siendo los fraternos seguidores de sus ideas...

—No me refiero a eso; lo he dicho en el cabal sentido de la palabra: María también fue mi madre. Jesús y yo nacimos gemelos...

—Pero...

Tomás había decidido, vista y oída la pena de Tadeo, revelar el secreto que hasta entonces se había guardado celosamente.

—¿Recuerdas que mi sobrenombre era *Dídimo*? «Gemelo» en lengua helenística. Observa cómo cubro mis lisas mejillas con esta falsa barba; mírame, cubierta mi cabeza con un *talis* idéntico al que él usaba; arrugo la frente tal como era su expresión en momentos inspirados... Dime: ¿no te parece estar viendo a Jesús?

—Así que un gemelo... —Saulo de Tarso puso los brazos en jarras y se encaró a su ya imprescindible *sofer* Gezer; quien disimulaba, a duras penas, la mueca de una sonrisa. —Pero, dime, ¿cómo pudiste averiguarlo? Nuestros informantes jamás hablaron de ello... Cuando todo comenzó a fraguarse, cada uno de sus doce capitanes fue investigado hasta la saciedad; sabíamos aun cuáles eran sus puntos débiles y siempre estuvimos al tanto. En cuanto a Jesús mismo, comprenderás que la indagación fue mucho más exhaustiva. Supimos, o al menos eso pensábamos hasta ahora, de cada detalle respecto a su vida. ¿Cómo fue posible que no nos hubiésemos enterado de ese otro hermano gemelo...?

Moshe Gezer se acomodó entre los cojines que ocultaban la estera, bajo el palio que los cubría, y entrelazó los dedos de ambas manos bajo el mentón. Era su pose predilecta en el momento de las grandes revelaciones.

—Alguna enigmática influencia hizo que el matrimonio desconfiara. La madre lo ocultó desde el momento del parto. El primero en nacer fue bien identificado, acorde con la tradición; al segundo, Tomás, lo confió a una familia de pastores y fue llevado bien lejos, desierto adentro, y escondido hasta que el matrimonio estuvo seguro de que el misterioso peligro que se cernía sobre ellos había transcurrido. No tengo muy claro por qué también, después, confiaron la custodia de Tomás a una familia de Caná, sin perder la potestad ni el nexo entre unos y otros,

aunque guardando el secreto. Años más tarde, cuando las aguas se calmaron, trajeron al niño recuperado al seno de la familia, en Nazareth. Jacobo y Tadeo ya habían nacido para entonces; de modo que Tomás fue un añadido, cuya apariencia física se procuró mantener lo más lejos posible de la de Jesús. Siempre se tuvo el cuidado de tender un velo entre el parecido de ambos niños: Tomás vino a ser como un hijo adoptivo.

El calor era sofocante, incluso en la terraza de la torre Fasael, porque el viento soplaba del Gehena y en la piel se hacía patente un sabor a infierno que el olfato reafirmaba con cada inhalación de miasmas. Saulo de Tarso, pensativo, se apoyaba en uno de los bloques pétreos que rodeaban la terraza.

—Sí, todo eso es muy razonable, pero, ¿qué les hizo mantener en secreto el hecho de que Jesús y Tomás eran gemelos? ¿Intuyeron que algún día a ese tan simple detalle pudiera sacársele alguna ventaja, en determinadas circunstancias?

—De acuerdo con mis indagaciones, señor, todo parece indicar que se trata de uno de esos hechos fortuitos, que a la larga resultan de un valor incalculable sin tener la menor idea de qué los mueve a proceder en ese sentido..., alguna base supersticiosa tal vez...

Sofer quedó en silencio y Saulo tomó la palabra:

—¿Pura casualidad, Moshe Gezer? ¡No hay casualidad sin causa!

—Desde luego, señor. Y una de esas causas puede que haya sido, teniendo en cuenta las circunstancias del parto, evitar todo elemento que pudiera ser motivo de discordia entre los dos hermanos. La primogenitura, en el caso de gemelos, se vuelve un tanto conflictiva. Recuerde lo sucedido entre Esaú y Jacob. Quizás pudo también ocurrir algo parecido al caso de Fares y Zara. ¿Cuál de los dos fue el primogénito si, cuando se ató la cinta de grana a la mano de Zara que asomaba, la criatura volvió al seno materno y de inmediato salió Fares? Sin embargo, era evidente que no habría herencia que ameritara un litigio entre ellos. Éste es un caso muy especial en el que entra en juego la ética materna consecuente: «Mi primer hijo». Eso es muy importante

para una mujer consciente de lo que ello significaría para ese recién nacido a quien amamanta. En otro orden de cosas, ¿y si el parto se produjo de noche y con escasa luz? ¿Pudo afirmarse con certeza cuál nació primero? Puede que haya influenciado en ella el deseo de tener un hijo en quien volcar «todo» su cariño. Sin embargo, el hecho real la obligaba a compartir, a partes iguales, la cuota de amor materno correspondiente... Pero, ¡señor! nos estamos metiendo en un terreno demasiado escabroso: queremos desentrañar razones afectivas ¡de una madre hacia dos hijos que nacieron casi simultáneamente!

—Desde luego que el análisis se torna difícil: ni tú ni yo hemos parido gemelos...

Sofer rió a discreción. No era su costumbre reírles las bromas a los superiores, aun suponiendo que éstas lo merecieran. Odiaba la adulonería porque estaba convencido de que, en su caso, y para destacarse entre miles, no la necesitaba.

—Bien —continuó Saulo—, volvamos a Tomás. No en balde su seudónimo era *Dídimo*. Pero nunca nos ocupamos por indagar con quién era gemelo...

Sofer Gezer retomó la palabra:

—No fue necesario que la madre se preocupara por mucho tiempo. Un alto funcionario de origen griego tomó al adoptado bajo su tutela, un día en que pasaba por Nazareth, y lo encontró junto a la fuente del pueblo asombrando con su destreza para los cálculos a cuantos no lo conocían. Ese mismo día, acordado el compromiso con los padres, lo llevó consigo a la más importante de las ciudades de la Decápolis: Damasco. Allí estuvo el niño a sus anchas, estudiando la doctrina pitagórica y sus fundamentos matemáticos hasta la muerte de su protector, diez años más tarde. Reingresó en el seno de su familia cuando era ya un joven. No hubo reparos desde el punto de vista religioso, pues su protector sentía, como cierto número de gentiles, cierta afinidad hacia nuestras creencias y no se había opuesto cuando el chico decidió mantener, paralelamente a los estudios de Pitágoras, una educación fiel a la Torá. Ya de vuelta a Nazareth, muy pronto se independizó y tomó el oficio de amanuense. Lo mismo

redactaba y escribía un documento de compra-venta, así como reproducía los pergaminos gastados de cualquier sinagoga. Por este último trabajo cobraba un diez por ciento menos que se le acreditaba como su diezmo al culto. Tomó esposa, acató y cumplió de manera destacada las disposiciones de la Ley y brilló por su inteligencia. Fue reclutado para ocuparse de los menesteres tácticos del asalto a Jerusalem... A propósito, ese plan logístico, por él confeccionado, se encuentra en mi poder, y es tan minucioso y acertado, señor, que lo guardo bajo estricto secreto... Es más, sólo usted y yo sabemos de su existencia; soy de la opinión que no debe desestimarse en caso de que, por cualquier afortunada circunstancia, se nos presente la oportunidad de llevarlo a la práctica... ¡Es perfecto, señor! Todo lo calculó con asombroso rigor: de no haberse desviado Jesús del camino trazado, hecho que propició la traición del Iscariote, las probabilidades de éxito nos hubieran favorecido en proporción de cuatro a uno...

Saulo se volvió hacia el estudiante, un tanto iracundo:

—Y no dudo que también hubiese tomado en cuenta la posibilidad del fracaso y elaborado un plan al respecto... ¡Ése sí se llevó a cabo, maldición! Todos sus capitanes-discípulos se escabulleron... Se esfumaron cuando nos hubiera convenido apresarlos y liquidarlos, justo antes de que se convirtieran en la plaga que engendró al cristianismo. No estuviéramos ahora devanándonos los sesos para apagar fuegos que nunca debieron trascender más allá de la llama del candil, que con un soplo se apaga... ¿Me comprendes, Moshe Gezer?

Las bambalinas del palio se agitaban con la brisa. Y era fresca, se trataba de un ventecillo, que por fortuna, pudo hacerse paso entre soplos infernales, para refrescar el ambiente por unos instantes. Moshe Gezer había dicho que sí con la cabeza, mas no le parecía suficiente:

—Es claro, señor. No obstante, recuerde que desde el momento en que surgió la idea y se elaboró todo el plan, se tuvo también la precaución de asegurarle a un simple y oscuro joven, de los que se preparaban en el estudio de las sagradas leyes, la encomienda de tomar nota y recoger información, así como

organizarla y clasificarla, de modo que no escapara detalle alguno por insignificante que fuese. Y gracias a ello, bien sabe el Misericordioso que lo digo sin ampulosidad alguna, cuenta usted con el mejor y más detallado caudal informativo, para bien facilitarle la más airosa de las salidas ante la más difícil de las situaciones. ¿Cuál es el próximo paso a dar?

— La eliminación de Tomás, Judas Tadeo y Simón el Celota.

— ¿Y qué nos lo impide, señor?

— Han desaparecido sin dejar rastro... —Saulo de Tarso se contuvo; había visto de reojo aquella tan conocida sonrisa de enigmática complacencia en los labios del estudiante. —O, al menos yo, no tengo la menor idea de dónde han ido a parar... ¿Lo sabes tú, *sofer*?

— Cuando alguien se siente perseguido, señor Saulo, y quiere desaparecer de la faz de la tierra, búsquelo en... Petra.

Tres sombras, llevando de las riendas a sus cabalgaduras, avanzaban calladamente por el fondo de la grieta siguiendo el curso del discreto arroyo. Los caballos, enfundados los cascos en telas rellenas con musgos, apenas delataban su presencia al andar sobre la gruesa capa de guijarros que cubría el suelo. Sólo una estrecha franja de estrellas serpenteantes, a más de cien codos de altura, observaba a los furtivos caminantes que, al amanecer, formarían parte de aquellos que iban y venían dentro de la ciudad donde todos eran extraños y nadie era capaz de percatarse si éste o aquél constituían nuevos ingresos. Por otra parte, nadie haría semejante pregunta. Era el acuerdo tácito: no convenían suspicacias.

Era medianoche. Hacía frío. La muralla protegía a Judas Tadeo del viento que, a intervalos, llegaba del desierto. Sería menester atravesar el Negev hasta Beersheba sin hacer alto pues, debía —tenía— que llegar allí antes de que amaneciera, ocultarse durante el día y seguir cabalgando durante la noche. No, no podía desorientarse: conocía el movimiento de las estrellas, sabía cómo valerse de ellas para no extraviar el rumbo... ¡Oh, Señor, no per-

mitas que se pierda! ¡Viste con alas los cascos de su cabalgadura! Hazlo volar hasta Sharohen por senderos aislados, donde sólo unos tristes lagartos lo contemplen al paso; de allí, a Gerar sin un minuto de reposo, ni tan siquiera debe pasar a la vista de la guarnición, sino por el cauce seco del *wadi* que se adentra por la izquierda en el poblado. Y, a mitad de la ruta podrá ver, desde unas colinas bajas, la línea recta del horizonte y las aguas que bañan el puerto de Gaza. Estará amaneciendo entonces. Si tú lo ayudas, Señor, podrá tomar un barco que lo conduzca de puerto en puerto, por inciertos derroteros, hasta el llamado *Oceanus Occidentalis*, donde dicen que se halla la tierra de Albión. Allí estará a buen recaudo el cáliz del cual bebió Jesús. Allí debe dar a conocer la vida y milagros de su hermano el crucificado. Que otros oídos escuchen su nombre, que sus prédicas lleguen bien lejos, hasta los que no lo conocieron; que gente nueva oiga la palabra de él por medio de su palabra; y que esa copa que debe guardar con su vida, se convierta en el símbolo de su corazón.

—Mañana sabremos si pasó por Beersheba; aún no debes preocuparte, Simón. Él sabe a qué atenerse; descartemos una sorpresa. Creo que ha sido ése uno de los factores que ha propiciado la trágica caída de los que servíamos a Jesús. Ha habido siempre una muerte inesperada. No puede ser casual, Simón. Tampoco me inclino a pensar que haya sido una reprimenda celestial o algo por el estilo. Los tiempos de Moisés pasaron hace rato, ya no hay báculos que se conviertan en serpientes ni precipicios que se abran en la tierra para tragar desobedientes.

—Yo tampoco creo en prodigios; mucho menos después de lo vivido. Me pregunto hasta dónde llegarán a calar los milagros de Jesús.

Simón guardaba silencio. Tomás añadió unas tortas de estiércol seco a la hoguera y la caverna se iluminó un tanto; ahora podían verse las franjas rojizas serpenteando a lo ancho de las paredes en polícroma convivencia con vetas ocre y blancuzcas; cada una reflejando lo mejor que podía los inquietos resplandores de la llama. La boca de la gruta da a unos apoyos —imposible

llamarlos peldaños, sería exagerar — hábilmente disimulados en la pared de roca que se cierne sobre el teatro romano, un cenar de codos allá abajo. La noche sumía en el silencio desfiladeros y agrestes collados. Ni un balido perturbaba la quietud de las piedras; eran ellas mismas las que reafirman su omnipresencia echando a rodar cantos una que otra vez. Era entonces cuando la mano, en espasmódico instinto, iba en busca de una empuñadura. Pero no había que temer, todo Petra era un gran laberinto subterráneo; en parte capricho de la naturaleza y en gran medida ingenio y laboriosidad del hombre acosado.

— ¿Y eres tú, Tomás, que manejas el número con tanta precisión, quien se hace esa pregunta? ¿Qué vaticinan tus cábalas infalibles?

Tomás continuaba en silencio. Ahora repasaba cada uno de aquellos ardides que debían ratificar la esencia divina del hombre-dios-caudillo, a quien todos seguirían en el momento decisivo. El «nacido ciego» que se había prestado, por unas monedas, a dejar su ceguera en las aguas de Siloé; después lo había echado todo a perder cuando renegó a pocos pasos de la cruz. Ni uno solo de los que, en aras del patriotismo, habían consentido participar en éste o aquel suceso extraordinario, había dejado de desmentir a Jesús una vez que lo vieron crucificado. Pero ya todo eso Tomás lo había previsto, de ahí que su ingenio le aconsejara reservar un buen monto de maravillas para ser ejecutadas con su propia participación y la de sus compañeros. Pero, el mayor milagro de todos, jamás podrá borrarse de su mente. Había sido tan genial que hasta Simón Pedro, Juan y el propio Mateo titubearon, indecisos, entre la razón, que les advertía de la artimaña, y la realidad palpable de un Jesús “resucitado” en medio del camino a Enmaús. Con las mujeres había sido más fácil, era cierto. No formaban parte del complot; eran más susceptibles... De María Magdalena se valió para que fuera la primera en afirmar que lo había visto. Y, cuando ya la noticia corría de boca en boca; se hizo pasar por su hermano ante las decenas que fueron reunidos, ex profeso, en la quinta de José de Arimatea, por Pentecostés. La cautela, otra de sus virtudes, hacía que el Ungido se despidiera

de ellos hasta un próximo e impreciso retorno. Había salvado una situación y las vidas de sus compañeros en aquel momento... La idea era, entonces, desaparecer, dejarlo todo como estaba en espera del anunciado regreso, mientras la indolencia del tiempo fuera borrando recuerdos hasta el último vestigio. Pero ni él se percató de que la huella había sido demasiado profunda. Y, cuando se dio cuenta, ya no había nada que hacer: el fantasma del infortunado caudillo-profeta se alzaba por encima de los estandartes romanos y su sombra comenzó a infundir temores. Nunca antes su ingenio lo había llevado a tan amarga convicción: alguien pagaba por la muerte.

—Me pregunto... ¿Roma o Jerusalem? ¿El Imperio o la Nación? ¿A quién hemos intimidado a tal punto que se empeña en darnos caza como a fieras?

—Creo que hemos llegado a la misma conclusión... —el celota se había puesto en pie y caminaba arrastrando sus sandalias; se complacía en levantar un poco del polvo que cubría el suelo de la cueva; fue hacia la entrada y allí se quedó, contemplando las sombras de los peñascos. —¿Tienen acaso sentido tantas y tan señaladas muertes, sin un objetivo bien definido? Comencemos con el primero que murió por causas dudosas: Santiago Zebedeo...

Tomás lo atajó con rápida y cortante frase:

—Creo que partes de un error: Santiago no fue el primero, sino Pedro; aunque «evidentemente» haya muerto a causa de una venganza perpetrada por la esposa de un suicida, que dejaba entrever en una postrer misiva, que se quitaba la vida, avergonzado por una supuesta reprimenda de quien había ocupado el lugar de Jesús, el Ungido. Lo que aún me da vueltas y más vueltas, sin que llegue a convencerme del todo, es esa determinación tan drástica de Ananías.

—No obstante, dejó constancia de su puño y letra...

—Puede que de la letra, pero no de su puño.

—¿Qué quieres decir?

—Que todo encaja tan razonablemente bien, que tiende a ser perfecto. No hay nada perfecto sino el número; y, en este caso,

los elementos no se conjugan en el guarismo de suma perfección: UNO, Ananías; DOS, Zafira; TRES, Pedro; hasta aquí la tríada que conforma el triángulo. Pero..., ¿y la carta? Vendría a ser el cuarto elemento; y tendríamos entonces, un cuadrado. En éste pueden inscribirse dos triángulos rectos; ello implica, hermano Simón, una segunda tríada. Piensa: ¿qué origina la ruptura del triángulo Ananías-Zafira-Pedro? ¡La carta! La carta rompe la estructura; la carta es lo susceptible; la carta no cierra el triángulo: lo deshace. ¿No te das cuenta? ¿Por qué hubiese necesitado Ananías explicar su determinación a la esposa, si ella conocía de sobra todos los pormenores? Esa misiva no iba dirigida, como aparentaba, a la abnegada compañera, sino a la luz pública. En ese pergamino, en el que la letra no presentaba el rasgo impreciso, revelador de un estado de ánimo propio del que opta por darse muerte, hay una realidad que golpea: su falsedad. El número no se realiza.

Simón no apartaba la mirada del negro vacío que se abría a sus pies. Simón pensaba. No carecían de sentido los razonamientos de Tomás, pero...

—Pero... Me resisto a admitir que todo el celo que nuestra inteligencia desplegó en el caso se desvanezca así como así...

—No te ofusques, hermano; a veces la realidad se cubre con una máscara, como ésas que aparecen en las escenas del teatro que tanto ensalzan los griegos.

—Concedido: admitamos una muerte «dudosa» en el caso de Simón Pedro...

—Pues, si ya ha despertado tus dudas un asunto, para todos tan convincente, ¿qué pensarías de las circunstancias en que han muerto los que siguieron? Volvamos a Santiago Zebedeo: partió al encuentro con sus hermanos esenios. Antes de marcharse, me había confiado su decepción a causa de las divergencias internas que bien conoces; hasta dijo sentirse hastiado de cuanto lo rodeaba; de ahí que optaba por el enclaustrado. Sabemos que llegó a Qumram. Algunos meses después, desapareció misteriosamente, coincidiendo con la muerte de otro miembro de la secta en cuya compañía había arribado a la comunidad. ¿Quién era ese otro esenio? ¿Hay algún vínculo entre ambas muertes?

Simón parecía absorto en la contemplación del resplandor que iluminaba la entrada de la Tesorería; de vez en cuando se adivinaba una diminuta sombra que cruzaba entre las columnas: eran los guardias en su incansable ir y venir. Más cerca, en la explanada que antecedió al anfiteatro, parpadeaban aquí y allá las hogueras de alguna caravana acampada allí, en espera del día. Había escuchado con atención lo que le dijera Tomás, y no le sorprendía que su compañero hubiese arribado a las suspicacias, que un tiempo atrás, lo habían impulsado a indagar, secretamente, similares y oscuros pormenores. Pero lo que ignoraba Tomás era el resultado de aquel pesquisar: el hermano Eliú no era esenio, sino un fanático mitraísta, que en repetidas ocasiones había estado en contacto con cierto estudiante de magistratura: el mismo que solía ser visitado, casi a diario, por Saulo de Tarso; este último, notorio por su furibunda oposición a la hermandad cristiana, y hombre de confianza en las altas esferas de la teocracia. El celota retornaba a su sitio en la estera del mismo modo en que antes se alejara: arrastrando sus pies sobre el polvo.

— Hay una cosa cierta que hasta el momento he callado porque la razón de mis funciones lo ha exigido así; pero ya, prácticamente, no existen ni organización ni razón que lo ameriten ni lo impongan. Nos hemos convertido, al cabo de estos años, en grupos aislados y distantes; acéfalos, pues los cabecillas, todos ellos ex capitanes de Jesús, el caudillo que debía comandar la gran rebelión, han...

— ... Han guardado silencio para siempre... Jamás podrán reprocharte una indiscreción. Y, para tranquilidad de tu conciencia, aquí van mis conclusiones, Simón: el fin está bien claro; acabar con la secta cristiana. ¿Por qué? Porque, si cada año que transcurre la cantidad de adeptos crece en una cifra igual al producto de su número por sí mismo, nos hallamos ante la alarmante presencia de una progresión geométrica. Y eso representa un peligro para... ¿quién?

— Hermano Tomás, no somos una potencia militar, ni incitamos a la rebelión. Jesús nunca lo hizo públicamente, eso les consta a los romanos. Nuestra fachada pasó a ser, desde el frac-

so, nuestra única y verdadera actividad. Sólo eso pudo salvarnos en aquellos días...

—Y tal parece que fue aceptado así por los romanos; de lo contrario, nuestra persecución se hubiese hecho pública, pues se contaba con el respaldo de toda una serie de pruebas que, dadas a conocer, justificarían con creces unas bien merecidas y ejemplarizantes ejecuciones. ¿Qué sentido tendría para Roma liquidarnos ocultando el rostro?

—Entonces... Dilo tú mismo.

—Somos un peligro para la Nación. Esto no puede ser obra de un fanático o de un desquiciado, Simón. Analicemos qué hemos hecho o, mejor, ¿a quién conviene erradicar al cristianismo? No titubees, dilo, reconócelo: sólo hay un poder en peligro con recursos suficientes que le permitan hacer lo que ha hecho.

Simón se apartó un tanto de la oscura boca de la caverna, como hurtando el cuerpo a una saeta furtiva. De pronto tenía la sensación de que era vigilado. Apretó los dientes y contestó:

—El Sanhedrín.

La sombra se acomodaba sobre el cojín y recostaba la espalda contra el ángulo que formaban las dos paredes de la habitación. La irrisoria claridad que producía el candil ni siquiera se había alterado con los débiles movimientos de la llamita que partía de aquella única lámpara, allá en lo alto del muro. Quizás hubiese sido puesta allí con el marcado propósito de alumbrar un poco menos de lo imprescindible. No mucho podía añadirse; la luz no da para más. Sólo se vislumbraba, en el lado opuesto, un rectángulo menos oscuro que se ensanchaba o angostaba con el vaivén de una cortina que hacía su menor esfuerzo por ocultarlo. La sombra se inclinó, tomó una vasija y bebió de ella. No más había devuelto el recipiente a su sitio, sobre la bandeja, cuando una corpulenta silueta apartó la tela colgante y penetró en el recinto. Permaneció en pie unos instantes, mientras sus pupilas se adaptaban a la oscuridad.

—Señor... —dijo, con el acento gutural propio del galileo.
—Me ha llamado usted...

La sombra hizo un gesto, invitándolo a sentarse a la vez que le extendía una vasija. Ambos bebieron.

—Esta vez —habló la sombra del rincón—, no te será fácil, Abdías de Ceforis. En una oportunidad te oí hablar de cierto personaje a quien mucho admirabas; decías que había sido tu maestro en el difícil arte de matar limpiamente y en silencio, por medio del puñal...

Era imposible ver el rostro de Abdías. La reducida estancia se llenó de algo. La llama del candil no sabía qué era, pero se estremeció; quizás hubiese sido un trueno lejano y cansado que llegaba hasta allí y hacía temblar las paredes.

—No me obligue el señor...

—No te obligo, te ofrezco cien denarios. ¿No querías irte de Betsaida Julia con la mujer del publicano? Con ese dinero podrías vivir en cualquier ciudad de la Decápolis...

—Siempre y cuando conserve todos mis huesos en su sitio. Señor, tratándose de él, me vería en la necesidad de contratar, a buen precio, tres hombres más...

—Doscientos, Abdías.

—Pero...

—Quinientos.

—Trato hecho, señor... ¿Dónde?

—De seguro conoces Petra, ¿verdad? En la falda donde nace el *wadi* Khaznet se abren unas grutas que dan al anfiteatro...

Se habían vuelto a llenar de sombras las angosturas que circundan Petra. Densas tinieblas colman sus desfiladeros y los rebasan entre las peñas. El viento las empujaba con tanto ahínco que se hacían jirones al pasar sobre los riscos; de ahí que huyeran, desfavoridas, en busca del refugio que se les ofrecía al pie de una vieja muralla, o bien prefirieran expandirse sobre la poco accidentada planicie que las separaba de unas serpenteantes colinas, a cuyos pies, el gran cuenco que formaba el anfiteatro también les brindaba su abrigo. Cuatro siluetas imprecisas habían hecho lo mismo que las tinieblas: moverse al amparo umbrío de rocas y farallones, pero sin desgarramientos, sino deslizándose sigilo-

samente, invisibles a trechos, en la medida en que se adentraban por aquel solitario desfiladero que llevaba a lo alto del peñasco, donde bocas y ojos pétreos parecían abrirse para engullir o acechar a quien se aventurase por aquellos predios.

Un breve intercambio de gestos se produjo antes de seguir adelante, como si los fantasmas llegaran al acuerdo de separarse: dos abrieron la marcha; los otros contaron hasta cinco y luego continuaron. No resultaba fácil el camino; en cada recodo existía una posibilidad fatal. La luna se asomó, brevemente, tras un velo de cúmulos, y se asomó justo en el momento en que una hoja metálica, corta y afilada en ambos lomos, hendía el aire y soltaba un destello antes hundirse en el costado de la sombra que abría la marcha. La *sica* penetra sin reparos porque ha sido concebida para matar; y, si añadiéramos que había sido una mano hábil su guía, sería obvio que la aguda punta había pasado limpiamente entre la quinta y sexta costillas, poniendo de manifiesto no ya la destreza, sino el virtuosismo de quien la esgrimía: había escogido el camino más corto que llevaba al corazón. La empuñadura se llenó de sangre, la sangre goteó sobre los guijarros del camino... Y un gran desgano sube piernas arriba; y la sombra se detiene..., titubea... Hay algo doloroso y caliente en su pecho, hay noche que se hace más noche en los ojos... Hay una breve visión de estrellas que giran... Hay aristas de rocas filosas donde la mano intenta aferrarse inútilmente... Y un gran vacío que se abre bajo los pies... Pero ni la quietud ni el silencio se alteraban; todo parecía responder a un tácito acuerdo entre los que subían y los que bajaban. Ahora era confuso el movimiento de las sombras; las tinieblas y lo angosto del pasadizo, hacen imposible cualquier definición. La luna había huido, espantada, en busca de un escondite nuboso. Sabía que algo trágico sucedía en la grieta: jadeos, estertores, maldiciones a medio proferir, golpes errados, roces de pies en busca de equilibrio...

Y sangre, mucha sangre salpicando las rocas...

—Murieron todos, Moshe Gezer, anótalo en tus libros. Nunca una operación había resultado tan fructífera: Simón y Tomás

eran los objetivos, en primera instancia. Azor y sus hombres debían ser silenciados en un operativo secundario; sin embargo, las presuntas víctimas nos allanaron el camino... Sí, nos falta uno: Judas Tadeo...

El estudiante de leyes se reservó una sonrisa. Convencido estaba de que su jefe esperaba aquellas palabras que había venido guardando para el momento oportuno. No había querido anticiparlas por temor a que un ligero desliz les restase la carga meritoria que en ellas latía. Pero todo había sido comprobado ya: el doble control había coincidido, muy felizmente por cierto. Judas Tadeo, el último de los hermanos de Jesús, navegaba en la barca de Nephtalí el Fenicio. En cada puerto que tocara, habría alguien a la escucha...

—Tocó puerto en Rodas, señor; y de ahí fue, bordeando el archipiélago, hasta Cabo Tenaro, donde la barca se abasteció de agua y comestibles antes de cruzar el brazo de mar que la separaba del estrecho entre Regio y Leontinos... Tengo aquí una «carta marina», algo muy nuevo de que se valen los navegantes para seguir ciertas travesías en aguas desconocidas. Afirman que no hay nada igual en navegación.

Saulo de Tarso se movía inquieto: sentía que este objetivo se le escapaba de las manos. Su cerebro lucubraba y hablaba a la par que pensaba, mientras su índice se deslizaba sobre el pliego que *sofer* había desplegado sobre la mesa.

—Supongamos que cruce el estrecho de Mesina y salga al Mar Tirreno: ¿irá a Roma...?

—¿Para qué, señor? Me pregunto.

—No sé... Quizás intente ganarse las simpatías de algunos funcionarios del Imperio...

—¿Con sus prédicas antiesclavistas...? Lo dudo, señor, Roma no prestará oídos a una doctrina que deplora al esclavismo. Es más, la calificaría de fuerza opositora de importancia. Ese detalle me ha hecho pensar que Tadeo no se establecerá ni siquiera en tierras del Imperio, donde las condiciones no le son propicias; estimo que seguirá viaje bien lejos y rumbo a septentrión, luego de pasar el estrecho entre Hispania y Mauretania. No espero que se radique en la cuenca del mar Mediterráneo.

—Pero en Cades —interrumpió Saulo—, donde necesariamente tiene que reabastecerse de agua antes de salir al *Oceanus Occidentalis*... Es posible que se vea precisado a detenerse por unos días. Quizás por una avería en la nave..., o a causa del mal tiempo...

VIII

—Cades, señor, despierte... Haremos escala aquí: no hay mejor pescado en salmuera en todo el Atlantis.

—¿Por qué no dejas de sacudirme ya? ¡Vete con tus ancestros! ¡Oh, Dios, cuán lejos estoy de mi tierra!

La vela cuadrada ya no se hinchaba con el viento: ahora se arrollaba en lo alto del mástil, mientras la nave se deslizaba sobre un mar como de aceite. Era tan ancha la bahía que, con un poco de bruma, no se veía la costa; daba la impresión de que la embarcación se hallaba perdida y solitaria en un enigmático océano sin fin; sólo la presencia de otras barcas ahuyentaba, de momento, la sensación de soledad pues, hasta las orillas —formaciones de marismas y dunas— hacían pensar en un sitio inhóspito donde podía esperarse la repentina amenaza de una enorme boca dispuesta a tragarse cuanto perturbara la paz de su sempiterno sueño. Pero un golpe del timón inclinó el rumbo hacia lo profundo, donde la ciudad se alzaba sobre un islote que, a primera vista, cerraba el paso hacia la mar interior.

—¿Bajará el señor para visitar el puerto? Hay excelentes mujeres; dicen que no existen hembras comparables en toda la travesía: son altas, robustas... de carnes duras, fogosas como las describe Salomón en sus cantares y..., ¡se entregan llorando de placer, señor! ¿Ha sabido usted de cosa igual?

Los ojos de Nephtalí brillaban y se achicaban; su gorro de cono truncado caía hacia delante, con marcada tendencia a la ceja izquierda; hilillos de lascivia había en cada contracción espasmódica de sus labios. Por unos instantes, los pensamientos de Tadeo se fueron, se perdieron entre velos finos que sólo aparentaban cubrir, pero cuyo principio y fin era mostrar, en visión fugaz, la generosidad de un pubis o el contorno deleitoso de una oscura protuberancia que invitaba a la caricia o a tantas sutiles

complacencias que el sólo hecho de imaginarlos hacían palpitarse más fuerte corazón y venas... y en su mente surgían efluvios de sudor que partían del sitio donde muslos y tronco se encontraban... olores a sexo de mujer que ha descuidado un poco su aseo, intencionalmente, desde la noche anterior. Y se embriagaba..., se embriagaba por la gloria que sabía que iba a alcanzar. Pero, cuando pensaba en gloria, ¿se acordaba de Jesús?

— Jesús, mi hermano mayor... Sechem... aquella samaritana que se quedó a solas con él, mientras ellos subían a la ciudad... — dijo para sí.

Fue junto al pozo de Jacob, bien lo recordaba. Ella estaba allí, llenando su cántaro de barro. Oh, Señor, llevábamos mucho tiempo vagando de un sitio a otro... La suspicacia de las autoridades romanas nos acorralaba; Juan había sido degollado en Maqueronte, durante un banquete, sin más ni más... ¿Significaba una advertencia? Así lo interpretamos. Simón el Celota redobló su vigilancia. Había sido él quien había trazado la ruta a seguir en nuestro camino hacia el lago, cuando decidimos alejarnos de Jerusalem para descartar cualquier sospecha. A ellos les inquietaba el menor asomo de revuelta; de ahí que optáramos por largarnos de la Ciudad Santa, confiando en que sus soplones mantendrían a las autoridades bien informadas de los movimientos de aquel grupo, cuyas prédicas herían oídos de estirpe sagrada, pero... Había cierta audacia en las palabras de su mentor — a quien algunos ya se aventuraban llamar *Meshia*, que despertaba, en más de un oído, recelos alarmantes. Fue nuestro primer descanso, luego de abandonar Bethel en horas tempranas. Ya el sol quemaba cuanto cubriera la faz de la tierra y quemaba con ardor ferviente. No quedaba agua en los pellejos; no había queso ni pan en las alforjas; restaban varias jornadas inhóspitas hasta Beisán. ¿Qué podríamos hallar en el camino? Polvo y algunos rebaños, si nos acercábamos a las orillas del Jordán..., pero esta posibilidad se esfumaba: había que andar lejos de aquellos sitios donde el control de la situación se nos vaya de las manos, había dicho el celota. Y sus órdenes eran de obligatorio cumplimiento: una vez que cuchicheaban Jesús y él, cada una de sus ideas debía

cumplirse con inexorable rigurosidad. ¿Quiso mi hermano quedarse a solas con la samaritana? Parecía que sí. Simón nos ordenó marchar hacia la ciudad para traer pan y queso. Yo hice como que también tomaba el camino, pero me fui retrasando hasta una vuelta de la cuesta que precede al arrabal citadino; allí me separé del grupo y regresé; me oculté, unas veces entre peñas y desfileros; otras, me escondí tras el tronco generoso de los cedros o permanecí agazapado entre el denso follaje de las acacias. Le dije del «agua viva», refiriéndose a nuestra doctrina. Le habló de tomar el poder con palabras tan audaces que harían peligrar, tanto la vida de nosotros, como la perpetuidad y los fines de todo el movimiento. ¿Por qué semejante osadía? Me pregunté después. ¿Quiso hacer un alarde para ganarse las simpatías de la joven? ¿Se habría enamorado repentinamente? No sé. Su modo de ver las cosas y de actuar en consecuencia eran tan extraños que uno se sentía desconcertado al tratar de adelantarse a cualquiera de sus decisiones. ¿No había dicho una vez que con sólo doce hombres bastaría para derribar al Imperio? Siempre se mostraba optimista, aunque las circunstancias fueran en extremo adversas. Había algo en él que aún no me puedo explicar..., estaba tan fuera de toda razón... Él se apartaba de la realidad cuando ésta contravenía su parecer y modelaba otra que lo complaciera, distorsionando hechos y minúsculos detalles, de modo que concordaran con sus planes o justificaran cualquiera de sus alocadas ideas. No tenía yo, pues, por qué asombrarme de la complacencia con que trató a la mujer pagana. Sus palabras tenían el don de la elocuencia. Y de allí a la convicción había menos de un codo. Añádanse artilugios embelesadores, notas de desamparo — tan proclives al favor en la maternal tendencia de la hembra—, y otros recursos que de sobra sabía convincentes, cuya sumatoria no dejaban lugar a dudas en cuanto se propusiera seducir... La volvió una tonta. Ella creyó en sus teorías. La persuadió. La convenció de que, entregándosele, no haría otra cosa que resarcirse del maltrato al que una recua de hombres idólatras la había sometido. Y ella se elevó, vindicada, hacia regiones del cariño que nunca antes había soñado; lo vio como el que acude para

restañar heridas del corazón: se lo figuró como un facultativo de almas, cuyo poder trascendía la voluntad. Y a él se entregó así, en alma como en cuerpo —que la una dimana del otro—, no tanto para satisfacer a la hembra ni para experimentar novedosos placeres, sino investida de un poder que antes no había conocido: fue ella quien lo poseyó... O él, por «razones políticas», se dejó llevar mansamente... Luego le juró que, en su reinado, la femenil supeditación al hombre sería abolida porque Yahvé así lo había establecido en otros libros que no formaban parte de los clásicamente admitidos... ¡Oh, Dios! ¿Qué pretendía? De sobra primaba en su entender que todas aquellas ideas serían irrealizables. ¿Quiso simplemente yacer con la samaritana? Con unas pocas monedas lo hubiese logrado. Pero él no lo quería así; era partidario de las empresas difíciles, de alcanzar lo que estaba mucho más allá de lo posible... Prefería, era claro, luchar por ideales sobradamente perdidos. Se había empeñado en ello desde el momento en que nuestro padre le hizo ver lo que de mezquino había en cada edicto imperial. Sólo tenía seis años y ya era un rebelde de cualquier causa. Nos lideraba a todos, no porque así le otorgara esa prerrogativa el hecho de ser el primogénito, no; ¡bien lo sabe Dios! Era que, desde entonces, su egolatría le otorgaba el mando. Al principio, estuvo bien, se había ganado nuestro reconocimiento; lo admirábamos por su tesón, que no pocas veces rayaba con una audacia desmedida. Cuando joven, se propuso llegar a ser tribuno y, por su elocuencia, bien que se ganó el título entre los plebeyos y la clase baja, que tantas veces fue hasta aquel muchacho, de ojos vivaces y verbo convincente, para solicitarle consejo ante un litigio. Porque estudió, ¡sí, Señor! Pasó los mejores años de su juventud aferrado, tanto a Maestros de la Ley como a publicanos y a cualquier otro que pudiera enseñarle a andar entre los oscuros vericuetos de la jurisprudencia romana y de las imposiciones del Talmud. No sólo aprendió a andar entre disposiciones jurídicas, sino también a escabullirse, a zafarle el cuerpo a cualquier precepto legal que no fuera de su conveniencia. Se convirtió en un jactancioso no más cumplida su mayoría de edad. Arrogante ya desde mucho tiempo atrás. Se

lo reprobamos, sí, pero no nos hizo caso: continuó convencido de que toda la razón del mundo estaba a su favor. No mucho después, la fiebre del poder comenzaría a invadirlo. Llegó el momento en que no le bastaron las prerrogativas de que había sido investido por el populacho; quería más... Quiso dominarlo todo, de ahí que aceptara aquella loca proposición; estaba claro: todo el poder estaría en sus manos, podría dirigir ejércitos y conquistar el destino de pueblos enteros; ¿qué mejor oportunidad para adueñarse de la supremacía? ¿Los romanos? ¡Ja! Haberle dado una coyuntura más favorable y allá hubiese ido, a defender al César. Apoyó a los celotas por el mero hecho de que aquellos contribuían, por métodos descabellados, a socavar la autoridad imperial; aunque bien convencido estaba de que con semejantes procedimientos jamás llegarían a salirse con la suya... ¿Por qué lo escogieron a él? Podría preguntarse. Porque no había otro en toda Galilea que supiese sacarle tanto partido a la demagogia. De ello se dieron cuenta las altas esferas no más con seguir sus andanzas en Nazareth por un tiempo. No pongo en duda que, cuando se le confió el plan, decidió aceptar sin titubeos, juró ceñirse a las órdenes y actuar estrictamente de acuerdo con cada dictado. Pero una cosa pensaban las autoridades y otros fueron sus empeños desde el primer momento. Eso era justo lo que necesitaba: el impulso inicial. Luego sabría ir maniobrando para sacarle el mayor provecho a aquella ráfaga de brisa: pondría al viento a soplar a su favor, desde luego.

Cades no se destacaba, precisamente, por su pintoresquismo, era más punto de perentoria escala, que ciudad que invitaba al viajero al solaz esparcimiento. Pero en todo sitio donde toquen embarcaciones, donde fluya gente de paso, siempre se encuentra algo de bienvenida para algunos, de amparo para otros y, quizás, hasta de salvación para terceros. No escatimó Judas Tadeo – Jacobo, su seudónimo en acciones encubiertas – esfuerzos por recalar en aquel puerto lo antes posible, ya que unos días tormentosos retendrían a la embarcación prudencialmente alejada de la costa, pero sin abandonar el refugio de la bahía. No bien

hubo de calmarse un poco el viento, allá fue, acucioso, en busca de Nephtalí, para solicitarle un acercamiento a tierra que propiciara su desembarco por intermedio de una ligera chalupa que lo condujo. Entre bandazos y vaivenes, pudo el hombre, al fin, poner sus pies sobre tierra firme. Cierto es que no fue bienvenido por el gentío curioso que se hubiese aglomerado en el muelle si, tanto el tiempo como la nave arribada, hubiesen sido otros. No obstante, una sarta de chiquillos, para quienes los rigores climáticos no contaban, le salió al paso en cuanto abandonó el entablado espigón; todos ellos, rapaces de no más de una decena de años, se empeñaban en llevarlo, a fuerza de promesas, hacia el sitio donde cada uno decía ofrecer el más acogedor de los recibimientos. Pero Jacobo no se dejó llevar por éste o aquél entusiasmo; prefirió deshacerse de aquella ruidosa bandada y continuar solo, subiendo la cuesta de una angosta callejuela, tan zigzagueante que nunca era posible ver más allá de un centenar de palmos. El empedrado relucía gracias al tesón de la llovizna; y las casas parecían haberse lavado la fachada con este o aquel fugaz chaparrón que el viento cambiante estrellara contra sus rostros de piedra y argamasa. Al rato de deambular entre vericuetos, se halló Tadeo bajo el arco que cubría una calleja. Allí las frías gotas no llegaban. Un par de mendigos huyó, aterrado, en cuanto lo vieron acercarse: quedó solo en una agradable semipe-numbra. En días de mal tiempo, el vecindario solía buscar el abrigo de la vivienda, el aislamiento de la calle; el mundo húmedo se trocaba por el resguardo del frío chaparrón: la estancia cálida y seca..., íntima... Y todo ello se hacía patente en los pensamientos de Judas Tadeo Jacobo... Su mirada resbaló por una sucesión de relucientes frontispicios que se perdían en aquel lejano recodo que sobresalía, al nivel del primer piso, donde los geranios se doblegaban por el peso de la lluvia. Y detrás de los geranios, una figura, cuyos detalles se perdían en silueta, lo observaba desde lo alto cual adusta cariátide semidesnuda y omnipotente que sostiene, en ascendente sucesión, arquitrabe, friso y cornisa. Pero la bella escultura no era de piedra, sino de carne..., y palpitante.

Y Tadeo echó al vuelo sus pensamientos que, involuntariamente, se iban al pasado y en el pasado siempre estaba su presen-

cia, el recuerdo de las cosas que hizo y dijo, su ánimo, sus discusiones... Su empecinamiento... Me imagino con cuánta astucia él hubiese sido capaz de hacerse recibir en esa elegante residencia. Su aureola de profeta le permitía hablar y hablar — que para eso no escatimaba energías — hasta seducir al auditorio a su alrededor. ¿Que se trataba de gentiles? Mejor. Mientras más penosa la cuesta, mayor satisfacción al llegar a la cima. Con un velo de falsa modestia pondría de su parte al señor de la casa; con miradas lánguidas y furtivas haría copartícipe de su juego a la muchacha misma; con suspiros e historias de desamparo tendría asegurado el apoyo de la madre; con censuras implacables al despotismo imperial se ganaría al hermano menor del amo, aprovechándose de la audacia y la inmadurez que prima en todo joven. Entonces, vendría el discurso, con su preámbulo de notas históricas acerca del legado de nuestros ancestros. Y, como otras tantas veces, saltarían palabras de alabanza al carácter estoico de su pueblo — que lo seguía sin limitaciones —, no sin dejar, benevolente, de darle oportunidad de participación a otras gentes en la gloria que, bajo su amparo, compartirían unos y otros. Sí, hablaría de ese modo, amplio y democrático porque así grato sería a los oídos de su auditorio. Bien acertado estaría que obviara expresarse con las mismas palabras con que una vez ordenó, tajante, a los suyos: «Por camino de gentiles no vayáis y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel». ¡Ah! Pero aquella arte de la dialéctica, de la cual oyó hablar una vez a ciertos personajes griegos que recalaron en el pueblo, le enseñó la fuerza que a su favor se inclinaría si tomaba en cuenta, como medio de justificar más de un contradictorio parecer, aquel carácter variable que subyacía en todo lo existente, que puede hasta transformar toda cualidad en su contraria. Y a ese embrollo del pensamiento se aferraba cada vez que, con fuertes razones, se le reprochaba determinada actitud. ¡Oh, Señor! Tantas veces se contradijo que ya no sabíamos cómo habría de reaccionar ante cualquier circunstancia: su comportamiento inconsecuente nos hizo ir perdiendo la confianza que habíamos depositado en él al principio; y todo por su condenado sentido

ególatra; muy austero a la hora de exigir a los demás: «vende lo que tengas y dadlo a los pobres»; pero permitió que aquella mujer derramara sus ahorros en un frasco de nardo que le echó encima... Vanidades que sólo él se permitía. «Guardaos de escribas, que gustan de andar con largas ropas», y cierto es que andaba siempre con la misma túnica — como hombre de filas — pero era porque, en realidad, no sabía vestir de otro modo. Guardarse debió él de criticar a los que buscaban saluciones en las plazas, pues bien que aprovechaba cada oportunidad para recrearse en los patios del Templo, rodeado de alabarderos; así como también para figurar entre los que resumieran pláticas cada sábado en la sinagoga, en su afán de ocupar las primeras sillas y decir las últimas palabras, porque eran las que siempre quedaban arraigadas en el oyente; tanto allí como, posteriormente, en las cenas a que era invitado ¡por más de un publicano! Era entre aquella curia donde mayor esfuerzo hacía por destacarse, por ser admirado. ¿Y de qué era de lo único que podía hacer gala? De los recursos que hábilmente empleaba en su retórica. Pero, ¿para qué pensar en todo esto? Son cosas pasadas. En este momento lo que vale es buscar un nuevo sitio, lo suficientemente alejado de aquellas tierras, entre otras gentes que, a lo sumo, hubiesen tenido una referencia vaga acerca de su persona. Y hablar de sus ideas altruistas, de lo positivo en sus enseñanzas — pero sin él, para que no lo eche todo a perder con su tozudez a la hora de imponer sus criterios. Nephtalí aseguraba que, al menos, nos veríamos precisados a esperar dos o tres días, hasta que el mar se calmara. Ahora era cuando hacía falta que él hubiese estado aquí y desplegara aquellos poderes que aseguraba tener para calmar borrascas en el Mar de Galilea ¡bien tontos fueron los que le creyeron!

Algo en esta calleja hacía que siempre sus pasos se encaminaran por ella; ¿sería la grácil curvatura del arco que, volando de un lado al otro unía esta fachada y la de enfrente? O se trataría de la acogedora semipenumbra, con su intimidad de alcoba, que ofrecía su sombra ... Un hogar para caldear este aire húmedo y frío, un brasero donde la misma se haga vapor profundo que

se confunda con los olores de la hembra fresca... Y un tibio lecho cubierto de lino, cuyo roce estremezca la piel cual caricia sutil de suaves y sabias manos... Pero, ¡oh! Hasta dónde llegaban sus pensamientos: ¡ya casi, flores a sus dedos crecían! ¿Era la soledad de tantos días entre cielo y mar? ¿Era la distancia de lo que quedó atrás? ¿Era la incertidumbre de su destino en la tierra de Albión, donde se le había encomendado plantar la semilla del cristianismo? Ya no estaba tan seguro, como cuando había partido de Gaza, oculto entre fardos...

¿Quiso la joven de la ventana romper su inmovilidad en busca de una postura más cómoda? O lo hizo movida por ese afán femenino de no permitir que la mirada de un hombre se apartara de ella. Lo cierto era que, de momento, había decidido situarse de espaldas y dirigir sus ojos hacia otro rumbo, contrario al de aquél donde se halla él, evidentemente, viajero de otras tierras, que recostaba su hombro a una de las pilastras que servía de imposta al arranque del arco. Sólo así perdía Tadeo la ilusión de que aquella figura hubiese sido esculpida por cualquiera de los maestros —sí, era cierto: paganos idólatras— de la escultura griega; o, en última instancia, podía haber sido tallada por uno de sus aprendices bien aventajado, cuyo talento hubiese venido rodando hasta nuestros días de generación en generación. Si se hallara, esta vez, en iguales circunstancias que aquélla en que su hermano les ordenó dispersarse en dos bandos a fin de contactar con los jefes de aisladas células... «Paz sea en esta casa» era la contraseña; «sólo para el pueblo de Dios», debía ser la respuesta, de lo contrario, nada más debían limitarse a predicar el Reino, sin dejar de aludir que él era su hijo, o su enviado personal, investido de poder y verbo divinos. Y, ¿Por qué no llamar a la puerta de esta familia? ¿Tenía, acaso, tan mala estampa que no habría de ser bien recibido? Era un extraño, lo sabía. Pero en esta ciudad abundaban gentes de otras tierras; y, si hacía gala de amables modales —como cuando él nos mandó tantear la opinión pública, después de la reunión al pie de la montaña—, no creía que el amo pusiera reparos en recibirlo... Pero antes, debía saber de quién se trataba...

No muy lejos de aquella casa se hallaba una hostería donde era posible beber el sutil vino de la tierra. Ostentaba en sus paredes —reprobable signo de idolatría— tapices bordados con escenas muy íntimas, que invitaban al viajero a la elección de alguna de las esclavas que la casa ofertaba en un alto estrado donde, al compás de melodías cuyos acordes partían de flautas, castañuelas y panderetas de sensuales retintines, movíanse caderas y senos bajo velos sutiles que mostraban más de lo que pretendían ocultar.

Tadeo invitó al dueño a compartir su mesa, sólo con el propósito de saber acerca de la joven de la ventana. Y supo. No bien hubo pagado un par de jarras de vino, pudo conocer que se trataba de una mujer cuyo marido había partido cinco años antes hacia donde el sol se esconde tras las aguas. Por supuesto, el marido no había regresado, ni regresaría; el abismo se lo habría tragado en el límite entre los mares y la nada. Y ella rogaba a su Dios, cada tarde; y hacía ofrendas tan generosas que sólo una consecuente riqueza hubiese podido auspiciar.

—Pero todo ha sido en vano: el marido no ha regresado ni se han tenido razones acerca de su destino —dijo el hospedero.

El vino hizo pasar inadvertido cierto rasgo gutural, propio del acento galileo, en aquél que cubría su cabeza, no con el *koufieh*, propio de tierras hebreas, sino con un fez que se le escoraba sobre la frente con marcada inclinación a estribor. Y continuó:

—La joven por la que se preocupa usted, Zarah, hija de Elón, pertenece a una de las más adineradas familias de la comarca. Posee los bienes de sus progenitores, pues no ha habido varón que los herede. El padre falleció hace un año, y como en estas tierras imperan las leyes romanas, todo el patrimonio familiar se halla en sus manos. Es ella quien debe decidir con quién compartirlo al tomar esposo. Se halla, prácticamente, sola, como golondrina que revolotea con insistencia alrededor de un sitio propio donde afincar su nido.

—¿Quiere usted decir que muchos pretendientes...?

—En efecto. Más de una docena entre la gente selecta de los alrededores.

— ¿Y ya ha escogido varón?

— De acuerdo con lo que se dice, y usted sabe que en todo comentario hay siempre algo de certeza, su nombre no se ha ligado, al menos por el momento, con ninguno de sus actuales pretendientes. Las costumbres de estas regiones puede que difieran de las suyas... Aquí, la mujer se permite ciertas libertades muy ligadas al rango que le otorga el monto de sus bienes.. La influencia de la corte imperial, señor...

— Pero, según parece, y a juzgar por el nombre, su familia es de origen hebreo, ¿no es así?

— En efecto. Pero su familia, ahora, es ella sola: ¿quién la obligaría a ceñirse de estrechos preceptos? Bien sabe usted, que según se nota es también hijo de Israel, que hasta en su tierra hay que dominar a las mujeres con riendas muy cortas. Las circunstancias, la lejanía de su pueblo..., y esos aires libertinos que se extienden por todo el Imperio desde Roma...

Tadeo no durmió en toda la noche; es decir, no durmió tranquilo. Saltaba de un sueño a otro donde la misma historia se repetía una y otra vez: él, en una amplia sala, esperando ser recibido por Zarah; mientras, iban llegando otros hombres de ricos y elegantes atavíos. Pero, de pronto, aparecía entre ellos su hermano Jesús. No le sorprendía verlo allí aun después de crucificado, muerto y sepultado. En su pensamiento influía la «resurrección»: el hecho aquél que dio pie para que más tarde hubiese gente que pudiera atestiguar su vuelta a la vida, gracias a la acertada idea de Simón y a la cooperación de Tomás, el gemelo secreto. Y, al verlo allí, en su sueño, se sintió molesto pues, tal como acostumbraba su hermano, se hacía rodear por la gente y acaparaba la atención con su constante parloteo acerca de la causa que defendía —perdida, según lo habían demostrado la vida y la historia—, empeñado en hacer ver que no sólo era buena, sino la mejor de todas: tratando de convencer a aquellos de que su pueblo era el más valiente, aguerrido y audaz, con palabras desbordantes de patriotería; y, así mismo, que su pueblo lo amaba, que creía en su palabra, que lo había hecho su guía; y hasta sería capaz de inmolarsé en masa por aquellas utópicas

ideas que él preconizaba. Entonces, en lo más fogoso del discurso, hacía su entrada ella: Zarah, vestida con las más ricas sedas. Jesús la miraba sin dejar de hablar, y ella se le acercaba como alelada por sus palabras, sin hacer el menor caso de él, Tadeo, el primero en llegar y su más fervoroso admirador. El grupo le abría paso a la joven, quien se plantaba ante Jesús, lo ungía con unguento de nardo, tal como lo había hecho aquella Magdalena en uno de esos arranques desbordados de amor, tan propios de las mujeres tontas... Y Jesús, henchido, trataba de ocultar su satisfacción vanidosa, arrugando el entrecejo y poniendo cara seria, sin darle importancia al hecho, sino convencido de que él era digno de tales gestos y de que aquella mujer no había hecho otra cosa que hacer honor a quien honor merecía. De ahí en adelante, todo se volvía confuso y tornaba Tadeo a verse solo en la estancia y volvían a llegar los gentiles y entre ellos, otra vez, Jesús...

Al despertar, no podía precisar cuántas veces había soñado lo mismo. ¿Habría sido el vino de la cena anterior? La luz que hería sus pupilas le dio a entender que ya el sol se elevaba lo suficiente como para que mediara la mañana... De pronto, recapacitó:

¡El sol! Quiere decir que ya el tiempo es propicio para continuar la travesía... Y que, de un momento a otro, Nephtalí mandaría en su busca... ¿Y Zarah? Se preguntó. ¿Se iría sin decirle unas palabras?

Varios toques a la puerta. El propio amo de la hostería traía un mensaje para él.

— Me lo entregaron poco después que subió usted a dormir, señor; pero, como había bebido unas copas de más, no pudimos despertarlo por mucho esfuerzo que hicimos mi sirviente y yo — y le puso en las manos un grasiento rollo de pergamino.

No bien hubo terminado su lectura, Tadeo agarró por el cuello al posadero y comenzó a zarandearlo al tiempo que lo colmaba de improperios.

— ¡Imbécil! Mi barca ya debe haber zarpado. Aquí se me avisa que debía estar en el muelle al amanecer, pues el tiempo iba a mejorar durante la madrugada. ¡Hubieses cargado conmigo esta

mañana bien temprano! ¿No se te ocurrió otra cosa que cruzarte de brazos?

— No..., señor..., es que, no sé leer eso que ahí está escrito en otra lengua... Pensé que se trataría de algo muy personal, tal vez hasta secreto, que no se quería que yo lo supiera...

Y era cierto: Nephtalí había escrito en arameo.

— ¡Todo perdido, idiota! Ahora, ¿cómo voy a pagarte si mis pertenencias se encuentran en la barca?

— Se equivoca, el señor. Los que vinieron a buscarlo, al no hallarlo en el sitio y hora convenidos, pensaron que usted había decidido quedarse... Como llevaba tres días sin siquiera acercarse a la costa... Trajeron todas sus cosas... Aquí las pusimos esta mañana, mírelas en aquel rincón.

Tadeo se lanzó presuroso hacia los envoltorios, pero se detuvo.

— Menos mal que han tenido la condescendencia... Ahora lárgate, bajaré dentro de un rato, necesito pensar... ¡Anda! ¡Piérdete!

La puerta se cerró tras el vapuleado posadero. Tadeo esperó unos momentos, la abrió de nuevo para cerciorarse de que nadie estuviese al tanto de sus movimientos. Por poco cometía una torpeza; ¿habría despertado suspicacias su vivo y marcado interés en aquellos dos bultos atados, donde se suponía que sólo llevaran ropas o alguna otra cosa de poco valor? Desató el más pequeño de ellos... Sí, allí estaba el cáliz.

Tres semanas en este maldito puerto, donde no ha recalado ni una sola barca con rumbo a Britania... Ya le aburrían aquellas callejuelas: siempre las mismas; el posadero, tratando de meterle por los ojos a una de sus prostitutas..., como si él no supiera de mujeres bellas y ardientes... Si hubiese nacido él en Galilea..., o hubiera estado en Jerusalem durante la fiesta de los Tabernáculos, entonces ya podría hablar con propiedad acerca del deleite sensual que, como el frío de la madrugada, cala hasta los huesos, pero a la inversa: es un ardor que invade por cada poro de la piel; es un palpar de sienes al ritmo alocado del corazón; es sentir que te

dan la vida en cada jadeo lastimoso... La hebrea, cuando amaba, poseía; y cuando no, se dejaba poseer valiéndose de artimañas que enloquecían y que hacían creer que uno era su dueño, pues, en nuestra raza, la hembra prevalecía. No sin poderosas razones se había condenado a sí mismo Adán: indescriptibles, debieron haber sido los encantos que Eva le ofrecía, para que él hubiese cambiado aquel jardín edénico por este valle de lágrimas... Más le valía recapacitar a aquel posadero de mierda, ¿pretendía venderle uno de sus sosos pellejos a quien ha conocido la exquisita y bien condimentada carne? Que se fuera al infierno y lo dejara tranquilo en este remanso, donde las olas, al parecer exhaustas por un largo viaje, se desmayaban en la arena, como hembra que acabara de darlo todo, aunque no recibiera nada...

Tadeo seguía el vuelo de una gaviota que planeaba, lenta, a ras de las aguas; allá, donde la arena limitaba con los arrecifes y la costa se volvía agresiva, el pájaro se elevaba en una grácil curva, muy despacio, y llegaba a quedar paralizado en el punto donde alcanzaba la máxima altura antes de inclinar sus alas en un suave giro, — ¿caprichos del viento o maestría de oficio? —, que cambiaba su rumbo en sentido contrario, en busca, con su ávida mirada, del pececillo aventurado a flor de agua. Entonces, perdía el vuelo su dulzura y se convertía en descabellada caída que hacía pensar en un funesto choque contra las aguas... Pero no. Un instante antes de estrellarse, ponía en juego artes ocultas y sólo rozaba la superficie, para, de inmediato, elevarse victoriosa con su presa en el pico... Pero allá...

¡Oh, Señor...! En el extremo de la playa se había presentado «ella», tan sólo acompañada por una esclava; lo sabía porque la cierva llevaba una ajorca de plata en su brazo izquierdo; costumbre imperial que, por fortuna, no era válida en sus tierras, donde la mujer solía adornarse como mejor estimaba. Se apartó. No quería ser visto pues, de seguro, creía la joven que estaba sola en este recogido brazo de mar. No se ocultaba Tadeo por sumisión, sino por respeto: «ella», en ese instante, creía en su intimidad... Y así debía ser. Se convirtió en simple observador... No se sentía capaz de perturbarla. Y la comprendía: él también se sentía como un grano de arena perdido en un infinito desierto...

En resumen, ¿qué había dejado atrás? Células acéfalas, afe-
rradas a un credo que ya no tenía sentido: todo fracasado, y cada
uno de ellos, los cabecillas, habían ido cayendo tras el golpe de
una mano siniestra que, no lo dudaba, hubiera respondido a
la voluntad de Yahvé, para castigarlos por haberle conferido a
aquél — su hermano —, señoríos reservados a su voluntad supre-
ma como único y máximo guía del pueblo que le juró fidelidad,
desde la salida de Egipto hasta el cautiverio babilónico...

Y ella se desvestía, segura de que otros ojos que no fueran
los de su esclava, la seguían paso a paso. Luego se hundía con
deleite en las aguas.

Oh, Señor! ¿La había visto desnuda por un instante? Fue tan
breve que no era capaz asegurarlo: no más un parpadeo de sus
ojos y ya la ninfa nadaba, sutilmente, hasta un escollo que sólo
asomaba cuando había marea baja. Y ahora había marea baja.
Allí sí pudo contemplarla: pelo muy negro, menuda de cuerpo,
detalle que contrastaba con la generosidad de sus senos, y que
le daba ese aire de ser desvalido en busca de protección. ¡Cuán
exquisita es!, se dijo. Hay una sombra que le cubre la piel. O es,
simplemente, una extensión de su opulento pubis, dispersado
por brazos, piernas, por la comisura de los labios — encantado-
res —, por toda la y en la convergencia de los glúteos, y por allí
sigue bajando la sombra en sostenida picada, como la gaviota,
hasta rozar los tobillos, donde se estrella, — sin salvación — en
unos pies blancos y tersos... Y ahora gira hasta ponerse frente a
mí..., abre los brazos y mira al cielo, como si ella misma se ofre-
ciera para que una fuerza sobrehumana la poseyera, y como si
ésa fuerza fuera yo...

Tadeo se incorporó. A ella no pareció sorprenderla la pre-
sencia de aquel extranjero, cuya sombra había visto repetidas
veces bajo el arco de la calleja, al contrario: se le quedó mirando
con toda la impudicia de su desnudez. Cinco o seis pasos más,
pensó el galileo, y la tendría contra su pecho, sentiría la tersura
de su piel, la caricia del fino bozo que le cubría todo el cuerpo,
y aquellos senos, duros y opulentos, apretándose contra su pe-
cho... Se inclinó levemente, para acercarse, logró despegar el pie

de la arena, donde parecía haberse sembrado, al tiempo que sus brazos comenzaban a abrirse... La gaviota se había perdido, el soplo de brisa le dio un leve impulso; hasta él llegó el olor, un tanto salobre, de aquella estatua salida de las aguas... La boca se le abrió para pronunciar el nombre... Pero ni siquiera la primera sílaba pudo pronunciar... De repente, todo se detuvo, al mismo tiempo que la playa comenzaba a dar vueltas...

Una saeta corta, pero potente, le penetró por el lado derecho de la espalda, perforó el omóplato e interesó el pulmón... El impacto había sido tan fuerte que el cuerpo hizo un giro, circunstancia quizás aprovechada por los otros tiradores, para dirigir sus dardos al costado izquierdo, al bajo vientre y a la tráquea: esta última, perforada por el más diestro de los hombres que Saulo de Tarso había puesto al acecho...

—De modo que han aparecido dos cálices idénticos — dijo Saulo, al tiempo que se volvía hacia *sofer* Gezer, sentado aquél, o arrellanado, entre almohadones que para el joven habían dispuesto en un amplio recinto soterrado, bajo un ángulo de la pared septentrional de la muralla. En realidad, no había allí subterráneo que formara parte formal del Templo, como aquellos donde Helkías sentíase a sus anchas; sino una escalera oculta y serpenteante que partía del local donde habitualmente se podía encontrar al joven estudiante de leyes —y a la vez servidor del Templo—, cuya memoria prodigiosa causaba asombro a los Doctores de la Ley que venían a consultarle dónde hallar cierta cita de la sagrada escritura; así como al señor Saulo de Tarso, fariseo ilustre, que frecuentaba aquel recinto en busca, sin duda, de algunos versículos cuya preclara interpretación estuviese sólo al alcance del pensamiento de aquel bisonño de iluminado entendimiento. *Sofer* Gezer había trasladado toda su documentación a un nuevo, reservado y secreto espacio; quizás descubierto casualmente por algún albañil —fallecido de inmediato a causa de la emoción al creer haber hallado la morada oculta de Yahvé—; pero que, en realidad, no era más que uno de los amplios túneles que corrían bajo la ciudad: restos de las canteras de donde los esclavos

vos de Salomón extrajeran las piedras que luego conformaron el Templo —erigido por él—, novecientos años atrás.

Después, los diligentes obreros de Herodes, al terraplenar la cima del monte Sión, en aras de ganar terreno donde alzar el actual gran edificio religioso, sepultaron las canteras de Salomón, cuyas oquedades de acceso quedarían nada más que bajo el conocimiento del Sumo Sacerdote, como uno de los preceptos secretos que, sólo *in artículo mortis*, debía transmitir al sucesor. Pero la casualidad no se rige por preceptos, «alguien» —una cabra loca y perdida— descubrió el pasadizo en una oquedad bajo la muralla, a lado de la Puerta de Damasco. Por allí bajó abruptamente su dueño a un enorme salón que conservaba, de trecho en trecho, las marcas de los canteros fenicios. Tuvo, entonces, el sumo prelado de turno, la misión de hacer sellar cada ramificación de cuanta caverna partía de la gran sala, así como también procuró enviar bien lejos al pastor que siguió a la cabra descubridora, e hizo que éste sacrificara dicho animal el próximo *sabbat*; de no hacerlo así, permanecería impuro durante el tiempo que la cabra viviera: lo estipulaba un párrafo del Talmud que hacía referencia a la profanación de lugares sagrados al impulso de animales susceptibles de servir como ofrenda en la Divina memoria. De ahí que sólo a Moshe Gezer se le concediera aquel bien ganado privilegio, en recompensa, si así quiere llamársele, por los inapreciables servicios que su dedicación e inteligencia habían prestado al pueblo del cual formaba parte. Y lo de mayor peso que inclinaba la balanza a su favor: la fundación de aquel «selecto» grupo —que ya gozaba de ciertos privilegios—, subordinado incondicionalmente a los dictados que recibía por medio de una bien compartimentada red —producto también de sus largas noches insomne en busca de la fórmula mediante la cual «todas» las variantes, en caso de alguna traición como la del Iscariote, tuviesen una respuesta digna, con la cual saldría incólume el prestigio de la máxima figura que rigiera los estatutos del pueblo escogido. Nada debía detenerlos, pues, tan supremos fines bien ampararían cualquier procedimiento.

—Son tan parecidos, señor, que solamente pudieron ser diferenciados por un experto de los nuestros. Las inscripciones

alrededor del borde, a simple vista, son iguales. Pero nuestro versado en lenguas extrañas halló una sutil diferencia entre dos palabras: un espacio en blanco que las separaba —en la copia—, mientras que en la otra, certificada ya como original, dicha separación entre vocablos cambiaría el sentido de la frase de tal modo que casi se leería lo contrario; y lo contrario, en este caso, no tendría sentido... Valgan, señor, todas las anteriores redundancias.

—¿Colegimos, entonces, que el cáliz hallado entre las pertenencias de Tadeo era el más antiguo, y por lo tanto, el que hasta ahora pensábamos que era el que aquella noche el padre de Marcos regaló a Jesús resulta ser una copia?

—Exacto, señor. No cabe duda alguna. Lo reprodujeron para despistar y continuar aquí con sus ritos paganos alrededor de esa copa, que tanto se reitera en las creencias ajenas a las del pueblo de Yahvé, a la par que la verdadera se pondría a buen recaudo.

Saulo de Tarso guardaba silencio. Deducía qué partido podía sacarle a la joya de oro y rubíes.

—¿Alguien descubrió el cadáver de Judas Tadeo? —preguntó.

—Nadie, señor. Teníamos preparado un «doble» que llegó a la posada, recogió sus cosas y partió presuroso hacia una barca que lo esperaba en el muelle y llevaba el rumbo deseado por él. Pagó y se largó en un instante...

—¿Nadie se dio cuenta de su partida o lo echó de menos?

Sofer Gezer bajó la cabeza y no respondió. Saulo de Tarso presiente que algo ha fallado.

—Señor..., la joven viuda, de quien parecía haberse enamorado, según sus conversaciones con el posadero, echó de menos la presencia de Tadeo, cada tarde, bajo el arco de la calleja próxima a su casa... Su sirvienta de cámara hizo algunas preguntas a los criados de la posada... Pero todo fue bien encubierto; le aseguro que a la única conclusión que arribaría cualquiera que analizara este caso sería, simplemente, la misma: «El señor Judas Tadeo, de origen hebreo, estuvo algunos días en la posada hasta que, repentinamente, y como era de esperar, encontró una nave

que navegara con rumbo a Albión». Y aquí terminarían las deducciones.

Saulo no contestó... Sus pensamientos habían tomado un rumbo impredecible... Seguía mentalmente la ruta que se proponía recorrer Judas Tadeo: Albión..., el cáliz..., su carácter fetichista... Jesús simbolizado en cuerpo y sangre por una simple copa susceptible, ahora, de ser falsificada... ¿Y luego?

— *Sofer* — dijo de repente —, envía a ese hombre y la copia del cáliz hacia donde pensaba llegar Tadeo..., quiero decir, que continúe desempeñando su papel... Que llegue a su destino y allí se anuncie como hermano del «redentor» y que exhiba la copa. Asegúrate de que, pasado un año o dos, lleguen noticias exitosas de su labor proselitista...

— Pero, señor... Eso sería ayudar al cristianismo...

— ¿Qué creencias imperan en Albión, astuto consejero? No precisamente se alza allí la voz de nuestro Dios: ¿nos perjudicaría? En lo absoluto, ¿no te das cuenta?

— Sí, señor, ahora caigo: *Divide ut imperes...*

IX

En el principio era el Verbo... No, no fue así: en el principio era él. Y no existía nadie más que él, desde el principio y siempre... ¡Oh, mi Dios, cuánto lo amé! Pero nunca su mirada y la mía se detuvieron al cruzarse; salvo aquella tarde gris cuando, desde la cruz, me clavó los ojos y, por encima del dolor que sufría su cuerpo entumecido, me encomendó la custodia de su madre. Fue la primera vez, la última vez, que sentí su alma volcarse en mí. Entonces pude comprender cuánto significaba yo: una madre no se le confía a cualquiera. Sin embargo, no fue ese simple detalle y nada más: tras sus pupilas cansadas adiviné un destello, fugaz si se quiere, pero profundo y evidente... Desde el primer momento llegué a conocerlo como ninguno de sus capitanes; ni siquiera mi hermano, Santiago —en quien depositaba toda su confianza porque lo sabía fiel—; mucho más que Simón el Celota, aun estando consciente de que su seguridad personal dependía de éste. ¿Cómo definir, entonces, aquello que nos ligaba? ¡No lo sé! Me lo he preguntado miles de veces; he rogado a mi omnisciente Dios; he invocado a cuanta deidad existe en tu panteón romano, Eva... La *quabbalah*, por supuesto, no me ha sido ajena en esta pesquisa: fue en ella, precisamente, donde hallé, no una explicación, sino ciertos detalles en sus leyes que me revelaron lazos afines; tuve la suerte de conocer a Simón Ben Jochai —me deslumbró—, cuando daba sus primeros pasos, allá en Galilea. ¿Sabes acerca del *sephiroth* y de su segunda tríada: el Amor, la Justicia y la Belleza? ¡Oh, Eva! ¿Sabes el significado de tu nombre? «Vida», según nuestros libros sagrados. ¿Quién te llamó así cuando te hiciste vestal? No, no respondas ahora, déjame seguir con mis divagaciones: hay algo que me impulsa a apoyarme en ti; es una fuerza sutil empujándome a decirte... No, no quiero pensar que provenga de alguno de tus dioses, extraños e increíbles: vedados para mí son sus pensamientos. Perdóname... Escucha...

Por estos días, hace casi diez años, andábamos peregrinando... El Sol nos hería de frente sin dejarnos siquiera alzar la mirada unos palmos más allá de nuestros pasos. Siempre sucedía así en *chesvan*, después de la hora décima. Las sombras se alargaban como si anhelaran fundirse con la arena, tratando de no alzarse ni un ápice, en busca de refugio tras los montículos. El aire venía por la derecha y traía sabor a sal: era la brisa que había partido del mar sin vida y luego de recorrer los estrechos valles que se abren entre los cerros, al poniente de Halhul, irrumpía y nos cortaba el paso ya muy cerca de Bethlehem, meta de aquella jornada. Atrás había quedado Hebrón, celeberrimo sitio donde Abraham levantó sus tiendas en el encinar de Mambré; fue de allí que habíamos partido aquella fría mañana, mucho antes del amanecer... Él me había dicho que deseaba —y necesitaba— conocer Bethlehem, la cual se suponía que fuese su ciudad natal. Así debía ser; los judíos no podrían reconocer a un heredero de David que no hubiese tenido a esa ciudad por cuna. Eran los primeros días, y procuraba ceñirse a las instrucciones recibidas... ¿O lo hacía para ganarse la confianza de aquellos que le habían confiado a él tamaña empresa? Me inclino a pensar que ése fue el motivo. La noche antes, al quedarnos solos, arrellanados al pie de un árbol cuyas fuertes y seculares raíces lo afincaban en una respetable pendiente, me dijo:

—Juan, ¿tendrías tú en mí la confianza que tengo yo en ti? Eres el más joven; el soñador.

¡Qué bien había llegado a conocerme si aún no nos separaba ni un mes de su espectacular bautizo en Bethabara, cuando nos reclutó a Santiago y a mí!

—Habla, Maestro, —que en nuestra lengua se dice *rabí*—, no sabes cuánta es mi dicha si me confiesas aunque sólo sea uno de tus pensamientos, el más simple...

Me acarició los cabellos, como un hermano cariñoso, y sonrió:

—«Debo» haber nacido en Bethlehem, tú sabes..., cuestión de táctica... Echa a volar tus pensamientos y dime, sencillamente, cómo imaginaría tu noble sensibilidad la venida al mundo del

hijo del Misericordioso. Pon en ello toda tu bondad, que sé que es mucha; deposita en este hecho la ternura y la inocencia que te adornan..., el amor que llevas dentro... Todo tú, en fin..

¿Eva, has recibido en tan pocas palabras tal cantidad de amor? Eleva tu alma, cierra los ojos y piensa en la más pura de tus deidades... ¿Ya? Explícame, dame razones para que mi corazón no latiera alborozado; para que no me hubiese sentido flotar... Y, entonces, al tiempo que un puñado de palabras partió de mi garganta para ir posándose en cada rama de la encina que nos cobijaba, imaginé:

— ... Conozco una hostería en las afueras de la ciudad... No, allí no. El hijo de David, surgido del pueblo, ha de tener un origen bien humilde, al traste con lo que piensan los del Templo y dicen las escrituras... No podrían sus padres pagar la posada ni siquiera por una noche... Y esa noche me da vueltas, y lo imagino indefenso en el vientre de su madre, tratando de asomarse a este valle de lágrimas en busca de un respiro...

— ¡En el establo! — grité, al tiempo que su mano me cubría los labios.

— No hay por qué despertar a los demás — me dijo. — Continúa con tus ideas, creo que pisas camino firme.

— De origen humilde; así lo espera el pueblo, sin desdorar la estirpe... ¿Quién era David? Un pastor... Predestinado, sí, pero fue un simple pastorcillo... Mulas y bueyes inclinarían la testuz ante el heredero de la gloria divina... Paja de ruminantes habría de ser tu cuna... Luz de una estrella te iluminaría cual corona que baja de las alturas, donde reina Yahvé mismo... ¡Pastores! Oh, perdón por haber levantado la voz. ¡Pastores, *rabí!* Aquellos que guían rebaños vendrían a venerarte... Serías el guía, el mayor de los pastores, el mejor de los pastores: el Buen Pastor que vela por sus ovejas... Quizás por «todas» las ovejas, aunque no hayan de ser sólo las tuyas, pero ovejas también, al fin... Rey de Israel, Rey de Reyes... Soberanos de otras tierras pondrán a tus pies sus cetros... ¿Se detendría la vida al tiempo de tu nacimiento? ¡No! Proseguiría en silencio esperándote hasta que tu reino impera por encima de aquellas montañas, y se eleve muy alto,

hasta que todos los pueblos te sirvan de escabel. Se extasiaba, Eva, por Dios que sí. Aquel fulgor en sus ojos me lo reveló. Sí, sólo un relámpago, pero sé que mi palabra fue incisiva... Había «algo», efímero si se quiere, pero «algo» que poco a poco iba estrechando el lazo que nos unía.

— Pruebas -dijo—, tendré que dar pruebas, y así lo haré antes de que me toque morir. No, por favor, no quiero que tus ojos se nublen ni que tu pecho tiemble de tristeza: estoy condenado, bien lo sé. No soy más que un conspirador, una piedra en la honda de David, y esta vez el gigante, además de ser cien veces mayor, tiene cien cabezas más..., Mi piedra es una sola..., pero estoy dispuesto a vencer...

¿No había ya en estas palabras un hondo sentimiento de autodestrucción? Tal vez. Al transcurrir los meses, me fui dando cuenta que, muy dentro, se le escondía la alimaña que roe, que impurifica, que desvía..., ¡Que pierde! El afán de poder. Lo primero que hizo fue ganarse la confianza de los que lo rodeábamos y del pueblo. No escatimó palabras: se valió de argucias demagógicas, propias de la oratoria griega; pero, ¡qué bien supo hacerlo! Nos elevó muy por encima de él — sólo en adjetivos, por supuesto; en la realidad, siempre nos hacía sentir que sus decisiones eran las acertadas, que debíamos rendirle pleitesía porque eso era lo justo. De ello nos convenció, a tal punto, que veíamos muy natural aquello de que su voluntad «siempre» se cumpliera: «Ustedes me llaman Maestro y Señor, y dicen bien, porque lo soy», solía repetirnos. A la gente la engatusaba al exacerbar sus ánimos contra el opresor imperial o envaneciéndola cuando citaba palabras de los antiguos profetas — y hasta incluso de otro cualquiera, con tal que le vinieran bien— como si fueran suyas, en las cuales se exaltaban las cualidades patrióticas de «su pueblo», el más valiente de todos y, por ende, merecedor de la gloria eterna y exclusiva. Al paso del tiempo, una vez que se supo aclamado por la masa, extendió las bienaventuranzas a otras razas, con miras a convertirse en figura de relieve universal, en benefactor de la humanidad, no importaba lo que ello costara. ¡Oíste hablar acerca de un gran milagro que obró a partir de cinco pa-

nes y dos peces? Ay, Evita, nos dejó sin una moneda: cuanto habíamos ahorrado para nuestro sustento durante la campaña, se gastó en comprar pescado en Betsaida Julia y en traer panes de Cafarnaum. Todo a fin de complacerlo para organizar un majestuoso espectáculo; porque así era su gusto: no entendía que su labor proselitista pudiera hacerse mediante el empleo de modestos recursos, no. Lo de él tenía que ser en grande, impactante, demolidor... El pueblo entero debía sentirse vivamente impresionado por cada una de sus obras. ¿Que llegaría la noche y tendría que interrumpir el discurso para que cada cual fuera en busca de su condumio? ¡Imposible! Él era el alimento del pueblo, de sus manos saldría el sustento... ¿Cómo solucionarlo? Eso era asunto nuestro. Su tarea era otra, más sutil: pensar y pensar en cuáles serían las tácticas y las estrategias en la gran batalla que, sin otra alternativa, habríamos de ganar. Organizamos la función en la falda de una colina: él, en la parte alta; el pueblo, a sus pies, contemplándolo. Al caer la noche, aprovechamos las sombras para disimular el trasiego de cestas y alforjas que se habían traído al otro lado del montecillo.

— ¡Deteneos! — exclamó, al ver que la gente se desentendía de su alocución, que por demás pasaba ya de tres horas.

— *Rabí*, hambre tenemos. Por muy elocuente que sea tu verbo, el cuerpo nos pide alimento...

— No sólo de pan vive el hombre — respondió. Pero, si así fuere, yo soy el pan de la vida: el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.

Tras un rápido movimiento apareció en sus manos un pan y un pez recién cocido.

— ¡Comed! — dijo, a medida que repartía panes y peces que la gente ignoraba de dónde salían. Siempre quiso, y a toda costa, mantener viva esa dependencia de los demás hacia él.

— Cálmate, inocente Juan, alma buena...

Los deditos blancos, puros y finos de Eva se pierden entre los cabellos de aquél que se ha echado a llorar en su regazo.

— ¿Qué dejaste de hacer que hubieras querido hacer? Querer no es poder, en aquel mundo, y en todos.

Eva reclina su cabeza sobre la de Juan. ¿Intenta absorber sus pensamientos, como la ávida tierra absorbe la lluvia? Sabe que nunca podrá. Para ello se necesita —requisito indispensable—, esa comunicación tan íntima que sólo es posible después que los cuerpos se hayan unido a la par que las almas. Eva no ha conocido de esa cópula, pero sus atributos de sacerdotisa intercesora ante la diosa, más de una y mil veces, hicieron que aquellas que la adoraban le confiaran hondos secretos, ya fuera en momentos de angustia y desolación o en gesto franco para agradecer a la deidad el otorgamiento de cierto anhelo, siempre benefactor. Porque la Diosa-madre no odia, aunque a ello se la incite. Y Eva había oído decir del deleite y de la angustia, de satisfacciones y de añoranzas. Eva siente que las lágrimas de Juan le humedecen la tela del peplo, a la altura de los senos. Juan siente el tibio palpitar de aquellos bajo su mejilla. Y ambos sienten que es grato. No, no hay nada morboso; Juan equivale a un hermano para Eva. Eva es como una hermana-madre para Juan. Ni por un momento se han mirado pensando en el deleite carnal. Juan no ha conocido hembra. A Eva su cuerpo le reclama hombre, pero, como éste será ya su último año de vestal, quiere permanecer fiel al juramento prestado cuando, cinco años atrás, al cumplir los trece, entró a servir en el templo de Diana. La diosa sólo admitía vírgenes entre sus asistentes; quebrantar la promesa, antes del tiempo estipulado, implicaría la condena al sepulcro en vida. Bien sabía Eva que la joven sacerdotisa debía acallar a la hembra que le bulle dentro y que, cada vez con más insistencia, clama por goces aún no conocidos, pero sí sospechados, intuitos. Se apartan. Juan vuelve el rostro y seca su llanto.

—Perdóname —le dice, entre jadeos. —Nunca me sentí tan débil, tan desamparado... Ni cuando me di cuenta de que todo se echaría a perder...

Solíamos pernoctar en Bethania cuando incursionábamos en Jerusalem, según lo había dispuesto Simón de Caná, como medida de precaución. Había allí una familia, la de Lázaro, que también formaba parte del complot. En aquella casa, retirada del ca-

mino, lo suficiente cerca de la ciudad para facilitarnos el rápido traslado a ella; y lo bastante apartada como para que pudiera detectarse cualquier movimiento sospechoso a su alrededor, dormía él solícitamente atendido por Marta y María. Fue la semana anterior a su última Pascua. Nos encontrábamos reunidos para cenar en la noche víspera de lo que nos habíamos dado en llamar su «entrada triunfal» en Jerusalem. Él lo había dispuesto así, a manera de señal. Convencido quedé aquella noche de que algo no andaba bien en su cabeza. Habíamos terminado las oraciones y las libaciones de rigor y cada cual bebía o comía acorde con su deseo; nada más tenía que alargar el brazo y hallaba la copa o la vianda. Pedro y Andrés comentaban no recuerdo qué, recientemente acaecido en Cafarnaún; Felipe y Nathanael permanecían atentos a la charla de él; el Iscariote, un poco apartado, tampoco le perdía movimiento ni palabra desde el ángulo opuesto de la sala, mientras que Santiago, el nazareo, parecía no escuchar a su hermano, allá en el rincón donde permanecía arrodillado y como ausente: por otra parte, Judas Tadeo, quizás un tanto pasado de copas, susurraba frases al oído de la hacendosa Marta al tanto, la mujer, de cuanta bandeja estuviese a punto de vaciarse. Mateo escribía sus apuntes a la luz de un candil; mi hermano Santiago y yo acompañábamos también al Maestro, uno a cada lado. Fuera de la casa, guardando los principales accesos: Tomás, y Simón, quien respondía por la seguridad personal de Jesús.

—No sé decirte, Eva, si lo que sucedió a continuación fue producto del espíritu del vino o quizás un arranque apasionado de María; a veces me ha dado por pensar que se debió a uno de esos caprichos locos de las mujeres. ¿Pasión mística o carnal? Se hacían comentarios... Lo cierto fue que, de improviso, la joven salió de la habitación contigua llevando un frasco que contenía perfume de nardo, esencia de mucho valor —entonces no me pregunté cómo, siendo tan pobre, había podido adquirirlo—, se deshizo de las manos de Lázaro, que la retenían, quebró el vaso de alabastro y derramó una parte sobre la cabeza de Jesús; la otra, sobre la suya propia. ¿Sabes que hizo, Eva? Desató su negra cabellera y ungió el rostro y todo el cuerpo, hasta los pies,

de aquél que, sorprendido al principio, presuntuoso un instante después, la dejó hacer pretendiendo no percatarse de los suspiros que partían en dos el pecho de la joven. Una voz rompió el embeleso —no pude precisar quién habló, después se dijo que había sido Iscariote.

—¿Por qué se desperdicia un perfume que pudo venderse por trescientos denarios, que bien vendrían a nuestros pobres fondos?

De inmediato, su ágil respuesta:

—Déjala, no ha hecho más que prepararme para sepultura.

Y así, con sólo hacer mención a su muerte —sin especificar tiempo de por medio—, desviaba la atención hacia el rumbo que más le convenía. Eva, vinieron a mi mente incontables escenas en las cuales, no pudiendo aportar razones de peso, optaba por una salida absurda ante la cual el otro se hallara, de improviso, sin respuesta consecuente, acorralado. O bien se iba «por la tangente» como afirmaba Tomás, el pitagórico, de modo que trasladaba el campo de las acciones al terreno que más le convenía. Realmente, ahora, cuando se analiza con esa frialdad que el tiempo y los hechos transcurridos interponen entre un acontecer y otro, me doy cuenta, querida Eva, de que aquel apoteósico recibimiento fue un soberano disparate. Quizás resultó ser la gota que colmó la copa de los romanos sin que supiéramos darnos cuenta, a pesar de los tres años que habíamos pasado juntos, de una incongruencia en otra. Y a todos nos pareció tan natural que se le aclamara como a la más alta majestad que tierra pisara... También, por esos días, vinieron a verlo unos griegos; le traían mensaje y propuesta del rey Abgaro. De sobra supe, Evita, cuál sería su respuesta antes de que rechazara aquella envidiable oferta que pondría en sus manos el triunfo rotundo, pues de aceptarla, hubiese implicado, hasta cierto y muy discutible punto, una subordinación suya al soberano. ¡Y eso jamás lo consentiría! No importaba si, aparejadamente, su pueblo alcanzaría la gloria y el bienestar soñados al sacudirse el yugo romano. Pero «toda» la gloria no sería para él «solo»; de ahí que prefiriera desdeñar tan generoso ofrecimiento. Al retirarse los emisarios,

nos reunió para darnos una explicación de su actitud. Eva, Eva: ¡jamás había entrado por mis oídos semejante retahíla de disparatada patriotería! Habló de la Nación y de los héroes que se habían inmolado en aras de la dignidad del pueblo... Sí, Eva; y ese pueblo, cansado ya de arrastrar desdichas, quizás un tanto apercebido de lo que vendría si aquel fatuo aprendiz de profeta tomaba el poder, decidió retirarle su apoyo, o lo que es lo mismo: condenarlo a muerte...

Eva, dulce virgen que no se ha encontrado a sí misma: tangible divinidad que gustaba de andar por senderos solitarios y floridos. No teme, no: se sabe respetada, «intocable»... Leyes muy severas castigarían el menor atrevimiento de cualquier hombre. Además, quien osara ofender, tan siquiera de palabra a una servidora de Diana, no viviría mucho: la Diosa sería implacable y el infractor sufriría tan crueles castigos que se arrepentiría — inútilmente — mil veces de su desliz. De ahí que Eva no repare en buscar su complacencia recorriendo descuidadamente los vallecillos boscosos que se extienden al pie de la colina donde se alza el Templo. La sorprenden, casi siempre, los encantos y misterios del crepúsculo en su retiro favorito: las ramas bajas de un sauce que forman, capricho de la naturaleza, una gruta de angosta entrada, que se abre en acogedora bóveda. Allí dentro Eva se siente cual ninfa envuelta en su capullo. No hay quien pueda explicar semejante satisfacción sino ella misma: es su pudor. Porque a veces teme que sus más íntimos pensamientos trasciendan; sospecha, no sin cierta inquietud, que el rubor de sus mejillas delate aquellos «sueños» imprecisos que invaden sus tiernas sienes y penetran en su cabecita, redondez apenas cubierta por un pelo muy negro y recortado casi a la raíz. Sin embargo, en su verde oquedad se sabe a buen recaudo; allí puede echar al vuelo las visiones que se apoderan de ella en las noches cálidas. Es tan fuerte el reclamo de su cuerpo que acaba siendo capaz de caer en ese letargo en el que no puede precisar dónde la realidad acaba, dónde lo onírico empieza. Y vienen entonces las imágenes... Se ve a sí misma desde lo alto. Yace cubierta por un fino velo

que la brisa intenta arrebatarse; se sabe desnuda. El pudor crispa sus dedos aferrándose a la tela..., aunque segura está de que, llegado el momento... Lo presente: el viento gana en fuerza, trae ardores en la piel, trae inquietudes, desasosiegos y un debatir entre aquello que la hembra le exige y el rechazo que la timidez le impone. Eva cierra los ojos; algo agita sus senos generosos; efluvios precursores la humedecen allí, donde la llama arde... Y, de pronto, aparece «él». No tiene rostro — aún —, ni siquiera su cuerpo pasa de ser un contorno difuso. Pero con él viene lo que acalla el grito... Y unos dedos suaves, pero fuertes, ascienden por su cuerpo envueltos en resuellos que ahora se funden con los jadeos incontrolables de su garganta... Ya le acarician el vientre y suben por sus pechos en demorado ascenso hasta coronar ambas cumbres a punto de erupción. Allí se detienen, como fatigados, regodeándose en las cimas que acaban de conquistar... Y siente que una antorcha la penetra... Y que algo se desata... Y su ser gime... Y un orgasmo de estrellas colma todo en derredor...

Poco a poco, las hojas pierden fulgores y destellos..., recuperan el verdor... La bóveda vegetal se va convirtiendo en bóveda pétreo. Eva no se sorprende al percatarse que se halla en su habitación del Templo; lentamente va saliendo del letargo en que ha estado sumida: somnolencia que la envuelve cada vez que la sacerdotisa mayor la dispone para el rito de la fertilidad. Yace sobre el lecho, como otras tantas veces que ha «soñado». La invade una paz interior que sabe pronto desaparecerá para dar paso, de nuevo, a las apetencias de su carne joven.

El Sol baja para esconderse tras la línea horizontal del Mar Egeo, la brisa se hace más fresca: lleva hacia la costa fragancias recogidas en los bosques de abetos que se extienden por la llanura hasta la ribera del Meandro. Desde lo alto del cerro, donde el santuario descuella, desciende una sinuosa calzada de piedras lisas que, a trechos, se pierde en el bosque consagrado a la Diosa hasta adentrarse por los arrabales de la ciudad y confundirse con las callejas que convergen en el centro urbano, donde la biblioteca, el mercado y un considerable número de nobles residencias

conviven entre sí. Más allá del litoral, la superficie de las aguas se cubre de barquichuelos que vienen a buscar refugio cerca de tierra: no es partidario el marino de que la penumbra lo alcance sin tener a la vista, al menos, las luces de algún sitio habitado.

Eva ha salido al pórtico. La llama perpetua en honor a la Diosa resplandece ante el pedestal sobre el que se yergue la estatua, cuya cabeza iguala el nivel de los capiteles jónicos que coronan las columnas. Hay un silencio majestuoso, como en todos templos, que colma el amplio recinto; es la omnipresente quietud emanada de lo divino y con el que, quizás, la propia Diana premia a sus vestales. Paz, serena belleza y un rico mundo interior son virtudes que a Eva adornan. De ahí que nunca se sienta sola, ni siquiera cuando, como ahora, sea la única que permanece al cuidado del fuego sacro. Es más: lo ha preferido así..., lo necesita. Juan le ha confesado... No, «eso» no es lo esencial: si ha procedido así, en última instancia, ha sido porque «esa» era la voluntad de su Dios..., misericordioso a veces, cuando se le rinde tributo y se le acata; voluntad despótica y cruel a la hora de castigar discrepancias... ¿No fue Jesús, proclamado su hijo, un fiel exponente de esa doctrina? ¿No exigió él también subordinación absoluta? En vano busca Eva alguna similitud entre el nazareno y su Diana. No la halla. Cierto es que la Diosa castiga con la muerte a quienes la ofenden, pero jamás se ha vuelto contra aquellos ajenos a su culto. Su manto ampara a la familia sin importarle si uno o más de aquella casa le rinde tributo. ¡Si es la deidad que propicia los partos! ¿Cómo habría de enemistarse con el padre o con el hijo?... «He venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa... El que ama a padre o a madre más que a mí, no es digno de mí, y el que no sigue en pos de mí, tampoco es digno de mí...» ¡Oh, Juan! ¿Fue exactamente eso lo que cierta vez escuchaste de sus labios? Dime que no, porque quiero creer en él, en todo lo bueno y noble que prometió a su pueblo y a todos los pueblos.

Eva se ha sentado sobre el último de los dieciocho peldaños marmóreos que acceden al atrio. Semeja una figurita deli-

cada e indefensa, a cuya cabecita aún le faltan dos palmos para llegar al zócalo del pedestal sobre el que se afincan las columnas. Es tan difícil, se dice, aceptar que todo aquello, que al principio aseguró cumplir, se hubiese vuelto sólo un gran discurso que el viento se lleva y desvanece... Como el parloteo de aquel que, allá lejos, se ve gesticular ante el grupo que lo escucha... Palabras, palabras, palabras...

—No son simples palabras; los hechos están ahí, palpables: ¿han ido disminuyendo nuestras ventas desde que éste está aquí? ¿Sí o no?

—¡Desde luego que sí...!

—¡No llegan ni a la mitad de lo que eran antes...!

—¡Así no podemos seguir...!

—¡Calma, calma! Bueno es que todos reconozcamos que la causa principal de nuestra penosa situación tiene un nombre: el de ese judío entrometido.

—¡Juan, se llama Juan!

—Bien, vayamos por partes. De sobra sabíamos cuál debía ser nuestro proceder y así lo hicimos: protestamos formalmente ante la autoridad que compete. ¿Y qué sucedió?

—¡Nada, nada...!

—Sucedió que pasaba el tiempo y todo seguía igual. Entonces pedimos una audiencia al gobernador. ¿Y cuál fue su respuesta, queridos hermanos? ¡Evasivas! ¿Saben por qué? Me lo acaban de revelar unos judíos que se hallan de paso: el gobernador se ha convertido a la causa cristiana. ¿Y qué tiene eso que ver? Les pregunté. Que los cristianos repudian la idolatría; no admiten que se esculpa una figura humana, y mucho menos la de una diosa. ¿Qué sucederá si continúan ganando adeptos? ¡Nadie comprará nuestras estatuillas de Diana! Ni siquiera los peregrinos que visitan el Templo, ni los que vienen de otras tierras y por curiosidad llegan hasta él.

—¡Será la ruina!

—¡Hay que callarlo!

—¡Que se largue a su tierra!

— Calma, hermanos. Eso se dice fácil, pero en la práctica no lo es. Hay que insistir con el gobernador, después... Ya veremos.

— Sí, es cierto que prometió y bienaventuró. Pero no te confundas, Eva. Prometió sacar a su pueblo de la ignominia y los desmanes de la tiranía que, con la aprobación del Imperio, lo sojuzgaba. Juró que bajo su ministerio el pobre tendría lo del rico... — ahora me pregunto: ¿el rico tendría lo del pobre? No es justo repartir pobreza — y pensábamos que el menesteroso y el desposeído serían elevados: eso mereció un tanto a su favor. Por tal razón lo seguimos. Simón Bar Jona, mi hermano y yo, Mateo, Felipe y Nathanael... Todos ganábamos lo suficiente para llevar una vida decorosa; pero, en verdad, nos preocupaban aquellos que nada tenían: queríamos hacer algo para mejorar la situación; queríamos abolir el peso del yugo con que la ocupación imperial nos sometía violentamente... Y nos dejamos llevar... Vino a nosotros respaldado por el Sanhedrín... ¿Qué otra prueba debíamos exigirle? Enarboló ideas y frases de nuestros patriarcas. ¡Qué bien supo hasta subordinar nuestro pensamiento a su voluntad! Al cabo de los años, cuando nos dimos cuenta de la falacia, supimos dónde estaba la verdad. O, al menos, despertamos de aquel sueño — ¿pesadilla? Después del fracaso, opté por alejarme de Jerusalem. Los que se quedaron no me vieron como un traidor — señal inequívoca de que él ya no imponía su voluntad, porque él perdonaba cualquier otra cosa menos una disidencia —, al contrario: me enviaron misivas y visitas para ponerme al tanto de lo que en mi tierra sucedía, de todo aquello que se estaba formando alrededor de sus promesas... En nada aliviaron mi angustia y no creo que haya argumento ni razón lo suficientemente poderosos para hacer que esta «oveja perdida» vuelva al redil de sus parábolas. Porque yo..., dulce Eva, fui el único que supo «toda» la verdad... Y a veces me lacera... Muchas veces maldije el momento en que comencé a indagar, otras tantas me arrepentí de haber estado tan cerca de él, de haber sido el joven tierno, incauto, dócil en quien depositó no sólo su confianza, sino en quien volcó sus íntimos pensamientos. Inocencia infantil la mía,

incapaz de una falta deshonesta. Sí, el desaliento me mataba en cada ocasión — y eran tantas — en que mi sagacidad descubría el verdadero propósito de su conducta, el doble juego de sus parábolas: «Si quieres ganarte a los pobres, condena a los ricos; sí, son indispensables los ricos, pero, de momento — ahora — es preciso cohesionar a la gran masa y hacer que repudie al poderoso; después, cuando la balanza incline el fiel a nuestro favor, desde una posición ventajosa, quiero decir, podremos negociar con los de abundante fortuna. La necesitamos: también tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también llamaré y oirán mi voz; y habrá un solo rebaño como hay un solo pastor». Y entonces se perdía en divagaciones optimistas, se veía a sí mismo elevado al más alto rango, repartiendo beneficios a gentes de acá y de allá... sobre todo a las de allá... Abarcando, controlándolo todo. Pero, Maestro, tu pueblo merece salir de la pobreza, ¿no lo corroe el hambre de igual modo? ¿No te das cuenta de que sueñas con un imposible? Eva, las sombras caen sobre el bosque. No quiero regresar a la ciudad: he sabido del arribo de varios judíos venidos de Jerusalem. Es muy probable que se trate de otra misión que viene a saber de mi labor proselitista a favor de la causa cristiana... No quiero verlos... El Cristo, el Esperado... ¡él nunca fue el Cristo! Imposible... Llegué a saberlo todo, mucho más, aún, que aquellos con los que se fraguó el plan... ¡Oh, Eva! Comprende cuán doloroso me resultó confirmar esa sospecha anidada en mi corazón... Fue a la salida del Templo...

Regresábamos a Getsemaní cruzando el Cedrón, simple arroyuelo en época de sequía; Pedro y Andrés hablaban de las hermosas piedras y ofrendas que adornaban la casa de Dios... Sin motivo ni razón, él se volvió y dijo:

— En cuanto a esas cosas que vuestros ojos ven, días vendrán en que no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida.

Hasta yo sonreí ante semejante desvarío, pensando en una broma. Pero continuó:

— Tengan cuidado y no se dejen engañar, porque muchos vendrán en mi lugar diciendo: yo soy el Cristo, esta es la hora de Dios...

Mateo rompió el silencio que siguió a sus últimas palabras:

—Vamos, Maestro, estamos solos, no tienes por qué desempeñar ante nosotros tu papel de profeta...

Pero él insistió para continuar con una sarta de disparates acerca de los ejércitos que rodearán a Jerusalem y de las pobres mujeres embarazadas pues no verían al fruto de su vientre... Al alzar mis ojos, vi un rostro tan demudado que, no sé si fue el miedo o el desconcierto, pero me detuve petrificado en medio del camino. Nadie se percató de mi sorpresa pues más confusos iban los otros. Se alejaban poco a poco. Tras ellos, el viento levantaba nubecillas de polvo que, por momentos, los envolvían. Él continuaba gesticulando como un poseído; yo, inmóvil, sin querer aceptar aquello que se traslucía más allá de sus palabras... Ni siquiera lo consulté con Santiago; cuando mis piernas me lo permitieron, volví a la ciudad, me encaminé directamente a la residencia de Anás, a cuya familia y la mía unían lazos de larga y profunda amistad.

—No te has equivocado, querido Juan —me respondió el anciano— y hay más: el complot ha sido descubierto por Pilato...

Algo horrible debió haberse reflejado en mi rostro cuando Anás, dándose cuenta de la envergadura de aquella revelación, enseguida reparó:

—No temas, aún hay tiempo para remediar la situación y evitar un rotundo fracaso. Toma asiento, bebe una copa de vino y escucha: En todo momento me opuse a que fuera él quien comandara el alzamiento; tenía yo muy malas referencias en cuanto a su conducta, pero primó la idea de que era un excelente emprendedor, amén de muy bueno como hombre de acción. Y, me taladraba el cerebro una duda: ¿por qué nunca lo habían elegido para liderar algún movimiento importante en Galilea? Pregunté, pero nadie me respondió. Sí, fue cierto que sus arengas exaltaron a las masas en algunas ocasiones; sin embargo, siempre fue una pieza suelta, se veía que gustaba de actuar por su cuenta y nada más. Quizá no se le ha dado la oportunidad, me dijeron Nicodemo y José de Arimatea. Accedí, pero no las tenía todas claras. Luego mis celos se fueron haciendo más evidentes:

cada paso que daba me lo iba confirmando. Sí, sabía convencer a la gente, pero de un modo muy peligroso: poniendo en duda toda autoridad que no fuera la suya, o más bien, todo aquello que «limitara» el alcance de sus decisiones. ¿En su carácter de profeta? Eso sí lo hace muy bien, porque se ajusta perfectamente a su personalidad: es el omnipotente, el vocero de Dios; hasta ha llegado a ingeniárselas, y ustedes han contribuido a ello, para hacer ver que tiene potestad sobre la vida y la muerte. ¿No sucedió así cuando «resucitó» al hijo de una viuda en Naim? ¿No fueron ustedes mismos los que difundieron esa otra absurda historia acerca de la resurrección de Lázaro de Bethania? ¿Quién sino el propio anciano se prestó para hacerle el juego? ¡Y tuvimos que callarnos! ¡Fue menester aceptarlo antes que poner en peligro la ejecución del plan! Muchacho, sé que lo tienes en alta estima; no te culpo, no serás el primero ni el último... Bueno, el último, puede que sí.

— ¿Qué quiere usted decir? — pregunté sin contenerme.

— Que, en vista de lo acordado, Jesús tiene que desaparecer de la escena. Pilato lo sabe casi todo. Hay un doble agente entre ustedes: el Iscariote. Lo designé para que me informara directamente de las actividades de Jesús, pero también les sopló a los romanos. No lo soltó todo; sólo les dio a entender que Jesús, por su cuenta, preparaba una revuelta. Afortunadamente, al gobernador no le conviene ni un pequeño disturbio: están de visita Herodes Antipas y varios funcionarios de Roma que vienen casi todos los años a curiosear por la fiesta de Pascua. ¿Te imaginas el revuelo que se amaría en la corte de Tiberio? De ahí que lo primero que hizo el señor Pilato fue actuar de la manera más inteligente y más conveniente: llamó a Caifás, lo puso al tanto de la situación y le hizo ver que, si nada más se levantaba una simple polvareda, la represión consecuente sería para nosotros desastrosa; fue como una advertencia en la que tomaba en cuenta las buenas relaciones entre su autoridad y la nuestra. Y, para darnos muestra de su confianza y benevolencia, puso el asunto en nuestras manos. Nos toca, ahora, hallar el modo de salir airosos de esta penosa situación. ¿Crees tú, Juan Zebedeo, conociéndolo

como lo conoces, que Jesús admita el fracaso? ¿Puedes asegurar que accederá dejar las cosas como están y retirarse por un tiempo no definido? Entonces, dilo tú mismo: ¿no es preferible que un hombre muera por la Nación a que sea la Nación entera quien perezca por causa de un hombre?

Salí de allí, Eva, absorto, aún sin poder darme cuenta, sin precisar la gravedad de los hechos y de sus consecuencias. De sobra sabía que Jesús rechazaría cualquier salida que no fuera la rebelión, pues perdería el poder alcanzado y se vendrían abajo sus planes de grandeza. ¿Cuál sería, entonces, la solución? ¡Oh, Eva! ¡Fui yo quien...!

Era bien entrada la mañana. En la sala de audiencias de la Tesorería, Publio Carlo Andions se arrellanaba en la butaca luego de hacer un gesto vago, para dar entrada al próximo ciudadano. Se trata de Jarduc de Kíos, orfebre. El gobernador ha hecho una mueca y los secretarios han tomado nota.

— ¿Qué se le ofrece al forjador de estatuillas?

— Señor... Honda pena me embarga pues vengo a molestarlo con tan trivial asunto que, de no haber sido por la insistencia de todos mis gremiales hermanos...

— Basta. Ve al grano.

— Ya no se trata de un simple grano, señor; sino de una pústula que roe la buena marcha de nuestro oficio, cual rata indigna en saco de trigo. Me refiero a las prédicas del tal Juan Zebedeo...

— ¿Otra vez con esa historia? Bien sabes que ya di mi parecer al respecto: se trata de un asunto religioso y, en esos menesteres, el Imperio no debe inmiscuirse. ¿Que sus creencias no se avienen con las tuyas o con las de la mayoría de la población? Bien, ¿qué le vamos a hacer? De sobra sabes que, como gobernador, no puedo ordenar a ese ciudadano, buen pagador de impuestos, que cese en tal o más cual aspecto de su fe. Una autoridad imperial no está aquí para esas cosas. Si él estima que las estatuillas que salen de vuestras manos atentan contra sus dogmas, ¿qué puedo hacer yo? La respuesta, en el buen sentido, debe venir de ustedes... Ensalcen las virtudes de sus esculturas..., convezan

a los visitantes del Templo y a los que por aquí pasan, que la reproducción de la figura de Diana tiene sus poderes mágicos...

—Perdón, señor. No es ése nuestro objetivo, y ahí creo que radica la esencia de la cuestión: nuestro gremio no forja estatuillas de la Diosa con esos fines... ¡Oh, no, señor! Somos artistas; creamos con un solo fin: el goce estético. Antecedentes hay por miríadas, no creo oportuno nombrarlos. ¿No se da cuenta, su excelencia, de que nuestros compradores no buscan «adorar» una imagen? Cada estatuilla de Diana que sale de nuestras manos va encaminada al pedestal de la belleza no al altar de la veneración. Señor, hindúes, asiáticos, gentes de otros mares y de cualquier tierra, que hacen escala en Efeso, no continúan su camino sin llevar consigo una de nuestras obras.

—Pero los perritos, los elefantes y los cisnes de yeso menoscaban el rigor estético que caracteriza nuestro arte, ¿no es así?

—De sobra estamos convencidos de ello, señor, pero no es por esos criminales del arte por quienes vengo a interceder, sino por los verdaderos exponentes de nuestras tradiciones; creemos en la potestad de Diana desde que nuestra razón asimila lo que le rodea. No nos oponemos al culto extraño de ese Jesús de no sé dónde que murió crucificado... Y, a propósito, ¿no es la crucifixión un castigo romano? De ahí se infiere que fueron cargos por actividades contra el Imperio los que lo llevaron a la cruz. ¿Vuestra potestad ampararía ideas de un condenado por sedición?

—Tus argumentos están impregnados de rencor, Jarduc de Kíos. Dejen hacer a esos infelices; hagan ustedes lo que crean oportuno, siempre y cuando la batalla se limite a la controversia de ideas. He dicho.

Regresé cuando ya la noche había caído, apenas sin percatarme del agua que mojó mis pies cuando crucé el Cedrón, camino de Getsemaní. Penetré en el olivar, franqueé el portón, siempre abierto, y esperé: si él estuviese allí, de inmediato me saldría al paso quien permaneciera guardando la entrada. Pero sólo la brisa entre el follaje perturbaba la quietud. Aún no me había vuelto cuando sentí pisadas sobre la hojarasca y un rumor que

venía del lagar. Me oculté. Dos sombras se detuvieron a pocos pasos.

— Permanecerá allí, mañana, después de la cena — dijo una voz en la cual, de inmediato, reconocí el peculiar acento de los que habitan en tierras colindantes con los nabateos.

— ¿Cómo estaremos seguros de que así será? — Preguntó la otra sombra.

— El propio Marcos me lo confirmó.

— ¿No sospecharán? Recuerda que no debe haber alboroto.

— Deja eso de mi parte; vuelve donde Anás y dile que todo estará listo a la media noche, tal como lo ordenó.

La sombra no respondió, se perdía ya entre los árboles. Esperé. Desenvainé la espada poco a poco. Se volvió; salté y me interpuse en su camino. Se sorprendió y echó mano al puñal, pero me adelanté: la punta de mi espada, a medio palmo de su corazón lo hizo detenerse.

— ¿Así traicionas al Maestro, Judas de Keriot?

Se sabía perdido, pero no hubo ni un leve temblor en su voz:

— A nadie he traicionado. Anás, simplemente, quiere verlo...

— ¿No pudo mandar por él de otra forma? ¡Deja de fingir! Lo estás entregando, Iscariote...

— No sé de qué hablas, pero te equivocas: hace más de un mes que rehuye esta entrevista; es evidente que algo sucede con él: no se ajusta a las órdenes, y tú, al igual que los otros, lo ha notado. Actúa por su cuenta y eso pone en peligro todo lo que se ha venido preparando; Anás sólo quiere hablarle, desentrañar el por qué de esa actitud suya; ¿tiene él una idea mejor? ¿Quiere introducir alguna variante? Pues que lo diga, que lo discuta con los que han organizado todo esto; en última instancia, son ellos quienes deben decidir.

Mi espada no se apartaba de su pecho.

— He sabido más de lo que puedas imaginarte — le dije, y me pareció advertir un ligero temblor en sus manos.

— No puedes haberte enterado de otra cosa más que de mi fidelidad al Sanhedrín. Cierto es: he informado sobre cada uno de sus pasos, ellos saben de cuanto disparate ha salido de su ca-

beza y de cuanto desatino ha hecho. Se impone, hermano Juan, que rinda cuentas ante la autoridad superior...

— ¿Ante los romanos también, Iscariote? ¡Sé que te cuentas entre los soplones de Pilato!

Eva, no pude contenerme, mi brazo retrocedió un tanto, como se encoge la fiera antes de dar el golpe: estaba dispuesto a matarlo allí mismo. No sé si fue la serenidad que hubo en su respuesta lo que me contuvo. Lo cierto es que supo aprovecharse bien de aquel momento:

— Si algo he dicho a las autoridades romanas, ha sido porque así lo ha dispuesto el propio Anás.

— ¿Qué dices...?

— Lo que oyes: parece que hay sospechas y quiere evitarse cualquier indicio que apunte hacia la jerarquía del Templo, sería desastroso... Es lamentable, pero tienes que arribar a la misma conclusión que yo: él tuvo la culpa, le dio más valor del debido a lo de erigirse caudillo; eso era importante, pero no fundamental. ¿Ya ultimó los detalles del alzamiento con quienes deben ponerse al frente de cada grupo en la ciudad? ¿Por qué no supo aprovechar la propuesta de los griegos? Tan sólo aceptando las armas, aunque no los hombres, habríamos ganado mucho. ¿Por qué desatiende cuanto se le ordena? ¿No te das cuenta, hermano Juan, que el *Rabí* sólo piensa en «su» persona? Desdeñó a Esteban; no lo hizo uno de sus capitanes porque el joven despuntaba; además, lo sabía mejor preparado y con su fino olfato olió que aquél podría hacerle sombra en cualquier momento; adujo muy débiles razones en cuanto a la inmadurez del muchacho, por eso lo envió hacia la ciudad de Efraim. Sin embargo, tú eras más joven y a ti te eligió: de sobra sabía que lo admirabas y que llegaría a contar con toda tu devoción... Ése era el detalle que siempre buscaba...

Mi espada volvió a la vaina. Lo seguía escuchando, Eva, a la par que mi corazón de deshacía: cuanto argumento ponía ante mí, despertaba una vieja duda. Sutilezas que mi apasionamiento había pasado por alto, retornaban para golpearme con cada revelación...

Eva se ha hecho un ovillo al pie de la columna. Instintivamente busca refugiarse de la brisa que a aquellas horas se carga con la humedad de los páramos. Preferiría la joven que su amigo continuara la historia dentro del santuario, al calor de la hoguera que debía mantener viva toda la noche. Pero, ¿quién lo interrumpía ahora, tan invadido de remordimientos por lo que hizo? ¿Cómo decirle que en estos últimos días su admiración hacia él había crecido tanto que..., que ya no era admiración? Siente unos deseos inmensos de abrazarlo, de ahogar con caricias la pena que lo oprime. Juan se movía inquieto, reclinado sobre la escalinata tres pasos más abajo. Juan empleaba frases cortas, como queriendo abreviar, por temor a dejar inconclusa la revelación que pugnaba por brotarle del pecho. Quizás desconfía, piensa Eva, quizás su corazón lo atormente porque se sienta culpable..., pero, ¿de qué? No concebía maldad ni el peor de sus pensamientos: era un alma buena, un niño grande, adolorido... y bello... No sabía lo que significaba ser amado... Ella tampoco... Él sí sabía amar, era capaz de darse... Pero desconocía la entrega... Ella también: mutua era la soledad...

— Ven, Juan, date a mí... — murmura.

Juan se acomodó a su lado, pero sin haber escuchado el reclamo. Ambos sintieron el calor de la cercanía, la intimidad del acercamiento. Y les fue grato.

— ¡Yo lo entregué, Eva!

El grito sacó a la joven del letargo en que había estado sumida. En el rostro de Juan, ahora muy cerca del suyo, había tanto de angustia que Eva no pudo menos que acariciarlo entre sus manitas.

— No, no puedes haber sido tú; ni aunque me lo confieses lo creería. No pudiste haber sido tú, entiéndelo: fue ése otro que lo espiaba quien lo vendió. Termina, confiésmelo todo, te sentirás aliviado. Y, si aún el dolor te obsesiona, estoy dispuesta...

Sus gruesos labios han rozado los de Juan; hay una leve fusión de alientos. Él se hunde en los ojos de ella y las palabras brotan en forma de frases ya no tan incoherentes. Algo le dice a Eva que dejarlo hablar es imprescindible.

— Aquella noche, el padre de Marcos nos dispuso la cena de Pascua. Tenía el buen hombre una quinta en la pequeña planicie que corona el cerro en cuya falda se atiborran las tiendas del Mercado Alto. Ya antes nos habíamos reunido allí, más de una vez. En esta oportunidad, ocupamos una espaciosa sala donde nada faltaba para bien celebrar la fecha. Una terraza se abría a la noche y se volcaba sobre Jerusalem, que resplandecía en cada una de sus torres: Antonia, coronando el peñasco que sobresale al otro del Templo; Mariamne, dulce recuerdo de Herodes: la mujer a quien más amó no obstante haber ordenado su muerte. Fasael, remedo del Faro de Alejandría. Hippius, la mayor: ochenta codos de altura. Pero todas ellas, al igual que la ciudad, ajenas al drama de su pasión. Yo mismo ordené las tres cabeceras: en el centro, él; a su izquierda, Simón Pedro; a la derecha del Maestro, yo. No podía quedarme quieto porque los pensamientos me turbaban; mi cuerpo precisaba de acción para mantener entretenida el alma. Cocí, junto a Marcos, en canela y vinagre, cidras y nueces, higos, almendras y dátiles para el *karoset*. Allí se mostró impasible. Su figura ganó en majestad. Ni por un momento asomó en sus ojos un destello de flaqueza. Más firme que nunca su semblante, diría yo; más serena que otras veces su mano, al tomar la primera de las cuatro copas en honor y gloria del Señor. ¿Estoicismo? No, Eva, no: soberbia. Muy tarde vine a darme cuenta. Otros, los romanos, el Sanhedrín, quién sabe, se habían percatado de ello mucho antes que nosotros, los que lo teníamos cerca. El pueblo que creyó en su elocuente verbo nunca supo de aquella realidad que en ese momento enrojecía con bofetadas mis mejillas: nos embaucó a todos. Pero no cabe inculparlo: era un sentimiento más fuerte que él..., extraño, incomprendible... No sé bien cómo definirlo... A veces pienso que nació marcado por el estigma de la prepotencia... O fuimos nosotros los que le otorgamos, ceguera de los entusiastas, aquellas virtudes que durante lustros añoramos ver en un caudillo; con ellas lo vestimos y lo engalanamos con atributos de verdadero profeta... Es cierto, Eva, me lacera el alma pensar que él, al principio tan puro, se hubiese revolcado en el mismo lodo que los

hombres viles. ¡No, jamás lo deifiqué! Eso era otra cosa. En ningún momento mi entendimiento se nubló a tal punto. No había para nosotros otra verdad que aquella que defendiera los derechos otorgados al pueblo por el Misericordioso, cuya palabra se mantenía latente: no había otra palabra que la de Aquél que, ungido por Yahvé, el pueblo debía respaldar unánime, para que dudas no cupieran al secular opresor imperial... Quizás este simple detalle fue su perdición. Si hubiese hecho eso mismo, pero de forma encubierta y gota a gota, quién sabe si, en la sólida roca del Imperio, la grieta de la persistencia daría inicio a un resquebrajamiento favorable para nuestra causa... Pero él, desde que el Sanhedrín lo respaldó, se sintió crecer: así comenzó su decadencia, también desde el principio. No permanecí tranquilo ni un instante. Sólo muy tarde, cuando ya casi terminábamos, le di reposo a mi espíritu, me dejé invadir por ideas, pensamientos que rumiaba, buscando infructuosamente una salida. Entonces él me miró fijamente.

— ¿En qué piensas, hermanito? — me preguntó.

Volví el rostro buscando su sonrisa, sin embargo, lo que hallé fue un hombre amargado, agobiado, pero firme. Algo me dijo que no era ajeno a lo que se tramaba. Y bajé la mirada.

— No tiene importancia, Maestro...

En ese momento, alguien comenzó a cantar los salmos rituales; creí que él también se sumaría al coro, pero no. Aproveché la oportunidad para decirme, sin que los otros se enteraran, que ya lo sabía todo y no pensaba claudicar, que eso era de cobardes, que eso era perder y perder significaba ser vencido. ¡Y él no admitiría la derrota! Salimos a la terraza. Una vez junto al muro, donde las voces se oían lejanas, me habló de su plan... ¡Descabellado, Eva, loco! Una masacre, la Pascua se convertiría en un espantoso holocausto donde las víctimas las aportaría el pueblo. ¿Cómo íbamos a sublevar a tantos miles? ¿Dónde estaban los hilos que desatarían aquella enorme madeja de hombres? El pueblo. Confiaba en el pueblo. Y no sabía él que «su» pueblo agotado estaba ya de escuchar arengas subversivas. Si, al menos, para ese fin estuviese preparado... Pero ni él se había ocupado

mucho de eso. ¿Qué apoyo vas a buscar, *Rabí*? Pero no lo sabía «todo». En el curso de la conversación me di cuenta de que su inteligencia, siempre dispuesta a la suspicacia, sólo asomos de conjura había barruntado. Y ya preparaba la respuesta, el contragolpe, la repostada, aquella respuesta desabrida o grosera con la cual había demostrado ser tan preciso. Sonreí, un tanto aliviado. Aún había una esperanza, pero no debía ser yo, ni ninguno de nosotros, quienes trataran de convencerlo. Él era muy hábil en el debate, debía medirse con alguien cuyos argumentos fueran irrefutables y cuya autoridad no admitiera discusión. Si aún no comprendía, al menos quedaría desarmado, sin otra opción como no fuera la de retirarse a fin de salvar a sus capitanes, a su pueblo, al pueblo que a cada momento solía invocar como razón y fin de cada uno de sus actos...

—*Rabí*, no lo hagas. Aguarda, creo que sería precipitado... Mira, Pedro y tu hermano Tadeo nos llaman. Entremos, aún no ha terminado la cena...

Volvimos a ocupar nuestros sitios y Jesús fue, entonces, Padre de Familias.

—¿Por qué participa hoy toda la familia de la misma mesa? —preguntó mi hermano, acorde con la tradición. El grupo en pleno, recitó el *Hággada* del Deuteronomio y a continuación él comentaba el relato protagonizado por Moisés. Y todo aparentaba seguir un curso normal; pidió que se le alcanzara el pan. Tomó un trozo para untarlo con salsa agria, pero se contuvo; y, de repente, dijo que había sido condenado.

Pedro saltó:

—¡Tú, Maestro, no puedes morir!

—Uno de ustedes me entregará —dijo, y todos aguardamos que dijese el nombre. Pero quedó en silencio.

En ese instante miré por encima de su hombro: un faldón de la túnica gris del Iscariote flameó de soslayo antes de perderse en las sombras, más allá del umbral.

—¡Cómo ha de entregarte alguno de los que te aman! —dijo alguien.

Continuaron los comentarios, pero él no se dignó acallarlos. Se regodeaba, satisfecho, por la muestra de adhesión. Querida

Eva, aquí comienza mi martirio. No había aún llegado Judas a la verja de la residencia, cuando Jesús ordenó partir de inmediato a Getsemaní. Se alzó con presteza. No hubo ni el menor asomo de duda en su voz.

—Hay que tomar las armas —le dijo a Tomás. —Simón, guárdanos durante el camino, vayamos todos.

Y, de pronto, el mundo se vuelve sombras y una marcha agitada y sigilosa. No llegué al huerto, dulce Eva. Mis pies no me obedecieron. La noche me nubló el entendimiento, vi llegar la hora del escarnio: lo capturarían y sería llevado prisionero, exhibido como ejemplo del revés. ¿Quieres peor humillación para él que verse convertido en la viva estampa del fracaso? Ésa sería una tortura peor que la que vendría después. Yo no podía permitirlo. ¿Cómo iba a cruzarme de brazos sin agotar hasta la última posibilidad? Regresé a la casa de Marcos y me aposté a la entrada del jardín. No tuve que esperar mucho.

—¡Judas! —le dije a la sombra que venía al frente del grupo. —Ya no está aquí... —Me miró extrañado. Vi un gesto instintivo de su mano en busca del puñal.

—No es lo que piensas, ni tampoco creas que lo hago por ayudarte...

Hablamos. Me garantizó que no venía en su busca con el ánimo de entregarlo, sino simplemente para hacerlo comparecer ante Anás, quien tenía en sus manos una salida decorosa. Pero mientras él se empeñara en actuar por su cuenta, ninguna postura de nuestra parte sería confiable para Pilato, el gobernador. Jesús «tenía» que deponer las armas: ésa era la única salida que podría salvarnos a todos y a él. No sé cómo me mantuve sereno cuando... Oh, Eva...;Hasta llegué a ponerme de acuerdo con el traidor! No, no me abrasces así... Retira tus manos, estoy manchando tu pureza; guarda caricias y amor para quien lo merezca: no las revuelques en la inmundicia... Aún no lo sabes todo...

Volví a toda carrera. Crucé la muralla por la puerta de Siloé, ellos lo habían hecho por la de los Esenios, con el fin de salir de la ciudad lo antes posible. A mí no me importaba ser visto, sería uno más entre la gente que se agolpaba en las calles. Casi en cua-

tro zancadas volé sobre las piedras del Cedrón; llegué, jadeante, un momento después que apostaron a Leví Mateo en la entrada del camino que subía al huerto. Me reconoció. No tuve que argumentarle mucho para que comprendiera... Eva, cuán dolorida se quedó mi alma al reconocer que también los otros, sus fieles capitanes, habían perdido la confianza en él. Más tarde, cuando lo apresaron, al verse sorprendido e impotente, lo noté cansado, como si toda aquella fuerza que durante tres años lo había mantenido activo, aguerrido, se hubiese acabado de repente, trocándose en desganaada inercia; como si una veintena de años lo hubiesen pisoteado en lo que media entre un *sabbat* y el siguiente. Me resistí a creerlo. Marché a su lado hasta donde termina el olivar. ¿Qué haces que no huyes? Me preguntaba. Escapa mientras puedas... ¿Pero, por qué no lo has hecho ya? ¿Qué esperas, *rabi*? Todo se agolpaba en mis pensamientos.

De pronto, me pareció que, tras cada olivo, acechaba uno de los gendarmes de Pilato, que el monte había sido cercado... Escuché ruido de armas entrechocándose al paso, corrí delante de él, desenvainé mi espada... No, no podía dejar que cayera en otras manos. Y él no era capaz de hacer algo, aunque sólo fuera actuar en consecuencia: buscar un escondite entre las sombras de la noche que se agazapaban en los matorrales espesos, como hicieron los otros; ¿por qué no hizo él lo mismo? Sentí que me empujaban fuera del camino y me ordenaban callar. Pasó por mi lado absorto, ni siquiera me miró de soslayo. Inútil fue, mi delicada amiga, la insistencia de Anás para que reconociera la llegada del fin o lo que para él significaba la pérdida absoluta del poder. No valieron advertencias, te lo aseguro: yo estuve presente...

Llegamos a la residencia junto con la comitiva. Pedro se quedó en el patio, también temía lo peor. Yo, como bien conocido allí, continué tras el séquito hasta el recinto donde habrían de entrevistarse. En el atrio de la fuente se detuvieron, menos yo, que avancé presuroso junto a él temiendo ser rechazado a la entrada del salón. Pero no fue así; Anás admitió mi presencia: necesitaba un testigo que fuese del grupo del Maestro. El prelado se alisó

las barbas con mesura, en espera de un rasgo de protesta por parte de Jesús. Pero él no abrió los labios, se mantuvo impasible, también aguardaba el primer lance, necesitaba saber por dónde vendría el ataque para ordenar la defensa y la respuesta. Ni en esos cruciales momentos dejaba de ser astuto.

— Jesús de Nazareth — dijo al fin Anás —, no ha sido mi intención la de traerte aquí como a vulgar prisionero...

— Bien lo has escondido; con piquete armado, a media noche y sin previo aviso enviaste por mí: extraño ceremonial el tuyo.

Anás ni siquiera parpadeó.

— A eso nos has obligado, *Rabí*. En tres ocasiones mandé por ti y fueron desoídos mis reclamos... Lo grave del caso impuso el modo esta vez. Confío en que no agudices la situación.

— Aunque quisiera, no lo lograría más de lo que está. Por otra parte, ¿cómo conseguirlo en estas condiciones, si me encuentro a tu merced? Podrías ordenar mi muerte ahora mismo, si quisieras.

Guardaron silencio, como estudiándose. Podía oírse el rumor de las hogueras que venía del otro patio. En la habitación no crepitaban las antorchas, sino mudas lámparas de aceite perfumaban y esparcían una luz tenue. El frío se hizo más denso, casi entumecía los pies y ponía temblores en las rodillas. Mis temores se esfumaron; respiré tranquilo al dar ya por seguro un entendimiento feliz. ¿Cómo se me había ocurrido pensar que él fuese tan obstinado?

— Por el bien de tu pueblo, prosiguió Anás, *Rabí* Jesús debe desaparecer. Pilato sabe de tu sedición, aunque sin imaginar ni la seriedad ni la envergadura de la empresa. Te tiene por un simple y aislado rebelde..., quizás uno que sólo busca atraer la atención para transarse después por unas monedas... No le parecerá extraño que, de buenas a primeras, no se hable más de ti...

Inocente que fui, mi querida Eva; la sonrisa que ya principiaba en mis labios, se malogró.

— Pero no podrás silenciarme. Y mucho menos condenarme. ¿Quiénes lanzarían las primeras piedras? Ten en cuenta que no todos mis capitanes han huido... Además, aún hay muchos que, gustosos, se pondrían entre las piedras y yo.

Ni por un momento su mirada dejó de sostener la de Anás. De nuevo el aire se volvió tenso, como vela hinchada por vendaval. Y mi corazón casi dejó de latir. Quise decirle que no persistiera en esa postura, que razonara... Anás adivinó sus pensamientos:

— Jesús de Nazareth, por última vez te sugiero que no insistas en hacerte el héroe. Nosotros te dimos la oportunidad de la gloria; nosotros te la quitamos. O, mejor dicho, tú la has desperdiciado.

— ¡Fue la voluntad del Señor que así lo quiso! Y debe prevalecer.

Se empecinaba, Eva; hasta en los momentos en que se veía perdido no quería admitir la derrota, porque el derrotado, vencido es y ni pérdida ni derrota cabían en su entendimiento. Ni siquiera le importaba el destino que habría de correr su pueblo. Para su mente enferma, él era merecedor de cualquier sacrificio. Largo tiempo duró el debate. Al fin, desecho, se alzó arrogante:

— Soy el predestinado. Yahvé me designó para redimir al pueblo que tantas veces le ha vuelto la espalda. Soy el Enviado. Mi palabra es ley; puedo ordenar un soplo que apague cuanta llama arda, y las llamas dejarán de arder. Si mi potestad fuera echar al vuelo cortinajes, ellos volarían al punto de no quedar tapiz sobre pared. Soy quien debe morir, lo sé. Pero moriré con toda la gloria que me corresponde. Podéis condenarme a la injuria, no importa: los tiempos se encargarán de reivindicar mi nombre. Y, aunque no lo quisierais, seré exaltado y elevado a la diestra de Dios, desde donde reinaré por siglos, aun cuando ya nadie recuerde ninguno de vuestros nombres, ni el de vuestros hijos, ni el de los hijos de vuestros hijos... Pero si así no fuera, si alguna vez se mencionaran, sería para execrarlos por lo que ha de hacerse. Al inmolar me, opto por la vida eterna. De aceptar la derrota, ¿qué hubiese significado para mí conservar esta existencia efímera? El olvido: la verdadera muerte eterna. Soy el cordero de Dios, el Hijo del Hombre que será entregado y le condenarán a muerte; y le entregarán a los gentiles para que le

escarnezcan, le azoten, y le crucifiquen; mas no habrá pasado el tercer día sin que resucite y vuelva a la vida en el recuerdo de aquellos que me siguieron...

¡No quiso salvarse, querida amiga! ¡Prefirió el martirio y la muerte antes que la capitulación!

— ¡No, Maestro, no! — grité.

Los rostros se volvieron hacia mí..., menos él. Tan sólo me dirigió una mirada oblicua y creo que hasta con desprecio; como se mira a alguien cuya debilidad lo empequeñecía e incapacitaba para valorar gestos de grandeza. Me llevaron fuera del recinto, hallé a Simón Pedro en el patio, calentando sus manos junto a una hoguera, y partimos en busca de los otros, desperdigados a estas horas quién sabe si hasta lejos ya de la ciudad... Cantaban los gallos...

De allí fue llevado ante Caifás, quien formuló cargos que acompañarían al reo para ser presentado al gobernador. Supe que también hubo una extensa nota anexa que Pilato destruyó en cuanto la hubo leído. Y fue condenado a cruel crucifixión. Pero no a una muerte ignominiosa porque aquella era sentencia para rebeldes. Y cargó con su cruz sin lamentaciones, sin una queja: más por altivez que por entereza.

Yo lo entregué, Eva. ¡Yo lo conduje a la muerte!

Juan ya no llora. Largo rato lleva en silencio, abrazado a mis rodillas. Me inclino, beso su frente... Arde y palpita... Poco a poco, me voy deslizado junto a su cuerpo, reduciéndome como una avejilla friolenta en busca de calor. Mis mejillas se pierden bajo el incipiente bozo de su mentón. Mis labios se percatan de que su piel es suave y me complace. Nuestros cuerpos, como por instinto, buscan adaptarse; mis manos lo recorren con avidez, las tuyas me tantean inciertas. Mi boca y su boca se hallan, anhelando compartirse. Repto bajo su cuerpo: mis senos también claman por la humedad de su boca. Otra hoguera soy en honor de mi Diosa. Y me acomodo, pero ahora es el centro de mi llama quien busca, aún no sabe qué ni para qué, sólo conoce que su vientre y el mío palpitan, se acoplan... Antorcha de fuego en caver-

na de humedad... Fulgores de estrellas en mis ojos apretados... Bramidos de volcán... Lava que me inunda... Dolor y placer que me elevan... Desde lo alto de su pedestal, la Diosa me observa. ¿Ha fruncido el ceño? O ha esbozado una sonrisa...

Y me despidió así, fresco cual verdura de horas tempranas. Dime, Ben Shohai, ¿fue justo? No, desde luego que no. Estamos condenados, querido hermano. No quise sacar a relucir el hecho de que su esposa y su hija son visita asidua a la sinagoga donde ese Juan oficia. Ambas se sienten muy plácidas pues les permite compartir el salón principal e incluso han dispuesto un par de sillas altas donde las damas se acomodan mientras el largo oficio obliga a los hombres a permanecer en pie. Si, no tiene nada que ver con el verdadero ritual, según me han dicho unos de Jerusalem. ¡Estulticia en el fondo es! ¿Habíamos de tolerarlo, Ben Chohai? ¡Por supuesto que no! ¿Entonces? Actuar con cautela será nuestra divisa. Gracias doy por haberme topado con esos de Jerusalem. ¿Sabes lo que me aconsejaron? Eliminar la perniciosa actitud de Juan sin contravenir lo dispuesto por el gobernador, nuestra máxima autoridad, a quien debemos respeto y sumisión. ¿Cómo lograrlo? Te preguntarás. No tan difícil resultará: Juan se entrevista frecuentemente con una de las vestales que oficia en el Templo de Diana...

La tarde muere. El Sol busca refugio tras la línea del horizonte. Prevalecen las llamas de los candiles, de las antorchas, de las ofrendas, del Templo... La sacerdotisa mayor ha echado a arder unas ramas de enebro. En sus manos, la copa de las ofrendas tiembla un poco. Hay una ofensa a la Diosa-madre; grave falta: imperdonable falta. Una lágrima rueda por sus mejillas, cae en el cuenco de barro donde crepita el fuego y hace que la llama, en breve momento, titubee y responda con un débil chasquido. Los brazos y el rostro se alzan buscando los ojos de la Diosa. Y le habla:

—Señora mía: he aquí que tu servidora viene en busca de la suprema voluntad. Eva ha roto el juramento. Sé que de tu piedad

no es digna, pues muy apercibida ha estado de lo que implica el incumplimiento del precepto. A hombre se ha entregado: castigo merece... La pena ha de cumplirse..., a menos que tu excelsa facultad así no lo quiera...

En la semipenumbra del Templo, apenas pueden verse los rostros de las vírgenes que, alineadas entre el basamento de la enorme estatua y la pira sagrada, semejan sombras hieráticas a la escucha de la máxima sacerdotisa. Eva, a un costado del pedestal, es sólo una más, apenas visible, inmóvil y aletargada silueta cubierta por un pepló blanco.

No hay otra palabra que decir, sino aguardar a que el fuego consuma las ramas que acaban de caer en la pira; a continuación, la voluntad sagrada de Diana se expresará en diáfano augurio.

Pero la voz, ahora quebrada de la sacerdotisa, vuelve a escucharse:

—Señora del hogar, de la maternidad, protectora de la mujer... ¡Ten piedad de mi hija!

Y se desploma cual si la vida se le hubiese ido con la plegaria.

Saltan las últimas chispas del enebro. El fuego se tiñe de resplandores azules. Una corneja blanca, ¡oh, divinidades, blanca! Pasa rauda a través de la sala en increíble revuelo entre columnas. Y el graznido del ave estremece muros, sacude balaustradas, hace temblar los frisos... Todavía su eco no ha dado el último retumbo cuando las vírgenes rompen filas y corren para alzar a la madre-sacerdotisa que inmóvil yace. Y se vuelven regocijadas en busca de la indultada pecadora...

Pero Eva había desaparecido.

—Vengo a morir contigo, amado Juan.

El joven se alza. Su cabellera roza la bóveda de verdor. Desde muy temprano la espera. Ella le ha prometido venir antes de que el sol se oculte, pero se ha hecho tarde.

—Bienvenidas sean ambas: tú, mi amiga, y la muerte. Que si no ha ser contigo, ¿para qué quiero la vida? Si bajo el sol no es posible amarnos, que sean entonces las estrellas las que nos iluminen.

— Ven, árame. Eres como el manojo de mirra que reposa entre mis pechos. Racimo para mi racimo de flores entre viñas.

— He aquí que tú eres hermosa, Eva mía. He aquí que eres bella; tus ojos son como palomas.

— He aquí que tú eres hermoso, amado mío, y dulce. Nuestro lecho es de flores. Las vigas de nuestra casa son de cedro, y su techo de sauce.

— ¡Qué hermosa eres y cuán suave, oh, amor deleitoso! Tu estatura es semejante a la palmera, y tus pechos a los racimos. Yo dije: subiré a la palmera, asiré sus ramas. Deja que tus pechos sean como racimos de vid, y el olor de tu boca como de manzana.

— Apresúrate, amado mío. Y sé semejante al corzo o al cervatillo. Bebe de las montañas su aroma. Y vaguemos juntos...

— Grábame como un tatuaje en tu corazón, como un tatuaje sobre tu brazo. Porque es fuerte el amor como la muerte, y la pasión, tenaz como el infierno. Sus flechas son dardos de fuego, como llama divina.

— No apagarán el amor ni lo ahogarán océanos ni ríos... Ven...

— Abrazados, Moshe Gezer. Se halló un frasco roto que contenía un brebaje...

— Cierta variedad del cáñamo, macerada y mezclada con miel y otros aderezos, señor.

— ¿Cómo lo sabes?

— No es nada nuevo; viene de la India, allí le llaman *haxix*. Produce alucinaciones y sueño. Es el brebaje que se les suministra a las sacerdotisas para el ritual de la fertilidad, acompañado de ciertos cantos para inducir en la elegida un letargo y sueños que le provoquen una reacción similar a la del ayuntamiento carnal. Es una ceremonia bárbara, señor.

— Entonces...

— Al ingerir una cantidad excesiva de ese mejunje, simplemente, pasaron del sueño a la muerte...

— Buen esfuerzo nos ha ahorrado, querido *sofer*. De cierto es que nadie sabe lo que se le depara tras cada puerta. Habíamos

preparado para Juan un desenlace violento a manos de los artesanos perjudicados; sin embargo, he aquí que, de buenas a primeras y para satisfacción nuestra, ha sido la presunta víctima quien ha cerrado, inesperadamente, y con sus propias manos, el último de tus doce expedientes.

— ¿Quiere ello decir que nuestra labor ha concluido?

— Por el momento, sí. Pero no creo que Teófilo, ni los que le sucedan en el sumo sacerdocio, desestimen el valioso aparato que hemos creado y organizado de manera tan silenciosa que es capaz de funcionar plenamente sin que se perciba ni uno solo de sus componentes. Sagacidad, eficiencia, secreto absoluto... Son todas excelentes virtudes, joven estudiante. ¿Piensas que tus ricos archivos puedan ser soslayados por la autoridad suprema? Al contrario: se enriquecerán, de ello estoy seguro. Esta fuerza no desaparecerá, querido amigo... Espera y lo verás...

— ¿Continuará usted al frente, señor?

— No puedo asegurártelo. Debo partir de inmediato a Jerusalem. Después..., quién sabe...

X

El *koufieh*, mugriento ya, cae ladeado sobre su desmedida cabeza; el que fuera blanco lino, ha ido dejando atrás su pureza durante interminables jornadas a lo largo de caminos polvorientos, de pernoctadas en rincones malolientes...

Saulo de Tarso detiene su cabalgadura a la vera de los muros que, como espectros, se alzan en la bifurcación del camino, cerca de Abilias. Y muy acertadamente le parece que ha vuelto al inicio.

Protegido un instante de la inclemencia del temporal, desmonta. Quiere aprovechar el amparo que le ofrece el muro para ordenar un poco su empapada túnica. El momentáneo reposo también le sirve para repasar, uno por uno, los acontecimientos de los últimos años, aquellos que transcurrieron en el tiempo, y a partir de este mismo sitio, en el espacio.

Y vienen a su mente nombres, rostros, lugares recorridos...

Se siente satisfecho el siliciano. Ha concluido noble encomienda el fariseo. Ha satisfecho su voluntad el hombre. Han latido las riendas del poder en sus manos. Y Saulo de Tarso siente que ha sido bueno. Y Saulo de Tarso lamenta que todo su poder haya culminado. Que ya el destino de alguien no dependa de un gesto suyo, de una palabra... Que la vida continúe por rumbos fuera de su alcance.

—Es como abrir la mano y encontrarla vacía, sin saber, de pronto, qué cosa se nos fue..., palabras de un antiguo poeta pagano.

Termina de ajustarse el ceñidor de cuero, del cual pende su espada corta.

—¿Para qué ir a Jerusalem? —se pregunta. —De nada valdría emprender de nuevo la cacería si, al volver la espalda, surgirán diez por cada uno de los que se han eliminado...

Algo le dice que no acuda al reclamo de Teófilo, y ese «algo» no puede ser otra cosa que la voluntad suprema de Yahvé: el que lo dispone todo.

Salta sobre la cabalgadura y suelta las riendas: el caballo enfile por el camino que va hacia Damasco, ciudad de cristianos...

Escucha una voz que retumba en sus oídos al paso acompañado del animal: «Saulo, "Pablo", al decir de los romanos..., la clave de la vida es, sencillamente, el Poder...».

¿Dónde está la verdad? En la religión... Sí —añadió, con la boca amarga del más extremado desprecio—, en la boca de los Maslon, de los Frilair, de los Castanede... ¡Acaso en el verdadero cristianismo, cuyos sacerdotes, como los apóstoles, no recibieron sueldo alguno...! Pero San Pablo encontró su paga en el placer de mandar, de hablar, de hacer que hablasen de él...

Julián Sorel en *El rojo y el negro*, de Stendhal.
La Habana, julio, 1991 - finales de abril, 1994.

F. MOND

Se inició en la escritura en la década de los setenta, entusiasmado por los prólogos de Óscar Hurtado, antologías de temas fantásticos y de ciencia ficción. Sus libros están matizados de un fino humor que se acerca a la historia, los clásicos del cine y la literatura en hábiles parodias.

Su serie de novelas acerca de las relaciones entre el planeta Korad y la Tierra en una dimensión paralela del espacio/tiempo empezaron a publicarse en 1979. Inició una popularísima serie que no sólo desborda imaginación, sino que obliga a descubrir los hitos literarios e históricos en los que se basan las anécdotas de este universo transfigurado, como los son: "Krónicas koradianas" (*Crónicas marcianas*, de Ray Bradbury), "La Perra de las Galaxias" (*La guerra de las Galaxias*, de George Lucas), "Las Tribulaciones de un joven verde" (*Las cuitas del joven Werthers*, de Johann Wolfgang von Goethe), "Qué comedia más divina" (*La Divina Comedia*, de Dante Alighieri), entre otras.

Es uno de los escritores de ciencia ficción que se ha mantenido publicando por más tiempo en Cuba. Notables especialistas extranjeros han tomado su obra como referencia para estudios sobre autores cubanos de este género.

Este libro se editó en la Ciudad de México
en el mes de noviembre del año 2017.

Todos los derechos reservados.